

Capítulo A

Sobre León

Al llegar a La Paz Centro encontramos que ya el Gral. Páiz había logrado desalojar al enemigo y éste se retiraba a toda prisa a la ciudad de León. Informado el Comandante General de tal suceso, dispuso que el ejército hiciera alto en La Paz Centro, para reunirse ahí con los ejércitos del Norte y el del Centro, hecho lo cual, se dispuso que ya con su nueva organización la vanguardia la tomara las fuerzas del Gral. Juan Pablo Reyes, y las de ese Cuerpo, me dieron la vanguardia a mí para marchar sobre León.

Mi marcha a la ciudad, muchas veces fue interrumpida por comisiones que llegaban del ejército derrotado, para evitar que las fuerzas triunfantes, o sean las del Gral. Zelaya, entraran a la ciudad. Pero ninguna de esas comisiones tuvieron éxito ante el Comando Supremo y la orden dada antes para mí, fue mantenida, por lo que seguí adelante hasta ocupar Subtiaba, sin haber choque alguno. Pocas horas después fui ordenado salir para el puerto de El Realejo, en donde según datos que teníamos, salieron a embarcarse los jefes de la Revolución. En esta persecución llegué hasta la hacienda "Corcuera" de don Fernando Sánchez, y ahí obtuve datos ciertos de que ese mismo día se habían embarcado dichos jefes para el puerto de La Unión, El Salvador.

Antes de terminar este capítulo, quiero dejar constancia de que en Subtiaba conocí, por vez primera al Presbítero Ramón Ignacio Matus, entonces Cura del Templo de aquel barrio, sacerdote con quien conservé más tarde, estrecha y muy gratas relaciones.

Ascendido a Teniente Coronel

Tres o cuatro días después de haber entrado a León (la ciudad) el Gral. Zelaya, como Comandante General del Ejército, principió a la desmovilización de las tropas que hubo que armar para hacerle frente a la Revolución que acababa de terminar. Esta desmovilización comenzó por las fuerzas comandadas por jefes militares conservadores, tales como el Gral. Ignacio Páiz, Coro-

neles Filiberto Castro, Jonás Álvarez y otros varios; por supuesto que también mis fuerzas entraron en ese número; pero en León no supe que mi reconcentración a Managua, era para desmovilizarlas; así que para mí fue una sorpresa que cuando llegamos frente al Palacio Nacional y del Jefe Militar de ese edificio, me dijo éste: "Pare su tropa, la hace entrar al edificio y que pongan sus armas arrimadas a la pared, y vengan mañana para liquidarlos".

El siguiente día fueron liquidadas mis fuerzas, de igual manera como ya habían sido liquidadas las otras; y a mí se me nombró "Jefe Día", con el grado de Teniente Coronel; lo cual me impresionó por el ascenso que se había hecho, sobre todo cuando me presenté al Gral. Zelaya a pedirle sus órdenes.

En el cumplimiento de mis funciones de Jefe Día, me acompañó el joven Alfredo Gallegos que como yo, era conservador y opositor al Gobierno del Gral. Zelaya; recorrimos todos los puestos militares de la población y nos dedicamos también a visitar a nuestras amistades personales. Estando en funciones de Jefe Día, pedí mi baja, y se me concedió en el acto, como que ya se me estaba esperando con ella, y se me entregó con el Despacho de TENIENTE CORONEL a mi favor.

Regreso a Matagalpa

Ya convertido en ciudadano civil, volví a Matagalpa a reanudar mis trabajos de agricultura y a formar una hacienda de café que llamé "El Picacho". La vida que allí pasaba era la misma que la anterior, cuando llegué la vez primera, es decir que me mantenía cinco días en el trabajo y dos en la población, y eso generalmente hacían los otros granadinos que se encontraban allá, en las mismas condiciones mías. En este estado de comunidad de amigos y paisanos, me encontré con don Luis Vega, que ya vivía ahí y con él y en reunión de amigos departíamos sobre varios temas, mientras nos divertíamos a la vez jugando "póker". En esa forma don Luis y yo, teníamos oportunidad de hablar sobre asuntos políticos, sin despertar sospecha alguna; así llegamos hasta lograr que don Luis se convirtiera en el alma de una conspiración, basada en el pronunciamiento militar que llevarían a efecto los acantonados en el Cuartel llamado "La Momotombo", en Managua.

Entonces sucedió un episodio digno de anotar, con resultados fatales para nosotros: la noche en que iba a realizarse el pronunciamiento, nos encontrábamos reunidos jugando una partida de "póker": El Jefe Político, el Director de Policía, don Luis,

yo y dos personas más aficionadas a ese deporte. Nosotros esperábamos un telegrama que debía llegarnos de Managua, avisándonos que ya había estallado el movimiento aquí, para nosotros apretar allá capturando a las citadas autoridades con quienes estábamos reunidos; pero en cambio de llegarnos a nosotros el aviso esperado, le llegó un telegrama al Jefe Político poniéndolo al tanto de todo, procediendo éste a capturar a don Luis. El Director de Policía no hizo nada. Sin embargo de la captura, el Jefe Político se portó muy caballerosamente al extremo que se echó el telegrama a la bolsa y continuamos jugando durante un término prudencial entre quince minutos o media hora más. En seguida, don Francisco Uriarte, que así se llamaba el Jefe Político, le dijo a don Luis: "Vámonos, y para que no se alarme tu señora, andá a dormir a tu casa, y te presentás a mí a las seis de la mañana, mañana".

A las seis de la mañana antes citada, el Coronel Uriarte pasó por mi casa invitándome para que fuéramos a bañarnos al río y pasáramos sacando al señor Vega, para que después del baño, ya pasara don Luis a guardar prisión, como efectivamente se hizo; pero las consideraciones del Cnel. Uriarte no cesaron allí sino que tuvo la deferencia de que invitáramos amigos para que jugáramos con don Luis partidas de "póker".

Banquetes y puyas

Ya que he referido la anterior anécdota noble del Cnel. Uriarte, voy a relatar otro suceso que ocurrió entre los Jefes Políticos de Jinotega y Matagalpa y la Colonia granadina que había ido como promotora en el cultivo del café a los Departamentos del Norte, y que vivía entre Jinotega y Matagalpa, guardando amistosas relaciones que se traslucían en visitas que se hacían los unos a los otros.

En aquella ocasión a que me he referido, nos tocó a los residentes en Matagalpa, ir a visitar a los que vivían en Jinotega, quienes eran generalmente, igual que nosotros, amigos de las diversiones entusiastas, pero honestas, como bailes y banquetes, a los que invitábamos al Jefe Político, que también era joven aunque ya era General. Me refiero al General Juan Bautista Sáenz, que como buen rivense era de espíritu jovial y festivo.

Tres días pasamos esa vez en continua expansión y el General Sáenz se mostró tan satisfecho de nosotros, que con algunos de sus amigos de aquella ciudad nos acompañó de regreso hasta la de Matagalpa. Llegados que fuimos a ésta, nos pareció impropio dejar regresar a nuestro anfitrión sin manifestar, por

nuestra parte, el agradecimiento que le guardábamos y corresponder a las cortesías que él gastó con nosotros en Jinotega; entonces dispusimos obsequiarle un banquete, invitando al Jefe Político y a la sociedad de Matagalpa.

Como es de suponer aquel convivio estuvo muy animado y cuando se llegó la hora del ofrecimiento de rigor, después de oír el discurso del caso, el General Sáenz se levantó para agradecer el agasajo. Además, tuvo frases muy laudatorias para la colonia de agricultores granadinos —en la que había miembros de las principales familias de Granada—, por su dedicación al trabajo, por su respeto y reconocimiento a la conducta conciliatoria de las autoridades superiores del Departamento, por lo que tenía absoluta confianza que en él reinaría la tranquilidad para desarrollar su progreso.

Parece que el discurso del Jefe Político de Jinotega, tan amplio para reconocer la labor benéfica de la colonia granadina, no agradó mucho al Jefe Político de Matagalpa, don Enrique C. López, hombre muy reconcentrado de suyo y de pocas palabras, y quien, al terminar de hablar el general Sáenz, se levantó e hizo uso de la palabra. Después de manifestar cierta extrañeza por aquel agasajo tan entusiasta para el Jefe Político de Jinotega, dijo que él, a pesar de considerarse no tener las mismas cualidades externas, ni gozar de los mismos afectos, se sentía garantizado y muy seguro de que no se alteraría la paz en el Departamento bajo su mandato, pues bastaba que él fuera el Jefe Político y que yo fuera el amigo principal de la colonia granadina y el jefe de la oposición al Gobierno para que no se perturbara la tranquilidad pública "porque Emiliano", dijo "fue mi alumno en el Colegio". Al concluir su discurso el señor López, pedí yo la palabra para manifestar mi agradecimiento a don Enrique por haber sido mi profesor de Matemáticas en el Instituto, o sea el conocido Colegio de Granada, pero que encontrándonos ahora en campos políticos opuestos tenía que obedecer, como soldado del Conservatismo, las órdenes que recibiera de mi Partido, y que si alguna de esas órdenes era la de proceder a amarrar al Jefe Político para así poder tomar la plaza, que yo lo haría, a lo cual replicó don Enrique al instante: "Y yo te mataría". "Sí, don Enrique" le contesté, "pero me mataría cuando ya usted estuviera amarrado", diálogo jocoso que causó mucha hilaridad entre los concurrentes. Después de este incidente, se terminó la fiesta, despidiéndonos todos cordialmente.

Prisión en el Cuartel Principal

Antes de terminar esta fase de mi vida en Matagalpa, voy a referirme a otro incidente tenido con las autoridades de ese Departamento:

Cuando el Jefe Político, don Francisco Uriarte apresó a don Luis Vega, con motivo del fracaso, ya relatado, de la conspiración del Cuartel de "La Momotombo", en Managua, omití decir que pocos días después de dicha prisión, llegó Justo Arana, de Granada, montado en una buena mula, muy andadora, y al verme parado en la puerta a la calle de la casa de Horacio Bermúdez, me gritó de largo: "Emiliano, tus tíos están presos en Granada". Oyó esto el Jefe Político que en ese momento pasaba frente a mí y deteniéndose, me dijo: "Usted también debe de estar comprometido. Pase para la cárcel". Y me llevó preso.

Esta prisión tan original es la que dio motivo a que yo fuera enviado de Matagalpa a Managua para ser juzgado en el mismo proceso en que estaban enjuiciados los Chamorro y otros conservadores, proceso que culminó con el decreto de expulsión, por cuatro años, del general Alberto Rivas, del coronel Laureano Hurtado, de Leónidas y Luis Correa, de Pedro José, Pedro Joaquín, Alejandro, Felipe y yo, Chamorro todos, enviándonos a El Salvador.

De la prisión de Matagalpa fui trasladado a la prisión del Cuartel Principal en Managua, que así se llamaba al que estaba en el lugar que ahora ocupa el edificio del Distrito Nacional. En la celda en que fui internado, que era como de trece varas de largo por tres de ancho, estaban ya dieciocho prisioneros políticos. Conmigo subió el número a diecinueve, los que permanecimos allí por un lapso no menor de dos meses antes de ser juzgados. Por supuesto que todos dormíamos sobre el piso de ladrillos de barro quemado, con gran incomodidad. Pasamos esos dos meses sin asiento alguno, mas ninguno de nosotros mostró debilidad, antes por el contrario, siempre se mantuvo un espíritu levantado, de gran carácter y fuerza moral entre los prisioneros.

Recuerdo que encontré allí a don Fernando Solórzano, al General Alberto Rivas, ambos de Managua, a los Generales Leónidas y Luis Correa, de Granada, y al Coronel Laureano Hurtado, de Rivas, así como a Gregorio Salamanca y Felipe Salinas y varios otros cuyos nombres se me escapan de la memoria.

Al exilio

Durante esta prisión me parece que contraí el asma que desde entonces, hasta ahora padezco.

Para juzgarnos, el Gobierno creó un tribunal militar de investigación cuyo fiscal de guerra era el General Francisco R. Torres "Malacate", cuya oficina estaba como a tres o cuatro cuadras de distancia del Cuartel. Allí fui varias veces a declarar y en uno de esos días en que estaba rindiendo mi declaración el General Torres "Malacate" me dijo: "Yo no soy como Zelaya que está perdiendo el tiempo. Yo de lo único que soy partidario es de la fusilación". Entonces le repliqué: "No me importa lo que usted piense, lo que me interesa es que usted termine pronto esta investigación, que si me toca ser fusilado le voy a enseñar a los liberales cómo muere un conservador". El General Torres no dijo nada. Pocos días después, en Consejo de Ministros se decretó la expulsión del país, por cuatro años, de varios de los que estábamos presos y de otros que se habían escondido en los días de la persecución.

Entre los expulsos estábamos, como he dicho, Pedro José, Pedro Joaquín, Diego Manuel, Alejandro, Felipe Chamorro y yo, quienes fuimos embarcados en los primeros días del mes de marzo de 1897, en Corinto, con destino al puerto de La Unión, República de El Salvador.

En San Salvador

Este es un puerto bien abrigado, en el Golfo de Fonseca, que bordean las tres repúblicas centroamericanas de El Salvador, Honduras y Nicaragua. A pesar de que iba de una celda del Cuartel Principal de Managua, donde hacía un calor insoportable, —cuartel que años más tarde fue destruido por combustión espontánea de sus depósitos bélicos inflamables—, me sentía tan molesto por el asfixiante calor que allí hacía, que resolví internarme, al siguiente día, a San Salvador, capital de la República, como en efecto lo hice.

En esta hermosa y populosa ciudad centroamericana ya había algunos nicaraguenses establecidos, como don Pedro Rafael Cuadra y su esposa doña Carmela Chamorro de Cuadra, quien también sufrió atroz persecución de parte del Gobierno del General José Santos Zelaya; don Victorino Argüello y su familia, don Federico Solórzano; el doctor don José del Carmen Gastazoro; don Alfredo Gallegos y don Francisco Huete; todos miembros del Partido Conservador. Del Liberalismo se encontraban todos los Jefes de la Revolución del 90, como don Francisco Baca, el doctor José Madriz, los generales Paulino Godoy, Chavarría, Hernández y Bustos.

El señor Cuadra y su familia tuvieron la generosidad de empeñarse en que me fuera a vivir con ellos; lo que para mí era de vital importancia porque no contaba con fondos necesarios para pagar un hotel. Creo que estuve viviendo con la familia Cuadra como por dos meses, después de los cuales me trasladé a la República de Costa Rica con don Alejandro Chamorro, quien, como se recordará, fue uno de los expulsados de Nicaragua por el término de cuatro años, y quien, como logró no ser capturado, tuvo la oportunidad de salir furtivamente para Costa Rica, de donde había llegado para explorar las posibilidades de conseguir apoyo de Guatemala y El Salvador.

A Costa Rica

De El Salvador, pues, nos trasladamos a Costa Rica en viaje directo desde Acajutla en un barco alemán llamado "Banda". A la altura de las costas del "Papagayo" y como a media noche, sentimos una fuerte sacudida, tan violenta que a algunos de los pasajeros nos sacó fuera de los camarotes donde estábamos acostados. Mi tío Alejandro me dijo entonces: "Toma tu revólver, vamos a ver al Capitán". Al cruzar para la Capitanía, por donde quiera oíamos los gritos: "¡El barco se hunde, el barco se hunde!". Cuando llegamos frente al Capitán encontramos a éste sentado en actitud abatida, con la cabeza entre las manos y repitiendo frecuentemente como autómatas: "Oh, el barco se hunde; oh, el barco se hunde". En vista de esa inacción para dirigir el salvamento, mi tío increpó al Capitán para que hiciera algo, siquiera fuera ordenar que se bajaran las lanchas salvavidas. Como esta llamada de atención, el Capitán reaccionó, se incorporó y comenzó a dar sus órdenes para que se bajaran las lanchas y a suplicar a los pasajeros que tuvieran calma y esperaran la desocupación que comenzaría inmediatamente.

Mientras tanto, las bombas de achicar se ponían en función, haciéndose todo con prontitud increíble. Los pasajeros tratábamos de avistar la costa, aún en medio de la oscuridad de la noche, considerando la posibilidad de llegar a ella al nado. Quizás después de más de una hora de achicar y de que el barco brincaba ya entre las rocas, el Capitán, más tranquilo, nos explicaba que ese barco estaba construido conforme a las técnicas modernas, es decir, en compartimientos independientes los unos de los otros, y que el "Banda" tenía seis, de los cuales sólo dos se hallaban haciendo agua, por lo que las bombas succionadoras podían poner a flote la nave mientras llegaba la marea alta a liberarla del corral de piedras en que estaba aprisionado, como efectivamente sucedió a las seis de la mañana, hora en que conti-

nuamos el viaje, aunque lentamente, hasta llegar a Puntarenas. "Qué alegre es renacer", decíamos todos después de semejante percance.

El Presidente Iglesias

En Puntarenas nos dedicamos a visitar a los nicaragüenses emigrados y residentes. Después de estar varios días en este pintoresco y arenoso puerto, pasamos a San José, capital de la República de Costa Rica, que en ese entonces estaba gobernada por el Presidente don Rafael Iglesias, hombre de grandes energías y de fuerte voluntad, que contaba con numerosos amigos, no sólo entre sus partidarios sino también en la oposición, por las reformas económicas oportunas que estaba introduciendo en su país.

El Presidente Iglesias no simpatizaba con la Dictadura de José Santos Zelaya en Nicaragua, por lo que nos fue fácil acercarnos a él y obtener su promesa de ayuda para promover un movimiento serio para derrocarla.

En la emigración de Nicaragua se encontraban varios elementos de importancia, que antes que nosotros fuéramos expulsados de nuestra Patria, habían estado trabajando allá de acuerdo con nosotros en Nicaragua, pero al llegar a reunimos con ellos, como era natural, cambió la dirección de los problemas políticos y revolucionarios. Aparentemente, hubo conformidad en todos, pero la realidad era distinta. El grupo encabezado por don Manuel Calderón y su hermano Pedro continuó con sus trabajos subterráneos, ocultándose, a fin de que el pueblo conservador no se diera cuenta de que no trabajábamos de común acuerdo. No se descubrió tal trama sino hasta el 17 de Septiembre de 1897, día en que fracasó el movimiento general que ellos habían dado orden de verificar aquí en Nicaragua.

En tal fecha, el asalto de varias plazas departamentales por el Partido Conservador fue ordenado, habiendo sido tomada solamente la plaza de Jinotepe por el General Antonio Reyes. La de Granada fue atacada, acto que llevó a efecto un grupo de conservadores, pero el ataque fue rechazado. En la plaza de Managua, que no fue atacada, se reunió un buen número de conservadores para reforzar a los de Jinotepe y hacer fuerte el movimiento en aquella ciudad, pero habiendo marchado allá la encontraron desocupada, disponiendo entonces todos emigrar a Costa Rica con el doctor don Adán Cárdenas, Jefe entonces del Partido Conservador.

Cuando los Calderón tuvieron conocimiento del fracaso en Nicaragua, y que el armamento que habían enviado a las costas del Pacífico para ser empuñado por la Revolución estaba a punto de perderse, dispusieron poner al corriente de todo a don Alejandro Chamorro, quien inmediatamente dio sus órdenes para que fueran a encontrar a "La Cruz" al Dr. Cárdenas y demás compañeros, y también mandó a recibir dichas armas a un punto de la costa del mar. Se dieron, pues, todos los pasos necesarios para salvar del fracaso dicho movimiento, mas ya era tarde, porque al conocer la salida de Nicaragua del doctor don Adán Cárdenas, casi todo el conservatismo de este país emigró en masa para Costa Rica.

El Dr. Adán Cárdenas y la emigración

He hecho mención del doctor don Adán Cárdenas y no quiero pasar adelante sin dedicarle un recuerdo. El doctor Cárdenas fue uno de los hombres más sobresalientes del país y muy apreciado por sus conciudadanos. Como médico fue eminente; como ciudadano fue ejemplar; como político, sagaz y sincero; y como hombre, fue persona de claro talento y corazón generoso. Siempre he agradecido la amistad que me dispensó, amistad que ha sobrevivido en la de sus hijos a quienes conservo invariable afecto.

La nobleza que en esta ocasión demostraron los Chamorros que estaban en Costa Rica fue muy digna de encomio, porque sin ninguna reconvención a los señores Calderón se pusieron a las órdenes de éstos. Pero, como dije antes, se había perdido la oportunidad. El barco esperado llegó a la costa, y al no encontrar a nadie, se regresó a Panamá con todo y armas.

Al doctor Cárdenas y demás acompañantes, —que pasaban de doscientos— los fuimos a encontrar a "La Cruz", yendo conmigo el General Luis Mena, llevándoles provisiones de boca y vestuarios. En "La Cruz" estaban, en primer término, el doctor Cárdenas y su hijo Miguel; don Juan José Zavala, hijo del ex-Presidente general Joaquín Zavala, y padre del joven don Joaquín Zavala Urtecho; don Pedro Hurtado y sus hijos Emilio, Félix Antonio, Pedro, Francisco y Alejandro, —don Pedro había emigrado hasta con sus hijas mujeres—; el general José María Cuarezma; el general Ramón Fiallos; el profesor de matemáticas don José Trinidad Cajina; don Salvador Lezama; don Carmen Díaz; Hipólito, Manuel y Agustín Torres; don Eduardo Santos; don Eduardo Doña; don Esteban Escobar; don Juan de Dios Matus; don Toribio Fonseca y cien más que ahora se me esca-

pan de la memoria. Entre los acompañantes del doctor Cárdenas tuvimos que lamentar la pérdida del Coronel Cesáreo Guillén, padre del general Gerardo Guillén y de la señorita Saturnina Guillén, la que, como su padre y hermano, fue un elemento valioso del Partido Conservador. El Coronel Guillén murió de una congestión.

De "La Cruz" continuamos el viaje hasta Liberia bajo un tiempo inclemente de lluvias, pues era la época del "cordónazo de San Francisco", tiempo durante el cual estuvimos haciendo evoluciones yendo y viniendo entre "La Cruz" y otros lugares.

Con Luis Mena

En un viaje que con el general Luis Mena hice a "La Cruz", nos encontramos el río de "Los Ahogados", —río de bastante declive—, grandemente crecido, a tal punto que ni los habitantes de los alrededores, ni las bestias, ni ganados, se atrevían a cruzarlo. Muchas personas nos hacían la advertencia de que no nos atreviéramos a pasarlo porque era peligroso que nos arrastrara, pero no obstante esas advertencias, nos resolvimos a cruzarlo el general Mena y yo, confiados en que nuestras bestias eran grandes y fuertes. En efecto, vimos confirmada nuestra confianza en las cabalgaduras, al encontrarnos al otro lado del río sanos y salvos y sin novedad alguna.

Después de esta hazaña, como pudiéramos llamarla, no tuvimos otros incidentes dignos de mencionar, salvo el que me sucedió cuando fui a sostener una conferencia con don José Cabezas, íntimo amigo de don Rafael Iglesias y muy amigo nuestro también, quien vivía en la población de El Sardino donde tenía una propiedad de repasto.

Fui comisionado por la Directiva Revolucionaria para obtener del señor Cabezas una colaboración más eficaz y para que hiciera que los señores Calderón no siguieran obstaculizando nuestros trabajos. Esa conferencia duró varias horas mientras afuera llovía torrencialmente, sin que me diera cuenta de ello, tal era mi abstracción en la conversación que sosteníamos. De regreso, al llegar al río "Palma" y comenzar a cruzarlo, sentí que la mula principiaba a nadar antes de llegar a la corriente principal. La goberné de nuevo para la orilla en busca de una parte más seca, la que encontré en un sitio donde anteriormente habían intentado hacer un puente; aquí la lancé otra vez al agua que ya era profunda y arremolinada, de modo que hacía dar vueltas a la redonda, en el mismo lugar, a la bestia, hasta que

la fuerza natural de la corriente me sacó de la montura, saliendo, animal y yo, nadando, hasta alcanzar la otra orilla, pero antes de llegar, tal era mi angustia y desesperación, que me agarré de una ramita de “babillo” que crecía a la orilla del paredón y con la cual me ayudé a salvarme, confirmándose así el dicho aquél: “El que se está ahogando de una ramita se agarra”.

Domingo Vargas

Una vez llegada la emigración a Liberia, el General Cuarezma, hacia de Jefe Militar, nos distribuyó en grupos a diferentes puntos, tocándome a mi ser destacado a Filadelfia, Costa Rica, en donde, no obstante ser una población aislada y de pequeña significación tuve que cambiar de nombre para despistar a los espías del gobierno de Nicaragua, que mantenía gran vigilancia sobre la mayor parte de los miembros de la emigración, entonces, por mucho tiempo, usé el nombre de Domingo Vargas y me acostumbré a él hasta el extremo que si alguna vez en esos días me hubieran llamado por mi propio nombre ya no me hubiera dado por aludido.

Antes de que ocurriera la intentona de tomar el cuartel de Granada el 17 de septiembre de 1897, teníamos fuertes trabajos emprendidos para que don Rafael Iglesias nos diera el apoyo necesario para derrocar al gobierno de Zelaya. El señor Iglesias se mostró muy anuente, y en consecuencia, le presentamos un plan para la toma de la plaza de Granada, y otras más, y también la del vapor “Victoria”.

El señor Iglesias le dio gran importancia a este plan e hizo hincapié sobre la toma del “Victoria”, para lo cual dispusieron mandarme de incógnito al puerto de San Carlos, para asegurar allí la toma de dicho barco y no en el puerto de Granada.

No recuerdo exactamente la fecha en que, acompañado de don Felipe Chamorro, de Rivas, salí de incógnito hacia Liberia, para luego seguir para San Carlos, rumbo el río “Melchora”, donde vivía don Salvador Bravo; pero sí puedo asegurar que fue durante la estación lluviosa porque cuando llegamos a la bonita población de Las Cañas estaba lloviendo torrencialmente. Desde un poco antes de llegar a esta población nos informamos de las casas en que podíamos alojarnos, más habiendo llegado se nos negó el hospedaje en todas partes donde lo solicitamos. Ante esa negativa mi compañero y yo resolvimos bajarnos de las bestias y guarecernos del aguacero. Quiso la casualidad que el lugar que escogimos para esto, y aun para pasar la noche, al aire

libre en la plaza pública, fuera frente a donde residían unas señoritas de apellido Rojas, las que seguramente apenadas de ver nuestra triste situación, nos llamaron para decirnos que ellas no nos habían dado alojamiento porque estaba su padre ausente, pero que estaban seguras que conseguiríamos lo que necesitábamos en una casa que nos señalaron; pero nosotros ya habíamos solicitado en esa casa y fue allí donde se nos negó primero el hospedaje, mas a pesar de que así se lo dijimos a las señoritas Rojas, ellas insistían en que debíamos solicitarlo de nuevo porque allí era donde siempre daban hospedaje, por lo que al fin resolvimos ir otra vez a solicitarlo y en esta ocasión se nos concedió: era una casa con gente bastante humilde.

Ya ese día era muy tarde y no hicimos otra cosa que buscar donde empotrerar las bestias, lo cual pronto conseguimos. Durante las primeras horas de la noche conversamos con la familia de la casa, contestando las preguntas que nos hacían y explicándoles que nuestra presencia obedecía al empeño en buscar unas minas de oro que nos habían informado existían por esos lados, pues nosotros éramos mineros que pasaríamos en la montaña en busca de esos minerales hasta una semana, por lo que íbamos a procurarnos provisiones de boca, como en efecto lo hicimos al siguiente día, saliendo a comprar lo necesario para llevar en el camino que emprenderíamos por montañas desconocidas, casi inexploradas hasta el "Río Frío", y habitadas por las tribus de los "guatusos".

Al tercer día de estar en Las Cañas salimos para nuestro destino. A cuatro leguas de este lugar, no encontramos ya camino para bestias y tuvimos que dejarlas al cuidado de un campesino, propietario de una pequeña huerta, siguiendo a pie el viaje, por veredas, guiados por un baqueano. Al segundo día de camino llegamos a una laguneta a cuya orilla, según el guía, habían estado unos indios guatusos, por los restos que encontramos de unos pescados, con escamas y tripas y esponjados, siendo así cómo ellos se los comían crudos. Continuamos la caminata por una montaña enmarañada, cubierta de árboles milenarios, lianas, gruesos bejucos y toda clase de extrañas trepadoras, hasta llegar a un caserío del mencionado Río Frío, habitado en su mayor parte por nicaragüenses llegados del puerto de San Carlos.

Por aquella época se encontraban todavía vestigios y descendientes de caribes y de las tribus de los guatusos. Me parece que fue un ganadero llamado Francisco Solano, padre del Dr. Salvador Solano, progenitor de familia honorable granadina, el que abrió y estableció una ruta para llegar hasta Alajuela, formán-

dose así una línea divisoria entre Nicaragua y Costa Rica, y de este modo la faja de tierra que nos pertenece se fue poblando de nicaragüenses.

Aunque mi compañero Felipe Chamorro era completamente desconocido por aquellos lugares, nosotros siempre tomábamos precauciones procurando evitar el contacto frecuente con la gente de aquellas zonas para no cometer indiscreciones. Aquí tuvimos que alquilar un bote y buscar un nuevo guía para que nos llevara parte por río y parte por tierra, hasta llegar a una propiedad que queda sobre la margen izquierda del Río San Juan, que era entonces de un señor Medina y que fue más tarde del señor Kautz.

Al entrar la noche de ese día, esperamos que las gentes donde nos hospedamos apagaran las luces y se retiraran a sus dormitorios para ir furtivamente a robarnos un bote que estaba a la orilla del río, cruzar éste y remontar el caño Melchora hasta llegar a la propiedad de don Salvador Bravo, que era la persona tras la cual andábamos para planear la toma del puerto de San Carlos y también la toma del vapor Victoria, y a quien felizmente encontramos en su casa.

Don Salvador Bravo

Don Salvador Bravo, era un hombre de edad pues ya pasaba de los sesenta años, amanerado, de buenas costumbres y de muy buen juicio. Después de una conversación de tres horas, examinamos el pro y el contra de ambos proyectos y concluimos en que San Carlos era el mejor lugar para llevar a efecto la toma del "Victoria", ya que el puerto no ofrecía dificultad alguna, siempre que pudiéramos mantener en secreto todas las operaciones por realizar hasta el momento de operar. Convenimos en que después que tuviéramos una segunda conferencia, a mi regreso de Costa Rica, fijáramos fecha y recorreríamos de nuevo los detalles, a fin de que no se nos escapara nada para realizar con éxito la operación. Esa misma noche regresamos, don Felipe, el baqueano y yo, dejando el bote en la hacienda San Francisco y llevándonos el recuerdo de la magnífica cena con que nos obsequiaron don Salvador Bravo y su amable familia.

Al llegar nuevamente a Las Cañas ya no encontramos dificultad para conseguir alojamiento, como la primera vez. Después de acomodarnos, salí a conversar con el telegrafista, un señor de apellido Alvarado, para por su medio comunicarme con el Presidente Iglesias e informarle del éxito hasta aquí obtenido

y de los planes militares, siempre que pusiera en mis manos los elementos de guerra por él ofrecidos. El señor Iglesias me respondió que durante mi ausencia las cosas habían cambiado, ya que otras personas habían llegado a San José con otros planes y que yo fuera allá, a la capital, para imponerme de ellos.

Capítulo R

Jefe Expedicionario

Sin pérdida de tiempo me puse en marcha porque estaba ansioso de conocer el nuevo plan y a las personas que habían llegado con él. A mi llegada, ambas cosas dejaron de ser una incognita para mí, pues los nuevos llegados eran: don Pedro Joaquín Chamorro, abuelo del joven escritor político Pedro Joaquín Chamorro Cardenal y don Francisco del Castillo, abogado de nota de la ciudad de Granada; y el nuevo plan que llevaban era que la toma del vapor "Victoria" debía de hacerse conjuntamente con la toma de la plaza de Granada. Estos señores aseguraron que habían dejado todo planeado para realizar esta operación, y que tenían cuatrocientos hombres listos en una hacienda cercana a "Charco Muerto", en la zona del Cerro Mombacho, gente que se había reunido a ellos después del ya conocido fracaso de la toma de los cuarteles de Granada, el 17 de septiembre.

Cuando conocí todo ese informe, les di mi opinión, no precisamente contra el plan de ellos, sino en favor del de San Carlos, que presentaba, a mi juicio, mayores probabilidades de éxito. Sin embargo, don Pedro Joaquín y el señor del Castillo mantuvieron con mucho calor la defensa de su plan, lo que impresionó mucho a su favor al General Leónidas Plaza, Inspector General del Ejército de Costa Rica, y más tarde, Presidente de la República del Ecuador, su patria.

Dos o tres días después fui llamado por el doctor don Adán Cárdenas a quien encontré reunido con el Comité Revolucionario Nicaragüense y el general Plaza, representante del Presidente Iglesias. Al llegar donde estaban todos reunidos, el doctor Cárdenas, Jefe del Partido Conservador, me dijo: "Te llamé para informarte que el Presidente Iglesias nos ofrece su decidido apoyo para terminar con la tiranía de Zelaya. A informarnos eso ha venido el general Plaza". Entonces éste, tomando la palabra y dirigiéndose a mí, dijo: "Pero Iglesias quiere que usted vaya como Jefe de la expedición a tomar Granada".

A la propuesta de que yo me hiciera cargo de lo que dimos en llamar "la expedición al Cerro Mombacho", manifesté que no estaba de acuerdo con el plan de esa expedición por considerarlo

basado en suposiciones que no resultarían ciertas, como la de que yo encontraría gente lista en la hacienda "California", contigua a "Charco Muerto", como efectivamente no los encontré; por eso fue que a la propuesta del General Leónidas Plaza —Inspector General del Ejército de Costa Rica y vocero de don Rafael Iglesias ante la oposición nicaragüense— respondí que yo no me hacía cargo de esa expedición porque, creyendo que iba a fracasar, consideraba que aumentaría las posibilidades del fracaso el hecho de que el jefe mismo de ella no creyera en el triunfo, ni tuviera fe en el éxito.

Después de esta mi negativa a aceptar la jefatura y de recomendar que se nombrase al General Luis Mena como jefe, me retiré a la pieza de mi hotel donde pocos minutos después llegó mi padre a decirme que reconsiderara mi determinación, y a instarme a que, aunque fuera para mí un sacrificio aceptar tal jefatura, debería hacerlo, porque un Chamorro no debía excusarse de prestar un servicio que podría resultar en favor de la Patria, y además, porque el General Plaza, en nombre de don Rafael Iglesias, le había notificado que si yo no era el jefe de esa expedición, no daría los elementos de guerra. Con estas observaciones de mi padre, que me hizo con voz suplicante y casi con lágrimas en los ojos, volví donde estaban todavía reunidos los señores para manifestarles que si no encontraban otra solución que darle a la expedición, aceptaría, pero que tuvieran presente que les había advertido del posible fracaso, y que, además, me dejaran ir sin itinerario fijo y sin fechas señaladas de antemano, si tanto era su empeño.

Así fue cómo quedó resuelta mi salida de San José para Liberia al día siguiente, 26 de Enero de 1898, para de allí emprender el viaje al Cerro Mombacho, y no a San Carlos, como se tenía planeado originalmente.

La expedición estaba compuesta de 27 hombres, entre los que figuraban el General Luis Mena, que en paz descanse, el General Calixto Talavera, dos o tres hermanos suyos, y varios otros cuyos nombres no recuerdo, pero quienes eran hombres decididos a enfrentarse a la lucha. En la tarde de ese día 26 llegamos al "Nancital" donde pasamos la noche, saliendo en las primeras horas del 27 para "Charco Muerto". Por la tarde, antes de alcanzar la Isla de Zapatera nos azotó un chubasco bastante fuerte el que puso a todos algo nerviosos, porque con la carga y la gente que llevaban los botes, apenas si salían éstos unas cuatro pulgadas del agua, así es que íbamos corriendo ese chubasco casi a nivel de la regala de los botes, por lo que varios de los pasajeros me pedían con insistencia que arrojáramos algunos rifles y algo del parque al agua; yo siempre les contesté

que primero nos echaríamos nosotros al agua antes que la carga, y que en caso de tener que hacerlo así debíamos agarrarnos fuertemente de la regala de los botes para no ahogarnos, pero felizmente todo pasó bien y pronto logramos llegar a “Charco Muerto” y no hubo necesidad de echar carga al agua, ni de que ninguno de nosotros continuara el viaje entre el agua, asido de la borda.

Lo primero que supimos al llegar a “Charco Muerto” fue que hacía pocas horas habían estado a buscarnos y a registrar la hacienda unas tropas del Vapor “93”. Desde luego que con esta noticia mi alarma fue grande. También pudimos constatar que los trescientos o cuatrocientos hombres que habían prometido don Pedro Joaquín Chamorro y don Francisco del Castillo, se habían ido a sus respectivas casas después que esos señores habían salido para Costa Rica, dejando todo aquello completamente solitario.

Doña Carmela Chamorro de Cuadra

En vista, pues, de que no había nadie por aquellos alrededores que nos pudiera informar de la gente, resolví ir a la hacienda “Cutirre” de don Salvador Jiménez, y allí no encontré tampoco ninguna información. Decidí entonces enviar un comisionado a Granada donde don Salvador Jiménez para que me hiciera el favor de llegar a su hacienda ese mismo día para que conferenciáramos. El enviado era un entonado del mandador de la hacienda, conocido del Sr. Jiménez, pero éste no le dio crédito al muchacho, ni a una cartita mía que con él le había escrito, resultando que se negó a ir y lo amenazó con denunciarlo como espía, por lo que el muchacho se regresó alarmado. Yo también participé de su alarma, mas insistí en enviarlo donde doña Carmela Chamorro, esposa de don Pedro Rafael Cuadra, quien para entonces había regresado a Granada.

Esta señora era hija de don Pedro Joaquín Chamorro —que fue Presidente de la República del año 76 al 80— y pertenecía a una de las familias más distinguidas por su cultura y por su posición económica. Su esposo era también miembro de otra familia igualmente prominente, con las mismas características sociales, económicas y políticas, por lo que al efectuarse el enlace del señor Cuadra con la señorita Chamorro pareció más bien que fuera un matrimonio de conveniencia política y no nacido de las travesuras de Cupido; sin embargo, con el tiempo se vio que políticamente no dio el resultado que muchos se esperaban, pero sí fue un matrimonio ejemplar, como nacido del amor.

Cuando vino la época de las persecuciones, confiscaciones de propiedades y multas forzosas, doña Carmela Chamorro de Cuadra tuvo una figuración brillante, porque su esposo, antes de dejarse capturar, se ocultó, dando ocasión con esto para que el Gobierno pusiera riguroso sitio a la casa de la familia. La señora Chamorro de Cuadra sufrió numerosos días, sin alimento alguno, y siempre que la autoridad le exigía la entrega de su marido, lo negaba con actitud desafiante y respondía con altivez a las preguntas de los esbirros del Gobierno.

Esa era la señora de carácter de acero toledano, pudiera yo decir, a la que ocurrí para pedirle, por medio del mismo enviado que mandé donde don Salvador Jiménez, que a su vez me enviara un comisionado a la hacienda "Cutirre" donde yo me había trasladado. Pero había sucedido que mi mensaje anterior al señor Jiménez, fue comunicado al doctor Juan José Martínez para que éste buscara una solución o resolviera lo que convenría ante mi solicitud, y lo que se resolvió fue poner sobre aviso a todas las familias donde se creía que podrían llegar espías de Zelaya, con iguales o parecidos mensajes, para que no fueran a caer en una trampa. Por eso, cuando mi comisionado llegó donde la señora Chamorro de Cuadra ya encontró a ésta prevenida por el doctor Martínez, de que llegaría un individuo como enviado de Emiliano Chamorro, pero que efectivamente era espía de Zelaya y que había que tener cuidado con él y no darle conversación, como en efecto lo hizo doña Carmela. El comisionado tuvo que regresarse, llegando sumamente asustado por el recibimiento hostil y declarándome con energía que no volvería a desempeñar esta misión mía. Ante esta negativa y la dificultad que se me presentaba para identificarme ante esas personas que se negaban a oír explicaciones, y para convencerlas de la verdad de que realmente me encontraba yo allí, llegado de Costa Rica, no vi otra solución que la de ir personalmente a la ciudad de Granada, —aún corriendo el riesgo de ser reconocido por alguna autoridad—, para tratar directamente con ellas.

Emprendí viaje a eso de las cuatro y media de la tarde y un poquito más allá de "Taguay" encontré a tres mujeres que estaban recogiendo leña, aunque ellas me dijeron que era "burusca" lo que buscaban. Por ser un poco temprano para entrar a Granada resolví entretenerme ayudándoles a aquellas mujeres a preparar su leña. Entre ellas había una bastante joven que fue a la que dediqué principalmente mi atención. Al mismo tiempo que le cortaba leña, conversábamos; ella me hacía muchas preguntas como para identificarme y yo le respondía con bastante cautela, tratando de hacerme pasar por trabajador de la hacienda de Juan Bodán, propiedad sita en el Cerro Mombacho, y origina-

rio de las Segovias. Así pasamos la tarde, mientras se iba aproximando la noche, y por fin emprendimos viaje a Granada. Cuando llegamos al Cementerio vi que todavía estaba bastante claro y que no era prudente mi entrada a la ciudad a esas horas; entonces le propuse a la joven quedarnos allí, en una venta, para descansar y tomarnos un refresco. Aceptaron las compañeras que yo las detuviera para tomarse el refresco. Le pregunté a la fresquera qué clase de refrescos tenía, que nos sirviera enseguida, y ella al servirlos me los pasaba a mí para que yo a mi vez se los pasara a las mujeres. En una de tantas, la vendedora me dijo: "Yo te conozco". Yo me llevé, con disimulo, la mano a la boca como indicando que se callara. Al acabar de servir los refrescos, le dije: "Quiero agua, pero del cantarito que tienes adentro", y al meterse a sacar el agua, me metí yo también, y le dije: "Tú no me conoces, ni yo te conozco. Yo soy un segoviano que vengo de los trabajos del Jefe Político Juan Bodán". "No sé", me dijo ella, "de donde vienes, pero tú eres Emiliano, el hijo de don Salvador Chamorro. No tengas miedo que yo soy la María Masaya que junto con la Casimira te recogía armas en Managua".

A mí me pareció como algo bajado del Cielo que me enviaba un auxilio para salir bien de mi misión. Salí donde estaban mis compañeras de leña y les dije que iba a quedar allí en esa casa y ellas siguieron su camino. Entonces la María me indicó que me fuera a meter a la caseta del baño que estaba como a diez varas de la parte trasera de la casa y de allí mandé con ella una nueva carta a doña Carmela haciendo referencia a ciertas cuestiones que habían pasado entre la señorita Petrona Morales y yo cuando éramos novios y que solo muy pocas personas conocían. En esa forma, por fin, conseguí que mandara a alguien que hablara conmigo y llegó el Dr. Benjamín Cuadra, quien me conocía muy bien, y con quien, después del reconocimiento, saludos, etc., entré a platicar sobre la urgencia del envío de gente al Cerro para empuñar 200 rifles que habíamos llevado de Costa Rica, le hice ver además la necesidad de que esa gente debía llegar, si era posible, esa misma noche para poder yo asaltar Granada al día siguiente. El joven Cuadra, lleno de entusiasmo, salió a comunicarle a doña Carmela la realidad de mi estadia en la ciudad con las armas necesarias para derrocar al Gobierno de Zelaya, ofreciéndome volver esa misma noche, para comunicarme lo que doña Carmela tuviera que decirme al respecto, de cómo estaba defendida la ciudad y la manera que se juzgara más factible de atacarla con éxito.

Durante el tiempo transcurrido entre el viaje del señor Cuadra y su regreso, estuve dos o tres horas encerrado en el mismo cuartito de baño, y como había una luna muy hermosa y clara, con facilidad se veía la gente que venía por las calles y caminos

que van para Diriomo y que eran los mismos que nosotros teníamos que seguir para ir a "Cutirre". Eso dio lugar a que yo estuviera muy entusiasmado en mi encierro, pues cuando pasaban grupos y grupos de gente —que realmente iban a la fiesta de Candelaria— yo consideraba que era la gente que mandaba doña Carmela a empuñar las armas que estaban en "Cutirre"; fue esta una ilusión que me mató el joven Cuadra cuando me informó que sólo nueve habían podido conseguir mandar hasta esas horas de la noche. Después de esta conferencia, me despedí del joven Cuadra y de la María Masaya, a quien le agradecí el hospedaje y le dije que me parecía un ángel bajado del cielo a socorrerme en un momento difícil.

En el Mombacho

En la travesía que hice de regreso a "Cutirre", en cierta parte del camino, bastante oscuro y plantado ambos lados de "chagüite", por un punto que llamaban "La Calera", oí ruidos y como voces entrecortadas que me hicieron sospechar primeramente que se trataba de algunas gentes del Gobierno, pero por el silencio que después siguió entre ellos mismos comprendí que eran gente que más bien querían ocultarse para que no se dieran cuenta de su presencia por aquellos lugares, y creí posible que fueran de la gente enviada por doña Carmela. Entonces resolví levantar la voz y decirles que ya los había visto; que no siguieran ocultándose; que yo no era ningún agente del Gobierno, sino un simple trabajador de la hacienda de Bodán. Tras mis voces salieron de su escondite y nos reunimos todos e hicimos un solo grupo y caminamos juntos hacia "El Cerro".

En el trayecto cada uno de ellos me disparaba pregunta tras pregunta buscando como identificarme como verdadero trabajador de Bodán u otra persona más sospechosa, y yo me defendía bastante bien, y a la vez les ponía algunas cuestiones para identificarlos a ellos. Por fin, cuando ya estaba cerquita de "Cutirre" uno de ellos se atrevió tanto en las preguntas, que me llegó a hacer, con bastante claridad, una invitación para irme a la Revolución, a lo que yo no respondí sino hasta que estaba en la hacienda "Cutirre". Allí les di mi verdadero nombre, y al oír que era Emiliano Chamorro, demostraron una gran alegría y me dieron abrazos tras abrazos. Lástima es que de esa gente sólo recuerdo los nombres de Salvador Arana, Chico Gato, y nada más.

Esa fue toda la contribución de Granada a mi famosa expedición del Cerro Mombacho. Contando que ese contingente que yo mismo fui a buscar a la ciudad, la Revolución entonces disponía de 36 hombres, en lugar de los 200 ó 300 que don Pedro

Joaquín Chamorro y don Francisco del Castillo dijeron que encontraríamos reunidos en el Cerro. Por eso, en lugar de marchar sobre Granada, resolví hacerlo sobre Nandaime para hacer alguna llamada de atención a las fuerzas del Gobierno, a fin de que no destacara todas sus fuerzas sobre el núcleo fuerte que llegaría a tomar San Juan del Sur.

Nandaime lo tomamos con alguna facilidad, aunque hubo bastante tiroteo, pero poco tiempo después lo desocupamos, tomando siempre la dirección del Cerro y nos estacionamos en un lugar llamado "La Guaira". En Nandaime se nos incorporaron varios nuevos contingentes. Ya habían engrosado nuestras filas personas como don Dionisio Monterrey, José León Talavera, Pedro Rafael Monterrey y otros más que cuyos nombres he olvidado.

En "La Guaira" tuvimos un ataque de la caballería del Gobierno a la que derrotamos con facilidad, después de lo cual seguimos nuestra marcha a "Cutirre", siempre con la idea de atacar y tomar Granada. Pero aquí recibimos un correo de doña Carmela con la noticia de la llegada a dicha ciudad de don José Dolores Gámez, con un número de tropas como de 600, para reforzar la plaza y atacarnos con la Politécnica de Zelaya, comandada por un militar alemán llamado Coronel Varens. Con esos datos, en lugar de marchar sobre Granada resolví esperarlo allí en "Cutirre", lugar de posición estratégica. "Cutirre" en ese tiempo, tenía una parte completamente limpia, despalada o desarbolada, que quedaba frente a la casa, un poquito separada de una especie de cordillera de piedra que daba lugar a ocultar la tropa. Y yo hice precisamente eso. Hice que se extendiera la tropa detrás de la piedra y dejar la entrada libre para que Varens se metiera sin sospechar que yo estaba allí realmente.

Efectivamente, allí entró la tropa de Varens como 200 hombres, y en un momento dado los volvimos locos. Era divertido ver como corrían de un lado a otro, sin saber de donde les llegaba el fuego. Muchas de sus armas fueron abandonadas por ellos, y nosotros las recogimos después.

Pero no eran armas lo que necesitábamos, era gente que siempre nos hizo mucha falta.

Después de la derrota del Coronel Varens, recibí un correo de Granada enviado por doña Carmela Chamorro de Cuadra, —quien con gran actividad me mantuvo siempre bien informado de todos los movimientos de la fuerza del Gobierno, y quien nos enviaba constantemente provisiones, felicitándome por el triunfo

y avisándome que para el día siguiente estaban preparando el envío de todas las fuerzas que tenía el Gobierno de Granada para atacarme y barrerme del Cerro.

Como no tenía interés especial en pelear y el objetivo de mi misión había fracasado, pues no era otro que el de tomar Granada y con ella el vapor Victoria, ya entonces resolví desocupar el Cerro esa misma noche, como efectivamente lo hicimos procurando destruir toda huella que pudiera servir de indicio para conocer la dirección que habíamos seguido.

Esa noche llegamos cerca de la hacienda El Volcán de los señores Monterrey, haciendo alto en un paraje adecuado. Dispusimos allí esperar el día y descansar las pocas horas que faltaban para el amanecer, para luego continuar la marcha a fin de unir mis fuerzas con las que de Costa Rica debían haber llegado a San Juan del Sur al mando de don Alejandro Chamorro, jefe verdadero de la revolución.

Don Alejandro Chamorro

No soy yo el llamado a describir la personalidad de don Alejandro Chamorro, que para mí fue el elemento humano más valioso que el Partido Conservador tuvo para enfrentarse a la lucha contra la dictadura del general Zelaya, pero diré que el señor Chamorro era un hombre elegante, inteligente, de una mirada que ejercía un dominio extraordinario sobre su interlocutor, de fácil palabra y lenguaje persuasivo; más nada de lo que yo pudiera decir sería un retrato fiel de su personalidad y sobre todo el valor que sus méritos le daban a los movimientos conservadores que se desarrollaron entonces. Desgraciadamente desapareció joven del escenario de la vida a causa de la enfermedad de amebas que padeció. Así es que para 1910, cuando cayó Zelaya, él tenía unos dos años de haber muerto.

Guerrillas en el Cerro

Como decía anteriormente, esa noche penetramos en un lugar de la hacienda El Volcán, donde como a las doce de la noche llegó un individuo que andaba en busca mía para participarme que la invasión a San Juan del Sur se había llevado a efecto, pero que había sido rechazada con sensibles bajas de nuestra parte, entre ellas la del valeroso joven Horacio Bermúdez; que después del rechazo de San Juan del Sur, se había intentado el asalto de Rivas, pero que también ese otro proyecto había

fracasado, lo que ponían en mi conocimiento para que yo prosiguiera en mi actuación militar con conocimiento del fracaso de la invasión.

Solamente habiendo estado en mi lugar en el momento preciso en que recibí aquel fatídico mensaje pudiera alguien darse cuenta exacta del tremendo choque que tal información me produjo. Recuérdese que estaba en la plenitud de mi juventud, con la fe ciega de que cada uno de los que invadían era un héroe invencible, por eso aquel fracaso lo vi como que si el mundo fuera a desaparecer con la derrota de la Revolución. Así es que mi existencia la consideré de pronto innecesaria y ciego de pesimismo desenfundé mi revólver para suicidarme. Pero en el instante mismo de actuar, pasaron por mi mente, como un relámpago, los siguientes pensamientos: ¿Qué dirían los liberales de aquel acto mío? ¿Cómo lo juzgarían? Y el temor de que pudiera considerarse de que había cobardía de mi parte al poner término a mi vida, me hizo pensar que a mí me correspondía en aquel momento demostrar que era un hombre de lucha y que con solo aquel puñado de hombres podía enfrentarme a las fuerzas de Zelaya, y así lo hice, manteniendo, por varios meses, una incesante guerrilla en los Departamentos de Rivas y Granada y parte de Caramorrazo, no habiendo salido para Costa Rica hasta que la paz entre Nicaragua y Costa Rica fue firmada, por mediación de El Salvador.

De común acuerdo con el general Luis Mena, convenimos en separarnos para hacer más fáciles los movimientos de las columnas. En ese lapso tuvimos varios encuentros con las fuerzas del Gobierno y nunca tuvimos uno que fuera de efectos desfavorables para nosotros.

Recuerdo que estando acampado en un lugar de la hacienda "San Marcos" de don Marcelino Marengo, sobre el Río Ochomogo, —cuya familia era una gran colaboradora en este movimiento revolucionario, por lo que más tarde fue arruinada por las fuerzas de Zelaya, que saquearon la propiedad y reconcentraron a la familia con todo y el servicio, a Rivas—, nos estábamos bañando en el río, cuando llegó en carrera uno de los sirvientes del señor Marengo a participarnos que las fuerzas del general Francisco V. Uriarte, "Bartolito", compuesta de 200 hombres acababa de llegar. Nosotros tendríamos unos sesenta hombres. Inmediatamente pedí a todos los compañeros de baño que nos fuéramos como estábamos al campamento y a medio vestir llegamos donde estaba el grueso de nuestra fuerza.

Al darles la noticia y las primeras órdenes de defensa, los Coroneles don Dionisio Monterrey y don José León Talavera, que montaban dos potros preciosos corrieron a ensillarlos, pero

yo les ordené suspender la preparación de las bestias, a lo que ellos inmediatamente obedecieron. Y les expliqué que esa orden se las daba para evitar que la tropa se desalentara y que viera que jefes y oficiales estábamos dispuestos a correr la misma suerte que ellos. En ese campamento teníamos dos cornetas, a quienes les di instrucciones para que al abrirse el fuego ellos corrieran para un lado y para otro en distintas direcciones tocando: ¡Fuego! y ¡Carga a la bayoneta!, para infundir temor a los atacantes y que consideraran que al tocar muchas cornetas era porque teníamos muchas tropas.

El enemigo no tardó mucho en presentar su ataque y tan pronto como principió el fuego, principiaron los cornetas a funcionar, lo que dio muy buen resultado, porque al sonar por varias partes creyeron que yo tenía más gente que ellos y que no serían suficientes los 200 hombres que habían enviado para desalojarnos y se retiraron dejando unos 2 muertos. Hasta nosotros mismos nos entusiasmos con el toque de los cornetas.

Hago mención de este encuentro porque le he dado mucha importancia al hecho de no haber permitido a mis amigos Monterrey y Talavera preparar sus bestias al principiar el fuego, y creo firmemente que el coraje que mis soldados mostraron en ese pequeño encuentro, se debió a que ellos vieron que todos nosotros estábamos también con el arma al brazo peleando junto con ellos.

No quedó en aquellos lugares una sola alma que pudiera ir a dar cuenta a la autoridad que nos habían visto y por consiguiente éramos más dueños de ese territorio ahora que antes de la escaramuza. En cuanto a nuestra alimentación nuestra proveedora, doña Carmela Chamorro de Cuadra, tenía a un señor Romero con quien nos mantenía proveídos pues ella conocía perfectamente bien todos nuestros movimientos y sabía donde mandar a buscarlos.

Después del combate con Uriarte nos fuimos al "Pital", propiedad de don José María Zavala, pero resultó que cuatro días después de estar allí se presentó el enemigo, sin darnos cuenta por quien era comandado, ni en qué número, pero el hecho es que teníamos dominadas a las fuerzas del Gobierno que no resistían mantener un fuego por más de un cuarto de hora.

Resolvimos no perder tiempo en abandonar ese lugar y salimos a la ventura, puede decirse, buscando un lugar más solitario. Efectivamente encontramos un punto en que había platanales cerca y allí decidimos quedarnos. Una carga de dulce era por entonces, toda nuestra provisión, así es que nos vimos obligados a permanecer durante nueve días a sólo agua, plátanos y dulce. Esos nueve días los pasamos sin incidente alguno.

Después de nueve días de estar en ese lugar donde sólo dulce panela y plátanos comíamos, tuvimos informes de que las fuerzas que andaban en nuestra persecución habían sido reconcentradas a la ciudad de Granada y esta fue la ocasión que consideramos propicia para cruzarnos a otro lugar en donde pudiéramos pasarla en mejores condiciones que en esa quebrada en que estábamos, y nos fuimos a un punto que queda entre la jurisdicción de Nandaime y Diriomo, que creo se llamaba "Loma Larga".

Regreso a Costa Rica

El objeto de esta nueva retirada era esperar el resultado que tuvieran las pláticas sobre el restablecimiento de la paz entre Nicaragua y Costa Rica que se discutía en El Salvador donde el Presidente Regalado hacía de mediador. En Costa Rica, según sabíamos todos hablaban públicamente de que si había una ruptura de las pláticas, entonces vendría la guerra entre ambos países y que la emigración nicaragüense sería armada por el Presidente Iglesias.

Por eso decidí salir del país con mi grupo de gente armada, y preferí mantenerme con ellos hasta no ver definitivamente lo que resultaba de todos aquellos rumores. El final, como todos saben, fue que la paz se firmó, por lo que nosotros, tres o cuatro días después, abandonamos Nicaragua para ingresar a Costa Rica y unirnos al grueso de la emigración y ponernos a las órdenes del Doctor don Adán Cárdenas, entonces único jefe reconocido del Conservatismo y a quien todos respetábamos.

En esta cruzada libertaria, que se conoce generalmente como la Revolución del Mombacho, sobresalieron elementos de Nandaime que se distinguieron por su valor y disciplina, así como por su resistencia física en las jornadas, que ya fuera de día o de noche, hacíamos constantemente. En esta misma ocasión a que me refiero se distinguió la Mujer de Nandaime representada en doña Jacinta Navarro, la que no dejó pasar un día sin darnos informes sobre los movimientos de las fuerzas de la Dictadura, ni sin mandarnos algunas provisiones, ella, a la cabeza de muchas otras amigas de Nandaime.

El entusiasmo de las familias Talavera, Rueda, Monterrey, Noguera, y la de "la Nazaria" —como era conocida aquella otra valiente mujer del pueblo— era comentadísimo, y la fuente donde el jefe expedicionario templaba su espíritu. Toda esa zona bullía de entusiasmo; por todas partes se encontraban simpatizantes. Como en Pueblo Nuevo y Belén donde hasta los perros aullaban de modo peculiar, como para que sus aullidos no de-

nunciaran la presencia de revolucionarios. En cuántos conflictos me pusieron los perros de otros lugares que con sus inoportunos ladridos y aullidos me hacían pasar sustos y sudar helado cuando iba en cumplimiento de alguna importante misión secreta, pero no así en Belén y Pueblo Nuevo, donde la vigilancia perruna jamás me detuvo en el cumplimiento de mi obligación.

Después de mi ingreso a Costa Rica adonde llegué con una docena de mis compañeros, los más escogidos entre mi gente por su valor y buen comportamiento, pasé a Punta Arenas a visitar a algunos deudos míos como don Pedro Joaquín y don Pedro José Chamorro, —a quienes ya encontré establecidos con negocios de destace de ganado—, y a viejos nicaragüenses amigos como los Doctores Quesada, Barberena y Montiel, así como a don Juan de Dios Matus.

En Turrialba

Después de permanecer unos días en Puntarenas pasé a Turrialba, donde en sociedad con don Adolfo Díaz establecí una siembra de tabaco en terrenos de don José Bonilla, persona de familia distinguida de Cartago, cuyos miembros son amigos y familiares de la familia Díaz.

Me trasladé, pues, como digo, a Turrialba llevándome algunos de mis compañeros de armas que todavía no habían encontrado trabajo, para con ellos limpiar el terreno de la siembra.

Cuando principiamos a trabajar observé que lo que cada uno hacía al día no era ni la mitad de una tarea, y que sólo se dedicaban a dormir y a comer, por lo que pronto me di cuenta de que aquella clase de trabajadores no me convenía, más para poderlos tirar tenía que usar de alguna forma con la que ellos no se sintieran molestos; entonces decidí ejercitarme en el trabajo a machete y por varios días estuve haciéndolo. Las manos se me ampollaron al principio, pero poco a poco, se fueron endureciendo igual que a cualquier peón del campo, y no fue sino hasta entonces que les llamé la atención al poco interés que mostraban en la empresa. Les hice ver que estábamos gastando bastante dinero que habíamos pedido a Nicaragua, que teníamos comprada ya buena cantidad de semilla, y en fin que ya llevábamos muchos gastos hechos y que el trabajo no estaba listo; que por eso les pedía que desde ese día en adelante, en vez de trabajar por el día íbamos a trabajar por tarea, y que para no disentir tocante o cuántas varas cuadradas eran una tarea, les propuse que lo que yo hiciera de las seis de la mañana a las once del día se tendría por una tarea. Ellos aceptaron encantados, creyendo

seguramente fácil igualar lo que yo haría, más fue grande su sorpresa cuando al llegar a las once de ese día yo había hecho 30 varas cuadradas. Ninguno de ellos quiso coger esa medida por tarea y entonces se fueron a buscar trabajo a otra parte, a lo que yo consentí, porque aquellos mis compañeros militares eran buenos en la milicia pero malos en la agricultura y con ellos no era posible seguir el trabajo que don Adolfo y yo teníamos planeado.

Después de la partida de estos compañeros y de que el técnico que pedimos a Nicaragua llegó y principió a hacer los almácigos, con éxito tan pobre que no hubo uno sólo que prosperara, porque una vez que germinaban las plantitas se las comían las hormigas, y fue imposible tener una buena almaciguera, me vi forzado yo también a retirarme de ese trabajo, no sin antes agradecerle al señor Bonilla toda su buena voluntad para ayudarnos a mejorar nuestra situación económica.

En Liberia

Por otra parte, los amigos de Liberia requerían mi presencia por aquellos lugares y deseaban que yo estuviera en tal sector, donde principiaban a restablecerse los trabajos revolucionarios, pues ya estaban cansados de la quietud en que habían permanecido después del golpe que significó para todos nosotros el rechazo de San Juan del Sur.

Antes de marcharme para Liberia pasé algunos días visitando a los amigos que estaban en los diferentes lugares y poblaciones del interior como Alajuela, Heredia, San José y Cartago.

En esta última población pasé un 2 de agosto, día de Nuestra Señora de los Angeles, que es cuando la ciudad celebra su fiesta patronal. Por eso es que había en Cartago mucha gente de otros lugares del país, mucha juventud, y mujeres muy hermosas. Entre ellas estaba una señorita de apellido Tinoco que además de su hermosura, tenía mucha gracia en el hablar y en su presencia y personalidad, la que me hizo mucha y muy buena impresión.

También visité Punta Arenas donde ví al Doctor Cárdenas, a los Torres y a la familia de los Hurtado. En toda esta travesía saqué en claro que el espíritu de la Revolución no había decaído pero que no contaba con nada positivo, pues bien sabíamos que los recursos que pudieran llegar de Nicaragua eran escasos y limitados.

Puesto ya en Liberia empecé a visitar a todos mis viejos conocidos, principalmente al maestro Cajina, Luis Mena, así como a todos los demás. En este tiempo encontré que en Liberia fungía como nuevo gobernador don Camilo Mora, hijo del ex-Presidente Mora de Costa Rica, persona muy simpática y culta pero que se había dejado dominar por las bebidas alcohólicas, aun cuando sin llegar nunca a emborracharse completamente, sí puede decirse que ya por ese tiempo vivía, como se dice, "a media asta".

18 tragos diarios

Con el General Luis Mena y con algún otro emigrado, formulamos un plan para hacernos de armas. El General Mena que era muy amigo del Comandante del cuartel, un Coronel Centeno, trataría de seducirlo para que permitiera sacar algunos rifles del Cuartel, y yo, mientras tanto, me mantendría con el Gobernador Mora con quien cultivaba buena amistad desde que nos conocimos en El Salvador, y mi misión cerca de él era la de entretenerlo para que descuidara la vigilancia que ejercía en la parte militar de la Plaza. Para esto tuve necesidad de tomarme 18 tragos diarios de cognac durante tres meses, así: tres copas antes del café, seis entre café y almuerzo, otras seis entre almuerzo y cena, y otras tres antes de acostarme. Esta era la distribución de licor que tomaba el Gobernador Mora siempre que me pedía que lo acompañara a tomar con él, y como tenía la misión de estar cerca de él tenía que hacer lo mismo que él hacía. Mas de una vez me sentí enfermo, no de la cabeza sino del estómago, al grado de tener que medicarme. Muchas veces al recordar estas 18 copas diarias por tres meses, me sorprende el no haberme convertido en un vicioso. Felizmente aunque no soy un abstemio, nunca he sentido atracción por el licor y en cuanto al fumado, al cual era bastante adicto lo dejé como a la edad de 40 años a causa de tres ataques que tuve de influenza española en Washington. No tuve muchas dificultades, ni sufrí mucho por dejar el fumado. Al principio cuando me venían los deseos de fumar, me ponía un chocolate en la boca y con eso desaparecía el deseo, y así, insensiblemente, mi inclinación a fumar.

Jelepatés y Cuerudos

Estando en ese trabajo de sustracción de algunos elementos de cuartel, me llamó mi papá a San José, pues ya vivíamos allí con toda la familia. Nuestra residencia quedaba en el Barrio de Amón, próxima a la de don Santiago de la Guardia. Mi padre

me llamó para una negociación con el ex-Presidente José Joaquín Zeledón Rodríguez sobre unos terrenos que éste tenía en Nicoya y quería que yo los fuera a ver para dictaminar si realmente era conveniente adquirirlos. Hice el viaje y llegué hasta Santa Cruz, primera población bastante grande donde vivían varios nicaragüenses, entre ellos recuerdo a don Isidro Solórzano y a su hermano Rodolfo Alvarez y varios otros cuyos nombres se me escapan, pero todos eran buenos revolucionarios y muchachos de armas tomar. Varios de ellos tenían una casa bastante grande donde vivían juntos. En esta casa me hospedé yo y allí pasé la noche, en la que no dormí a causa de que apenas oscureció la cama se llenó de jelepates y de otros insectos que llamaban "cuerudos". No me explico como esos nicaragüenses tenían aún vida con las sangrías que sufrían cada noche de aquella multitud de animalitos. No exagero, pero, como reza la expresión popular, "el animalero se sentía tronar". Así fue que muy temprano sali para ir a examinar los terrenos del ex-Presidente a Nicoya, misión que cumplí con interés porque encontré que los terrenos eran muy buenos para la agricultura y para hacer potreros de los llamados de "pasto artificial".

Después recorrí casi todo el Guanacaste, viendo el estado de los emigrados y para conocer mejor donde estaba cada cual y poder informar así al Doctor Cárdenas y a Don Alejandro, con quienes siempre me gustaba estar en contacto. En esta operación emplié muchos días y luego volví a casa de mi papá para informar de la comisión que me había dado sobre los terrenos. Como mi informe era favorable creo que mi papá siguió en pláticas de arreglo con el señor Rodríguez, pero en esos días el General Zelaya dio la amnistía general y abrió las puertas a la emigración. Tal suceso produjo un efecto grandísimo en todos los sectores revolucionarios y el deseo de regresar a la patria se hizo cada día más fuerte. Por todas partes sólo se oía hablar de alistamiento para el regreso a Nicaragua. Al principio creí que los Chamorros no se acogerían a esa medida, pero estaba equivocado, todos se acogieron a ella para ver si podían rescatar algo de sus intereses; mi papá fue uno de los que regresaron.

Yo, aunque veía difícil mi porvenir quedándome, tomé la resolución de no regresar y de continuar en Costa Rica, decisión mía que conocieron el doctor Adán Cárdenas, Manuel Torres, el doctor Barberena, el Gral. Mena y algunos otros de los antiguos emigrados. Don Alejandro Chamorro estuvo muy interesado en que yo regresara y por eso me decía: "Ve, Emiliano, de afuera del país, no botaremos a Zelaya, porque los otros gobiernos nunca dan una ayuda completa, y si la llegan a dar, no lo hacen en tiempo oportuno, mientras que estando en el país, uno puede seguir de cerca todos los pasos del Gobierno, y si se llega a obtener

cómo hacer un movimiento, entonces escoge a voluntad el momento oportuno, el día y la hora más apropiados para llevar a cabo el alzamiento". Aunque yo creía que las observaciones de mi tío Alejandro Chamorro eran de mucha fuerza, no me dejé llevar por la idea del regreso y por fin me quedé en Costa Rica. Muchos otros hicieron lo mismo. Entre las personas que decidieron no regresar a Nicaragua estaba Don Adolfo Díaz, quien logró colocarse como Secretario del Gobernador de Puerto Limón, Don Gustavo Beeche.

Capítulo T

Juan Pablo Reyes

Un día de tantos se le presentó a Don Adolfo Díaz el señor don Ascensión P. Rivas, que llegaba especialmente de Bluefields enviado por el Gobernador Intendente. El señor Rivas llegaba con la misión especial de invitar a la emigración nicaragüense para irse al Departamento de Zelaya a apoyar la Revolución que en esos momentos estaba iniciando el General Juan Pablo Reyes. Yo sencillamente creo que el señor Rivas no obró con la cordura y diligencia necesarias, para tener buen éxito en su misión, porque después de hablar con don Adolfo Díaz, aunque también llegó a Cartago donde se puso en comunicación con el Doctor Cárdenas, se regresó a Bluefields.

El Doctor Cárdenas nos puso al corriente de este comisionado, que por entonces se encontraba entre Cartago y Puerto Limón, donde sólo lo vio don Adolfo Díaz. La emigración se conmovió con las noticias de la posibilidad de un levantamiento en la Costa Atlántica de Nicaragua, e inmediatamente me puse en actividad para reunir algún dinero y organizar el primer contingente de emigrados a la Costa. Efectivamente, reuní y llevé a unos cuantos a Puerto Limón, entre ellos, al General Leónidas Correa y su hermano Luis, al General Tomás Masís, a don Adán Cantón y a varios otros, hasta completar el número de 20, pero al llegar a Puerto Limón nos informó el señor Díaz que el comisionado Rivas sólo había estado tres días y que después se había regresado, y con él el vapor San Jacinto, que era un vaporcito armado en guerra que tenía a sus órdenes el Intendente General Reyes en la Costa Atlántica.

Grande fue nuestra desilusión al no encontrar al Sr. Rivas en Puerto Limón y más sentimos aun al no hallar en qué embarcarnos, pues pensábamos hacerlo en el San Jacinto.

Como dije anteriormente, don Adolfo Díaz era el Secretario particular del Gobernador Beeche y como tal nos dijo que no podíamos permanecer muchos días en Puerto Limón porque ello comprometía la neutralidad de Costa Rica. Entonces resolvimos inmediatamente enviar comisionados a Bocas del Toro, un puerto de la República de Panamá, a seis horas por mar de Puerto Limón a buscar una embarcación que nos pudiera llevar a Blue-

fields. Los comisionados fueron don Adán Cantón y don Carlos Bolaños, quienes anduvieron con felicidad porque al siguiente día regresaron con una lancha de mediana capacidad, movida a vapor y vela, que nos resultó bastante confortable al embarcarnos. El transporte lo cenvenimos en 600 dólares, los que pagamos allí mismo.

Nos embarcamos, pues, los recién llegados y el propio Don Adolfo Díaz, y nos hicimos a la mar con viento regular, pero, a pesar de que la embarcación era de motor y vela, no adelantaba mucho pues apenas amanecimos el día siguiente frente a San Juan del Norte.

La tripulación de esta embarcación se componía de un Capitán norteamericano y dos trujillanos de Honduras.

Premonición

Cuando uno de los trujillanos nos servía el desayuno, sucedió una cosa curiosa. La conversación entre nosotros, durante todo el viaje, era naturalmente sobre la lentitud de la lancha y el deseo de que llegara el vapor San Jacinto a encontrarnos. Al oír el trujillano expresar esas ideas, nos dijo: "Que les parece, anoche tuve un sueño muy curioso". Todos le preguntamos cómo había sido el sueño. Entonces el trujillano nos dijo que él había soñado que el vapor de guerra hondureño "Tatumbla" había llegado a Bluefields a ponerse a las órdenes de Zelaya y que éste lo había mandado en persecución nuestra porque ya la revolución había fracasado. Todo aquello que nos dijo el trujillano nos pareció de lo más absurdo que podía pensarse, y le dijimos que no había medio posible de que eso pudiera suceder, y nosotros nos reíamos de lo lindo del cuento del marinero. Sin embargo, ese mismo día como a las cinco de la tarde, cuando tomábamos un refrigerio estando a la altura de Monkey Point, alguien gritó: "¡Allá viene el San Jacinto!". Todos nos levantamos a divisar el vapor, brincando de contentos, creyendo que en verdad era el "San Jacinto", pero el trujillano nos dijo con mucha calma: "Es el Tatumbla, el vapor del sueño, que viene directamente a capturarnos". Y efectivamente, eso sucedió pocos minutos después.

El Tatumbla era un barco de hierro, un barco en toda regla, y la lanchita en que nosotros íbamos era una, pequeña, de madera, endeble, que no parecía capaz de provocar la ira con la que su Comandante Bueso hizo que se nos echara encima para hundirnos.

Ese militar hondureño, de familia de regular posición en Honduras, en este caso se mostró sin el más pequeño sentimiento humanitario. Si no hubiera sido por la habilidad del Capitán de nuestra lancha, que la maniobró de modo de que la proa del Tatumbla no la partiera medio a medio sino de que la agarrara por la popa, esa noche habríamos quedado en el fondo del mar.

Cuando el vapor chocó con la lancha, todos aquellos que estaban más próximos pudieron abordarlo, lo cual produjo alguna confusión entre los soldados pues obstaculizaba las órdenes de fuego que les daba el Comandante Buezo.

Don Adolfo Díaz, que había renunciado a la secretaría, y yo, íbamos en la bodega de la lancha, salimos afuera y nos dimos cuenta que ya habían despegado el vapor de la lancha, y por eso no pudimos pasarnos. El señor Díaz furioso, decía indignado: "¡Quisiera tener un cañón para hundir ese barco, por estúpido!".

El cable con que amarraron la lancha para remolcarla, después de un rato se rompió, y entonces desde la lancha oíamos las voces del Comandante Buezo, de preparar los cañones y hundirnos, pero seguramente iban oficiales en ese barco, de sentimientos más humanitarios, y por eso el hundimiento no se efectuó.

Por fin, como a las nueve o diez de la mañana llegamos a El Bluff. Aquí estaban ya todos los liberales que de Managua habían llegado con Aurelio Estrada para hacerse cargo de la Costa. Muchos de esos liberales habían recibido noticias de quienes éramos los presos y ya estaban en El Bluff esperándonos, y al bajar nosotros del barco entre la custodia de soldados hondureños nos recibió la oficialidad nicaragüense sin muestras de hostilidad, más bien con cierto aire de simpatía. Algunos de ellos quisieron saludarme llamándome por mi nombre, mas yo le dije a uno de ellos a quien conocía muy bien porque trabajaba en mi casa, que a mí no me saludara ningún liberal porque no le contestaría el saludo, así es que desde ese momento seguimos en completo silencio y ya no hubo manifestaciones de simpatía, aunque tampoco de burlas ni hostilidad.

Don Belisario Porras y Capitán Vividea

Ya presos nos llevaron a presencia del Capitán Vividea, bajo cuya custodia permanecimos todo el tiempo que estuvimos en El Bluff. Luego fuimos llevados a declarar ante un Tribunal que había sido nombrado, y del que formaba parte como Auditor de Guerra el Doctor Belisario Porras, entonces jefe del Partido Liberal de Panamá, de cuya República fue años después Presidente, y que andaba emigrado en Nicaragua.

El Doctor Porras en su carácter de Auditor tomó declaración a todos los prisioneros y entiendo que también a la Oficialidad del Tatumbla para conocer de las condiciones en que habíamos sido capturados. La impresión que tuvimos los prisioneros de la actuación del Doctor Porras fue de que procedió con imparcialidad y de que no puso nada de su parte para agravar nuestra situación.

En El Bluff estuvimos prisioneros cerca de mes y medio, y una noche, tres o cuatro días antes de embarcarnos para el interior, el Capitán Vividea llegó al lugar donde dormíamos con una lista y una escolta de cuatro soldados, mandó encender las luces y ordenó que todos deberíamos estar listos para salir de sus camarotes en cuanto fuera leído su nombre. Dio principio a la lista llamando a Adolfo Díaz. Al oír el nombre de Adolfo Díaz le dije que el nombre que seguramente quería decir era el de Adolfo Vivas, que era el que tenía causa más grave en su contra porque estaba al servicio del Gobierno cuando secundó el movimiento del General Reyes, mientras que Adolfo Díaz no había cometido ningún acto de insurrección, pero el Capitán Vividea sostuvo que era Díaz el nombre y no hubo medio de convencerlo de otra cosa. Después de esto no hubo otro incidente, ni objeción, y todos los que fuimos llamados nos pusimos en fila y enseguida se nos ordenó marchar, en medio de la oscuridad de la noche, hacia un bosquecito de cocales que había en una hondonada de El Bluff.

Allí nos mandó a formar otra vez y nos comunicó que nos llevaba a ese sitio para cumplir las órdenes que tenía de fusilarnos. No éramos muchos los prisioneros, unos seis o siete, y ya se pueden imaginar cómo nos cayeron esas palabras. Todos enmudecimos y nadie osó responder en ninguna forma. Después de formar la escolta frente a nosotros y de tenerla lista dio la orden de preparar las armas y aun de apuntarnos, mas al dar la de: ¡Fuego! dijo: "¡Fuego, pero con esta botella de whisky para que la bebamos!".

A esta grosería del Capitán Vividea contestamos corriendo a coger la botella, pero el que anduvo más listo fue don Adán Cantón, quien no tomaba licor, y que sin embargo en esa ocasión se tomó un buen trago, de modo que a nosotros nos parecía que nunca iba a dejar la botella. Después, sin reprochar la conducta de Vividea, nos tomamos un trago cada uno y lo abrazamos y nos volvimos todos muy contentos, otra vez a la prisión, considerándonos aun como resucitados.

A la Penitenciaría

Tres o cuatro días después de este suceso, nos embarcaron para el interior en el vapor Yulo que debería dejarnos en San Juan del Norte. Algunos de nosotros fuimos engrillados, mas al llegar a bordo del Yulo el Capitán del barco le dijo al que comandaba la escolta que nos conducía que aquel barco era inglés y que las leyes inglesas no permitían prisioneros engrillados o maniatados a bordo de sus barcos mercantes. Tuvieron, pues, que volvernos nuevamente a El Bluff para que nos quitaran los grillos y así, después de hecha esa operación, volvimos a embarcarnos sin estropiezo alguno y desembarcarnos en San Juan del Norte con toda felicidad.

En San Juan del Norte nos hospedamos en una especie de hotelito, regentado por cierta joven que en Matagalpa había sido causa de que un macho chúcaro o cerrero casi terminara con mi vida. Con esta joven tuve muy poca comunicación, se mostraba muy seria y sin deseos de hablar, pero en un momento en que no había gente que pudiera oírla, me dijo: "De aquí es muy fácil escaparse para Costa Rica, si quieres te preparo la fuga". "Voy a hablar con otros compañeros", le dije, y efectivamente hablé con Adolfo Díaz, quien me dijo: "No. Yo sigo el viaje a Managua". Eso mismo resolví yo, así es que en otra pequeña oportunidad que tuve de hablar con la joven, le rendí las gracias y no volvimos a tocar ese asunto. Creo que ese mismo día o el siguiente salimos para el interior.

Era la primera vez que navegaba por el río San Juan. Sus vegas me parecieron bellísimas, y vi el Castillo que estaba ya por entonces en un estado de total abandono.

Llegados que fuimos a Managua, nos llevaron a la Penitenciaría, donde se distribuyó a los prisioneros en diversas celdas, habiéndonos tocado a Adolfo Díaz y a mí la Número 13. Era Comandante entonces de la Penitenciaría el Coronel Narciso Robleto (El Macho), hombre muy seco y poco comunicativo con los prisioneros, pero más tarde fue sustituido por el Coronel David Fornos Díaz, quien se mostraba bastante amable con nosotros y hasta se permitía bromearnos en algunas ocasiones. La duración de esta prisión fue de siete meses para Adolfo Díaz y de nueve para mí.

Durante este lapso hubo varios conatos de revolución y de conspiraciones fracasadas, y el número de prisioneros políticos aumentaba o se renovaba con frecuencia. En una de tantas llegaron presos mi papá y varias otras personas de León y de Rivas. Aquella nueva tanda de prisioneros nos alegró creyendo

que se trataba de algo serio, pero según me dijo mi papá el motivo por el cual los pusieron presos era porque el General Zelaya estaba ayudando a la revolución liberal levantada contra el gobierno conservador de Colombia, y Zelaya había enviado fuerzas a Panamá, las que habían sido derrotadas dos o tres días antes, y por temor a la repercusión que esta derrota pudiera tener en Nicaragua puso presos a sus adversarios. Estos, sin embargo, no tardaron mucho tiempo en la cárcel, y cuando salieron ellos, salimos también nosotros.

El día que salí libre de la Penitenciaría me sentí muy extraño en Managua y al principio encontré difícil el amoldar mi vida a las nuevas circunstancias, pero después de unos pocos días ya todo lo encontraba normal y entonces pensé en reanudar la vida que llevaba cuando me habían expulsado del país.

Lastenia Enríquez

Por ese entonces estaba muy próximo a casarme con una señorita de la sociedad de Granada, aunque cosas de la juventud, tenía intereses sentimentales con algunas otras jóvenes en otras ciudades del país. Al llegar a Granada, mi tío don Pedro José Chamorro, que parecía ser el encargado de mi novia, medio en serio y medio en broma, me preguntó si llegaba para casarme, y yo le contesté que andaba viéndola de nuevo para convencerme si me hacía la misma impresión de antes.

No recuerdo si fue esa misma noche, o unos dos días después de mi llegada a Granada y de mi conversación con mi tío Pedro José, que salí con la referida señorita y Angélica Lacayo, íntima amiga de ella, a tomar "chicha" a la chichería de Jalteva, propiedad del Cabo Luis Salguera, la cual estaba muy en moda en ese tiempo. Estando en ese lugar con nuestras bebidas servidas ya, entró Maximiliano Enríquez con unas tres jóvenes más. En el acto las reconocí y me di cuenta que una de las acompañantes era la joven Lastenia Enríquez, que era también una de mis pretendidas, a que me he referido anteriormente. En esta ocasión la vi bastante cambiada, y no me causó mucha impresión, por lo que no me moví de donde estaba sentado, mientras ellas se acomodaban en otra mesa. De allí se levantó Maximiliano y se dirigió a mis compañeras y a mí para saludarnos y decirnos que había llegado a Granada con sus hermanas Flora y Lastenia y su prima Josefina. Entonces me levanté yo y me fui con Max a saludarlas, quedándome un corto rato a platicar con ellas. En ese momento vi que efectivamente Lastenia parecía un tanto mal de

salud. Luego me despedí y volví a ocupar mi asiento con mis compañeras, con quienes comenté mis impresiones y quienes conocían de mi inclinación hacia ella.

Sin embargo, la realidad era distinta, porque esa noche no pude conciliar el sueño, pensando en Lastenia, recordando nuestros juveniles amores en Comalapa, bajo el árbol de chilamate donde me veía con ella cuando yo andaba huyendo de los soldados de Zelaya, y ella llegaba con sus amigas al atrio de la Iglesia detrás de la cual se erguía el hermoso árbol que todavía existe y bajo cuya sombra platicábamos hasta que sus amigas nos avisaban del peligro de ser descubierto. Repasaba en mi mente todos los nuevos detalles de su persona que me pareció redescubrir, y muy temprano, antes de las seis de la mañana, estaba ya buscándola en su casa, lo que le hizo a ella mucha gracia porque ni siquiera se había levantado. Me estuvieron dando bromas por esto y la mayor parte del día lo pasé con ella.

Con la presencia de Lastenia en Granada se renovaron en mí los sentimientos amorosos para ella y la visitaba, como decía, durante todo el día, y esto sucedió todo el tiempo que ellas permanecieron en la ciudad y cuando emprendieron el viaje de regreso las fui acompañando a caballo hasta Malacatoya, ocho leguas más o menos distante de Granada, precisamente hasta la propiedad que más tarde recibió el nombre de "Santa Lastenia".

Ni mi presunta novia de Granada ni ninguna otra persona de mi familia, manifestaron reprobación alguna por esta renovada inclinación mía.

Noviazgo y casamiento

Aunque no veía ya en Lastenia la frescura de anteriores años, quedé nuevamente prendado de ella y poco tiempo después, en vista de que no tenía que hacer en mi casa, decidí irme para Comalapa a trabajar con mis propios esfuerzos y con muy poco dinero. Me dediqué entonces, a la compra y venta de ganado gordo y una de mis transacciones fue la de comprar unos cuatro o cinco novillos cimarrones, que aunque los obtuve a bajo precio me resultaron muy caros, porque tuve que invitar a muchos buenos campistas de los alrededores para poder agarrarlos, más después de lograrlos, eran tan bravíos que se acalambraron dos de ellos y se murieron.

Pero si mis negocios ganaderos no iban muy bien, mi noviazgo progresaba admirablemente, hasta que llegó el momento en

que convine con Lastenia en fijar la fecha para nuestro matrimonio. Entonces fui a comprar algunas cositas a Granada que nos habrían de servir en nuestro nuevo estado.

Por supuesto que para muchos de mis parientes fue una sorpresa la noticia de mi matrimonio y recuerdo bien que mi tío don Rosendo Chamorro fue expresamente a buscarme a la Iglesia de La Merced, donde estaba oyendo misa, para hablarme en el atrio de su temor de que el matrimonio entorpeciera mi actividad política, y para informarme de que según mi tío Alejandro Chamorro estaba por estallar un movimiento revolucionario contra la dictadura imperante. Traté de desvanecer el temor expresado por mi tío Rosendo, diciéndole que no tuviera ningún cuidado conmigo puesto que yo era un hombre decididamente de acción, enemigo declarado del dictador; que donde y como estuviera respondería siempre al llamado de la Revolución; que si iba saliendo de la Iglesia de casarme con Lastenia y me daban el aviso del movimiento rebelde, que dejaría a mi esposa en la puerta y que me iría a incorporar a las fuerzas de la protesta armada. Y le prometí que ese sería mi comportamiento y no otra mi actitud, así es que le repetí que no se preocupara por mi matrimonio pues que todo seguiría su curso normal como si nada hubiera sucedido.

Mi matrimonio se efectuó el 12 de Noviembre de 1900, de manera que mi vida de casado comenzó con el siglo. En casa de Lastenia pareció que a todos agradaba el matrimonio menos a su mamá, la que siempre se opuso, aun el mismo día en que se llevó a efecto, pues me hacía demostraciones de hostilidad y ni siquiera me dirigía la palabra.

Tal como ahora, el matrimonio civil debía celebrarse antes que el eclesiástico. En Comalapa el que realizaba los matrimonios era el Juez Local, por entonces don Eliseo Fernández, hermano de Teodoro Fernández que había sido enamorado de Lastenia. Habíamos convenido con el Juez en que llegaría a las siete de la noche a la casa de los padres de la novia para realizar el matrimonio, mas dieron las siete, y el Juez sin llegar, y dan las ocho, las nueve, y nada. Yo comencé a pensar que eran maquinaciones de su hermano, el pretendiente herido en su amor propio, que quería impedir el matrimonio a todo trance. Por fin apareció don Eliseo cerca de las diez de la noche, atrasado, nos dijo, por unos enfermos graves a quienes él tuvo que atender, pues también las hacía de médico, y ya no hubo más demora para efectuar el contrato civil.

Después de esta ceremonia nos trasladamos a la Iglesia y el señor Cura, el Padre Andrés Marengo, ofició el matrimonio reli-

gioso, a continuación del cual, con los pocos amigos que nos acompañaban, nos fuimos a nuestra casa, que era la de don Gregorio García, una de las mejores del pueblo, y por la que pagaríamos de alquiler diez pesos al mes. Esa misma noche recibimos noticias de que Hercilia, mi hermana que vivía en Camoapa, estaba muy grave con fiebre perniciosa, así es que en la madrugada tuve que ir a verla.

Efectivamente estaba enferma mi hermana, mas con el favor de Dios y las atenciones de don Teodoro Baca, médico práctico del pueblo, se logró dominar la fiebre y al fin curar a la enferma, por lo que sólo estuve dos días lejos de mi esposa.

Instalamos una ventecita en nuestra nueva morada y poco a poco nuestra economía fue mejorando, de manera que al cabo de dos años logramos tener ya algunos fondos que nos permitieron trabajar con mayor desahogo. La vida de Comalapa se sucedía con alternativas de tranquilidad y otras de zozobra bajo la persecución inclemente que me hacían las autoridades por orden del Comandante General de la República; no obstante eso, mi negocio de compra y venta de ganado lo mantenía en vías prósperas, pero desde que ocurrió la voladura del Cuartel Principal de Managua el sostenimiento mío por aquellos lugares se hacía casi imposible.

Perseguido

Ya no quedaba lugar que no fuera recorrido e investigado por las escoltas que andaban tras de mí. En esas condiciones llegué un día de tantos a la propiedad de don Cayetano Aráuz, en las Montañas del Tesoro para recibir unas vacas gordas que le había comprado. Esa familia Aráuz me tenía y me tuvo siempre bastante cariño y cuando me vieron, se asustaron, porque uno de ellos que había llegado del pueblo de Camoapa, llevó la noticia de que ese mismo día había sido volado e incendiado el Cuartel Principal de Managua y que estaban apresando a todos los conservadores por lo que en tales circunstancias no pensaban que yo debiera de quedarme por aquellos lugares.

Para mí fue una grandísima sorpresa la voladura del Cuartel, porque en ningún tiempo se había hablado de tal cuestión, ni siquiera como una posibilidad de debilitar al Gobierno de Zelaya. El hecho de encontrarme yo por aquellas montañas y no en Managua donde tal suceso acontecía era y es la prueba más evidente de que la voladura del Cuartel Principal fue obra espontánea de algún explosivo y no de maquinación política. Para

mi la muerte de Castro y Guandique, dos magníficos ciudadanos, será siempre una mancha indeleble de sangre inocente que llevará el Liberalismo, perpetrado para infundir el terror en la ciudadanía nicaragüense; fue un grave error de los que frecuentemente cometen las dictaduras.

En todo caso, el Partido Conservador fue ajeno a ese hecho lamentable, del que no conocimos los hombres que teníamos la dirección en ese entonces del Partido Conservador, sino hasta que el Cuartel estaba convertido en un montón de escombros.

El Presidente Zelaya intentó inmiscuir en el injusto proceso contra Castro y Guandique a los señores don Fernando Solórzano, doctor José María Silva, don Marcial Solís, don Tomás Alvarado, don José Miguel Gómez, don Procopio Pasos y a mi padre don Salvador Chamorro, contra quienes quería extremar su saña y manchar al Partido Conservador.

Con la destrucción del Cuartel Principal se multiplicaron las órdenes de captura en contra mía, y confieso que esa persecución me puso en un estado de nerviosismo, que casi podría llamar suicida, que me hacía comprar los caballos más corredores de la jurisdicción para entrenarlos y entrenarme yo mismo a correr entre los montes con el revólver en la mano, haciendo ademanes de disparar pero sin verificarlo. Es decir, sin haber visto nunca una película tejana, me entrenaba como para hacer de "Cowboy", de modo que antes de temer el encuentro con mis perseguidores, me parecía que antes bien tenía deseos de habérmelas con ellos, como si aquellos mis caballos pudieran ser más veloces que una bala.

Al mismo tiempo, los movimientos políticos seguían activos y las persecuciones contra mi persona eran constantes, las más de las veces con órdenes rígidas de la autoridad central de Jui-galpa de capturarme vivo o muerto. Así es que constantemente tenía que mantenerme alerta, viviendo en distintos sitios de la jurisdicción. Felizmente el pueblo simpatizaba mucho conmigo y con mi familia, por lo que frecuentemente me avisaban de antemano las salidas de las escoltas para que no corriera peligro de ser capturado. De todas aquellas gentes al único a quien nunca pude suavizar fue a mi maestro de escuela don Esteban Robleto, a quien, sin embargo, yo siempre traté con respeto y guardé toda consideración, hasta el punto de que sus hijos y su esposa eran amigos míos y aun partidarios. En cambio el comandante local, que era en aquel entonces don Higinio Somoza, siempre contribuyó en todo lo que pudo para que yo no cayera a la cárcel, o fuera muerto en los montes, tirado por los soldados que me perseguían. Su buen comportamiento para conmigo jamás lo he olvidado y guardo por su memoria un recuerdo muy cariñoso.

Conspiraciones

Mi tío don Rosendo Chamorro estaba muy bien enterado de los trabajos políticos que tenía emprendidos su primo don Alejandro, así como lo estaba también yo, que desde Comalapa iba frecuentemente de incógnito a Granada a sostener conferencias con ellos. Otro de mis tíos que tomaba participación muy activa en esta conspiración era don Alberto Chamorro, ardiente anti-Zelayista que frecuentemente ayudaba no sólo con sus valiosas indicaciones sino con sus frecuentes contribuciones de fuertes sumas de dinero, y ya que menciono a estos importantes colaboradores, no puedo dejar de mencionar a don Martín Benard, progenitor de distinguida familia nicaragüense, quien con una labor eficaz, hija de su entusiasmo de joven, fue, bien puede decirse, junto con los otros señores mencionados, el alma del movimiento revolucionario.

En una de esas conferencias, mi tío Alejandro me recordó lo que me había dicho en Costa Rica sobre que era mejor conspirar en el interior del país que hacerlo fuera de él, y que si no me parecía así que observara lo que él ya había conseguido, esto es: todas las claves de la Comandancia General con los Comandantes Departamentales, entendimientos con algunos Jefes Políticos o Mayores de Plaza, y además con un armamento en Granada, aunque a decir verdad, más tarde se vio que este armamento no existía.

La conspiración siguió su curso y yo me mantuve siempre bien informado de ella hasta que un día de Febrero se me llamó a Comalapa para que llegara a Granada.

Con mi tío Alejandro pasé conversando varios días y me expuso todos los trabajos que tenía y otros que estaban pendientes. Para esperar el resultado de esas combinaciones me trasladé una noche a la casa de mi Papá, quien se encontraba en ese entonces trabajando en Panamá. Allí encontré a don Filadelfo Chamorro, hijo menor del ex-Presidente don Pedro Joaquín Chamorro quien estaba oculto en una pieza donde tenía preparado un buen escondite, pues en ese tiempo las casas principales de Granada rivalizaban en cuanto a cual de ellas tenía un escondite mejor preparado y de más fácil acceso, única manera de salvarse algunas veces de pasar meses y aun años en la prisión. Allí en la pieza que ocupaba mi tío Filadelfo se preparó mi alojamiento y por varios días fui compañero de hombre tan simpático como era mi tío "Lepo".

Cuando volví donde mi tío Alejandro, que ya tenía en mano los datos que había estado esperando, resolvimos proceder a ini-

ciar la revolución en la ciudad de Granada, para lo cual llamamos a don Anselmo H. Rivas, gran patriota y excelente ciudadano, para que fuera a hablar con el Gral. don Joaquín Zavala a fin de que aceptara la misión nuestra de ir juntos donde don Marcos Urbina a solicitarle la entrega del armamento que había quedado oculto en una alacena de la casa solariega de doña Adela Chamorro de Zavala y doña Carlotita Chamorro de Costigliolo, casa que por compra pasó a poder de don Marcos Urbina, excelente conservador y de los hombres del Consejo de ese Partido. El Gral. Zavala aceptó ir en la comisión con don Anselmo Hilario Rivas, para obtener de don Marcos la entrega de las armas que la Junta de Gobierno que se disolvió en Granada después del triunfo de la contrarrevolución del 11 de Julio de 1893, había dejado ocultas en la citada casa de la familia Zavala Chamorro. Pero el señor Urbina aseguró a nuestros comisionado que él, antes de ocupar la casa, la había reconstruido y que podía asegurarles sin temor alguno de equivocarse que allí no había un solo rifle.

Con aquel andar característico de don Anselmo volvió a nuestro escondite para informarnos del resultado de su misión y para darnos la opinión del Gral. Zavala, que consideraba que debíamos de desistir del levantamiento en Granada, porque si fracasábamos, las fuerzas del Gobierno del Gral. Zelaya arrasaría el comercio y aun a la ciudad misma. Antes de que hablara ninguno de los que allí estábamos le dije a don Anselmo: “¿El señor Zavala no quiere el movimiento en Granada para no exponer a la ciudad? Pues, bien dentro de ocho días tendrá el movimiento en Chontales y las consecuencias serán las mismas para Granada y su comercio, no obstante la fuerza que le quita a la revolución el que no sea en esta ciudad su iniciación”. Todos acogieron con agrado mi promesa y don Anselmo se retiró con su franca sonrisa, al mismo tiempo deséandome mucho éxito y pidiéndome que no olvidara que “el patriotismo es la virtud más noble del ciudadano”. Ido don Anselmo, quedaron todavía don Alberto Chamorro Quesada y don Martín Benard, quienes frecuentemente llegaban a ver a mi tío Alejandro. Uno y otro eran elementos de mucho valor para el movimiento revolucionario que con don Martín tenía abiertas las cajas de hierro de los capitalistas y con don Alberto además se disponía de un gran impulsor, sujeto de muchos recursos intelectuales, y hombre muy desprendido económicamente cuando se trataba de la causa de su Partido. Con pena expliqué a estos amigos que lo que había dicho a don Anselmo respecto al levantamiento de Chontales era más bien un impromptu mío; pero que era muy factible poderlo realizar, según me había dado cuenta por el estado de ánimo de todos los chontaleños, pero que para llevarlo a cabo necesitaba que mi tío Ale-

jandro me diera unos treinta rifles que él tenía realmente en Granada y los cuales mandaría a llevar con mi hermano Evaristo Enríquez. Recibida la promesa de mi tío Alejandro para que contara con esas armas, quedamos convencidos que a las siete de la noche saldría para Chontales y efectivamente a esas horas me despedí y me fui a pie al caserío de Los Cocos en la costa del Lago. Allí busqué un botero conocido mío para que me llevara a palanca hasta la Hacienda "La Estrella" de don Benicio Guerrero, donde había dejado mi bestia. Llegado a "La Estrella" fui recibido por el propio don Benicio que se encontraba en dicha hacienda y quien mandó prepararme un buen desayuno y que buscaran mi bestia y me la alistarán. Una vez desayunado y ya con la bestia lista, me despedí del señor Guerrero, le di las gracias por sus atenciones y tomé el camino para Comalapa, caminando como siempre lo hacía, a trechos por el camino real y a veces por veredas, hasta llegar a la población para ver a mi esposa y disponer el levantamiento del Departamento.

Capítulo I

Toma de Juigalpa

De Comalapa resolví enviar un correo expreso a la ciudad de Juigalpa para que se citara a los señores Virgilio Molina R., Arsenio Cruz, Adolfo Cruz, Manuel J. Morales, Rafael Suárez, Licenciado Juan Eligio Obando, Coronel José Dolores Pérez Mairena y don Wenceslao Ocón a fin de que se reunieran conmigo en un punto de una quebrada seca, por la hacienda Santa Juana, bajo un frondoso árbol de chilamate que allí había y que aún existe.

Una vez reunidos allí les informé del objetivo de mi llamada, del fracaso del movimiento que debía iniciarse en Granada y sobre todo de mi enérgica declaración a la comisión conservadora de que antes de ocho días estaríamos levantados en armas en Chontales. Mis compañeros le dieron decidida aprobación a mis ideas y nos dedicamos inmediatamente a elaborar un plan para realizarlas. Este plan requería naturalmente mi traslado a Juigalpa el día fijado para iniciarlo y se convino en que Rafael Suárez, buen conocedor de todos aquellos lugares, sería la persona que llegaría por mí a Comalapa. Ya al ponerse el sol nos despedimos y Rafael me acompañó hasta mi casa. Como era hombre activo, que siempre trabajó con grandísimo interés por el buen éxito de este movimiento, envíe a su regreso las últimas instrucciones para los Molinas y Manuel J. Morales, que eran los que hacían de cabecillas del grupo. El día señalado llegó Rafael Suárez a Comalapa cumpliendo con todas las instrucciones dadas, tomando las precauciones debidas y demás medidas indicadas. Coincidió exactamente ese día con la fecha que le había indicado al general don Joaquín Zavala por medio de don Anselmo H. Rivas en aquella nuestra última reunión en Granada.

Una vez llegado a Juigalpa me llevaron a hospedarme a una casita solitaria que quedaba en "El Corralillo" una altura frente a la ciudad, al Poniente. Luego que Suárez me dejó instalado, se fue en busca de los señores arriba mencionados, quienes llegaron poco después a la casa. Allí conversamos sobre todo lo ocurrido en los pocos días transcurridos desde que nos habíamos reunido en SANTA JUANA; revisamos el plan de la toma de Juigalpa; calculamos la hora en que llegaría mi hermano Evaristo Enriquez con los treinta rifles que don Alejandro Chamorro me

había ofrecido entregar en la Costa del Lago de Granada. De la información que me dieron no aparecía ninguna indicación de que el Gobierno pudiera estar en conocimiento de que se iba a verificar un movimiento revolucionario. Esto era en la mañana del 19 de Mayo de 1903.

El incidente con el Capitán Zamora

Antes de seguir adelante o mejor dicho antes de iniciar el movimiento de esa fecha que brotó como espontáneo en el Departamento de Chontales, he de permitirme referir una anécdota que he juzgado de gran significación, porque enseña de lo que es capaz el corazón del hombre ante los dolores de la humanidad. Ese caso es el del Capitán Salomé Zamora, quien era jefe de una fuerza militar que andaba en persecución mía de orden del Comandante Departamental don Dionisio Báez, para que me capturara, "a como diera lugar". El Capitán Zamora había estado anteriormente a registrar el pueblo en busca mía y de allí se había ido, siempre persiguiéndome, a recorrer la jurisdicción y las montañas de Comalapa, pero no encontrándome en ninguna parte regresaba nuevamente a la población. Mientras tanto sucedió que ese día de su regreso había amanecido mi "Tata" Evaristo, esposo de mi madre, en un estado gravísimo, por lo que ella, que sabía el lugar donde yo me encontraba, dispuso mandarme a llamar. Con el mismo mensajero me fui al pueblo, entré a casa de Lastenia, mi esposa, para saludarla y tranquilizarla respecto a mi estadía en la casa de mi mamá, donde estaría muy vigilante para evitar cualquier dificultad con la autoridad. Llegué a la casa de mi mamá y efectivamente la encontré llorando y a mi Tata don Evaristo en un completo estado comatoso, aparentemente ya no conocía a nadie, ni podía hablar, ni dar ninguna señal de vida; su cuerpo estaba paralizado a causa de un fuerte ataque nefrítico. Poco rato después de haber llegado yo a la casa, vino una chiquita corriendo, que mandaba mi esposa, para avisarme que el Capitán Zamora estaba en ese momento entrando a la población. Tanto mi mamá como las otras personas que oyeron el relato de la niñita me instaban para que huyera, que saliera por el patio y cogiera el monte antes que los soldados me vieran, pero yo me resistí a toda insinuación y formulé en mi mente otro plan que estaba más de acuerdo con el estado de ánimo que ya he descrito. Requerí mi revólver que llevaba en la bolsa derecha del pantalón y me asomé a la ventana para ver si Zamora venía siempre en dirección de la casa, pero precisamente me asomé cuando doblaba otra calle y sus soldados, como en número de quince, estaban subiendo a lo alto del corredor de la casa de don Ricardo Alvarez. Inmediatamente después vi

a don Ricardo, dueño de la casa ofrecer un asiento al Capitán Zamora y tomar otro él para sentarse, arrecostándolo a uno de los lados de la puerta, Zamora arrecostó el suyo al otro lado. Después que vi toda aquella maniobra, salí de mi casa para donde ellos estaban con la mano dentro del bolsillo empuñando bien mi revólver Smith-Wesson, Cal. 38. Zamora estaba de espaldas, en cambio el señor Álvarez permanecía de frente; pero de éste yo estaba seguro que no diría nada a Zamora porque éramos muy buenos amigos. Al llegar donde estaban sentados Zamora y Álvarez, sin darles tiempo de incorporarse, dije: "Capitán Zamora, hágame favor de permitirme", y pasé en medio de los dos para el interior de la casa. El respondió: "Con mucho gusto", levantándose y siguiendo tras de mí hasta el traspatio donde me detuve porque allí estábamos separados de los soldados, y lo que habláramos no sería escuchado por ellos, ni por alguna otra persona.

Sin formalismo alguno, mas con la mano siempre en el bolsillo y empuñando mi revólver, le manifesté que conocía las instrucciones que tenía del Comandante Departamental para capturarme y que por eso había resuelto hablarle para hacerle saber la situación difícilísima que me encontraba con el esposo de mi madre al borde de la sepultura, ya entrado en coma, y mi madre en un estado de desesperación por la inminente muerte de su esposo, sin nadie que le ayudara a sostenerla en aquel difícil trance; que a mí "Tata" Evaristo y a mi madre yo era deudor de los grandes sacrificios que habían hecho por mí; que por eso llegaba para pedirle que saliera con sus soldados fuera de la población para que me dejara con toda libertad cumplir con mi deber para con mis padres. Todas estas últimas palabras sentía yo mismo que las estaba pronunciando con un acento, no de amenaza, pero sí de profunda sinceridad, y además indicando: "Aquí abajo tengo mi revólver". Sea como fuere, el hecho fue que yo mismo me resistía a dar crédito a mis oídos, cuando con toda calma el Capitán Zamora me dijo: "Dentro de dos horas saldré de la población, pero antes iré a visitar a su mamá y a don Evaristo, de quienes soy amigo. Váyase a la casa y no se deje ver cuando yo llegue". Así lo hice.

Y ahora que menciono este acto generoso del Capitán Zamora, quiero también mencionar otro suceso, no menos digno de alabanza, como fue el que me sucedió en otra ocasión con un soldado que pasaba a la orilla del cerco de piedra del corral de don Agustín Miranda, donde me encontraba recibiendo un ganado que al día siguiente mandaría a vender a Managua. Sucedió que regresaba una escolta de buscarme por las montañas de Miragua. Los soldados venían cansados y un poco desorganizados, y éste que pasaba de los primeros, vio que había gente en el

corral, me reconoció y llamándome, me dijo: "Váyase inmediatamente, pues venimos de buscarlo por todas las montañas, y si lo ve mi jefe va a apresarle". Casi sin tiempo para darle las gracias "cogí la breña" y no me volví a aparecer en la población sino hasta que la escolta se había ido del lugar.

Para cumplir con mi promesa al Capitán Zamora, después del entierro de don Evaristo no regresé ya del Cementerio a la población, pues pensaba que los amigos de Juigalpa habían despachado ya al baqueano para llevarme, conforme lo teníamos arreglado.

Revolución de 1903

Como decía, el 18 de Mayo, muy de mañana, llegó Rafael Suárez a Comalapa. Él era el baqueano que me conduciría a Juigalpa. En casa de don Ceferino Enríquez, mi suegro, donde ya lo esperaba yo, después que desayunó, montamos y seguimos para Juigalpa conduciéndonos por senderos extraviados donde no había peligro de ser vistos por ninguna escolta. Ya en Juigalpa me condujo a una casita que estaba desocupada y que quedaba un poquito fuera del núcleo de la población y de la cual él tenía las llaves. Me alojé allí y él se fue para la población a llamar a los amigos quienes fueron llegando uno a uno, hasta que nos reunimos todos, los mismos que habíamos estado en la quebrada de Santa Juana; hicimos una revisión general de la situación y de las posibilidades de éxito en el plan revolucionario, si se lograba introducir la confusión en el mando de las autoridades juigalpinas.

De los informes que obtuve de mis compañeros saqué en claro que ellos no tenían realmente nada preparado, ninguna combinación con el cuartel, ninguna gente especial preparada para el asalto que iba a efectuarse. Entonces nos pusimos a hacer una lista de las personas que podrían acompañarnos, a señalar la casa donde nos reuniríamos y a revisar los demás detalles necesarios para la inmediata ejecución de nuestros planes.

Mis compañeros se fueron y no supe más de ellos sino hasta como a las cuatro de la tarde, hora en que me mandaron avisar que el Gobierno ya tenía conocimiento de lo que se tramaba. El Gral. Zelaya había ordenado reclutar ochenta hombres inmediatamente y reforzar con ellos el Cuartel de Juigalpa.

¿Cómo se dio cuenta Zelaya de nuestros planes? La respuesta es muy sencilla. Tecolostote era entonces el puesto de

telégrafos desde donde nosotros cogíamos todas las noticias del Gobierno, y esta oficina estaba instalada en una propiedad, donde sin nosotros saberlo, cometimos algunas indiscreciones.

A las seis de la tarde de ese mismo día recibí noticias de que el Gobierno había reclutado ya ochenta hombres y de haber sido reforzado el cuartel con ese número, mas al mismo tiempo obtuve la grata información de que uno de los oficiales había prometido dejarnos esa noche la puerta del cuartel sin trancas ni cerrojos, es decir, que con un fuerte empujón que le diéramos, podría abrirse. También me dieron la noticia de que ya se estaba alistando la gente nuestra, y que unos amigos llegarían de La Libertad y estarían en Juigalpa como a las nueve de la noche, hora en que llegarían por mí para llevarme al centro de la ciudad.

Efectivamente, entre las nueve y las diez de la noche llegaron los amigos con quienes había estado en la quebrada de Santa Juana para llevarme a una casa donde se estaban reuniendo, que era la de don Arsenio Cruz, casa que queda a una cuadra al poniente de la de don David Báez, contigua al cuartel. A las once estábamos reunidos todos los que esa misma noche llevaríamos a cabo el asalto. Allí estaba el contingente de La Libertad con el valiente José Miguel Usaga a la cabeza. Los otros eran: Dámaso Espinosa, Santiago Leiva, de Managua, José Francisco Cruz Hurtado, Wenceslao Ocón, Juan Eligio Obando, José Benito Zelaya, Manuel J. Morales, Virgilio Molina, Ceferino Enriquez, Nicolás Flores, Manuel Sándigo, José Dolores Pérez, Sinfороso Balladares y algunos otros compañeros que me han de perdonar la involuntaria omisión. Eramos en total veintidós.

De los veintidós hombres sólo siete teníamos revólver, y para los demás se tuvo que mandar a traer machetes Collins a la tienda de don Dolores Morales. Es digno de mención que entre los pocos que allí estábamos se encontraba el Licenciado Juan Eligio Obando, armado de su revólver. Este señor era ya de avanzada edad y me esforcé con él para que no tomara parte en el asalto y para que me entregara su revólver para dárselo a otro. El, después de muchas negativas, consintió en entregarme su arma y dio la promesa de no ir con nosotros, promesa que no cumplió pues nos acompañó en el asalto.

Ya para salir y dirigirnos al cuartel nos organizamos de dos en dos. Yo me puse a la cabeza junto con Usaga y caminamos lentamente, procurando que nuestras pisadas no se oyeran en la quietud de la noche, hasta llegar al frente del Cuartel, a cuya puerta le dimos un fuerte empujón. Mas la puerta no cedió. Pensé que el Oficial nos había engañado, pero nosotros íbamos provistos de hachas y barras para derribar la puerta, en caso ne-

cesario. Antes de intentar hacer esto, procuramos hacer un nuevo esfuerzo, más violento que el anterior, y entonces la puerta cedió; en el interior había un soldado que al penetrar nosotros quiso impedirnos el paso; este soldado fue dominado y entonces hicimos la entrada al Cuartel violentamente para amedrentar a la soldadesca que estaba dentro junto con sus oficiales.

La sorpresa fue completa. Los oficiales no tuvieron ni tiempo de bajarse de las hamacas donde dormían, y de los soldados, apenas algunos de ellos tuvieron tiempo para incorporarse antes de que nosotros estuviéramos sobre ellos desarmándolos, y dispuestos a ultimar a cualquiera que intentara oponerse. Al que desarmábamos lo encerrábamos en una pieza donde por fin los pusimos a todos. Luego salí con un pequeño grupo de oficiales y soldados de los nuestros a capturar al Jefe Político, don Dionisio Báez, familiar cercano mío, y a quien llevaba un telegrama que él había despachado en la mañana de ese día al Comandante de Comalapa, en el que le ordenaba mi captura, "como diera lugar, vivo o muerto" y que me remitieran a Juigalpa.

Cuando llegué a la casa donde dormía el Jefe Político, golpié la puerta llamándolo por su nombre. El preguntó quien era y qué quería, y entonces le dije que se diera prisa en vestirse que era su deudo Emiliano Chamorro que llegaba a su llamado desde Comalapa, pero que en vez de llegar capturado, llegaba a capturarlo a él, y que el Cuartel de Juigalpa estaba ya en mi poder.

El señor Báez, a pesar de su edad, se vistió de prisa y no nos hizo perder mucho tiempo, y con él salimos para el Cuartel que habíamos ocupado. Llegado que hubimos allí, hice el nombramiento del Coronel Arsenio Cruz para Comandante y le di órdenes para que le exigiera al señor Báez una orden escrita para el Comandante de San Ubaldo, don Timoteo Gaitán, a fin de que se pusiera a las órdenes del nuevo Comandante Cruz. Al principio el señor Báez se negó a firmar por lo que tuve que decirle a Cruz para amedrantarlo: "Haga que el señor Báez firme la orden, y si no lo hace dentro de cinco minutos, lo fusila".

Toma de los vapores

No fue sino hasta después que yo salí, que el señor Báez firmó la dicha orden. Mi plan era que la tripulación del vapor Victoria no se alarmara si veía gente nueva al atracar en San Ubaldo. Quería que vieran siempre al Comandante anterior y no se sospechara del cambio en la guarnición local, y que atracara al muelle sin reservas, como siempre lo había hecho, permitiendo así que lo capturáramos.

Todo sucedió como lo habíamos previsto. Cuando llegó el Victoria, ya estaba yo allí, en San Ubaldo dirigiendo desde la punta del muelle⁹ metido en una caseta, toda la operación de la captura, y aunque hubo una ligera refriega con la guarnición del vapor, no fue de grandes proporciones y pronto se dejó dominar.

El Jefe de las Fuerzas Militares del vapor era Eliseo Lacayo Fernández y el Jefe de la tropa adicional se llamaba Francisco Ocón, de Nandaime, con quien tuve que luchar personalmente agarrándolo de la nuca hasta desarmarlo. Muchos de los nuestros habían entrado ya al vapor simulando ser pasajeros cargando artículos de venta para el comercio, como pieles y cueros y dentro, por supuesto, sus armas. Entre los pasajeros que venían a bordo del Victoria fue para mí una sorpresa agradable ver a don Ramón Enríquez, quien me abrazó con entusiasmo, pues nos tratábamos como hermanos.

Pasada la excitación que provocó entre pasajeros y actores la captura del Vapor, nos embarcamos todos para amanecer en Granada, yendo a bordo como unos ochenta o cien hombres armados, entre ellos mi hermano Evaristo Enríquez, quien había llegado a Juigalpa con los treinta rifles que había mandado mi tío don Alejandro Chamorro, y quien después de entregarlos continuó su viaje a San Ubaldo para reunirse conmigo.

A bordo organicé la gente armada que teníamos, poniendo a un lado a los mejores tiradores y al otro a los inferiores. De entre los primeros seleccioné a un grupo al que puse en la proa del vapor a las órdenes inmediatas de Evaristo que me constaba era un insigne tirador. A estos les di las instrucciones necesarias para hostigar cualquiera embarcación que encontráramos. Después mezclé el resto de buenos tiradores con los inferiores y los distribuí a todos a uno y a otro lado del vapor, tanto arriba como abajo y en esa forma navegamos hacia Granada.

Tenía la esperanza que en la noche del 19 de Mayo mi tío Alejandro hubiera podido tomar Granada, pues yo no había dejado pasar noticia de la toma de Juigalpa para que el Gobierno no se diera cuenta del movimiento y no reforzara aquella plaza, pero sucedió que al llegar frente al muelle de Granada no vi indicación alguna que pudiera hacernos creer que la ciudad, o al menos el muelle, estuviera en poder de la revolución y entonces dispuse enderezar la proa hacia Tepetate, —en donde ahora está el Colegio Centro América—, y no viendo tampoco señal alguna favorable en ese lugar, procuré enderezar nuevamente el vapor hacia San Ubaldo.

Después de navegar por un buen rato en ese rumbo, divisamos a lo lejos un barco que reconocimos como el "93", el que nos disparó, desde muy lejos, un cañonazo. Subí entonces a la cabina del timonel y Capitán Augusto Constantini y le pregunté: "¿Cuál vapor de los dos, el Victoria o el 93, es el más rápido?". —"El Victoria", me contestó—. ¿Cuál de los dos es el más fuerte y sólido? —"El Victoria" fue su respuesta—. "Si esos dos barcos chocaran, ¿cuál de los dos tendría mayor probabilidad de hundirse? le pregunté. —"El 93", me contestó con aplomo—. Entonces le dije: "Dele todo el vapor que pueda a este barco y póngalo en dirección del 93 a fin de que choquemos con él lo más brevemente posible. Es necesario hundir ese barco antes de seguir adelante".

Cuando hacía estas preguntas, en mi mente se cruzaba el recuerdo de dos distinguidos miembros conservadores que como yo habían recibido instrucciones del Partido para tomarse el mismo barco. Los dos cumplieron a satisfacción su cometido, pero cuando se dieron cuenta que el movimiento solo había tenido éxito en la toma del vapor Victoria que ellos habían verificado, no encontraron interés en mantener el vapor y después de arribarlo a la costa, lo dejaron abandonado. Me refiero a Agustín Bolaños Chamorro que fue el primero en verificar tan brillante acción, y el segundo, el valiente Coronel Horacio Bermúdez, que como dije en párrafos anteriores murió peleando por su Partido en los campos de batalla de San Juan del Sur. Ese recuerdo me estimuló para que mi empresa fuera un poco más allá y no dejara morir la acción antes de hacer un esfuerzo más por libertar a mi Patria del yugo de la Dictadura.

Inmediatamente fui donde estaban los tiradores de proa para hablar con ellos y explicarles que el Victoria iría a todo vapor sobre el 93, y que como nosotros no teníamos mucho parque no deberíamos disparar hasta que lo tuviéramos cerca, es decir, como a unos 300 metros de distancia y que deberían dirigir sus tiros solamente a los artilleros del 93. Todos me prometieron con entusiasmo que así lo harían, y me dediqué a recorrer el vapor y a explicarles a la gente que íbamos a capturar el barco enemigo, y que ellos no deberían disparar sino hasta que éste estuviera cerca y que se prepararan para abordarlo en la primera oportunidad que se presentara.

Recuerdo todavía la intensa emoción que sentí en aquel momento corto en que duró la lucha para capturar el 93. Por algún tiempo estuvimos sufriendo el fuego de su artillería, sin contestar nosotros ni un solo tiro y viendo que el uno y otro barco corrían a su mayor velocidad para encontrarse, pues yo le había ordenado al Capitán Constantini que pidiera vapor y más vapor

hasta no alcanzar la máxima velocidad del Victoria, aun cuando con ello pusiera en peligro la máquina, pues que era indispensable para nosotros acortar el tiempo de la captura, y aquel hombre, valiente capitán de marina, se interesó tanto como yo, y tomando como cosa de amor propio dicha acción, cumplió fielmente las instrucciones.

Muerte de Constantini

Muy pronto estuvo el 93 al alcance de nuestro fuego y entonces di la orden de disparar. A los primeros disparos algunos de los artilleros enemigos cayeron muertos o heridos. Entonces el que manejaba el 93 quiso variar de curso y colocarse a la popa del Victoria, pero el Capitán Constantini comprendió la maniobra y no le permitió al 93 salirse ni un momento del fuego de la proa de su barco. En el momento de mayor intensidad del fuego el Capitán Constantini mandó a llamarme.

Llegué a su cabina de timonel, y al verme me dijo: “¡Estoy herido... de muerte... mire!”. Y descubriéndose el estómago me enseñó el agujero de una bala de Remington que le había penetrado por el ombligo. “...Pero tendré fuerzas para terminar la captura del 93, continuó, sólo le ruego que venga a verme después que lo haya hecho”. Con sincera emoción le conforté como pude y le prometí volver.

Para cualquiera que hubiera estado observando la lucha a muerte entre el Victoria y el 93 habría visto con interés los esfuerzos que hacía el 93 por apartarse del fuego que le llovía desde la proa del Victoria.

Uno de los cañonazos del 93 dio al lado donde yo estaba, que era en la parte de abajo en la banda derecha. La metralla fue a dar precisamente en el bote salvavidas que el Victoria llevaba a bordo, y uno de los pedazos de metralla rebotó y me dio en la pierna, pero seguramente iba ya sin fuerzas pues no hizo más que incrustarse en la carne sin dañar el hueso, así es que con facilidad me desprendí después aquel pedazo de metralla, que bien pudo ocasionarme la pérdida de la pierna, más de ello no conservo sino una pequeña cicatriz.

Como decía anteriormente la balacera era intensa entre los dos barcos siendo de notarse que a cada momento que pasaba el fuego del Victoria se intensificaba más, mientras que el del 93 disminuía, hasta que cesó del todo en el momento en que el 93 no pudo impedir que el Victoria se acercara a su lado, momento que

yo aproveché para saltar el primero al abordaje seguido de Arsenio Evaristo Enriquez y otros cuantos.

Ya en el 93 no encontramos oposición alguna. Todos se rendían y entregaban sus armas, entre otros el Teniente de la Sección de Artillería Francisco Bermúdez (alias Pancho Gato), el maquinista Gallard, y el Coronel Adolfo Zapata. Mi mayor preocupación, por supuesto, era la proa del vapor donde estaban los artilleros. No me detuve a desarmar a nadie; eso lo hacían los que venían detrás; apenas me detuve para ordenar al Victoria el cese total del fuego, y seguí hacia la proa del 93 —aquello era un lago de sangre—, donde me encontré en medio de varios cadáveres y algunos heridos a los que ordené desarmar.

Uno de los heridos que tenía la rodilla detrozada por una bala, se negó a entregar su revólver por lo que uno de mis hombres quería poner fin a su vida, más yo se lo impedí y lo convencí de que se retirara fuera del alcance de un balazo de aquel individuo, ya que estaba seguro de que una vez que la excitación del combate le pasara iba a estar dispuesto a entregar el arma, como efectivamente sucedió. A poco rato me estaba llamando para entregarme su revólver y pedirme que lo mandara matar porque no resistía el dolor de la herida. Mandé a uno a recibir el revólver y ordené llamar al médico que llevábamos a bordo, el doctor Enrique Montiel, para que lo curara.

Todas estas cosas las hice quizás en menos tiempo del que gasto en narrarlas, pues mi mayor deseo era volver al lado del Capitán Constantini como se lo había prometido, y porque me interesaba saber cómo seguía. Al llegar a la cabina ya lo encontré separado del timón el que había entregado a otro de sus oficiales, y me dediqué a confortarlo y darle alguna esperanza de salvarse. Le dije que sólo íbamos a la Isla de Zapatera, a la costa del Menco, a recoger a mi tío Alejandro, —a quien no pudimos encontrar allí— y a algunos otros amigos de Nandaime, y que enseguida regresaríamos a San Ubaldo donde estaría con mayor comodidad.

En cuanto a Berrios, que era el apellido del herido del 93, le hice saber del viaje próximo a San Ubaldo, en donde pensaba instalar un pequeño hospital de campaña.

Frente a las costas del Menco nos vimos precisados a echar algunos cadáveres al agua porque ya estaban dando muestras de descomposición. Y allí también recogimos como a treinta personas, y con ellas a bordo, nos dirigimos a San Ubaldo. Aquí improvisamos un hospital con el doctor Montiel como jefe cirujano,

y como con nueve heridos, siendo los principales el Capitán Constantini y el joven Berríos. Desgraciadamente el primero murió esa misma noche y Berríos unos dos o tres días después.

Naturalmente la muerte de Constantini fue muy sentida entre nosotros por haber sido el alma, pudiéramos decir, en la toma del 93, y la de Berríos porque era un joven de Managua a quien yo conocía bastante bien por haber sido amigo de los muchachos Alvarez Saballos, mis amigos y compañeros.

Capítulo D

Ataque a San Carlos

Esa misma noche preparamos un telegrama cifrado para el Comandante de San Carlos, haciéndole creer en cierta descomposición de la guarnición del Castillo, por lo que debería ir personalmente allá y seguir una minuciosa investigación y traerse preso al promotor. El telegrama iba en la clave de la Comandancia General y firmado, naturalmente, por el General Zelaya. Al mismo tiempo que se preparaba el dicho telegrama y se enviaba, se alistaba la expedición que iría a tomar San Carlos en cuanto se supiera que ya el Comandante de San Carlos había salido para el Castillo a cumplir las falsas instrucciones dadas en el mensaje referido.

Pasamos esta noche en San Ubaldo. Al amanecer dispuse los preparativos para lo que sería la próxima jornada: la toma de San Carlos.

En las primeras horas de la noche zarpamos en el Victoria hacia el sur, llegando como a las 10 frente al puerto lacustre de El Morrito. En un bote envié una comisión a tierra a tomar el cuartel y traer los rifles que pudiera. Una vez que esta comisión hubo regresado continuamos navegando y como a media-noche nos situamos frente a San Miguelito donde repetí la operación, con igual resultado. Seguimos navegando hasta que, a las 5 de la mañana, llegamos frente a la costa de "Punta Limón", hacienda de don Manuel Vargas situada como a legua y media de San Carlos.

Eramos ochentinueve en total. Allí desembarcamos y envié una intimación al Comandante de San Carlos para la rendición de la fortaleza, diciéndole que en caso la aceptaba enarbolara una bandera blanca, previniéndole, que de no hacerlo así, a las cuatro de la tarde iniciaría sobre ella el bombardeo y que la atacaría con la infantería. Conductor de esta nota fue el hoy General Benjamín Vargas Abaunza.

Con el mayor sigilo caminamos por los potreros hasta llegar a situarnos al pie de una colina llamada "Loma Quemada" en cuya cima colocamos un cañón a cargo del Coronel Tomás Masís y como ayudantes suyos a Gregorio Lanzas y a Adán Molina.

En un momento que juzgué conveniente marché con mi pequeña tropa hacia la fortaleza, tomando las debidas precauciones para no ser sorprendidos en el trayecto.

No sería sino hasta las cuatro que Masis esperaría la señal de la bandera blanca, ya estábamos nosotros próximos a la fortaleza cuando fueron disparados tres cañonazos sobre el fuerte. Nos situamos al pie de la loma, redonda, cubierta de verde grama en cuya cima está la fortaleza. Esta consiste en un cuadrilátero de piedra defendida por un foso como de dos varas de profundidad y en el centro una casa de dos plantas. Desplegué mi fuerza al pie de la Loma por el norte y por el oriente, es decir por los lados por los que teníamos acceso; resbalándonos, subíamos con dificultad bajo un fuego graneado.

Un grupo al mando de Arsenio Cruz lo destaqué sobre la población y entró en momentos en que el vapor "Hollembek" pitaba abandonando el muellecito, río abajo.

Arsenio Cruz en la calle principal se encontró con Benjamín Vargas y juntos atacaron de frente la Fortaleza. Después se dirigieron al Morro y ocuparon la Comandancia. De aquí se avanzó sobre la Fortaleza hasta la Iglesia, cuyas campanas repicó el hoy General Emilio Guillén. Atacábamos pues, la Fortaleza por todos lados. Yo llegué a la cima a pocos pasos de la caseta oriental, manteniendo mis fuegos sobre ella. Al acercarnos, un tiro salido de la caseta dio en el pecho a un jovencito Gómez, de Juigalpa, que estaba a mi lado, muriendo en el acto. Fija mi atención en el lugar de donde había salido el fogonazo, vi asomarse una cabeza y calculadamente le disparé un tiro. No sé si le di en el blanco pero ya no salió otro tiro de esa caseta. Requerí a Bonifacio García para que me siguiera con otros a la caseta y ya el sol se ponía cuando cesaban los tiros por los otros lados y ya sin ese apoyo me vi obligado a retirarme.

Creo que si a los sitiados le hubiéramos dejado un sitio de escape, y no atacarlos por todos lados, la Fortaleza hubiera sido tomada.

Con Masis volvimos a "Punta Limón" y le recomendé que inmediatamente tomase un bote para San Miguelito llevándose el cañón.

Como a Virgilio Molina y Ufredo Argüello, Comandante del "Victoria", les había dado instrucciones de que estuviesen con el vapor frente a San Carlos pero no al alcance de la artillería del Fuerte, con unos pocos, en un solo bote, me dirigí al sitio indicado; pero no logramos dar con él y estando ya muy oscuro

opté por desembarcar en una de las islas Balsillas y pasar la noche allí. Me hacían compañía seis números, de confianza todos. Muy temprano tomamos el bote para la isla La Venada, frente, pero no a corta distancia de San Miguelito. Arribamos allí como a las nueve de la mañana, y fuimos a la hacienda de don Manuel Boniche, amigo mío y buen conservador. Le referí todo lo ocurrido, asegurándole que volvería pronto a atacar San Carlos y que esta vez sí lo tomaría. Nos mandó servir un abundante almuerzo, descansamos y como a las tres de la tarde nos mandó a dejar en un bote de vela a San Miguelito.

Arribamos ya oscureciendo, encontrando allí a Masís. Me alojé en casa de mi primo Rodolfo Vargas y su fina esposa doña Renéé Gavinet. De la oficina telegráfica me comuniqué con el Licenciado Obando, en Juigalpa, reiterándole mis instrucciones de no hacer allí ninguna resistencia y retirarse, por Acoyapa, a los puertos de Lago a fin de que el "Victoria" lo recogiera. También me comuniqué con Manuel Morales, en Acoyapa, diciéndole que le esperaba con el "Victoria" en San Miguelito, con refuerzos. Hasta esa noche después de varios días de intensa fatiga y de noches de desvelo, dormí bien. Amaneció el día 26. Pasé el día madurando mis planes. Volví a pasar la noche en este puerto y al siguiente día procedí a la reorganización de mis soldados rechazados en San Carlos.

Como a las ocho de la noche se oyó la sirena del "Victoria" e inmediatamente me trasladé a él. Lo comandaban el doctor Enrique Montiel y el Ingeniero Manuel J. Morales. Este me informó acerca de ciertos puntos de la revolución. En el "Victoria" me llegó también un destacamento de cuarenta números de soldados de La Libertad, San Pedro, Santo Tomás y Acoyapa, armados de Winchesters, Remingtons y Mausers y aun de machetes al mando de Francisco Morales, hermano de Manuel J. Morales. Y así, como con soldados de Niquinohomo, Catarina y San Juan de Oriente, me lancé al asalto de la Fortaleza de San Carlos. Era lo que yo esperaba para volver al ataque sobre San Carlos y determiné hacerlo en la mañana siguiente.

Toma de San Carlos

Ordené que el "Victoria" continuara su navegación en esa dirección, sin volver yo a San Miguelito ni reembargar la tropa que había allí. Llegamos frente a Punta Limón y esperamos que aclarase y amaneciese. Ya salido el sol de este día, 28 de Marzo, navegando el "Victoria" algo adentro, directamente hacia el muelle, vimos un bote que se dirigía al vapor; dispuse recogerlo; en

él venía don Guadalupe Sáenz, de San Carlos, a darme la noticia de que la fortaleza había sido abandonada por su guarnición después del ataque. Y a continuación, navegando siempre hacia el muelle, momentos después vimos otro bote que también se dirigía al "Victoria". Nos acercamos a él y uno de los marineros me entregó una nota de la apreciable señora doña Virginia Lacayo de Lugo, esposa de don Alberto, comunicándonos la misma noticia.

Ya teníamos a la vista la Fortaleza, enarbolada en ella la bandera blanca; minutos después oímos el repique de las campanas de la Iglesia. Arribó el "Victoria" y nos recibió la población congregada en nutridos grupos viviendo a la Revolución y a mi persona con el mayor entusiasmo, acompañándonos así hasta la Fortaleza.

Ya ocupada la población y hechos los arreglos y dadas las disposiciones en lo concerniente a la parte militar, me dediqué a revisar los elementos con que contábamos para continuar nuestra lucha contra las fuerzas de la Tiranía. En realidad, eran todavía bien pocos los elementos con que podía enorgullecerse la Revolución, y la única esperanza de triunfo era conseguir de la vecina República de Costa Rica el abastecimiento de lo que necesitáramos. Por eso, inmediatamente pensamos en enviar una comisión compuesta por los señores don Manuel J. Morales y mi hermano Evaristo Enríquez, quienes partieron en bote remontando el Río Frio.

Esos señores llevaban instrucciones precisas de no prolongar su estadía en Costa Rica más allá de lo estrictamente necesario, y que trataran de conseguir siquiera fueran unos 50,000 tiros, que era lo que más necesitábamos y de lo que estábamos más urgentes.

Mientras esa comisión andaba por Costa Rica, nos dedicamos en San Carlos a atender a la población civil y a interesarla en suministrarnos voluntariamente las provisiones de boca que necesitáramos para el mantenimiento de la incipiente fuerza revolucionaria. En honor a la verdad, toda la población se portó satisfactoriamente, pero debo hacer especial mención de doña Susana de Arana, don Alberto Lugo y señora, don Emilio Medina, don José Dolores Lazo, señores don Ricardo y Rodolfo Vargas y familia, y muchos otros que en este momento se me escapan de la memoria, no así, por supuesto, el nombre del viejo amigo don Salvador Bravo.

Durante mi estadía en San Carlos, nos sorprendió un día de tantos la llegada de mi tío don Alejandro Chamorro, a quien no

pude recoger de la costa de El Menco porque cuando yo llegué en el Victoria él no había llegado todavía a ese lugar. Por supuesto, que con su arribo todos nos pusimos con el espíritu más levantado porque ya sabíamos que era un hombre de grandes recursos intelectuales, además de económicos. Mas ese entusiasmo decayó un tanto cuando los comisionados que habían ido a Costa Rica regresaron informándonos que no habían podido conseguir absolutamente nada en esa República, por lo que decidimos levantar el campo de San Carlos y trasladarnos a las Islas de Solentiname, donde nos sería más fácil para nosotros reorganizarnos y hacer nuestros movimientos con mayor sigilo y con menores probabilidades de que fuesen comunicados al Dictador Zelaya.

Hacia Ometepe

De Solentiname resolvimos salir a tomar la Isla de Ometepe. Dispusimos que una parte de las fuerzas desembarcara en la costa norte de la Isla, y la otra frente a la ciudad de Moyogalpa. Esta última ala iba comandada por el propio don Alejandro Chamorro. La estrategia que seguiríamos disponía proceder al ataque cuando don Alejandro recibiera comunicación del Comando de la otra ala informándole que había desembarcado con éxito y que estaba lista para operar conjuntamente con él. Pero mi tío Alejandro encontró mayores facilidades para efectuar el desembarco en menor tiempo que el calculado y mucho antes que lo hiciera la otra ala. Por esa razón y por los datos favorables que obtuvo de la posibilidad de tomar el Cuartel, decidió adelantar las operaciones y principió el ataque inmediatamente, debiéndose a su arrojo y bizarria, cualidades heredadas de su padre el General Fernando Chamorro, el triunfo que obtuvo sobre las fuerzas superiores a las suyas.

La guarnición de la plaza presentó alguna resistencia, primero en el Cuartel mismo y después, retirándose, hasta llegar a la Iglesia, disparando esporádicamente en su retirada uno que otro tiro. Una vez en la Iglesia trataron de hacerse fuertes en ella e intensificaron sus fuerzas, lo que paralizó, por un momento, el empuje de los nuestros, quienes a su vez redoblaron el ataque.

Ya para entonces las fuerzas de la otra ala del norte, habían logrado efectuar el desembarque y aproximarse al lugar del combate, aun cuando fuese en sus postrimerías, pues don Alejandro, con un esforzado empuje, tomaba en esos momentos la Iglesia, desalojando al enemigo de ella, pero no sin antes perder al excelente amigo y magnífico ciudadano de Nandaime, Blas Ta-

lavera y a otro soldado cuyo nombre no recuerdo. Por parte del enemigo hubo también dos bajas y capturamos a otros soldados.

El amigo Talavera fue enterrado en el templo con todos los honores militares, acompañado su cadáver por la valiente columna de Nandaime, que era muy numerosa.

Después de haber sepultado al Coronel Talavera y a los otros soldados, nos dedicamos a reorganizar las fuerzas, a buscar alojamiento y a preparar la población para su defensa, pues habíamos resuelto de antemano permanecer allí.

Al siguiente día mandamos a ocupar Alta Gracia, población que queda al otro extremo de la Isla, y que posee un valle frondoso y tierras muy ricas, población que ocupamos sin resistencia alguna.

Ese mismo día citamos a los miembros del Municipio de Moyogalpa para que vinieran a nuestra oficina. Don Alejandro era el Jefe Supremo de la Revolución y le notificó a dicho Cuerpo, al presentarse, que debía convocar al pueblo para celebrar un Cabildo Abierto para que por medio de éste se desconociera la autoridad del General Zelaya. Pero como estuvieran haciendo algunas objeciones los Munícipes, yo les advertí que tal conducta les podría ocasionar molestias y les hice ver que nadie podría criticarles lo que hicieran porque era impuesto por el Jefe Revolucionario, ya que el pueblo estaba en poder de la Revolución. Más ellos insistían en negarse, por lo que ordené que desocuparan una casa y los mandé detener en ella, tanto para esperar que cambiaran de parecer, como para su misma seguridad personal y así evitar que alguien los ultrajara. Estos Munícipes persistieron en su actitud y no fue sino hasta muy tarde que, parcialmente fueron dando sus declaraciones favorables, mas uno de ellos Abraham Cruz, siempre se negó. A éste no lo puse en libertad sino dos días antes de que perdiéramos el vapor Victoria.

A Zapatera

Después de unos pocos días de incursiones y reconocimientos por la Isla de Ometepe, dispusimos mandar a la de Zapatera a atacar a una pequeña guarnición que últimamente había enviado el Gobierno a estacionar allí. La captura de esta guarnición no ofreció ninguna dificultad, porque esta incursión la mandamos de noche, en el Victoria. Toda la operación se realizó sin obstáculos, llegando hasta la casita de la finca del Doctor Emilio Alvarez Lejarza.

Nuestra estadía en Moyogalpa iba teniendo el éxito deseado. Cada día veíamos aumentar el número de armas de la Revolución, porque el Victoria no cesaba de recogerlas en las distintas incursiones que hacía a los diferentes puntos del Lago. Todas las embarcaciones, grandes y pequeñas, las teníamos reunidas en el puerto de Moyogalpa, que por cierto presentaba un paisaje gracioso y pintoresco. Por otro lado, continuamente nos llegaban refuerzos, amigos de lugares ribereños como Chontales, Rivas y otros sitios.

En uno de esos viajes del Victoria dispuse ir yo mismo a recibir a varios amigos que llegaban de Managua, entre ellos Vicente Alvarez y su hermano Miguel, el valiente general Leocadio Morales, el afamado artillero Jesús Aragón y su hermano Gabriel. Con éste me anunciaron la próxima llegada de don Fernando Solórzano; del indomable luchador contra la tiranía de Zelaya, don José María Silva, mártir que fue más tarde víctima de torturas, y que con ellos llegaría también otro importante conservador, don Juan Manuel Doña.

Escapa de ser capturado

En ese viaje recuerdo haber corrido grave peligro de perder la vida o de ser capturado, lo que hubiera significado lo mismo. Sucedió que a causa de que confundimos, en la oscuridad de la noche la isla de "La Calabaza" por la costa firme de la hacienda "San Pedro", que era el lugar donde siempre recogíamos a los que llegaban de Managua, y creyendo que estábamos desembarcando en esta costa lo hicimos en la isla mencionada, de lo que no nos dimos cuenta sino hasta el amanecer.

Para comunicarse de esta isla con tierra firme, es necesario atravesar un trecho como de trescientas varas, de aguas no muy profundas, por lo que resolvimos hacerlo a pie. Al lado de la costa no se veía nada que se nos hiciera sospechoso, mas ya en el agua y habiendo caminado un buen trecho, recibimos descargas tras descargas que venían de la costa, de las tropas enemigas que estaban ocultas detrás de los árboles.

Esto nos hizo volvernos rápidamente a enmontarnos en la isla, mas yo venía un poco rezagado, y no pudiendo correr tan ligeramente como mis compañeros, y temeroso de recibir un balazo, se me ocurrió echarme boca abajo sobre la arena dando la impresión de que estaba muerto, cesando con eso los disparos.

Ya de nuevo juntos todos, comentamos la estupidez del que comandaba aquel grupo de soldados enemigos, porque, ¿a quién se le ocurre disparar tan anticipadamente cuando hubieran po-

dido capturarnos a todos si nos hubieran dejado acercarnos y entonces ponernos manos arriba? Una vez más afirmamos nuestra creencia en Dios que nos salvaba de una muerte segura.

Embarcados por fin los amigos que de Managua llegaban a incorporarse a la Revolución, volvimos en vapor a Moyogalpa donde nos recibieron los jefes y la tropa con grandes demostraciones de júbilo. Los recién llegados nos dieron informes muy favorables respecto al prestigio que en el país tenía el movimiento revolucionario iniciado el 19 de Marzo de 1903 en la ciudad de Juigalpa, así como la desmoralización que comenzaba a notarse en las fuerzas del Gobierno, en las que continuamente estaban ocurriendo deserciones.

Todas estas noticias dieron a mi tío Alejandro y a mí mayor fuerza a nuestros espíritus para continuar luchando hasta alcanzar un triunfo completo. Pero había una ligera discrepancia entre nosotros sobre el método a seguir en el desarrollo de la Revolución.

A don Alejandro no le gustaba alejar mucho el centro de operaciones de los departamentos de Granada y Rivas, mientras yo encontraba más fácil vencer a Zelaya en los campos agrestes de Chontales.

A mi juicio, la idea predominante de don Alejandro era el de poderse poner en contacto con alguno o algunos de los jefes de las fuerzas del Gobierno, me parece que con el General Fernando María Rivas, con quien él ya estaba iniciando pláticas de entendimiento por medio de don Emilio Hurtado; sin embargo me guardaba tanto cariño y le merecía yo tantas consideraciones que nunca que le hablé de las grandes posibilidades que presentaba Chontales para nuestro movimiento, se manifestó en desacuerdo con la idea, pero siempre buscaba un motivo razonable para demorar su decisión al viaje.

Nuevo ataque a Zapatera

Hasta aquí esas demoras nos habían sido favorables, pues ya vimos que cuando el Gobierno ocupó la Isla de Zapatera, nosotros capturamos la guarnición y ocupamos la Isla, aunque la desocupamos enseguida. Luego el Gobierno volvió a ocuparla con mayor número de fuerzas, —quizá de doscientos hombres— y nosotros resolvimos atacarla de nuevo. Para esto, nos preparamos mejor, pues de no haberlo hecho así, no habríamos podido ni desembarcar las fuerzas que teníamos a bordo.

Esta expedición nos vimos precisados a hacerla de noche, usando la artillería para acallar los fuegos de las tropas en tierra, efectuando el desembarque inmediatamente después. Se procedió al ataque con vigor, dominando a las fuerzas que estaban en las primeras trincheras, y no dando al enemigo tiempo ni lugar a rehacerse de nuevo, logrando encerrarlos en las mismas casas de la hacienda "Zapatera" donde se rindieron los últimos que quedaban. En este encuentro salió herido el general Vásquez Garrido, jefe guatemalteco que comandaba estas fuerzas de Zelaya. De los nuestros recuerdo que perdimos en las operaciones de desembarque al Capitán Coronado Artola, de Nandaime, que gozaba de gran prestigio en la tropa y quien era un soldado de gran valor personal.

Como en la primera ocupación, recogimos todo el botín y lo llevamos con nosotros a Moyogalpa.

Con lo obtenido en Zapatera y lo que habíamos recogido anteriormente, nuestro contingente militar ascendía ya como a 800 hombres, es decir, era un gran ejército para una revolución que había comenzado con tan pocos elementos.

Contábamos, además, con los dos vapores para poder maniobrar en cualquier punto del Lago en el que nosotros quisiéramos operar. Esto nos daba un gran dominio o ventaja sobre las fuerzas del Gobierno, porque por muy fuerte que éste fuera, por razón de la extensión que tenía que defender, el frente era muy extenso y por consiguiente en algunas partes tenía que estar debilitado; por eso cada vez que había oportunidad insistía yo con mi tío Alejandro sobre la idea de irnos a Chontales y en esta ocasión lo encontré más anuente que en otras; sin embargo, me hizo observar que no deberíamos llegar a Chontales imponiendo contribuciones, ni quitando bestias para uso de las fuerzas, ni ganado para la alimentación de las mismas, y me propuso que enviáramos a Granada a cambiar unos treinta mil dólares que tenía en giros bancarios para que con ese dinero compráramos todo lo que necesitáramos.

Frutos Bolaños Morales

Me gustó mucho su idea y me puse de acuerdo con sus observaciones e inmediatamente dispusimos el envío de una comisión, —uno de ellos era don Frutos Bolaños Morales—, a quien mandamos a dejar a un punto de la costa del Lago, con instrucciones de recogerlo de nuevo, cuatro días después, en Los Cocos. Esa comisión se envió en el vapor Victoria y al regreso de éste, se nos informó que el desembarque había sido perfecto.

Persecución del "11 de Julio"

Uno o dos días después de haber enviado a esos comisionados, se encontró el vapor Victoria con el vapor "11 de Julio" que el Gobierno había hecho trasladar del lago de Managua al de Granada. Entiendo que en esta ocasión el "11 de Julio" llegaba de las costas de Chontales y que emprendió la fuga por las costas de Rivas.

Cuando nos dimos cuenta de ese encuentro y al oír los primeros cañonazos disparados salimos a la costa de la Isla a ver la posición de los vapores. Vimos claramente que el Victoria perseguía al "11 de Julio" y que la distancia entre uno y otro barco se aminoraba por momento, y que cuando pasaron frente a nosotros entre la isla de Zapatera y Moyogalpa, notamos a poco rato que el Victoria disminuía su velocidad y que por último abandonaba la persecución y se dirigía a Moyogalpa.

Por supuesto, esta última maniobra nos desalentó muchísimo, porque al principio del encuentro nuestras esperanzas eran que también el "11 de Julio" sería capturado. Por eso, al cesar el Victoria en la persecución se hicieron comentarios, algunos de los cuales yo mismo oí, que no eran muy favorables para el comandante del Victoria, mi hermano Evaristo Enríquez.

Al principio no podía darme cuenta de la verdadera causa que había hecho suspender la persecución, y la atribuí al temor de que en las costas de Rivas pudiera haber artillería oculta para sorprender al Victoria una vez que se acercara, aunque también admitía la posibilidad de que a mi hermano Evaristo, poco versado aun en cuestiones militares, le hubiera faltado el suficiente coraje que en esas acciones se requiere.

Por eso resolví mandarlo a llamar a mi oficina para ordenarle que fuera a poner su renuncia ante el Jefe Supremo de la Revolución, don Alejandro Chamorro, a fin de dejar a éste en completa libertad para poner de comandante del Victoria a cualquier otro de los distinguidos oficiales que estaban en el vapor, como León Guerra, por ejemplo, joven muy apreciable, y de familia bien conocida por el valor personal de sus miembros, es decir, de una familia de valientes.

Cuando a mi hermano le pregunté los motivos que había tenido para no continuar con la persecución del "11 de Julio", cuando ya parecía tan próxima su captura, él me contestó que la orden había sido dada a pedimento del timonel Francisco Roca, porque el lugar donde se navegaba era bastante seco, y que el Victoria no se podía meter donde el "11 de Julio" se metía por ser

éste de menor, calado. Aun cuando la explicación dada me pareció plausible, le dije que fuera a poner su renuncia al Jefe de la Revolución, el que después de tomar los debidos informes, del mismo Evaristo y del tinonel Roca, sobre los motivos que habían tenido para suspender la persecución del vapor aquel decidió exonerarlo de toda responsabilidad y mantenerlo en su puesto.

El encuentro del Victoria con el "11 de Julio" nos hizo pensar a don Alejandro y a mí, que deberíamos proteger con sacos de arena la maquinaria del vapor Victoria hasta donde fuera posible, a cuyo fin comisionamos al General Jersán Sáenz. Sólo estábamos esperando el regreso del comisionado Bolaños Morales para irnos a Chontales, para lo que ya tenía la completa venia de mi tío. Por eso quería dejar bien atrincherada la maquinaria del Victoria para su mayor seguridad.

Así se llegó el día que por fin el Victoria salió para Los Cocos a recoger a Bolaños Morales y su compañero, quienes deberían traer los treinta mil dólares convertidos en billetes nacionales. Pero el vapor llegó a Los Cocos, a las primeras horas de la noche, esperó allí toda la noche, y por fin, ya de mañana, con los primeros rayos del sol, viendo que nadie aparecía se decidió regresar a la Isla.

Nosotros ignorábamos que Bolaños Morales había sido capturado.

En la travesía de regreso de Los Cocos, se encontró nuevamente el Victoria con el "11 de Julio" y con el "Hollembeck", vapor de río, que había sido armado en guerra y que llevaba un magnífico cañón marino.

En la reorganización que habíamos estado haciendo en el Victoria, habíamos nombrado jefe del cuerpo de artilleros al Coronel Jesús Aragón. Era éste un artillero muy afamado, que había hecho sus estudios en la Escuela de Artillería, pero quien por más esfuerzos que hizo en la lucha contra los dos vapores atacantes no logró poner a ninguno de ellos fuera de combate.

El cañoneo se oía perfectamente bien en Moyogalpa, y aun distinguíamos los vapores, aunque no acertábamos a saber qué vapor sería el Hollembeck. De los tres vapores que peleaban nos dábamos perfecta cuenta cuál era el Victoria y cuando éste recibió el tiro de gracia que hizo explotar la caldera y quedar inmóvil, yo declaré en el acto que habíamos perdido el encuentro, y al Victoria. Muchos otros me sostenían lo contrario, pero desgraciadamente después de dos o tres horas de espera ya no nos quedó duda alguna.

A Chontales

Desde ese momento, mi único pensamiento era el de utilizar el 93 para que remolcara unas cuantas lanchas de las que teníamos en el puerto, y cargar en ellas los elementos de guerra y las gentes que llevaríamos a Chontales. La idea fue aceptada en el acto por mi tío Alejandro y por todos los que tuvieron conocimiento de ella. Teníamos todavía algunas horas de la tarde de que podíamos disponer y toda la noche para hacer esa operación.

Sin pérdida de tiempo nos pusimos a trasladar a la costa del Lago, al embarcadero de Moyogalpa, todo el material de guerra que teníamos, así como las provisiones y todo aquello que nos podía ser útil en la nueva campaña que emprenderíamos. Cuando ya todo estaba listo en el puerto, dimos orden de que se cargaran las embarcaciones grandes que estaban ancladas, para que unas por sus propias velas y otras a remolque del 93 nos trasladaran esa misma noche a las costas de Chontales.

La precipitación del alistamiento y desocupación de la Isla en el menor tiempo posible, hizo que no nos fijáramos en que esas embarcaciones estaban ancladas en aguas muy secas, y que con la carga que se les estaba poniendo iban ya a tocar tierra, como efectivamente sucedió.

La listas y puestas las embarcaciones a remolque del 93 dimos orden de emprender la marcha y entonces resultó lo imprevisto: que todas las embarcaciones estaban varadas, y fue imposible al 93 el moverlas.

Es necesario haber estado allí para darse cuenta exacta del desaliento que aquella desafortunada maniobra produjo en nosotros. Consideramos que no era posible emprender de nuevo el descarge de las embarcaciones para repetir la operación en aguas más profundas para que de allí pudiera el 93 llevarlas a remolque hasta Chontales, porque ya la noche estaba muy avanzada cuando esto sucedía y porque temíamos, con sobrada razón, que si amanecíamos allí, reconcentrados en la costa, vendrían los vapores y darian buena cuenta de todos nosotros.

A estas consideraciones se debió el que abandonáramos el intento de continuar la revolución en Chontales y diéramos la orden de desembarcar y tomar cada cual sus pertenencias para irse donde se consideraran que podían estar más seguros de no caer en manos de las fuerzas enemigas que seguramente llegarían a la Isla a la mañana siguiente. Hicimos entonces ver a las tropas que tomábamos esa resolución, no porque nos considerá-

ramos inferiores a las fuerzas del Gobierno sino porque aun triunfando sobre ellas, una y otra vez, siempre quedaríamos circuncritos a la Isla de Ometepe.

Fin de la Revolución del Lago

Pido a mis lectores me permitan manifestarles que siento una como dolorosa impresión aun en estos momentos en que escribo el epílogo de aquella revolución que principiara con siete revólveres y que llegó a considerarse, no sólo por nosotros mismos, sino por voceros del Gobierno de Zelaya, como la revolución que había puesto en mayores peligros al régimen del Dictador. Si he querido narrar hasta en sus más pequeños detalles todo lo sucedido, es para mejor ilustrar a la juventud que alguna vez oiga mencionar lo que se conoce como LA REVOLUCIÓN DEL LAGO, para que sepa lo que puede ser capaz el Departamento más pacífico del país, cuando se entroniza un Dictador en la República.

Hecho, pues, el desembarque y el despido de las tropas, y cuando ya habían salido casi todos para los distintos lugares de la Isla, un grupo de oficiales que había quedado con mi tío Alejandro y yo, emprendimos la marcha en busca de un refugio en aquella isla que casi por dos meses nos había dado el más entusiasta apoyo en sus poblaciones de Alta Gracia y Moyogalpa.

Rivalizaban en su cooperación y simpatía para con la Revolución las familias Marín, Saballos, Viales, Cantón, Angulo, Arcia y tantas otras que no es posible enumerar. Todas fueron de gran valimiento para nosotros.

Creo que éramos en total veintidós los que nos retirábamos juntos cuando ya el clarín del General Salvador Toledo, guatemalteco, tocaba a formación en el puerto después del desembarque.

A poco de andar se detuvo mi tío Alejandro y me dijo: "Emiliano, creo que si en estos montes caemos en manos del Coronel Vergara, nadie va a dar cuenta de nosotros. Quizás por eso sería mejor presentarnos al General Toledo, que es un hombre civilizado y que estoy seguro no cometería un asesinato con nosotros".

Mi espíritu rebelde seguía intacto a pesar de la tragedia que habíamos sufrido con la pérdida del Victoria, y a la insinuación de mi tío dije: "Si usted piensa que se puede encontrar garantías con el General Toledo, preséntese usted y todos los que

así lo deseen. Lo que soy yo, no me presento. De mí responde este rifle que llevo terciado al hombro". — "No, Emiliano, me contestó mi tío Alejandro, yo hago lo que tú resuelvas. Solamente hacía una observación".

Después de ese incidente, continuamos la marcha y el baqueano que nos conducía nos llevó a una hondonada muy fresca, llena de cordoncillo, una planta olorosa, y de gran arboleda de la que pendían muchos bejucos.

Capítulo O

Enmontañados

A ese punto llegamos alrededor de mediodía. No llevábamos provisiones, pues habíamos salido sin otra cosa que nuestras armas. La falta de provisiones era para nosotros cosa grave, y en vista de eso invité a uno de mis compañeros para que fuéramos a recorrer los alrededores para tratar de encontrar alguna familia conocida que nos pudiera proveer de alimentos. Naturalmente el recorrido lo hacíamos con muchas precauciones, procurando no dejar huellas de calzado en los caminos para lo cual caminábamos entre los montes. Después de dos horas de caminar infructuosamente volvimos al campamento, decaídos, por no poder resolver aun el problema de la alimentación. El problema del abastecimiento de agua lo teníamos resuelto en el campamento mismo en que nos hallábamos porque aquel bejuco que colgaba de los árboles, estaba lleno de abundante savia, y cortando trozos de él nos servían como vasos lleno de agua, y así nos quitábamos la sed.

Después de un buen rato de haber descansado de la caminata anterior, resolví intentar de nuevo, esta vez en dirección de la población de Moyogalpa. A poco andar divisé un cañalito, y al acercarme, oí que alguien estaba allí cortando caña. Me fui acercando cautelosamente hasta llegar a corta distancia de la persona que trabajaba, y al reconocerla me hizo pensar en el paso que debería dar enseguida; si debería huir sigilosamente para aquel hombre no se diera cuenta de mi presencia, o presentármele y que ver que hacia al reconocerme, pues, el hombre que estaba allí era, nada menos, que Abraham Cruz, el municipe a quien tuve detenido por más de un mes por negarse a firmar el acto municipal de desconocimiento del gobierno del General Zelaya.

Resolví por enfrentarme a él, diciéndole: “¿Abraham, reconoce usted quién soy?”.

“Sí”, me contestó secamente.

“Pues aquí me tiene usted”, le dije “dándole la oportunidad de vengarse de mí, yendo a las autoridades a denunciarme que estoy aquí en esta montaña, en cuyo caso sería asesinado por Vergara o fusilado por Toledo. O, me salva usted dándome de comer porque estoy muerto de hambre o me entrega. La resolución es suya”.

Abraham enterró la punta de su machete en el suelo, se quedó meditando por un momento, y luego, mirándome fijamente a los ojos, me dijo: "Lo salvaré".

Con esta frase vi que el cielo se me abría, no solamente para mí sino para mis compañeros, y reconocí la nobleza de alma de aquel hombre sensible y de gran carácter con que estaba hablando.

Cuando obtuve su ofrecimiento de salvación, le informé que no estaba sólo, que estaba también conmigo mi tío don Alejandro y cerca de veinte compañeros más. Al principio lo noté vacilar un poco ante el número de personas y antes las dificultades que le acarrearía el atender a tantos, todos los días, pero por fin aceptó, y sin pérdida de tiempo, después de darle algún dinero para que comprara provisiones, se retiró en dirección de su casa, diciéndome: "Espéreme aquí".

Y desde ese día en adelante, todos los días, lo esperábamos en ese cañaveral, con la comida preparada para todos nosotros, sin haber tenido nunca ninguna queja de él.

No paró ahí el servicio que Abraham Cruz nos hiciera. Por su medio nos pusimos en contacto con la familia Cantón. Y poco a poco con esta familia fuimos fraguando el plan de fuga.

Gracias a la inteligencia y cooperación de las señoritas Cantón, quienes nos prestaron valiosos servicios, entre otros el de facilitarnos la sustracción de un bote que ellas sabían que estaba oculto en una casa vecina a la de ellas.

En ese campamento a que me ha referido estuvimos cerca de nueve días, y al cabo de ellos, en una noche cuya fecha no puedo precisar, las señoritas Cantón dirigieron a un grupo de los nuestros al lugar donde estaba el bote para que lo trasladaran a un punto de la costa del Lago ya convenido previamente.

Fuga de la Isla

Cuando mi tío Alejandro y yo fuimos informados que el bote estaba sin novedad en el sitio indicado, emprendimos la marcha con los que habían quedado en el campamento, para embarcarnos enseguida.

Llegados que hubimos al lugar de la costa, comenzamos a embarcarnos todos, pero al dar la orden de partir noté que dos de nuestros oficiales, Tomás Masís y Benjamín Vargas Abaunza, se quedaban en tierra por falta de espacio en el sobrecargado bote. Resolví entonces que dos personas, de inferior graduación militar, debían bajarse para darles sitios a ellos.

Eché un vistazo sobre los que estaban ya dentro y vi que entre éstos se hallaban mi hermano Carlos Chamorro Chamorro y mi cuñado Ceferino Enríquez, quien además de ser el esposo de mi hermana Estebana, era hermano de mi esposa Lastenia, es decir doble cuñado.

A pesar de que se me hacía dura y difícil la solución de aquel problema, me resolví a decirles: "Ustedes son mis hermanos, puedo pues exigirles un mayor sacrificio que a otros. Les pido me hagan el favor de salir del bote y quedarse en tierra para mandar a recogerlos después, más tarde".

Al hacerles este pedimento pensaba que me harían alguna observación, o que se negarían rotundamente a cumplir mi orden implícita, sin embargo, grande fue mi satisfacción mezclada de un sentimiento de pesar, cuando vi que los dos se levantaron de sus asientos y sin decir palabra se bajaron del bote.

Subsanado ese conflicto, emprendimos el viaje hacia la costa de San Jorge, en dirección de una finca del General Masís. El viento soplaba favorablemente y empleamos relativamente poco tiempo en llegar.

Tan pronto desembarcamos regresamos el bote para ir a traer a los dos que habían quedado, aunque con muy pocas esperanzas de que los encontraran en la oscuridad y que pudieran llegar esa misma noche. Mas en la madrugada y estando siempre en la finca de Masís, nos abrazaban muy contentos, Carlos y Ceferino, quienes habían tenido la suerte de salir de la isla esa misma noche.

Ese día lo pasamos en la finca dicha, y allí conseguimos dos baqueanos. El uno para que condujera al Doctor Enrique Montiel y a otros compañeros más, quienes habían resuelto trasladarse a Costa Rica.

Amnistía. A Comalapa

Mi tío Alejandro y yo salimos esa noche para Granada donde llegamos cerca de las cinco de la mañana, hora en que las lavanderas van para el Lago a lavar las ropas. Poco después estábamos llamando a la puerta de la casa de doña Dominga Bolaños de Zelaya, donde nos refugiamos y allí permanecí algunos días mientras se me presentaba la oportunidad de trasladarme a Chontales.

No puedo negar que el General Zelaya se mostró bastante magnánimo con los que cayeron prisioneros en el vapor Victoria. Así como hay que reconocerle que no demoró mucho el dar Amnistía en favor de todos los que habíamos tomado parte en el movimiento revolucionario.

Aprovechando la Amnistía me trasladé a Comalapa para ver a mi esposa y vivir allí para mientras arreglaba mis negocios y así poder salir del país después de unos dos o tres meses, en compañía de mi tío Alejandro.

No encuentro justo de mi parte, cerrar este que considero un capítulo importante de mi vida de luchador en contra de la Tiranía de mi patria, sin hacer, nuevamente, mención del valor y constancia del soldado de Nandaime, que en esa ocasión hizo derroche de esa valentía innata de sus soldados.

También son dignos de mención los amigos que de distinta manera prestaron su importante colaboración, ya acompañándome personalmente, ya prestándome toda clase de ayuda en mi constante oposición al régimen de opresión, y apoyándome en mantener encendida la teat libertaria en mi corazón.

De Camoapa, se distinguieron, por ejemplo, en tales servicios: Don Modesto Duarte Marín, los Bermúdez, los Sándigo, los Aráuz, los Díaz, los Mejía.

Era muy de notarse que en Chontales recibí siempre gran aliento en mis actividades de revolucionario luchador, así como en el resto del país que siempre me brindaba su apoyo sin reservas.

En ese tiempo de la REVOLUCION DEL LAGO, estando en San Ubaldo, puerto del Gran Lago, recibí a varios prisioneros enviados de Acoyapa por las autoridades de la Revolución, entre los que estaba don Nicolás Tablada. No sé por qué motivo estaba prisionero, porque por referencias de mi suegro don Ceferino Enríquez sabía que era conservador. Estos prisioneros pasaron con mi tropa al vapor Victoria que yo mantenía anclado en ese puerto, y allí permanecieron por varios días. Recuerdo que un día de tanto, se me quejaron los presos de la mala comida que les daban. Entonces yo, para vigilar más de cerca y proporcionarles una mejor alimentación, ordené que les sirvieran en la misma mesa que a mí, y así comíamos juntos hasta el día de su separación.

Como no podía andar con los prisioneros a bordo en mis escaramuzas revolucionarias, opté un día que marcharía con mi tropa, dejar a los prisioneros en una lancha anclada. Como no

tomara las debidas precauciones para evitar su fuga, sucedió que al regresar encontré que todos se habían fugado levantando el ancla y dejándose arrastrar por las embravecidas olas del Lago hasta llegar a un lugar de tierra firme.

Esa es la verdadera historia de ese incidente, que algunos han tergiversado malintencionadamente diciendo que habían sido abandonados adrede a la deriva de las olas.

Durante mi estadía en Moyogalpa, recibía constantemente adhesiones de amigos de la causa que llegaban a incorporarse de la ciudad de Rivas. De allí también me suministraban valiosos informes del estado en que estaba el Ejército del Gobierno, ejército compuesto por gentes reclutadas a la fuerza.

En Comalapa, después de tres meses de estadía, arreglando mis negocios y tratando de convencer a Lastenia sobre la conveniencia de salir del país, a causa de lo peligroso que era para mí seguir en la vida azarosa de perseguido, resolvimos al fin que eso era lo mejor que podíamos hacer y entonces, un día de tantos sin despedirme de nadie sino de mi esposa, me dirigí hacia Granada para juntarme a mi tío Alejandro que ya también estaba listo para salir.

A Costa Rica

A este viaje se agregaron don Mariano Zelaya y don Eulogio Cuadra.

Resuelto ya en Granada el día de la partida enviamos a Rivas a buscar a un baqueano que estuviera listo para conducirnos de Rivas a La Cruz, Costa Rica. En Granada ya teníamos listo el que nos llevaría a aquella ciudad.

El recorrido lo hacíamos de noche, descansando en el día. Una vez llegados a Rivas, nos hospedamos en la hacienda de Don Narciso Argüello, donde admiré las pilas enormes que se usaban en la preparación del añil. Al caer la noche continuamos el viaje con Grillo, miembro de la famosa familia de baqueanos. En las primeras horas de la mañana del siguiente día estábamos en el Río de las Vueltas, y cuando el baqueano nos dijo que ya estábamos en territorio costarricense, en el desayuno nos tomamos un buen trago de licor, celebrando así el gozar de los aires de libertad. Ese trago debido al estado de debilidad y de cansancio, mareó fuertemente a don Mariano Zelaya, quien era abstemio, por lo que estuvimos bromeando por un buen rato.

Ya en La Cruz no tuvimos dificultad alguna y continuamos nuestro viaje hasta Liberia, para de allí salir hacia el puerto del Bebedero, en el Golfo, para embarcarnos para Puntarenas.

De Puntarenas nos fuimos a San José donde estuvimos algún tiempo mientras esperábamos cartas de mi papá, quien estaba en Bogotá, Colombia, a donde había ido a visitar al Presidente don Rafael Reyes, con quien él tenía muy buenas relaciones desde sus estadias en París, y en quien él confiaba tener algún apoyo para derrocar la Dictadura de Zalaya.

Según cartas que recibimos de mi papá, unas fuerzas colombiana serían enviadas al Istmo en los últimos días del mes de Octubre o primero de Noviembre, y se nos informaba que estas fuerzas nos darian los elementos necesarios para poder nosotros operar en Nicaragua.

A Panamá

En cuanto tuvimos esa información, resolvimos irnos a Panamá y el mismo día que esas fuerzas mencionadas llegaban a Colón, llegábamos también nosotros, de modo que las vimos desembarcar.

Nos llamó la atención que había mucha gente de Panamá presenciando el desembarque, y que a ambos lados del puerto estaban anclados varios barcos de guerra americanos. Pudimos apercibirnos también de ciertos rumores que mencionaban una conspiración panameña.

Por eso, cuando el Alcalde de Panamá invitó al Jefe de las Fuerzas Colombianas para un festival que le tenían preparado en aquella ciudad, comprendimos que se trataba de un ardid para separar a los jefes de sus tropas. Efectivamente, esa misma noche del festival se supo en Colón, como a las once de la noche, que los jefes militares habían sido apresados en Panamá, y que en esta ciudad se había iniciado el movimiento desconociendo a Colombia y proclamando la República de Panamá.

Recuerdo que en el mismo hotel en que estábamos hospedados, se encontraba también como Delegado colombiano, un Senador de apellido Dubarry, que me recordaba a mi Profesor Dubarry, de Nicaragua. Este Delegado se dio cuenta que nosotros éramos nicaragüenses simpatizantes del Presidente Reyes y por él estuvimos al corriente de lo que estaba pasando. Cuando tuvo noticias de lo ocurrido se abatió tanto que no sabía qué hacer,

aunque a mí me parecía que si él hubiera enviado un mensaje a las fuerzas en Colón éstas hubieran podido llegar a Panamá y desbaratar el incipiente movimiento.

A Guatemala

Pasada la proclamación de la República de Panamá y viendo que nada teníamos que hacer allí, resolvimos irnos a Guatemala, a procurar en esa República, conseguir el apoyo del Presidente Rafael Estrada Cabrera, de quien teníamos noticias estaba en malos términos con Zelaya.

Una vez llegados a Guatemala, enviamos un mensaje al señor Presidente, pidiéndole audiencia. Nos contestó inmediatamente señalándonos el día en que seríamos recibidos.

Don Eulogio Cuadra

Mientras tanto Don Eulogio Cuadra resolvió trasladarse a Honduras, de donde había recibido una oferta para manejar el Banco.

Llegado que hubo el día de la audiencia, Estrada Cabrera nos recibió muy cortésmente y nos habló con la franqueza que siempre usó conmigo. Nos dijo, al hablarle nosotros de auxilio para derrocar a Zelaya, que habíamos llegado tarde. Que si le hubiéramos hablado unos quince días antes que seguramente hubiéramos obtenido ese apoyo que buscábamos, pero que en esos momentos estaba en Nicaragua un comisionado suyo tratando de arreglar las diferencias que tenía con Zelaya, y que creía que a esas horas todo estaba arreglado según un mensaje que había recibido de su comisionado. Sin embargo, agregó, para estar más seguro de su respuesta final que esperaríamos unos cuantos días más el regreso de su comisionado en Nicaragua y que para eso volviéramos dentro de unos diez días más tarde.

En la nueva audiencia que nos había concedido de antemano, el Presidente Estrada Cabrera nos confirmó lo que nos había dicho anteriormente, esto es, que había llegado a un arreglo con Zelaya, y francamente nos dijo que en Guatemala no teníamos nada que hacer.

A Honduras

En vista de esa declaración tan franca resolví mi viaje a Honduras donde esperaba poder encontrar trabajo y al mismo tiempo estar más próximo a Nicaragua.

Mi tío Alejandro y don Mariano Zelaya se trasladaron a El Salvador.

Cuando llegué a Tegucigalpa encontré trabajando, como Gerente del Banco, a don Eulogio Cuadra, quien me hizo las primeras indicaciones de cómo debía de comportarme en aquel país. También visité a don Francisco Cáceres, quien había vivido mucho tiempo en Nicaragua, vinculándose con el Partido Conservador.

Don Francisco Cáceres

El señor Cáceres me recibió muy afablemente, me invitó a almorzar con él el domingo siguiente y me informó que don Manuel Bonilla, Presidente entonces de la República de Honduras, me guardaría toda consideración siempre que yo no comprometiera la neutralidad de Honduras en sus relaciones políticas con Nicaragua. Me advirtió, sin embargo, que si me dedicaba a actividades revolucionarias, con mucha pena de su parte, vería que me expulsaran del país.

Por sugerencia de los señores Cuadra y Cáceres, pedí audiencia al Presidente Bonilla para presentarle mis respetos y exponerle mi deceso de vivir en Honduras, lo cual hice inmediatamente.

El Presidente Bonilla me dijo lo mismo que don Francisco Cáceres, y yo me despedí de él en buenos términos.

Seguí unos días más sin ocupación alguna hasta que don Francisco Cáceres me invitó a Comayagua a ver unos terrenos que allí tenía para que dictaminara qué se podía hacer con ellos, y explotarlos.

Esos terrenos quedaban cercanos a la población de Comayagua, con el río Humuya de por medio. Eran magníficos para agricultura, con grandes facilidades de irrigación, y en épocas anteriores habían servido para la explotación del añil.

Como mis conocimientos principales en cuestiones agrícolas son de ganadería yo los estudié bajo ese aspecto, y me parecieron muy buenos; que haciendo potreros darían muy buen resultado para esquilmos de ganado, industria que estaba muy atrasada entonces en Honduras.

Cuando regresé de mi inspección y le informé a don Francisco sobre ella y mi modo de pensar al respecto, me dijo: "Ahí los tiene a la orden para cuando usted quiera irse". "Muy bien, le dije, ¿pero con qué fondos?". Y aquel hombre que siempre fue tan generoso, me dijo: "Yo tengo unos dineros que podemos invertir allí. Váyase, inicie los trabajos, y cuando necesite dinero, avíseme para enviárselo".

Así lo hice, y siempre recibí de don Francisco el dinero necesario para los trabajos que emprendí.

Algunos familiares y amigos del señor Cáceres, en vista de la magnitud y desarrollo de los trabajos emprendidos, creo y era natural, estaban resentidos y envidiosos porque aquella empresa se estuviera llevando a cabo por medio de un extraño y no por medio de sus familiares, y hasta llegó uno de estos a interrogar a don Francisco sobre la garantía que yo le había dado para estarle él supliendo tan fuertes sumas de dinero como las que estaba invirtiendo, él respondió al instante, con nobleza que le agradezco aun ahora: "Ninguna, nada más que su nombre".

Mi vida en la ciudad de Comayagua transcurría tranquila, pues generalmente sólo llegaba a dormir a la ciudad, ya que todavía no había casa en qué habitar en la propiedad que estaba formando en los terrenos y con el dinero del señor Cáceres, en mi calidad de socio industrial.

Nuestros planes eran que una vez recogido el producto de mis trabajos, pagaríamos de preferencia el capital invertido y sus intereses, y la ganancia neta nos la repartiríamos por partes iguales, es decir mitad para mí y mitad para el señor Cáceres o sus herederos en su caso, conforme al convenio privado y de palabra que entre los dos habíamos hecho.

Los principales herederos del señor Cáceres fueron: el doctor Paulino Nolasco, doña Margarita Avilés, casada con el señor Francisco Obregón, ambos de Managua, y su hija, la señorita Petronila Cáceres, la que fue educada en el Colegio de Señoritas de Granada, de la señorita Francisca Rivas, hija del notable hombre público, escritor, polemista y orador don Anselmo H. Rivas. Me cabe el orgulloso placer de consignar en estas mis memorias, que a la muerte de mi grande y excelente socio, don Francisco Cáceres, todos los herederos citados quedaron satisfechos al haber recibido de mí, en efectivo, la parte que le correspondía a cada uno de ellos, de conformidad con la voluntad testamentaria de su padre, como lo atestiguan los documentos que aún conservo.

No se cual fue la causa por la que don Francisco se había retirado de la Secretaría Privada del Presidente. Probablemente era cierta la que me daba a mí cuando me decía que lo había hecho para descansar, pero quizá también es posible que haya sido para evitarle a su amigo Bonilla, Presidente de Honduras, dificultades con Zelaya, Presidente de Nicaragua, ya que Cáceres era reconocido por su ideología conservadora, además de que era del dominio público que ejercía influencia decisiva en el ánimo del General don Manuel Bonilla.

Con el traslado del señor Cáceres de Tegucigalpa a Comayagua, antigua capital de la República de Honduras, mi vida cambió un tanto porque entonces tenía ya con quien compartir sobre los asuntos políticos de mi país. Además de las visitas ordinarias que yo le hacía, él por su parte, me invitaba a almorzar juntos los domingos. Recuerdo que a la mesa no faltaba una botella de buen vino, y después de los postres, que solían ser delicados, me decía de buen humor: "Al buen catador después del postre, vino" y me servía la última copa.

Al iniciar formalmente los trabajos de construcción de casas en la hacienda que estaba formando, dispuse llamar de Nicaragua a mi esposa Lastenia y a mi hermano Evaristo Enríquez, junto con su esposa doña Matilde Bendaña, para que estableciéramos nuestros hogares en Honduras, por lo menos mientras estuviera en el poder el General Zelaya.

La Ilusión

Cuando mi esposa, y mi hermano con la suya, llegaron a Honduras ya tenía yo construída la casa-hacienda, la que llamé "La Ilusión", pues soñaba con un porvenir mejor. En Nicaragua, llamó mucha la atención pública el nombre dado a la propiedad, y por eso el escritor satírico Fernando García, El Duende Rojo, escribió un artículo, ridiculizándome, que tituló: "La Ilusión Perdida".

Mi vida siguió transcurriendo tranquila y no cambió sino hasta el año de 1907 en que el Presidente don Manuel Bonilla, viéndose amenazado por una invasión de las fuerzas del Gobierno del General Zelaya, me llamó con urgencia para que llegara a Tegucigalpa a tratar un asunto político de importancia.

Don Manuel Bonilla

Llegado que hube a Tegucigalpa, la primera persona a quien busqué para orientarme mejor sobre el llamado del Presidente, fue mi amigo don Francisco Cáceres, quien ya estaba de nuevo al lado de don Manuel Bonilla, aunque sin puesto oficial pero con funciones de Ministro sin Cartera, a lo que vale decir, Ministro General.

Cáceres me informó que la urgencia de mi llamada obedecía al temor que parecía inminente la invasión del territorio hondureño, pero, que las cosas iban a mejorar, aunque era preferible que me quedara yo en la capital, sin hacerme muy visible, y que esperara un nuevo llamado del Presidente. Pasados unos ocho días, me dijo don Francisco que todo estaba tranquilo, y que sería mejor que me fuera de regreso a Comayagua, para donde sali ese mismo día.

En el camino iba meditando sobre las diversas noticias que circulaban en Tegucigalpa, entre ellas, la del que en caso de guerra entre Zelaya y Bonilla, éste llamaría a la emigración nicaragüense. Sabía que mi nombre había sido barajado junto con el del General Anastasio J. Ortiz, padre del actual Coronel G. N. Anastasio Ortiz, y quien tenía entonces diez años de residir en Honduras, donde estaba muy bien relacionado. También se rumoraba que el Presidente Bonilla había logrado una alianza militar con el Gobierno de El Salvador y el de Costa Rica. Estos eran los tópicos salientes del momento y sobre ellos meditaba en la soledad y el silencio de mi camino. Y aunque parezca mentira lo que me hacía pensar más profundamente era la intimidación y el interés que en esos días de mi estancia en Tegucigalpa me mostró el Doctor don Salvador Mendieta, Jefe del Unionismo Centroamericano, quien en su entusiasmo llegó hasta elaborarme el Manifiesto que yo debía lanzar al Pueblo de Nicaragua, manifiesto que leímos junto con mi amigo don Eulogio Cuadra.

De regreso a Comayagua, volví en seguida a ocuparme de mis empresas agrícolas y ganaderas. Mas esto fue sólo por unos pocos días, pues de nuevo fui llamado con urgencia por el Presidente Bonilla para que llegara inmediatamente a Tegucigalpa, y como en esos momentos no tenía una buena bestia para el viaje, tuve que recurrir para que me prestara una, a don Margarito López, padre del Doctor Francisco López Pineda, que por varios años fue Ministro de Honduras en Nicaragua, y quien en su estadía en ese país conquistó mucho afecto y simpatía por su carácter jovial y su fino tacto diplomático.

Guerra de Zelaya contra Honduras

A las seis de la tarde de ese mismo día llegué a Tegucigalpa, y hora y media después estaba hablando con el Presidente Bonilla, quien me manifestó que Zelaya estaba movilizandando sus fuerzas, y que por el lado de Chinandega ya habían traspasado la frontera, por lo que se vio obligado a nombrar al General Anastasio J. Ortiz, defensor de la zona de Choluteca, para así tener mejor contacto con El Salvador, y que yo debería salir para San Marcos de Colón, donde estaban de jefes de las fuerzas hondureñas, los generales Salomón Ordóñez y Fidel Bulnes, este último conocido mío por haber vivido muchos años en Nicaragua, vinculado con el Partido Conservador.

En las instrucciones que me dio el Presidente Bonilla estaba la de que el General Ordóñez me entregaría 200 hombres para que yo invadiera a Nicaragua por la zona de las Segovias.

Una vez que recibí del Presidente las notas para Ordóñez y Bulnes me fui a despedir de mis amigos de Tegucigalpa, entre otros de don Luis Vega y del Doctor don Daniel Gutiérrez Navas, quienes me manifestaron que ellos se incorporarían a mis fuerzas.

Aunque no se fueron conmigo estos señores mencionados llegaron casi al mismo tiempo que yo a San Marcos de Colón.

Tan pronto como hice mi ingreso a esta ciudad, fui a ver al General Salomón Ordóñez para entregarle las comunicaciones que me había dado el Presidente Bonilla, y el Gral. Ordóñez después de leerlas, me dijo que estaba anuente a darme todo lo que yo dessaba para organizar la expedición que invadiría a Nicaragua, a quien me dirigí inmediatamente.

El General Fidel Bulnes me recibió con los brazos abiertos como si hubiera sido un connacional mío, manifestándome que él se consideraba como un nicaragüense por los años que había vivido en Nicaragua. Después de una ligera conversación sobre generalidades, pasamos a hablar sobre asuntos de mayor importancia para entrambos. El me dijo que había llegado a tiempo, porque tenía noticias alarmantes del movimiento de las fuerzas de Zelaya, y que por eso quería que antes de que habláramos sobre mis asuntos, fuera yo con su Ayudante a inspeccionar las líneas de defensa que tenía establecidas.

En San Marcos de Colón

San Marcos de Colón es una población hondureña que queda casi al pie de una pequeña colina con una meseta en la cima, detrás de la cual se levanta un cerro de mayor altura. La pequeña colina continúa por los lados restantes rodeando la ciudad, formando una especie de valle en el que está el poblado. Alrededor de la población, en algunas partes como a 300 varas de distancia de la misma y en otras como a mil, se habían tendido las líneas de defensa dichas que consistían en una cerca humana, con cada soldado como postes, a tres o cuatro varas de distancia el uno del otro.

Al practicar mi recorrido por aquellas líneas con el ayudante de Bulnes vi la debidad de las mismas, y a medida que lo hacía se afirmaba en mí la creencia de que serían rotas por cualquier parte que los atacara el enemigo, a excepción de un trecho correspondiente al valle, trecho que estaba a cargo del Doctor y Gral. Manuel Vargas.

A mi regreso a la oficina del Gral. Bulnes, como a las seis de la tarde, llamé aparte al General y le manifesté con franqueza cuál era mi opinión, esto es, que las líneas de defensa presentaban puntos muy vulnerables. El me manifestó entonces que las fuéramos a ver de nuevo al día siguiente por la mañana para reforzarlas donde fuere de mayor necesidad, y que mientras tanto, quería que yo hablara con un joven que había sido capturado en las cercanías de las trincheras de la colina que acabamos de mencionar, joven a quien querían fusilar tomándolo por espía. Aprobé su disposición y fui a hablar con el muchacho que no pasaba de unos veinte años de edad y a quien conceptué incapaz de realizar la delicada misión de espía, por lo que me constituí en su salvador. Así se lo hice saber al Gral. Bulnes, quien se dio por convencido de la apreciación que había hecho del joven en cuestión y quien accedió a mi petición de incorporarlo a mis fuerzas. Este joven, Ubilla, que así se apellidaba el muchacho, se unió a mí mostrándome siempre gran lealtad, además del coraje en los encuentros de armas que tuvimos y de los que más adelante tendrá ocasión de hablar. El Capitán Napoleón Ubilla Baca, uno de los jóvenes de la expedición libertadora de Olama y víctima reciente de la Guardia Nacional en cuyas manos perdió la vida en las montañas de Chontales, fue hijo de ese joven a quien me estoy refiriendo ahora en estas mis memorias.

Arreglado como fue con el Gral. Bulnes de que a las siete de la mañana del siguiente día haríamos la inspección convenida, me retiré a la Casa-Cuartel a reunirme con varios de los oficiales que ya tenía bajo mis órdenes.

Una vez que hube llegado, todos mis paisanos mostraron gran interés y curiosidad por saber qué noticias les llevaba yo. Les di informes favorables por supuesto, respecto a la defensa de la población, pero por aparte llamé al Gral. Luis Vega y al Dr. Daniel Gutiérrez Navas y les dije la verdad sobre la impresión personal que obtuve en mi visita a las líneas mencionadas.

La noche de ese día pasó tranquila, dormimos bien y como a las cinco de la mañana estábamos ya en pie ordenando a la oficialidad alistara las bestias y a los encargados de la cocina prepararan el rancho para estar dispuestos a efectuar la inspección acordada.

Terminando el desayuno nos encontrábamos todos, cuando sonaron algunos disparos esporádicos y después un ligero tiroteo continuo y a poco rato supimos lo que yo me había imaginado: Las líneas habían sido rotas en todas las partes indicadas por mí, porque al contrario de nosotros los nicaragüenses que peleábamos en grupos cerrados, los hondureños, como lo expresé antes, tenían sus líneas de defensa muy abiertas.

Al notar que el tiroteo se suspendía, se levantó de la mesa el Gral. Luis Vega y salió a la calle mirando hacia la colina que teníamos detrás y en vista que el ejército defensor de la plaza venía en una completa y desorganizada retirada se regresó hacia mí, diciéndome: "Móntese y véngase".

En esta pequeña intervención del señor Vega reconocí al hombre dinámico que en Julio de 1893 pedía en frecuentes y extensos telegramas a los jefes militares granadinos que no depusieran las armas, puesto que él los apoyaría con ocho mil hombres de Matagalpa, ofrecimiento que no fue aprovechado.

Con el aviso dado por el Gral. Vega fui inmediatamente a montar junto con el Dr. Gutiérrez Navas y otros de mis oficiales, y al salir a la calle nos encontramos con los Generales Ordóñez y Bulnes y con los primeros derrotados que bajaban de la colina, entre los que venía el Coronel Pilar Martínez, a pie, sudoroso, vestido de saco y pantalón de casimir negro, y como era corpulento, pensé que aquel jefe podría ser capturado en cualquier momento si alguien no le ofrecía una bestia en la que huir y entonces yo mismo bajé de mi mula y se la ofrecí quedándome yo a pie. No sé si él supo quien había sido la persona que había tenido aquel gesto generoso para con él.

Aquel desorganizado desfile era encabezado por los Generales Ordóñez y Bulnes pero la soldadesca temerosa de que pudiera ser detenida en cualquier momento para proteger al Gene-

ral Manuel Vargas que sostenía un nutrido tiroteo al lado del valle, principió por disparar a uno y otro lado del camino como para darse valor o para atemorizar a los jefes contrarios y creer que el combate del lado del valle lo sostenía con éxito el dicho Gral. Vargas. Hablé al Gral. Bulnes de la conveniencia de ir a proteger a aquel valiente militar que tan desventajosamente estaba luchando, pero seguramente por la desorganización en que venían las tropas, y su constante tiroteo, no se hizo nada y la marcha continuó así hasta que llegamos al pueblo de San Lucas, donde se hizo alto y principió la reorganización de aquellas diseminadas fuerzas.

Capítulo C

Hacia Nicaragua

Del pueblo de San Lucas, comuniqué al Presidente Bonilla, que me encontraba allí junto con los Grales. Ordóñez y Bulnes, sin haber yo recibido todavía los elementos ofrecidos por él. El Presidente Bonilla repitió sus órdenes a los Generales citados, quienes después de dos días de recoger soldados desbandados me entregaron doscientos hombres bien equipados de armas y de parque.

Con este pequeño contingente salí para El Paraíso, pueblo pequeño inmediato a "Las Manos", punto geográfico fronterizo a Nicaragua, bien conocido ahora por la ciudadanía nicaragüense por los recientes hechos de Mokorón. Mientras descansábamos en El Paraíso tomaba informaciones sobre las mejores rutas para internarme en tierras nicaragüenses, sin ser descubierto al primer momento, pues era mi propósito desorientar a las fuerzas de Zelaya e interrumpir sus comunicaciones con el ejército que él ya tenía en Honduras, y en esas investigaciones llegué a saber que en Dipilto, población de Nicaragua que queda a poca distancia del lugar donde yo estaba, se encontraba una columna de doscientos hombres colocada en muy mala posición, pues ocupaba propiamente el pueblo que queda en el fondo de una cañada. En vista de la facilidad que presentaba para mí la destrucción de dicha columna, no tuve tiempo que perder, y dispuse salir esa misma noche por veredas, hacia ese lugar.

A las cuatro de la madrugada llegamos a las proximidades de Dipilto e hicimos alto para dividir las fuerzas en dos columnas: Una para que descendiera por la falda izquierda y la otra por la falda derecha, tomando ambas muchas precauciones para no hacer ruido y evitar ser descubiertas por el enemigo, aprovechando que también estábamos protegidos por una espesa neblina. Yo personalmente, comandaba la columna de la falda derecha, y al clarear el día ordené a mi clarín rompiera con los aires de fuego. Inmediatamente por todas las líneas se oyó un fuerte tiroteo, y abajo en la población se veía correr la gente de un lado a otro. Los soldados buscaban como escaparse, pero estaban cercados, tomada la salida de escape para el Ocotál; así fue que no pudieron sostenerse y antes de una hora de fuego, tuvieron que rendirse con pérdidas bastante sensibles.

Cuando todo estaba ya en calma y los oficiales me dieron aviso de que todos los soldados enemigos estaban hechos prisioneros, bajé a recorrer el campo de combate con don Gilberto Larrios que me acompañaba junto con otro oficial cuyo nombre no recuerdo.

Declaro que en presencia de los cadáveres nicaragüenses me sentí muy conmovido, y tratando de mejorar la situación de algunos de los prisioneros, se me hizo tarde, pues serían ya como las nueve de la mañana cuando dispuse volver a donde estaban mis fuerzas para reorganizarlas y seguir la marcha sobre el Ocotál, pero cual no sería mi sorpresa al ver que mis tropas a uno y otro lado de la colina marchaban hacia atrás, es decir, hacia Honduras. Aquella fuerza que no había sufrido ni una sola baja, que había obtenido un triunfo completo, estaba sin embargo, desmoralizada y no había medio de hacerla regresar y organizarla. Quise detenerla pero vi que era imposible y no quise empeñarme porque comprendí que todo sería en vano.

Regreso a Tegucigalpa

A mi regreso a Tegucigalpa donde sólo malas noticias llegaban de todos los frentes, me dieron instrucciones para que con mi cuadro de oficiales nicaragüenses marchara para Puerto Cortés donde me embarcaría para Costa Rica, donde me darian una fuerza con la que podría invadir a Nicaragua.

Sali de Tegucigalpa a Comayagua para saludar a mi esposa Lastenia y a don Francisco Cáceres, quien se encontrara entonces de Gobernador de ese Departamento.

Estando allí en Comayagua supe que al siguiente día se verificaría un levantamiento del cuartel. Con esa noticia fui a visitar a mi amigo don Francisco para darle el informe que yo tenía y para ofrecerle ir a pasar la noche junto con mi cuadro de oficiales al cuartel en referencia, con lo que yo pensaba se evitaría su pronunciamiento a favor de la revolución, pero don Francisco me dijo que ese cuartelito no valía nada, que no tenía la menor importancia y que era mejor que no me molestara en ir a pasar una mala noche. Ya con esa determinación del señor Cáceres me fui a "La Ilusión" en la que se encontraban viviendo mi esposa Lastenia y mi hermano Evaristo con su señora.

En esta hacienda pasamos la noche, los oficiales que me acompañaban y yo, pero muy temprano de la mañana estuvimos listos para regresar a Comayagua y cuando pasábamos por la

plaza, frente a la Iglesia, vi que el señor Cáceres iba entrando a ella y entonces me desmonté, fui a saludarlo y avisarle que ya estábamos de regreso a sus órdenes en el Palacio de Gobernación.

Poco tiempo después de llegados a este edificio oímos una gritería al lado del cuartel. Salimos a preguntar a la gente que venía de ese lado qué era lo que pasaba y nos dijeron que los revolucionarios lo habían tomado. Fue entonces mi propósito ir a recuperarlo y ordené a mis oficiales que alistaran sus armas y nos fuéramos. Eramos dieciséis en total, a la cabeza de los cuales iba yo.

Al salir del edificio de Gobernación y principiar la marcha hacia el cuartel amotinado, de una de las ventanas de las casas vecinas salió un tiro que fue a herir mortalmente a un Capitán de los que me acompañaban, de nacionalidad salvadoreña, apellidado Durán. Seguimos nuestra marcha y al desembocar a la plaza en donde estaba la Iglesia de todas las ventanas de las casas nos disparaban, aunque felizmente sin herir a ninguno. Así sostuvimos una prolongada lucha en las calles de Comayagua caminando despacio, recibiendo y disparando balazos. Los revolucionarios que tomaron el cuartel cuando supieron que nosotros estábamos tratando de llegar a recuperarlo, se vinieron hacia nosotros y hubo caso en que uno de los nuestros defendía una bocacalle; disparaba sobre una calle a un grupo y corría a la otra acera y disparaba sobre otro grupo al otro lado de la calle. Este oficial fue el Capitán Napoleón Ubilla de quien ya hice mención cuando fue avanzado en San Marcos de Colón y a quien yo evité el que fuera fusilado. El coraje que este joven desplegó en esta lucha tan desigual que tuvimos en Comayagua, es digna de ser mencionada con especialidad.

Nuestro propósito de recuperar el cuartel no nos abandonó sino hasta que recibimos órdenes del señor Cáceres de regresar a Tegucigalpa.

Así es que regresamos, primero, de nuevo a "La Ilusión", y de aquí nos preparamos y nos aprovisionamos con lo más indispensable, para enseguida marchar a Tegucigalpa, ciudad a la que llegamos después de dos días.

En Tegucigalpa las cosas no andaban mejor de lo que habían estado en Comayagua, pues acababa de perderse también la batalla de Maraíta lugar en que las tropas hondureñas tuvieron pérdidas muy serias, entre ellas la del valiente Ministro de la Guerra General Sotero Barahona, quien estaba preconizado para futuro Presidente, el Coronel Pilar Martínez, a quien yo di

mi bestia en la retirada de San Marcos de Colón también perdió la vida en esta batalla, así como muchos otros de la alta oficialidad hondureña.

Al Gobierno no le quedó esperanza de sostenerse después de perder una serie sucesiva de combates con las tropas nicaragüenses, y por eso el Presidente General Don Manuel Bonilla partió a El Salvador antes que el enemigo pudiera cerrarle la salida, dejando a don Saturino Medal, Ministro de Gobernación, como encargado del Poder Ejecutivo.

General en Jefe - Los Calpules

El Gral. Medal, de acuerdo con los otros miembros del Gabinete, me nombró General en Jefe de las fuerzas hondureñas y especialmente encargado de hacer la defensa de la ciudad de Tegucigalpa. Confieso que tal designación agradó a mi vanidad de joven, y puedo decir que pedí al Dios de los Ejércitos que me diera acierto y coraje para hacer de Tegucigalpa una plaza inexpugnable con una defensa heroica, como la que pocos años antes había hecho el General Domingo Vásquez contra las tropas honduro-nicaragüenses que la atacaban.

Desgraciadamente las fuerzas hondureñas estaban demasiado minadas, completamente desmoralizadas, como se puede deducir el hecho siguiente:

El día de mi nombramiento, como a las tres de la tarde, salí a recorrer todos los alrededores de Tegucigalpa: "El Picacho", "Juana Lainez", "Toncontin", y otros. En cada uno de ellos, después de observar cómo tenían organizados los jefes la defensa de esos puertos, conversé con ellos para saber lo que necesitaban para poder responder ellos por la posición encomendada, y a mi regreso a Tegucigalpa principié a enviar tropas a cada uno de los lugares designados que las requerían. Recuerdo bien que distribuí como trescientos hombres entre las diferentes posiciones, y como dos horas después, estaba recibiendo telefonemas acusándome recibo de la gente que les había mandado e informándome al mismo tiempo de cuántos se les habían desertado hasta la hora en que me estaban telefoneando, lo cual daba por resultado que eran más los desertores que los refuerzos recibidos, y como la plaza no tenía más que mil trescientos soldados de reserva se llegaba a la conclusión que para terminar de usar esa reserva bastarían un par de días por lo que resolví proponer al Gral. Medal y a sus Ministros, el abandonar la ciudad de Tegucigalpa, llevándonos todo el material de guerra para Occi-

dente, donde seguramente esos soldados del Departamento de Gracias, ya puestos en su tierra, pelearían con entusiasmo, y así también lograríamos desalentar a las tropas nicaragienses, puesto que nos alejábamos más de su centro de operaciones.

Aunque todos estuvieron de acuerdo con el pensamiento mío, no se pudo llevar a efecto por dificultades de transporte, y quizás por alguna desconfianza en el éxito de la empresa, por lo que se resolvió mejor abandonar por completo la plaza y salir todo el que quisiera para el lugar de su preferencia. El Dr. Medal, muchos otros y yo salimos para El Salvador.

Y así termina mi intervención en la guerra llamada de “Los Calpules”, entre las fuerzas del Gral. Zelaya y las fuerzas del Gral. Bonilla.

El “Complot Reuling”

Al terminar mi actuación en la República de Honduras y antes de ocuparme de mis gestiones políticas en las Repúblicas de El Salvador y Guatemala, creo necesario hacer una requisa a mi memoria para no dejar omitidos hechos o personas que deberían figurar en estas mis memorias. Por ejemplo, el que pudiéramos llamar “Complot Reuling” que tenía por objeto el pronunciamiento del cuartel de La Momotombo por su Jefe el General William Reuling.

Era éste un norteamericano radicado en Nicaragua, que en una de nuestras revoluciones salió herido en una pierna y que después se casó con la señorita Adela Argüello, prima hermana de don Alejandro Chamorro e hija del Coronel Manuel Argüello. El parentesco por afinidad que el General Reuling estableció con don Alejandro, por medio de matrimonio con su prima, dio lugar a que esos dos personajes intimaran relaciones de las que seguramente nació la idea de obtener el pronunciamiento de La Momotombo por medio de su Jefe. A este fin se dedicó el señor Chamorro, participándonos, de vez en cuando, el progreso de sus pláticas y sus esperanzas de obtener un buen éxito.

Plan de secuestro de Zelaya

Mientras tanto, el joven Ingeniero don Fernando Larios y yo, hacíamos frecuentes viajes de esta ciudad de Managua a la de Granada a tratar de la captura del General Zelaya, es un plan que explicaré más adelante. Las conversaciones sobre este asun-

to las sosteníamos principalmente con don Eulogio Cuadra y don Procopio Pasos, en la casa de comercio que éste último tenía en Granada.

El Ingeniero Larios, sobrino del Obispo de ese mismo apellido, estaba recién llegado de Francia, era muy nervioso y de temperamento impetuoso, y casi dejaba con la boca abierta a los señores Cuadra y Pasos mencionados, con las vívidas descripciones que les hacía de cómo capturaríamos a Zelaya y cómo éste nos entregaría todo el país.

A la verdad, tan descabellado como pareciera el plan, era, a mi juicio, perfectamente practicable.

Se recordará que antiguamente las ventanas del Palacio Nacional que daban a la calle eran bastante bajas, especialmente las del salón de la esquina que da al Arzobispado y al frente de la casa que anteriormente se conocía como la Casa Bárcenas, salón que era precisamente el lugar donde tenía sus oficinas el Presidente Zelaya. Las ventanas bajas permitían con bastante facilidad saltar de la acera dentro de la oficina, apoyando las manos en la ventana y saltando dentro de la pieza en donde estaba el Presidente. Por otra parte, fuera del salón mismo, en una especie de pasadizo, habían unas bancas donde se acomodaban unas treinta personas a esperar audiencia. Tomando en consideración estos dos factores, o sea el de las ventanas bajas por las que se podría saltar de afuera dentro de la oficina y el de poder estar un grupo de conspiradores en el pasadizo de espera, al Presidente Zelaya no le quedaba otra escapatoria que la de entregarse a sus captores.

Entraba también en el plan el poder tener gente en la casa de don Marcos Bermúdez, que actualmente me parece ser la de nuestro amigo don Adán Cárdenas donde apostaríamos otro grupo de gente armada de rifles y revólveres para proteger a los captores contra cualquier agresión de las fuerzas del Palacio.

Pero como este plan estaba de combinación con el levantamiento del Gral. Reuling en La Momotombo, y se llegó a tener todo preparado tan sólo de esperar la señal de que La Momotombo se había pronunciado, para nosotros poner en ejecución el plan de la captura, en lugar de la señal convenida recibimos el aviso de que el Gobierno se había enterado por denuncia que le hizo el mismo General Reuling. Por consiguiente, a nosotros no nos quedó otra cosa más que hacer que dispersarnos con la mayor calma, procurando no dar indicio alguno de lo que estábamos tramando.

A esa circunstancia se debió el que ninguno de nosotros cayera preso, ni se hablara nunca del plan de secuestro que tuvimos preparado al General Zelaya.

La intervención de don Eulogio Cuadra y de don Procopio Pasos, padre de los doctores Octavio y Guillermo Pasos Montiel, siguió adelante en todos los planes que se hicieron para derrocar a Zelaya, y la labor de ambos fue muy importante en el Partido Conservador.

Además de los señores mencionados, debemos recordar a don Gustavo Alberto Argüello, socio de la casa "Pedro Joaquín Chamorro e hijos", casado con una nieta de don Fruto Chamorro, padre de los brillantes doctores Horacio, Gustavo Adolfo y Felipe Argüello Bolaños y quien me prestó toda clase de servicios en mis andanzas revolucionarias y quien colaboró en distintas ocasiones con don Martín Benard en la colecta de fondos para el movimiento.

Pablo Cuadra Pasos

De ninguna manera debo emitir aquí a don Pablo Cuadra Pasos, persona prominente que siempre figuró en los principales Consejos del Partido Conservador cuando habían de tomarse grandes e importantes resoluciones, pues en el buen criterio del señor Cuadra la sociedad de Granada tenía una fe ciega, como la tuvo en él de don Pedro José Chamorro, hombre de carácter moderado y de juicio sereno. Hasta las familias que tenían que dirimir dificultades hogareñas recurrían a ellos para que les ayudaran a solucionar sus problemas.

Todas estas personas que he mencionado merecen un puesto especial en el cuadro de honor del Partido Conservador, y seguramente los historiadores recogerán sus nombres en las páginas que escriban, así como no omitirán tampoco a personas de esta ciudad de Managua que como Vicente y Miguel Álvarez Saballos siempre estuvieron presentes en las luchas armadas del Partido, como también los señores don Salvador y don Alejandro Solórzano, siendo éste último el que en 1910 tomó el vapor "Managua" para ayudar a las fuerzas revolucionarias que de la Costa Atlántica se aproximaban a Managua, aunque lo abandonó un día antes de que éstas llegaran, y Salvador quien fue bárbaramente torturado.

Pero estoy adelantándome a sucesos que debo narrar después, por lo que creo que ya es tiempo de que continúe con lo que ocurrió inmediatamente después de mi salida de Tegucigalpa y posteriormente de la República de Honduras.

En El Salvador

Después de llegar a la República de El Salvador, me detuve unos días en la ciudad de San Miguel para informarme con el General Alejandro Gómez, Jefe de la Zona de Oriente y Comandante Militar del Departamento de San Miguel sobre lo que debía de hacer en El Salvador.

El General Gómez me informó que la paz entre Nicaragua y Honduras aun no se había firmado y que el ejército de El Salvador se encontraba en Pasaquina, pueblo salvadoreño cercano a la frontera de Honduras, que él me aconsejaba que junto con mi cuadro de oficiales, que aun no se había disuelto, me presentara al General José Dolores Preza, que así se llamaba el jefe de las tropas salvadoreñas.

Acepté la sugerencia del General Gómez y me presenté en Pasaquina al General Preza, quien me recibió con mucha afabilidad y me proporcionó alojamiento aparte con mis oficiales, así como todo lo que fuera necesario para la alimentación y sostenimiento de las fuerzas.

Durante mi estadía en Pasaquina observé en las tropas salvadoreñas mucha decisión para pelear contra las fuerzas de Zelaya, pero tanto el Gobierno como los Generales que las comandaban observaban una conducta muy prudente. Allí en Pasaquina conocí al General Rodolfo Cristales con quien mantuve muy buenas relaciones. Con ambos jefes, Preza y Cristales, fuimos amigos aun después de habernos separado.

Nuestra estadía en este campamento fue amargada por una lamentable desgracia. Sucedió que un día de tantos, al joven Ignacio Páiz, recién llegado a incorporarse a nuestro cuadro de oficiales, estando acostado en una hamaca junto con el Coronel Agustín Bolaños Chamorro, se le escapó del tahali su revólver calibre 38, el que al caer al suelo disparó perforándole los intestinos, suceso que lamentamos muchísimos porque Páiz, además de ser un joven bien preparado era un conversador muy ameno y agradable.

La Cruz Roja salvadoreña hizo todo esfuerzo posible por salvar la vida de este joven managüense, hijo del General del mismo nombre, Ignacio Páiz, pero todo fue inútil y esa misma noche, después de recibir los auxilios divinos, falleció.

Allí en Pasaquina pasamos alrededor de un mes, después del cual nos disolvimos y yo me fui para San Miguel donde, como dije antes, estaba el General Gómez, de quien era amigo personal.

Conferencia de Paz

Estando en San Miguel fui llamado un día de tantos a la Comandancia por el General Gómez para pedirme me hiciera cargo de la jefatura del Cuartel y de la Plaza, porque él iba a acompañar al Presidente don Fernando Figueroa a una conferencia que sostendrían los Presidentes de Nicaragua, Honduras y El Salvador, en el vapor Marblehead que estaba esperándolos en el Golfo de Fonseca.

Naturalmente, de esa Conferencia nació la paz, oficialmente, entre ambas repúblicas, pero el malestar entre ellas quedó siempre latente.

Después de esa Conferencia me trasladé a San Salvador, capital de la República, donde fui a visitar al Presidente don Fernando Figueroa, quien me recibió con mucha cortesía, me preguntó por familiares míos, principalmente por doña Carmela Chamorro de Cuadra. Parece que el señor Figueroa conoció personalmente a doña Carmela cuando ella vivió en San Salvador y conservaba claro en la memoria su recuerdo, y es probable que haya llegado a su conocimiento los gestos de valor que esa digna señora había desplegado cuando fue víctima de las persecuciones de los esbirros de Zelaya, y supo de los sufrimientos a que había sido sometida.

Después de esta primera visita seguí con alguna frecuencia concurriendo a la oficina del Presidente Figueroa, el que siempre me recibió con mucha deferencia y siempre me mantenía las esperanzas de darnos el apoyo necesario para derrocar al Presidente Zelaya. Pero ese apoyo nunca, realmente, se materializó. Mas cuando obtuve mayores esperanzas fue cuando por sugerencias tuyas fui a visitar un barco que le proponían vender, lo mismo que a examinar unas ametralladoras que dicho barco tenía en venta. Ni una ni otra cosa me parecieron apropiadas y así se lo manifesté, asegurándome después que iba a recibir un barco mejor equipado con el que yo podría llevar a cabo una expedición contra Nicaragua, con la ayuda de algunos oficiales salvadoreños, pero el tal barco nunca llegó.

Así pasé más de un año en El Salvador, visitando con frecuencia como he dicho, al Presidente Figueroa, y a mis otras amistades personales como el Dr. Gasteazoro, a don Victorino Argüello y familia, a don Pedro Rafael Cuadra y señora, al Vice-Presidente don Enrique Aráuz, a don Alfredo Gallegos, a don Carlos Meléndez, a don Francisco Dueñas y a algunas otras personalidades más.

A Guatemala

Desilusionado de mi estadía, sin éxito alguno, en El Salvador, resolví mi viaje para Guatemala; pero no queriendo llegar a esa República sin asegurarme antes una ocupación o empleo, escribí a Honduras al Gerente del Banco, mi amigo don Eulogio Cuadra, para informarme si el Banco tendría algo que ofrecerme en Guatemala. El señor Cuadra me contestó inmediatamente proponiéndome la administración de una hacienda de repasto de novillo que el Banco tenía en anticresis por una deuda que don Quintín Jirón tenía con dicha institución. Esta hacienda, que era muy extensa, quedaba cerca de Santa Lucía otzumalguapa.

Por supuesto que acepté y le pedí a don Eulogio todos los documentos que me acreditaran como tal administrador para que a mi llegada a Guatemala no tener dificultades para recibir el cargo.

Doña Lastenia es capturada

Pero antes de seguir adelante, quiero pedir disculpas a la memoria de mi esposa Lastenia por haber omitido narrar lo que a ella le aconteció.

Es el caso que cuando nos separamos en Comayagua, después de la toma de aquella plaza por los revolucionarios, quedé de acuerdo con ellas que a mi salida de Honduras, ella se iría para Nicaragua, a vivir al lado de sus padres, quienes aún estaban vivos, y que cuando yo pudiera la llamaría a mi lado, para estar juntos nuevamente, si Dios así lo permitía.

Siguiendo, pues, mis instrucciones, telegrafió a su padre en Comalapa, pidiéndole la mandaran a encontrar a Corinto, adonde llegaría en un día determinado.

Ella emprendió el viaje, y al llegar a Corinto estaba allí esperándola su hermano Ceferino Enríquez, pero al bajar al puerto fue apresada junto con su hermano, y conducidos a Managua, ella fue ubicada en la cárcel para corrección de mujeres de mala vida, y él en la Penitenciaría. (Mi esposa Lastenia jamás perdonó a Zelaya ese ultraje que le hizo).

Su prisión allí no fue por uno o dos días sino por muchos, y no terminó sino hasta que por presión de la sociedad de Managua que conoció del caso, hizo que Zelaya la sacara de la cárcel. Pero no contento con eso, ordenó su inmediata expulsión del país.

Pero en lugar de embarcarla en un vapor que fuera para el Norte y pudiera ella desembarcar en un puerto de El Salvador, la embarcaron para el Sur. Felizmente, en Panamá se encontraba mi padre, quien la recibió y la hospedó en una casa de familia para después dar los pasos necesarios para embarcarla de nuevo para El Salvador.

Nada de todo esto era de mi conocimiento, por lo que cuando recibí un telegrama de Lastenia, fechado en Panamá, pidiéndome la fuera a encontrar a La Libertad, puerto de El Salvador, mi sorpresa fue muy grande, y cuando ella llegó y supe todo lo que le había ocurrido, mi indignación por el bajo procedimiento de Zelaya fue también enorme. No creo que haya justificación para actos de esa naturaleza.

Ya con Lastenia a mi lado en El Salvador, mi vida de emigrado se hizo más agradable, aun cuando por otra parte se aumentarían mis obligaciones.

Como decía anteriormente, recibí de don Eulogio Cuadra los documentos que me acreditaban como administrador o depositario de la hacienda que en Guatemala tenía don Quintín Jirón. Ya con esos documentos en mi poder no tenía temor alguno en emprender el viaje a Guatemala, por lo que me despedí del Presidente Figueroa, quien se mostró sorprendido de mi determinación, y aún me hizo insinuaciones para que me esperara algún tiempo más, pero yo le manifesté mis deseos de probar suerte en esa otra República y salimos, mi esposa y yo, a embarcarnos en La Libertad.

Capítulo O

El Presidente Figueroa

En la noche misma que llegamos a ese puerto para esperar el vapor que llegaba al siguiente día, recibí un llamado de la Oficina Telegráfica avisándome que pasara a dicha oficina porque el Presidente Figueroa quería conversar conmigo telegráficamente. Por supuesto que atendí inmediatamente el llamado, el telegrafista le avisó al Presidente que ya estaba yo en la oficina, y comenzamos nuestra conversación telegráfica.

En resumidas cuenta el Presidente Figueroa me llamaba de nuevo a San Salvador, asegurándome que en esta ocasión sí me daría todo el apoyo para derrocar a Zelaya que le había solicitado en otras ocasiones, y que él, como amigo, me insinuaba no demorar mi regreso. Le ofrecí que lo haría y que al siguiente día de mi llegada lo visitaría, como efectivamente lo hicimos, llenos de entusiasmo, mi señora y yo; mas en la conversación que sostuvimos el Presidente me habló de todo menos de lo que me había ofrecido, y más bien notaba que cuando le dirigía la conversación hacia ese tópico, él la cambiaba de rumbo. Así pasé varios días, visitándolo casi diariamente y sin ver nada práctico de la oferta hecha por él, antes bien el Presidente Figueroa rehuía tratar del asunto, lo que me hizo tomar la determinación inviable de marcharme a Guatemala.

Le visité por última vez para despedirme, y nuevamente me insinuó que me quedara, a lo que le manifesté, enfáticamente, que mi resolución era invariable. El, entonces, dejó de insistir.

Más tarde averigüé que el motivo de haberme Figueroa impedido mi salida en esta última ocasión fue que él le había teleografiado al Presidente Manuel R. Dávila, de Honduras, participándole mi viaje a Guatemala, y Dávila se lo comunicó a Zelaya, el que a su vez le pidió que solicitara a Figueroa su intervención para detenerme, de donde se originaron los falsos ofrecimientos de éste.

Estrada Cabrera

Por fin llegamos a Guatemala, y una vez en la capital, envié un telegrama al Presidente Estrada Cabrera avisándole mi llegada al país y solicitándole una audiencia, la que él me concedió

inmediatamente. Mas, en vez de citarme para su residencia, como siempre lo había hecho, me señaló el lugar de la audiencia pública que él acostumbraba dar todos los Jueves.

El día de la cita concurrí a ella a la hora señalada, escribí mi nombre en el Registro, y cuando llegó mi turno, fui recibido por el Presidente.

El estaba en un cuarto pequeño, de pie frente a una mesa y lo mismo estuve yo durante la corta visita. Después del saludo de rigor, me preguntó qué se me ofrecía y yo le manifesté que deseaba lo de siempre, esto es, el apoyo necesario para derrocar a Zelaya. El, entonces, me informó que sobre ese asunto nada podía hacer por mí, pero que en lo particular podría contar con su ayuda en la forma y el modo que quisiera. A ese gentil ofrecimiento suyo le expresé mi agradecimiento y le informé que tenía un empleo con el Banco de Honduras en la hacienda de don Quintín Jirón. El mostró cierto agrado y al mismo tiempo me dijo que conocía esa propiedad, que era muy buena, y que creía que estaría bien allí.

Ya para despedirme le dije que yo esperaba que mi permanencia en Guatemala fuera temporal, pues tenía fe en que alguna vez en el futuro próximo, él me daría el apoyo tantas veces solicitado, y que cuando llegara ese momento, me llamara por telégrafo que yo me presentaría inmediatamente a él.

En esa forma me despedí del Presidente Estrada Cabrera y me fui, junto con mi esposa, a Santa Lucía Cotzumalguapa, para de allí llegar a la hacienda del señor Jirón, que consistía en extensos potreros de zacate de guinea en los que se repasaban hasta dos mil novillos.

Santa Lucía Cotzumalguapa

La vivienda en la hacienda consistía en un pobre rancho de paja con paredes de varas de guarumo. Para mí aquello no tenía nada de entristecedor, pero me preocupaba íntimamente que Lastenia tuviera que vivir allí, exactamente igual a como viven los inditos pobres de mi tierra.

Allí pasamos varios meses, saliendo con mi esposa a dar paseos por el campo. Recuerdo que una vez nos encontramos con un enorme cascabel enrollado a la orilla de un hoyo iguanero, encuentro aquel que nos dio un gran susto, pues cuando nos dimos cuenta de él estábamos ya muy cerca del animal, pero nos retiramos muy quietamente y no tuvimos novedad alguna.

Cuando menos lo esperábamos, recibí un telegrama de mi primo Reinaldo Chamorro que entonces vivía en la ciudad de Guatemala. Reinaldo me avisaba que el Presidente Estrada Cabrera quería hablar conmigo. Sin pérdida de tiempo me trasladé con Lastenia al pueblo de Santa Lucía Cotzumalguapa donde la dejé hospedada en el hotelito que allí había, y yo seguí mi viaje a la ciudad de Guatemala. Cuando llegué, ya en la estación me esperaba Reinaldo, quien me informó que el Presidente Estrada Cabrera le había recomendado me llamara con urgencia, así es que sólo llegué al Hotel a cambiarme de ropa y a esperar la hora de la audiencia que había sido fijada para las siete de la noche. Reinaldo me acompañó hasta la puerta de Casa Presidencial y cuando el Presidente fue avisado de mi llegada, inmediatamente me hizo pasar a su presencia.

Ofrecimiento de ayuda

Cuando entré, él salió a la puerta de su despacho a recibirme, y sonriendo, me dijo: "Don Emiliano, mi estrella está brillante" y con un gesto me señaló el cielo estrellado de Guatemala, y añadió, "la de Zelaya se está poniendo, ¿qué necesita usted para botarlo?". Yo le respondí: "Licenciado, usted me da la mejor noticia de mi vida, pero siento decirle que no estoy completamente preparado para proceder de inmediato a provocar una revolución contra Zelaya a causa de que mi tío Alejandro Chamorro, el alma fuerte del Partido Conservador, ha muerto recientemente y yo no he estado en la zona apropiada para promover con los amigos del interior de Nicaragua un movimiento revolucionario. Necesito, pues, para ello, trasladarme a Costa Rica o Panamá, llevar dinero para comprar algunos elementos de guerra, y la promesa formal suya de auxiliarnos una vez que estemos en armas". A lo que él me contestó: "La promesa la tiene formal y completa, y en cuanto a dinero, ¿qué es lo que necesita?". Entonces le dijo: "Pagar mis deudas contraídas aquí, unos diez mil pesos en moneda nacional, y diez mil dólares para comprar armas y provisiones". El Presidente, entonces, me preguntó en dónde estaba hospedado y cuando le di el nombre del hotel, me dijo: "Mañana a las nueve de la mañana los tendrá usted".

Efectivamente, al siguiente día, a las nueve de la mañana, entraba al Gran Hotel un edecán del Presidente Estrada Cabrera, con dos sobres en la mano, preguntando por mí. Una vez que me identificó, me los entregó en nombre del Presidente. En uno de los sobres habían diez mil pesos de Guatemala, y en el otro diez mil dólares en giros, cartas de créditos y travelers cheques, además de instrucciones y claves y pasaportes para mi esposa y para mí.

Por actitud tan franca del Licenciado Estrada Cabrera invité a mi primo Reinaldo Chamorro a ir conmigo al pueblo de Santa Lucía Cotzumalguapa, donde había dejado a Lastenia, para que me ayudara a preparar, lo más brevemente posible, mi salida de Guatemala para la República de Panamá, y efectivamente así lo hicimos.

A Lastenia le encantó la idea de viajar juntos y la posibilidad de que pronto volveríamos a Nicaragua.

De regreso a la ciudad de Guatemala solamente estuve unos dos o tres días arreglando mis asuntos personales antes de emprender el viaje a Puerto Barrios, donde me embarcaría en un vapor que, tocando en Belice, iría después a Cartagena y enseguida a Colón.

A Panamá

En Puerto Barrios tuvimos un ligero contratiempo que fue ocasionado por una cuestión de rutina. Sucedió que yo estaba viajando con nombre supuesto, naturalmente, y cuando ya estábamos a bordo, el Comandante del Puerto le hizo una consulta al Presidente Estrada Cabrera, y éste, posiblemente, no entendió bien lo que el Comandante le informaba y entonces aquél quiso que me llamaran de a bordo para que yo explicara, lo que yo hice a su entera satisfacción, y así todo quedó solucionado y ya no tuvimos ningún otro tropiezo para salir de Puerto Barrios.

A la mañana del siguiente día que salimos de Puerto Barrios estábamos en Belice, que es una colonia inglesa en el corazón de Centro América, compuesta en su gran mayoría de gente de color. Los blancos allí son casi únicamente los ingleses y las compañías comerciales. La industria principal de esa colonia es la exportación de madera y chicle.

Salimos de Belice por la tarde de ese mismo día continuando nuestro viaje hacia Cartagena, puerto del Atlántico perteneciente a la República de Colombia, para de allí seguir hasta Colón.

A nuestra llegada a aquel puerto bajamos a conocer la ciudad, de estilo antiguo y construcción española. No me pareció que hubiese mucho movimiento comercial, pero tampoco tenía aspecto de pobreza.

De Cartagena salimos para Colón sin pasar por Barranquilla. Este puerto de Colón era el destino final de nuestro viaje marítimo. El día de nuestra llegada lo pasamos en el puerto com-

prando algunas cosas en los muchos establecimientos que existían en poder de chinos y en los que las mercaderías eran muy baratas.

Al siguiente día salimos para Panamá donde se encontraban mi padre y mi hermano Carlos al frente de un establecimiento de comercio situado en la Plaza de Santa Ana.

En Panamá nos hospedamos en el Hotel Tivoli, de donde salimos a buscar a mi padre, a quien encontramos en su tienda, y quien nos recibió muy alegremente aunque sorprendido, lo mismo que mi hermano Carlos, pues yo no les había anunciado mi viaje. Después de los saludos afectuosos y de un buen rato de conversación general, hablé privadamente con mi padre y le informé del objeto de mi viaje.

Como es natural, ya aquí en Panamá, tomé mi verdadero nombre y convine con mi padre en que, como mi estadía sería prolongada en la ciudad, nos pasaríamos a vivir a la pensión donde ellos estaban alojados. Después de haber estado unos días en el Hotel Tivoli nos trasladamos a la pensión que era de una señora respetable.

Se recordará que yo me encontraba en Panamá cuando se verificó el movimiento de secesión que culminó con la proclamación de la República, así es que para mí era ya Panamá una ciudad conocida y también para mi señora, que había estado en ella unos ocho días cuando el General Zelaya la había expulsado de Nicaragua, sin embargo, en ese entonces, el cambio que tenía la ciudad cada año era sorprendente, por el aumento de construcciones urbanas y el desarrollo del comercio, así es que mi señora y yo tuvimos mucho que visitar y ver.

Después de unos ocho días, de acuerdo con mi padre, dejé a Lastenia en Panamá y salí yo para Costa Rica a ponerme en contacto con mis amigos de Nicaragua.

Don Adolfo Díaz

De San José le escribí a don Adolfo Díaz a Bluefields informándole de mis planes y del resultado de mis gestiones en Guatemala. Después de escribir y enviar esa carta a Adolfo me dediqué a visitar a mis amigos de San José y de Cartago, con quienes comencé a planear el movimiento revolucionario que llegaba a iniciar contra Zelaya.

A todos los encontré bien animados, aunque el que mayor entusiasmo me mostró fue el doctor Isaac Guerra, magnífico médico, hombre inteligente y muy agradable, relacionado con todos los hombres principales de Costa Rica.

Me encontraba en esas actividades cuando recibí un cablegrama de mi padre desde Panamá avisándome de la llegada de un mensajero de Adolfo Díaz con una carta para mí. Decidí trasladarme inmediatamente a Panamá, más cuando llegué el mensajero ya se había regresado a Bluefields.

En su carta Adolfo me invitaba llegar a Bluefields para conferenciar con el Gobernador-Intendente de la Costa Atlántica, General Juan José Estrada, pues según él, se encontraba muy descontento del sistema de gobierno del General Zelaya, y consideraba su deber contribuir al derrocamiento de su gobierno despótico, y que en caso no se llegara a un arreglo con Estrada, no se perdería nada con el viaje, pues éste quedaría en completa reserva. Adolfo, además, me garantizaba que el General Estrada no me pondría dificultad alguna, es decir, que me daría garantías de entrada y salida de Bluefields.

Díaz ponía énfasis en su carta para que yo no vacilara en realizar el viaje, y por eso me indicaba que el portador de la misma era un marino práctico que aunque manejaba un bote pequeño debería embarcarme con él en ese mismo viaje de regreso para así no perder tiempo, pero como dije anteriormente, cuando ese comisionado llegó a Colón yo estaba aún en Costa Rica, y como él no quiso esperar mi llegada porque ponía en duda la seguridad de mi arribo inmediato, optó por regresarse a Bluefields. Mientras tanto Adolfo Díaz había recibido mi carta por lo que me cablegrafió a Panamá pidiéndome regresara a Puerto Limón.

Al recibo de ese cablegrama resolví llevar a mi esposa a Cartago para que estuviera allí con doña Julia de Pasos viuda de Chamorro y sus hijos Fernando y Anita, quienes residían en esa ciudad donde mi tío Alejandro Chamorro, alma fuerte del Partido Conservador, había muerto hacía poco.

A Bluefields

Cuando llegamos a Puerto Limón ya la embarcación que Díaz había enviado a traerme había también llegado al puerto y como en otra carta me pedía que no perdiera tiempo en efectuar el viaje, no pude ir a dejar a mi esposa personalmente a Cartago para recomendársela a doña Julia, sino que le pedí a mi buen amigo el doctor Isaac Guerra que la acompañara a Cartago, y ese mismo día —el 29 de Septiembre de 1909— por la tarde, me estaba embarcando para Bluefields.

Con Rafael Alegría, joven granadino a quien conocía bien, lo mismo que a su madre doña Angela Prado viuda de Alegría, me embarqué en un bote pequeño que no tenía ni siquiera un asiento cómodo y tuvimos los dos que sentarnos a plan en el fondo del bote.

El tiempo era magnífico y el mar estaba tranquilo, pero a poco de salir, el tiempo se fue descomponiendo y comenzó a azotarnos un fuerte chubasco. Las olas eran tan altas que nos parecía que el bote se partía en dos tan fuertes eran los golpes que recibía en cada descenso de la cresta de las olas. Confieso que llegué a temer que aquel fuera el último día de mi vida y por eso le dije al marino que nos llevaba que enderezara el bote a tierra porque prefería que desembarcáramos y esperáramos un tiempo mejor para continuar el viaje. El marino no hizo objeción alguna y viró el bote a tierra, pero después de un rato de un oleaje continuo y peligroso, nos dijo: "Aquí estamos frente a la Barra del Colorado, lugar muy peligroso por los tiburones, y a medida que nos aproximamos a tierra aumenta la posibilidad de ser arrollados por una de esas olas, y no habrá medio de salvarnos". A esta observación le repuse: "Usted es el que manda en su bote y el que conoce mejor su oficio. Haga lo que crea mas conveniente hacer para que no suframos un naufragio".

Entonces viró de nuevo la proa hacia mar adentro, poniéndose tan contento cuando llegamos al mar azul, que dio gracias a Dios golpeando con su canaleta las aguas y diciendo: "¡Esta agua azul si que es buena!".

Después de ese fuerte chubasco no tuvimos ningún otro peligro, a pesar de que estábamos en pleno cordonazo de San Francisco, hasta el último día del viaje en el que, ya para llegar al frente del Falso Bluff, se oscureció el cielo y el marino nos anunció una gran tempestad, pero felizmente estábamos próximos al Cayo Francés, donde se arrimó el bote para que desembarcáramos para mientras pasaba aquella tormenta, y también para que se hiciera más tarde y así poder entrar, ya oscureciendo, por el Falso Bluff a la Bahía de Bluefields. Al desembarcar teníamos las piernas entumecidas y las posaderas rajadas por el agua salada.

El marino nos había ofrecido llevarnos a su casa que estaba situada en Old Bank, por eso me sorprendí mucho cuando llegamos a un muelle muy iluminado y que dijera: "Aquí desembarque. Este es el muelle de Belanger".

Cuando le recordé su ofrecimiento de llevarnos a su casa me replicó que no lo hacía porque yo no era contrabandista sino

revolucionario, pero convino en acompañarme a casa de don Adolfo Díaz, puesto que ni Alegría ni yo sabíamos donde quedaba la residencia de mi amigo.

Cuando llegamos a la casa de Díaz ésta estaba completamente cerrada y a oscuras, por lo que tuvimos que permanecer en el patio, bajo un árbol frondoso que allí había. Serían como las nueve de la noche, y no fue sino como hasta las diez que llegó una persona al frente de la casa, abrió la puerta y entró y encendió luces, siguió hasta el corredor al lado de donde estábamos nosotros y entonces me di cuenta de que no era Adolfo. No sabiendo, en realidad quien era, resolví, sin embargo, presentarme a él porque lo supuse de la confianza de Díaz pues que tenía la llave de su casa. Pensar así e ir a llamar a la puerta fue uno, como generalmente se dice. El joven que me abrió, me preguntó qué deseaba y qué hacía yo en el patio, a lo que le respondí que yo era un minero que llegaba de las minas, La Luz y Los Angeles, en busca de don Adolfo Díaz, y que me hiciera el favor de decirme donde lo podría encontrar pues tenía urgencia de hablar con él.

Nos cruzamos varias preguntas hasta que por último le pregunté si él era Humberto Pasos Díaz y él respondió que sí. El a su vez me preguntó si yo era Emiliano Chamorro y yo le contesté que sí. Fue entonces cuando me dijo que su tío me estaba esperando, que pasara adelante y que me sentara, que iría a buscarlo para avisarle de mi llegada, e inmediatamente salió de la casa, regresando poco tiempo después con don Adolfo Díaz.

Después del saludo cariñoso, casi fraternal pudiera decir, Adolfo me dio una ligera idea de lo que se trataba, invitándome luego para que fuéramos donde me iba a alojar.

El alojamiento era en una casa de alto que parecía estar desabitada. A ese lugar me llevaron la comida del Hotel, mientras que a mi compañero Alegría lo llevaron a alojarse a otra parte.

El Gral. Juan J. Estrada

Terminada la cena, la que por cierto me pareció muy buena, y en la que comí más de lo regular, salió Díaz para regresar luego con el General Juan J. Estrada a quien hacía muchos años no había visto. Cuando el General Estrada llegó, me saludó con mucha afabilidad como si hubiéramos sido compañeros de hacía mucho tiempo; por mi parte le correspondí el saludo de la misma

manera e inmediatamente entramos en materia, es decir, a discutir la mejor manera de terminar con el Gobierno del General Zelaya.

Aseguróme el General Estrada que él daba aquel paso trascendentalísimo solamente por su amor a Nicaragua, y que él deseaba saber si podía contar con el apoyo del Partido Conservador, las condiciones que ese Partido pondría para entrar en ese movimiento, y con qué elementos se podría contar.

Yo por mi parte le aseguré al General Estrada que las condiciones del Partido Conservador serían la de restablecer las libertades ciudadanas en Nicaragua, la libre expresión del pensamiento hablado y escrito, la libertad electoral, la alternabilidad en el Poder, el cese de las contribuciones forzosas, de la prohibición de la tramitación de la propiedad particular, así como el cese del reclutamiento del campesino y de los miembros de las castas indígenas para trabajar forzosamente como esclavos en las propiedades de los cafetaleros de las Sierras de Managua y sobre todo de Matagalpa y Jinotega donde habían de desaparecer las inicuas recuas de inditos amarrados.

Me pareció que el General Estrada, antes de sentirse molesto por esas condiciones, éstas le parecieron satisfactorias y les dio en principio su aprobación. Sería más de la media noche cuando suspendimos esta reunión preliminar.

Como hacía varios días que no tomaba alimentos calientes y sazonados, y seguramente por haberme excedido en tomarlos en cantidad mayor de la acostumbrada, tuve esa misma noche una fortísima congestión, que nos alarmó muchísimo y hubo necesidad de llamar al doctor Luis Sequeira, quien me atendió muy oportuna y eficazmente. Esto, felizmente, sucedió después de haber tenido la primera conferencia con el General Estrada.

A las once de la mañana del siguiente día, sostuve otra conferencia con el General Estrada en la que le manifesté que con la aceptación suya de las condiciones presentadas, yo me comprometía a darle el apoyo del Partido Conservador y el apoyo del Presidente de Guatemala, Licenciado Manuel Estrada Cabrera, cuyo ofrecimiento tenía conforme a los documentos que ponía a su disposición, asegurándole además, que ese apoyo no sólo consistiría en armas, sino también en provisiones y dinero.

El General Estrada se llevó un buen rato estudiando los documentos, las claves, y los giros por 10,000 dólares que allí mismo le había entregado. Después que terminó la lectura y estudio de los documentos presentados me dijo que estaba bien y que

podíamos hacer el convenio. Inmediatamente elaboramos el convenio estipulando en él las condiciones del Partido Conservador y firmamos dos tantos del mismo tenor, conservando cada uno su ejemplar correspondiente.

Manifiesto de Estrada

Contribuyó mucho en el ánimo del General Estrada el ofrecimiento del Presidente de Guatemala, y sin ninguna vacilación procedió a lanzar un Manifiesto de desconocimiento del Gobierno de Zelaya, a la Declaración del establecimiento de un Gobierno Provisorio, a la organización de su Gabinete y al nombramiento de los Jefes Militares que debían ser los que condujeran el ejército liberador que se formaría en la Costa Atlántica hasta llevarlo a la victoria.

Aunque don Adolfo Díaz no aparecía con nombramiento especial, realmente era el personaje de mayor importancia, después del General Estrada, y nosotros los conservadores veíamos en él al verdadero jefe de aquel movimiento revolucionario.

Era el 11 de Octubre de 1909.

Se resolvió enviar un vapor frutero que estaba anclado en El Bluff, a Guatemala. Por ese tiempo la producción de bananos en la Costa Atlántica era buena y ese vapor había llegado a cargar la apreciada fruta. Se hizo un arreglo con el Capitán de ese vapor noruego para que fuera a Puerto Barrios, llevando a don Leopoldo Rosales como Comisionado por parte de la Revolución ante el Presidente de Guatemala. El vapor iba con tiempo limitado y Estrada Cabrera sólo nos remitió unos 600 rifles, 4 ametralladoras, 2 cañones de montaña, parque suficiente para las distintas armas y algunas provisiones. Después supimos que hubo algunas intrigas de parte de un nicaragüense, residente entonces en Guatemala, para que Estrada Cabrera no nos enviara mayor cantidad de elementos.

Al recibir esas armas lo primero que se organizó fue una expedición al Río San Juan con el objeto de ocupar el fuerte de San Carlos en la desembocadura del río en el Lago de Nicaragua, siempre que se pudiera llegar hasta allá sin comprometer el pequeño contingente que se llevaba. Quiero decir con esto, que se deseaba poder llegar a San Carlos antes de que el Gobierno de Zelaya reforzara esa plaza; pero yo creo que Zelaya recibió aviso del levantamiento de Bluefields el mismo día que esto tuvo lugar y su primer pensamiento fue el de ocupar San Juan del

Norte para de allí recuperar Bluefields. Con ese fin envió el General Salvador Toledo, guatemalteco, a ocupar el Río San Juan con 800 hombres casi al mismo tiempo que yo salía de Bluefields con 200 hacia San Juan del Norte con San Carlos como nuestro objetivo final.

Comienza la Revolución

No tuve dificultad ninguna en la ocupación de San Juan del Norte y mi marcha hacia San Carlos la emprendí sin demora.

El brazo del Río San Juan que va de San Juan del Norte a la Junta del Colorado es bastante seco y la navegación por él la hicimos con mucha lentitud, pero una vez llegados a la Junta del Colorado la navegación se nos hizo más fácil.

En la Junta del Colorado estuvimos observando las ventajas militares que el lugar ofrecía para en caso de establecer allí una línea de defensa. Después de esa ligera observación continuamos nuestra marcha aguas arriba hasta llegar a un punto donde mi hermano político Ramón Enriquez vivía con su familia. La propiedad que Ramón estaba desarrollando me pareció de escaso porvenir, a más de impropia para la salud de los niños, por lo insalubre del lugar, por lo que le insinué a Ramón se trasladara a Bluefields, además, porque se avecinaba el tiempo en que el Río San Juan sería el teatro de operaciones militares y el peligro para la seguridad de su familia se hacía evidente.

Después de esa ligera detención continuamos nuestra marcha pasando por un lugar llamado Aguas Muertas, el que me dijeron era la parte más profunda del río. Al pasar por el sitio donde vivía Félix Martínez, entusiasta conservador San Jusneño, éste se incorporó a nuestras fuerzas.

Volvimos a detenernos cuando llegamos a Bocas de San Carlos, lugar este que también examinamos para el posible caso en que tuviéramos que establecer líneas de defensa, pero no le encontré ninguna ventaja para ello. Estando allí pasaron unos individuos que iban en un bote y ellos nos dieron la noticia de que las fuerzas de Zelaya al mando del General Toledo ya habían llegado al Castillo y que se preparaban para salir a atacarnos.

Como por los datos que recogí supe que las fuerzas de Toledo eran muy superiores a las mías, tanto en hombres como en armamentos, resolví volver atrás para presentarles resistencia en la Junta del Colorado. Mas con nosotros venían dos norteamericanos.

canos, expertos en el uso de la dinamita por ser mineros profesionales y ellos me aseguraron que colocando en aquel lugar del río donde la corriente tenía poca fuerza unas dos minas con sus respectivas anclas podrían así impedir el paso de los vapores en que venía el ejército de Zelaya.

Cannon y Groce

Tal estratagema me pareció eficaz y procedimos a la preparación de las minas, a su colocación en el río y al acarreo de los alambres conectores en una distancia como de 150 varas en la montaña hasta un punto desde donde pudiera divisarse bien la pasada de los vapores para hacerlas explotar en el momento preciso.

Para efectuar esta operación quedarían Lee Roy Cannon y Leonard Groce con diez soldados para con ellos también defenderse en caso necesario. (Estos dos norteamericanos que llenos de entusiasmo se ofrecieron a dar aquel golpe a las fuerzas de la Dictadura pagaron con sus vidas su amor a la causa de la Revolución, como lo han visto los que ahora me lean y hayan leído en el número 4 de *Revista Conservadora* las conmovedoras cartas que uno y otro dirigieron a su madre y familiares antes de ser fusilados por la implacable soberbia del Dictador).

Habiéndonos despedido de Cannon y de Groce nos regresamos a la Junta del Colorado donde de acuerdo con los otros oficiales, como Masís, Correa, y Sáenz, dispusimos quedarnos allí para detener en ese lugar a las fuerzas de Toledo.

La Junta del Colorado

Conviene aquí recordar que la ribera izquierda del Río San Juan, aguas arriba, en este punto pertenece a Costa Rica⁽¹⁾ y por consiguiente no se puede ocupar dicha ribera con tropas nicaragüenses. Este era, en nuestro concepto, un factor favorable de la Junta del Colorado que tomamos en consideración para escoger ese lugar como el más conveniente para presentar resistencia, ya que la margen derecha sólo ofrecía una pequeña faja de tierra firme donde poder desplazarse el ejército atacante, puesto que por un lado estaba el río y por el otro, más allá de esa faja, tierras a dentro, suampos profundos e impasables.

(1) Ambas riberas del Río San Juan son nicaragüenses. Lo que Costa Rica posee según el Tratado Cañas-Jerez es el Derecho de Navegación únicamente. Nota de los Editores.

Efectivamente, al siguiente día de estar en la Junta del Colorado se nos presentó el enemigo bombardeándonos desde los vapores con mucha energía y persistencia.

Recuerdo que en esa ocasión, mientras recorría la línea que quedaba al frente de los vapores que nos bombardeaban, línea que estaba defendida por las fuerzas de Masís, noté que éste cada vez que disparaban un cañonazo hacía el movimiento de agacharse, inclinando la cabeza y los hombros en un movimiento rápido, por lo que se me ocurrió decirle: "¿General, por qué se agacha?... ¿Cuando usted oye el cañonazo ya pasó la bala!". Masís no me respondió.

Durante el día el cañoneo fue arreciando, y al recorrer las líneas volví a pasar por donde estaba Masís. El enemigo se había dado cuenta de que habían trincheras y por eso arreció su cañoneo, mas las granadas caían en abundancia, es verdad, mas caían en el suampo, enterrándose sin estallar y era tal el número que me arrepentí de haberle llamado la atención a Masís, quien impávido veía caer las granadas sin temor alguno y sin agacharse jamás, tal era el valor y coraje que siempre mostró en los combates.

Ese día pasó sin que el enemigo se atreviera a desembarcar, mas en la noche efectuó el desembarco de sus tropas en la ribera costarricense y desde allí, desde el amanecer, nos estuvo atacando.

Capítulo N

San Juan del Norte

Nuestros planes de defensa no habían previsto la posibilidad de un ataque por esa ribera, por consiguiente estábamos al descubierto por ese lado, y aunque teníamos al río San Juan de por medio las balas nos hacían mucho daño, por lo que resolví desocupar y reconcentrarme a San Juan del Norte.

La desocupación no la pudimos realizar sin que el enemigo se diera cuenta y cada vez nos hostigaba más y más. Por otra parte, la sequedad del San Juanillo era tal que nos hacía demorar más de lo conveniente.

Al efectuar la desocupación de la Junta del Colorado, algunos de los nuestros, como el General Masís, resolvieron irse por las Bocas del Colorado, que quedan en territorio costarricense.

Debo hacer mención aquí que en la Junta del Colorado tuvimos algunas bajas que lamentar. Fue allí cuando salió herido el General José Francisco Sáenz por una bala que le destrozó la mano derecha, y era de admirar a aquel hombre con la mano colgada y sangrante manteniendo su coraje en la pelea. Costó mucho hacerlo retirarse para curarlo.

Reconcentradas las fuerzas en San Juan del Norte, noté la ausencia de algunos de los Jefes, y me informé de ellos por los últimos que se habían retirado de la Junta del Colorado. Por estos supe que el General Masís y otros se habían ido por las Bocas del Colorado. Entonces dispuse ir en el vapor Blanca al puerto costarricense llamado Colorado.

Al llegar a ese lugar como a las ocho de la noche, arrimé el vapor al muelle y pregunté por el General Masís y algún otro nicaragüense que hubiese llegado, para decirles que pasaran a bordo. El Comandante tico de ese lugar me ordenó retirarme del muelle y me informó que el General Masís y sus compañeros eran prisioneros del Gobierno de Costa Rica y que no podrían tomar el barco que yo les ofrecía. Entonces le contesté al Comandante que no me retiraba del muelle y que en lugar de llevarme sólo al General Masís y sus compañeros, me lo llevaría también a él porque lo desconocía como autoridad del Gobierno que había traicionado a la Revolución permitiendo que las fuerzas de Ze-

laya, desde su territorio, me hicieran fuego, y acto continuo me bajé del barco y le ordené a mi tropa que apresaran al Comandante del puerto.

El Comandante en vista del cariz que estaba tomando el asunto me propuso arreglo diciéndome que me llevara a Masís y sus compañeros y que le firmara un documento en el que hacía constar que yo me los había llevado a la fuerza. Convine en ello y me entregaron a los prisioneros. Y nos regresamos todos, alegres y contentos, a San Juan del Norte.

Al siguiente día muy temprano volví a embarcarme en el Blanca para ir a inspeccionar sobre el San Juanillo y cerciorarme si los vapores del General Toledo habían continuado la marcha. A poco andar, en un recodo del río cubierto de algas, que en esa región llaman “lechugas”, nos encontramos casi a boca de jarro con el vapor enemigo, y entonces el uno y el otro comenzamos a hacernos fuego.

El artillero del Blanca era el Mayor Rafael Solórzano, quien se portó valientemente. Parece que uno de nuestros disparos alcanzó a dar en la caldera del vapor enemigo porque éste se fue sobre el “lechugal” y quedamos como a 30 varas el uno del otro.

La hélice del Blanca estaba también enmarañada de “lechugas” y en cuanto logramos librarla de ellas, giramos en redondo y nos regresamos a San Juan del Norte, donde dimos la orden de desocupar, llevándome en el Blanca algunos oficiales y elementos de guerra. Al resto les ordené que se fueran por tierra al río Maíz para allí levantarlos más tarde, como en efecto lo hicimos.

Reorganización en Bluefields

Una vez de regreso a Bluefields continuamos organizando las fuerzas de la Revolución. Con frecuencia enviábamos a los caseríos sitios en las riberas de los ríos de la comarca, a buscar gente que voluntariamente quisieran incorporarse a nosotros, así como enviamos a la región del Prinzapolca y Cabo de Gracias a Dios a buscar gente miskita para que nos sirviera, no en las milicias para lo que no son muy aptos, sino para ocuparlos en los menesteres de transporte para lo que son muy útiles y hábiles.

La Revolución cada día tomaba más fuerza mientras el Gobierno de Zelaya cada día se desprestigiaba más, hasta que el Departamento de Estado de los Estados Unidos le dio el golpe

de gracia al enviarle lo que se conoce en la historia como la Nota Knox, por la que ese Gobierno rompía relaciones diplomáticas con aquel gobierno despótico.

La Revolución, pues, por un lado, la Nota Knox por otro, y el hecho de que en el país mismo perdía prestigio el Gobierno, hizo pensar a Zelaya en retirarse del poder y dejar en él a una persona que le garantizara sus intereses y los del Liberalismo, escogiendo para ello al doctor José Madriz que gozaba de prestigio nacional e internacional, pues Madriz no tenía en su débito más pecado que el de haber aceptado el nombramiento de Juez de la Corte Centroamericana que funcionaba en Cartago, Costa Rica.

Mientras se iban desarrollando todas esas tramas políticas, el movimiento bélico por uno y otro lado se desarrollaba también intensamente. Así fue que por el mes de Diciembre considerábamos a la Revolución en posibilidad de hacer un movimiento militar hacia el Departamento de Chontales.

Caida de Zelaya

Madurando estábamos ese proyecto cuando supimos que las fuerzas del Gobierno habían penetrado en la montaña con dirección al Rama, por lo que preparamos nuestras fuerzas para atacarlas cuando estuvieran próximas a esa ciudad. Pero cuando fuimos informados de que era inminente el depósito del Gobierno de Zelaya en el Doctor Madriz, decidimos dar la batalla al ejército de aquel antes de que se verificara dicho depósito de la Presidencia, porque comprendimos que con Madriz la debilidad del Gobierno iba a desaparecer en gran parte y que muchos revolucionarios iban a mostrarse menos interesados en el éxito de la Revolución.

Aun algunos de los jefes de la Revolución se pusieron de acuerdo de retrasar el ataque a las fuerzas de Zelaya, entre ellos el General Pedro Fornos Díaz, por ejemplo, jefe militar valiente y fogoso y acérrimo enemigo del Gobierno de Zelaya y quien por otra parte era gran Madricista y quien quería más bien que se buscara un arreglo con el Doctor Madriz antes de empeñarse en una lucha armada; sin embargo, cuando se resolvió el ataque a las fuerzas del Gobierno que estaban acantonadas en El Recreo, el General Fornos Díaz prestó su contingente con toda lealtad y entusiasmo.

Batalla de El Recreo

Y así sucedió que al mismo tiempo en que Zelaya entregaba el Poder al Doctor Madriz nosotros derrotábamos y capturábamos a sus fuerzas en El Recreo, en una batalla en la que figuraron muchos generales y coroneles, entre ellos el General Roberto González, héroe de Namasigüe.

El Recreo es un lugar como un llano pequeño metido en la montaña, por cuyo medio corre el río Mico. Nosotros colocamos la artillería en las alturas que rodean aquel llano a nuestros pies sin que el enemigo se diera cuenta, así es que cuando atacamos con la infantería y al mismo tiempo con la artillería casi sobre sus cabezas los enemigos se volvieron locos corriendo a uno y otro lado; sin embargo después de ese momentáneo desconcierto pelearon con denuedo y aun hubo un momento en que estuvieron a la ofensiva con peligro de que nuestras fuerzas fueran arrojadas al río, si no hubiera sido la oportuna intervención del General Fornos Díaz y yo que llegamos en un remolcador recorriendo las líneas de combate en esos precisos momentos.

En ese lugar nos pasaban las balas un poco cruzadas y recuerdo que al Profesor Miguel Alvarez Saballos le fue destrozado un dedo de la mano y así, con el dedo herido y sangrando, levantaba su manó echando vivas a la Revolución y al General Chamorro.

Yo hice arrimar el remolcador a la ribera del río al lado en que venían nuestras fuerzas en retirada y entonces el General Fornos Díaz me dijo: "¡General, no se baje!". Y yo le contesté: "¡No las podremos contener si no peleo con ellas!". Después de dos o tres empujes que les ordené hacer restablecimos el equilibrio y después pusimos en completa fuga al ejército zelayista.

En esas cargas que hicimos pude darme cuenta de las numerosas bajas que habían de uno y otro lado en esa sección del combate. A la otra banda del río, que era la más amplia, no tuve oportunidad de ir antes de que se recogiera a los heridos y se enterrara a los muertos sino hasta después que teníamos a todo el ejército copado allí reunido. Más de 800 hombres cayeron en nuestro poder, muchos de ellos muy enfermos y extenuados y a todos atendió debidamente la Revolución curándolos y alimentándolos. Más tarde muchos de esos avanzados se fueron incorporando a la Revolución sin que nosotros los forzáramos a ello.

Terminado el combate de El Recreo y conocido el resultado de la lucha allí tenida, tuvimos la noticia del depósito del poder

por el General José Santos Zelaya en el Doctor José Madriz y del embarque de aquél para México. Fue entonces que el General Pedro Fornos Díaz solicitó el permiso para ir a Managua y exponerle al Doctor Madriz la verdadera situación y el sentir de la Revolución, con el propósito de ver si de esa manera se podía llegar a un entendimiento entre ambas partes.

El General Fornos Díaz salió de Bluefields embarcado en el mismo bote en que yo hice mi travesía de Puerto Limón a Bluefields, pero desgraciadamente sucedió con el General Fornos Díaz lo que el marino predijo podría ocurrirnos a nosotros cuando yo insistía en que enderezáramos el bote a tierra, es decir, que una gran ola envolvería al bote y nos haría naufragar. Eso fue precisamente lo que le ocurrió al valiente militar y destacado hombre de letras General Pedro Fornos Díaz, que en su esfuerzo por conseguir una paz honrosa y benéfica para el país perdió su preciosa vida en la Barra de San Juan. Su cadáver nunca pudo ser encontrado, habiendo sido probablemente, devorado por las fieras del mar.

Revolucionarios de 1909

Antes de seguir adelante me parece bien dar los nombres de los hombres que tuvimos mayor participación en la Revolución de 1909 que el General Juan J. Estrada inició en la Costa Atlántica.

General Juan Estrada, don Adolfo Díaz, General Emiliano Chamorro, General Luis Mena, General Tomás Masis, General Frutos Bolaños Chamorro, General Luis Correa, General Fernando Elizondo, General José Francisco Sáenz, Ing. Abraham Alvarez Saballos, Coronel Marcelo Gómez, José Angel Aranda, Marcelo Arana, Rafael Solórzano, Rafael Vélez, Coronel Andrés Polanco, Coronel, hoy General, Camilo Barberena Anzoátegui, Coronel Bartolomé Viquez, Solón Lacayo, Coronel J. Gregorio Vega, Coronel Macario Alvarez Lejarza, General Bruno R. Blandón, Carlos Fonseca Romero, General José Manuel Durón (hondureño), General José Antonio Monterrosa (guatemalteco, enviado especial de Estrada Cabrera), Juan Francisco Fonseca, Abraham y Emilio Williams (hondureños), y muchos otros más que irán apareciendo más adelante.

Quiero hacer, también, constar que entre las personas que tomaron parte prominente en la Revolución estaban los Generales Augusto Matute y Saturnino Mairena, así como el doctor Carlos Cuadra Pasos, de quien se ha dicho que en una ocasión le ordené ensillarme una bestia. Burda patraña es esta, pues absur-

do hubiera sido de mi parte que pusiera a desempeñar tan tosca labor a mi amigo el doctor Cuadra Pasos, por cuya familia tenía tanta estima como por la mía propia, familia en la que tuvieron tanta figuración política y social: Dionisio, Demetrio, Pedro Rafael, Miguel, Pablo, Eulogio, Ramón y Carlos, hijos todos de don José Joaquín Quadra, ilustre ciudadano. Con frecuencia visitaba a don Pedro Rafael Cuadra y a su esposa doña Carmela Chamorro, de modo que su casa llegó a constituir una de las mías donde a menudo almorzaba y pasaba los domingos. Quizá a esa intimidad contribuyó también mi amistad de colegial que había hecho y mantenido con mi condiscípulo Miguel Cuadra Pasos, con quien estudiaba Química y alguna otra materia aun en los ratos de recreo, y aunque no tenía yo tan poderosa memoria como la de él, descollábamos juntos en las clases, de modo que ambos tuvimos el honor de ser escogidos por las respectivas secciones para profesores de Historia por el tiempo que nos faltaba para los exámenes, cuando por causas diversas se retiraron los Profesores Vela y Dubarry.

Hago esta mención para satisfacción mía en esta ocasión en que estoy haciendo como mi testamento de los actos de mi vida, y como un recuerdo a la memoria de Miguel y por la pena que sufrí entonces cuando recibí la noticia de su muerte acaecida el 15 de Diciembre de 1909.

Después de la derrota sufrida por las fuerzas enviadas por Zelaya a El Recreo, quedamos comunicándonos con el Doctor Madriz, ya que habíamos dejado pendiente de contestación las proposiciones suyas en esperas del resultado de aquel combate. Naturalmente, después que logramos con éxito copar todas las fuerzas contrarias en ese lugar nuestra contestación al Doctor Madriz fue más firme y le hacíamos saber que para llegar a un entendimiento era condición indispensable que la sucesión del Poder se efectuara en alguno de los Jefes de la Revolución, y principalmente en el General Juan J. Estrada.

Invasión de Chontales

Así pasamos unos días hasta que en vista de la dilación en la respuesta a nuestras condiciones, resolvimos enviar nuestras fuerzas a invadir el Departamento de Chontales.

Esta invasión la planeamos llevar a cabo de la siguiente manera: Una columna sería comandada por el General Luis Mena, y otra por mí. El avance de cada columna sería simultáneo,

aunque por distintos rumbos, y de modo que ambas pudieran estar en comunicación la una de la otra para poder así auxiliarse mutuamente en caso necesario.

Una vez acordado este plan se procedió a la organización de ambas columnas, y cuando éstas estuvieron listas se dispuso que la mía saliera con un día de anticipación, por el río Siquia, y la del General Mena, al siguiente día por el río Mico.

Yo salí el 29 de diciembre de El Rama, en botes en los que llevábamos suficientes provisiones para varios días, navegando sobre el río Siquia. Unos dos días después de nuestra salida llegamos al Salto de Talpaguás, donde tuvimos que desembarcar por ser imposible pasarlo en los botes que usábamos. Mas allá del Salto tomamos unos pipantes que nos suministraron unos indios miskitos y continuamos nuestra navegación sobre el río Inquini, como quien va para La Libertad. Después de un día de navegación sobre ese río, desembarcamos, y pisando tierra firme nos introdujimos en la montaña cruda guiándonos por rumbo astronómico solamente, única manera de hacerlo, con dirección a Santo Domingo.

Ya al entrar en jurisdicción de este lugar, tratamos de informarnos de la columna del General Mena, para lo cual envié unos correos a los lugares donde habíamos convenido de antemano que pondríamos los avisos correspondientes, pero no encontrando mis hombres ninguna noticia del General Mena ni de su columna, continué mi marcha hacia Santo Domingo.

Cruzada de la manigua

Tres días tardamos en esa cruzada de la montaña espesa, durante los cuales, podemos decir, no le vimos la cara al sol. Todos íbamos a pie, y la ropa y el calzado nos pesaban mucho por la humedad y el barro que recogíamos en nuestro camino.

El primer sitio habitado que encontramos fue el llamado Fruta de Pan, donde me dijeron que existía una mina de oro de unos señores Arellano. Cuando la expedición revolucionaria conocida por el nombre de Olama y los Mollejones depuso las armas en Fruta de Pan, recordé cuando nosotros pasamos por ese lugar, el que apenas nos detuvimos a ver, pues apesar de nuestro cansancio, preferimos continuar nuestra marcha ya que estábamos interesados en llegar a Santo Domingo antes que nadie pudiera poner aviso a esa población de que hacia ella iba una columna expedicionaria de la Revolución.

Santo Domingo

Así fue que por la tarde de uno de los primeros días de enero de 1910 estábamos entrando a Santo Domingo, sin que se nos hiciera resistencia alguna, pues el pequeño resguardo que allí había no hizo más que entregarnos sus armas la que nosotros tomamos dejando en completa libertad a los soldados.

A este lugar llegamos ocho días después de haber salido de El Rama. Muchos de los soldados llegaron enfermos de fiebre palúdica y con los pies inflamados a causa de la constante humedad y de las mazamorras, así es que mi primera preocupación fue la de aislar a los enfermos en una sola casa para poder así atenderlos mejor y lograr su pronto restablecimiento.

Aquí en Santo Domingo tuvimos la satisfacción de ver que toda la población nos recibía con gran entusiasmo y se mostraba partidaria de la Revolución. Ese entusiasmo era común también a los mineros que allí trabajaban; sin embargo, a pesar de esas muestras de adhesión a nuestra causa, mi preocupación era grande porque no tenía noticia alguna de la columna del General Mena, y por consiguiente, no sabía si llegado el caso de necesitar yo de ayuda dónde poder pedirselas, ni, en caso contrario, dónde poder yo darle mi apoyo fuera él quien se viera apurado por el adversario. En esa incertidumbre estaba cuando me llegó la noticia que había llegado a La Libertad el General Narciso Argüello con 800 hombres que mandaba el Gobierno del Doctor Madriz para atacar a la Revolución.

La Libertad

La Libertad es una población que entonces quedaba como a tres o cuatro horas de camino de Santo Domingo, por consiguiente, yo estaba en ese lugar en grave peligro de ser atacado en cualquier momento.

Por los informes que tuve de las tropas de Argüello y de su armamento, llegué a la conclusión de que era desventajoso para mí presentarle acción y que era preferible evadirlo para lograr que en la persecución dividiera sus fuerzas y poder yo así atacarlas en detalle.

Quiero dejar constancia aquí de que siempre sentí repugnancia a ser atacado, es decir, a estar a la defensiva y le di más preferencia a ser el atacante, o sea, tomar la ofensiva, a pesar del que se defiende de un ataque puede hacerlo desde trincheras protectoras, mientras que el atacante va a campo raso, sin embargo,

creo que el que ataca lo hace con más coraje que el que está levantando y bajando la cabeza desde una trinchera antes y después de disparar.

Así fue que conforme a mi plan salí de Santo Domingo llevándome a todos los que conmigo habían llegado a ese lugar y además a muchos otros amigos que llegaron a incorporarse al movimiento revolucionario. Dejamos a un lado la población de La Libertad y fuimos a salir a Betulia, de donde continuamos nuestra marcha hasta llegar a Camoapa, población de alguna importancia en el Departamento de Chontales.

En estos lugares, los habitantes ni siquiera soñaban en la posibilidad de que pudiéramos llegar hasta ellos, así es que a sus resguardos los tomábamos completamente por sorpresa.

Camoapa

Como a Camoapa llegamos muy temprano de la mañana, después de dar mis disposiciones respecto al acuartelamiento indispensable del ejército, resolví tomar tiempo para ir, con un grupo de mis oficiales, a Comalapa, que queda como a dos horas de camino, para saludar a mi madre y demás miembros de mi familia que allí vivían. También a este mi pequeño y querido pueblo sorprendió mucho mi llegada, lo que no fue obstáculo para que me demostrara un delirante entusiasmo. Mi madre al verme lloró de la emoción y pasé un buen rato tratando de calmarla. Después de sentarla y de recibir de ella su amoroso saludo, hablé con mis compañeros de infancia para ver de que se incorporaran a la Revolución.

Salí de regreso a Camoapa ese mismo día habiendo engrosado mis filas como con cincuenta de mis amigos de Comalapa, entre ellos mi cuñado Ceferino Enríquez.

Habiéndome convencido, por entonces, de que no podía tener ninguna conexión con el General Mena y su columna, pues supe que no había salido aún de El Rama, resolví seguir adelante y esa misma tarde, caminando toda la noche, emprendimos la marcha hasta Boaco donde llegamos por la mañana del siguiente día.

Aquí tuvimos un simulacro de resistencia pero que fue de cortísima duración y significado. Como en esta población ha habido siempre un elemento liberal de valía, tuvimos que ejercer mayor vigilancia que en las poblaciones anteriores en los que el elemento conservador era más predominante en el casco de la población.

Boaco

Creo que en Boaco estuvimos como unos ocho días, y no fue sino hasta que supimos que se aproximaban fuerzas enemigas que emprendimos de nuevo la marcha hacia Matagalpa.

A poco de salir de Boaco, a unas dos leguas de distancia de la ciudad, nos encontramos con las fuerzas enemigas que comandaba el General Alfonso Valle, amigo personal mío desde la juventud. Después de un encuentro bastante reñido logré ponerlo en fuga, capturándole una buena cantidad de provisiones y de parque que buena falta nos hacían.

Muy Muy

Después de ese encuentro llamado de Las Tetillas, continuamos nuestra marcha hacia Muy Muy, sin haber tenido incidente alguno digno de mencionar. Estando acuartelados en Muy Muy tuvimos el penoso desagrado de saber que uno de nuestros oficiales, Vicente Medina, había dado muerte a un pobre soldado por una bagatela. Nuestro enojo fue muy grande hasta el punto que dispuse que se fusilara a ese oficial inmediatamente, mas habiendo intervenido algunos otros de los Jefes para que no le aplicáramos esa pena, optamos por destituirlo de sus presillas militares y le dimos de baja del ejército, mas ese individuo, queria, realmente, tanto a la Revolución que no se separó de nuestras fuerzas, y aunque no tenía cargo alguno, siguió tras ellas hasta que en el combate de Tisma pereció a consecuencia de las heridas que recibió.

Cuando salimos de Muy Muy para Matagalpa, sabíamos que las fuerzas enemigas venía tras de nosotros a no muy larga distancia y que más adelante en una posición bastante difícil de subir por lo escarpada, nos estaban esperando fuerzas enemigas.

Matagalpa

No obstante esa amenaza y sabiendo que mis fuerzas mantenían un espíritu elevado y combativo, decidí la toma de Matagalpa y encargué al General Masis por un lado y al General Correa por otro, para la limpia del camino que nos conducía a la ciudad.

Cuando llegamos al pie de la escarpada cuesta mencionada, la que había que subir hasta una meseta, especie de llano, en la cima, nos detuvimos para contemplar gozosos cómo peleaban nuestros hombres, con qué coraje emprendían el ascenso de aquella

difícil posición, sobre una falda sin vegetación alguna, donde los soldados valientemente iban atacando y defendiéndose en las zanjas formadas por las corrientes de agua hasta que los vimos subir y derrotar a las fuerzas enemigas acampadas en una casa grande construida en la cima, el nombre de cuyo dueño ignoro.

Libre ya de enemigos el camino de Matagalpa, no esperamos más y emprendimos sin tardanza la marcha hasta llegar a la población cuanto antes, como en efecto lo hicimos.

En los suburbios de la ciudad de Matagalpa tuvimos un pequeño tiroteo, mas de allí en adelante no se nos presentó ninguna dificultad. El lector se puede imaginar la sorpresa de la gente de la ciudad al ver en sus calles a los revolucionarios cuando hacia unos pocos días sabían que estábamos en Bluefields.

Verdaderamente, nacionales y extranjeros, nos llegaban a felicitar por nuestra empresa, mas nosotros sabíamos que por más que nos halagaran esas manifestaciones de simpatía que nos hacían, frecuentemente acompañadas de invitaciones para tomar algún refrigerio o almuerzos y cenas en sus casas, debíamos privarnos de tales expansiones porque sabíamos que el enemigo venía tras de nosotros. Por eso, muy temprano del siguiente día, dispuse la distribución de nuestra fuerzas en aquellos lugares más apropiados de donde se podía defender y rechazar cualquier ataque a la población. Así fue que dispuse ocupar una altura que allí llaman la Piedra del Apante, posición que domina al mismo tiempo todos esos lugares. Allí colocamos un cañón y un puesto de ametralladoras.

No recuerdo si fue al segundo o tercer día de estar en Matagalpa que sufrimos un furioso ataque del que el General Masís tomó la defensa de una ala del ejército impidiendo que el enemigo se metiera por la cañada que llaman El Salvador cuando éste venía huyendo de los ataques de aquel peñón del Apante.

Gral. Camilo Barberena

Otra ala del ejército enemigo nos atacó de frente con tal furor que hubo momento en que ambas fuerzas parecía que peleaban confundidas y recuerdo bien que desde una pequeña altura, el Coronel entonces y hoy General Camilo Barberena Anzoátegui estaba con una ametralladora Colt, defendiendo bravamente la entrada de ese lugar.

En mi recorrido de la línea de fuego llegué hasta donde estaba Camilo haciendo buen uso de su ametralladora en los precisos momentos en que las fuerzas de uno y otro lado parecía

que se mezclaban entre sí. Eso me hizo temer por la seguridad de los nuestros y le pedí al General Barberena me diera el manejo de la ametralladora porque pensaba tener mi pulso más seguro, y no fue sino hasta que pasó el peligro y el enemigo se declaró en franca derrota que volví a darle la ametralladora al General Barberena, quien siguió peleando con bravura, como lo hizo siempre en los combates en los que se transfiguraba del hombre elegante de salón en el militar valiente y denodado.

“¡Está bien!”

Recuerdo que cuando estaba en el manejo de la ametralladora en los momentos más reñidos del combate, llegaba un cuñado y compadre mío llamado Máximo Amador y me decía: “¡Compadre, ya mataron al fulano, de Comalapa!” y yo le contestaba, puesta mi atención más en la lucha que en su informe: “¡Está bien!”. Así lo hizo Máximo varias veces, y así le contesté yo otras tantas, y esto le impresionó tanto a mi compadre que en la noche después de la lucha hacía comentarios sobre eso y mocionó entre sus amigos y paisanos el volverse a Comalapa, porque, decía: “Le van a decir a mi compadre Emiliano, ya mataron a Máximo Amador, y él va contestar, está bien”. Es sobrancero explicar que mi “Está bien” de aquellos agitados momentos significaba “Estoy entendido”.

Este combate fue muy reñido y sangriento y cuando vi que ya el enemigo comenzaba a dar muestras de flaqueza y a perder ventajoso terreno pensé sacar ventaja de aquella situación aniquilando por completo esas tropas, dispersándolas para que perdieran su fuerza efectiva, y para ello comencé a dar mis órdenes para perseguirlas y arrojarlas hacia aquella falda escarpada de la que hice mención anteriormente cuando íbamos hacia Matagalpa. Mas en esos momentos me llegó un mensaje del General Monterrosa, que estaba entonces hospitalizado, en el que me decía que tenía datos positivos que en el camino de Managua a Matagalpa venían fuerzas enemigas y que era seguro que se tomarían la población sino habían fuerzas suficientes en ella para contenerlas.

En vista de esto, tuve que dar órdenes contrarias, es decir, que se suspendiera la persecución del enemigo, y que el General Masís llevara sus fuerzas al camino de entrada a la población.

Como sucede muchas veces, resultó que al General Monterrosa lo había sorprendido en su lecho de enfermo una dama de las más interesadas en la causa liberal, haciéndole creer, como un secreto que le había arrancado a su marido, la noticia de la

llegada de estas tropas. Pero no habían tales tropas, y la suspensión de la persecución sirvió para salvar de la derrota a las fuerzas de Chavarría y Godoy.

Contenida, pues, la persecución de las fuerzas atacantes y mandado a reforzar el retén de la entrada a Matagalpa, la calma entró en todas las líneas y el tiroteo cesó por completo.

El General Masís, que no sabía del mensaje del General Monterrosa, se disgustó un poco cuando recibió la contraorden de suspender la persecución del enemigo, pues hasta cierto punto se le privaba de cubrirse de gloria desbaratando por entero aquellas fuerzas que eran las mayores que había lanzado el Gobierno sobre nosotros; pero como yo no dudaba un ápice de que lo dicho por Monterrosa merecía el más absoluto crédito, mantuve firme la contraorden de persecución.

Desocupación de Matagalpa

La trampa en que cayó el General Monterrosa y en la que nos hizo caer también a nosotros, nos costó muy cara, pues el enemigo fácilmente se repuso de su quebranto y dos días después lo teníamos de nuevo al pie de nuestras trincheras grandemente reforzado por las fuerzas del General Lara y otros militares que desde Acoyapa habían sido enviadas en nuestra persecución.

Los informes respecto al número de fuerzas adversarias que tomarían participación en contra nuestra eran exactos pues habían sido llevados por diversos hacendados por cuyas propiedades habían pasado las fuerzas enemigas, y esos hacendados, simpatizadores de nuestra causa, por caminos extraviados y veredas sólo de ellos conocidos, llegaban primero que ellas a Matagalpa a darnos sus informes.

Felizmente cuando esto sucedía ya había yo reconcentrado de Jinotega al General Frutos Bolaños Chamorro con toda la fuerza que comandaba, así es que todo el ejército estaba en Matagalpa.

En la seguridad de que a la mañana siguiente sería atacado por fuerzas superiores, principié una serie de discusiones con mi Estado Mayor sobre la situación que se nos presentaba, así como la de determinar con exactitud la cantidad de parque con que contábamos para las diferentes armas que teníamos.

De esas discusiones resultó que decidimos abandonar la ciudad esa misma noche, para lo cual principiábamos inmediatamente a tomar nuestras medidas.

Tal resolución estuve a punto de reconsiderar, porque a eso de las nueve de la noche, se me presentó en el retén del Río, un norteamericano que llegaba de Managua y que pedía verme. Este señor era un enviado, no recuerdo bien si de la Embajada Americana, o de un barco de guerra, y que llegaba a ver mi situación para proponerme, en caso de considerarme fuerte, un armisticio de parte del Doctor Madriz y la promesa de éste de entregar el poder.

Desgraciadamente, este señor llegó cuando los preparativos de nuestra marcha se estaban efectuando y por eso ya él no quiso tomar la responsabilidad de dar un informe favorable de nuestra potencia militar con el que poder insistir en el retiro del Doctor Madriz.

Así fue que el plan que teníamos pensado desarrollar seguiría adelante, y a eso de las once de la noche estábamos saliendo de Matagalpa, dejando en los retenes principales los fogones encendidos y a unos pocos soldados que cubrieran nuestra retaguardia, haciendo de vez en cuando tiros esporádicos para que el enemigo no sospechara de nuestra retirada.

Todo el movimiento se llevó a cabo tal como nosotros lo teníamos pensado, y hasta esos pocos soldados que habíamos dejado atrás pudieron salir y unirse a nosotros en Terrabona, pues nuestra salida no la hicimos por el camino real de Matagalpa, sino por un camino pedregoso y malo, veredas indígenas, que salen de Matagalpa a Terrabona.

Capítulo S

Terrabona

En este lugar destazamos unas dos reses que habíamos comprado para no molestar a la ciudadanía, y cuando los vecinos se dieron cuenta que estábamos allí llegaban a saludarnos. Muchos de ellos, en número que me llamó la atención, me pedían el favor de darles permiso y libertad de poner una cususera, lo que yo, por supuesto, no les negaba y en algunas ocasiones les daba tales permisos hasta por escrito.

Por la tarde de ese mismo día abandonamos la población de Terrabona y continuamos nuestra marcha hacia Managua. No nos detuvimos durante toda la noche hasta llegar a Las Maderas, y una vez allí buscamos qué comer y después del desayuno continuamos nuestra marcha habiendo sido informados de que en San Jacinto había unas tropas del Gobierno que en número de 200 hombres estaban comandadas por el General Alfonso Valle y un salvadoreño de apellido López.

General Alfonso Valle

Con ese conocimiento previo de la existencia de esas fuerzas en San Jacinto le di al General Masís la vanguardia de las mías para que efectuara el ataque, y cuando le informé que el General Valle era el jefe que las comandaba, me dijo: "Pues entonces no voy a bajar la ametralladora".

Yo no iba muy lejos del General Masís cuando éste principió el ataque, pero cuando me di cuenta de la intensidad del tiroteo y de que éste se prolongaba más de la cuenta, entonces temí que el General Valle se hiciera fuerte tras los corrales de piedra, por lo que dispuse bajar la ametralladora y llevarla con precipitación a la línea de fuego y ponerla en servicio inmediatamente, y parece mentira, pero tan pronto como se oyó el stacatto peculiar de la ametralladora, cesó la resistencia del enemigo, el que izó banderas blancas por todas partes.

Me parece que con excepción de los Jefes Superiores, todos los demás cayeron en nuestro poder.

El botín de San Jacinto podemos decir fue el mejor de toda la campaña, pues logramos de todo: gente, armas, parque y dinero (13,000 pesos) que me entregó mi recordado amigo y deudo don Constantino Báez, los que había encontrado en un rincón. Recuerdo que me los entregó con la siguiente frase: "Conforme a las reglas de la guerra, este dinero me pertenece, pero yo sé que la Revolución está escasa de fondos y yo se los doy a la Revolución". De mis manos pasaron a las del Tesorero o Habiilitado de Guerra.

Ese día lo terminamos de pasar en San Jacinto, recogiendo avanzados, y poniendo en orden todo nuestro tren de guerra, para poder salir muy al alba del siguiente día. Entre los avanzados había un buen número de leoneses con el Coronel Juan Paz a la cabeza. A todos estos les di libertad cuando llegamos, en nuestra marcha hacia Managua, a un punto donde ellos podían seguir el camino a León por San Francisco del Carnicero, dándole a cada cual una pequeña habilitación para que pudieran comer en el camino, no sin antes advertirle que si los volvía a avanzar en algún otro encuentro los tendría que fusilar. Conste, sin embargo, que esto se los decía para intimidarlos, pues hasta ahora no he fusilado a nadie.

Una vez que hubimos separado a este grupo de avanzados, continuamos nuestra marcha hacia Tipitapa.

Tipitapa

Un poco antes de llegar a este punto me deshice de otro grupo de avanzados, pues quería tener libre al ejército del cuidado que hay que tener siempre que se llevan prisioneros, y además porque mi pensamiento, realmente, no era el de atacar Tipitapa, porque por su proximidad a Managua, bien podría recibir refuerzos y a mí se me hacía necesario contar con más tiempo del que podía disponer tomando en consideración que venía detrás de mi otro ejército en persecución mía. Por eso cuando ya me deshice de los últimos avanzados, di un rodeo a Tipitapa y guiado por baqueanos cruzando los llanos, logré salir con mi pequeño ejército al Paso de Panaloya en la mañana del siguiente día.

Aquí el General Masís después de conseguir unos botes de los que tienen los finqueros de por esos lados, logró cruzar el río a la otra ribera con parte de nuestras fuerzas, y yo continué río abajo a enfrentarme propiamente al Paso Real donde se hace el cruce del río Malacatoya en el camino a Granada.

El Paso

Allí tendí mis fuerzas y comencé a disparar contra las de la otra orilla, al mismo tiempo que el General Masís las atacaba por su lado.

Seguramente, ya la moral del ejército del Gobierno, con motivo de la salida de Zelaya, por un lado, y por el recorrido que hacía yo con mis fuerzas por todo el país, por otro, había bajado de tal manera que nuestros ataques eran, con mucha facilidad, coronados por el más completo éxito, en los que obteníamos avanzados y abundantes elementos de guerra.

Aquí en El Paso, solamente el General Juan J. Bodán logró escapar donde sabía que estaba escondido. Su captura la evité por temor de que mis hombres pudieran cometer alguna violencia con él, a causa de que Bodán estaba muy mal recomendado por todo su sistema de gobierno en la ciudad de Granada, donde se había hecho sumamente odioso. Capturamos, sin embargo, al Doctor José Antonio Arostegui, abogado, al Coronel Anselmo Sequeira, a un señor Abea, y a varios otros cuyos nombres se me escapan.

En El Paso permanecimos unos dos o tres días, al fin de los cuales decidimos marchar hacia Granada, pero no propiamente para atacar a la ciudad, sino para pasar por sus alrededores hasta salir al Cementerio y dirigirnos a La Fuente, para desde allí resolver si dirigirnos a las Sierras de Managua, o hacernos fuertes en el Cerro Mombacho. Ese era el plan que habíamos adoptado.

Con ese plan, salimos, pues, de El Paso donde había tenido la grata sorpresa de que el Doctor José Antonio Arostegui y el Coronel Anselmo Sequeira me solicitaran audiencia para pedirme que los incorporara a mis fuerzas. Ellos querían defender, me dijeron, la causa del Partido Conservador, y aunque muchos desconfiaban de ellos, yo los incorporé. Nunca tuve motivo para arrepentirme de la confianza que en ellos deposité entonces, y mucho menos aún del Coronel Sequeira, a quien le costó hasta la vida su fidelidad a mi persona y a mi causa.

Ya para llegar a "Osagay" en nuestra marcha hacia Granada, venía sobre el camino, hacia nosotros, el señor Virgilio Miranda Vega, conocido agricultor de Tisma, y partidario nuestro. El entusiasmo del señor Miranda al encontrarnos fue muy grande y después de darnos sus efusivos saludos, en vista de que nuestra marcha continuaba hacia Granada, nos preguntó con mucho interés por qué íbamos hacia allá en vez de hacerlo hacia Tisma, que era según él, el lugar más estratégico que podíamos encontrar.

Tal observación me interesó mucho, por lo que ordené a las tropas de hacer alto, y en unión de los jefes militares, compañeros míos, principié a conversar con él más detenidamente.

Batalla de Tisma

Ya todos reunidos, Miranda comenzó a exponer las ventajas de Tisma, la abundancia de alimentación que encontraríamos en ese lugar, la presencia de numerosos amigos de la causa, y muchas otras ventajas realmente dignas de tomarse en consideración. Agregó, además, de que cuando había salido de Tisma hacía pocos días, no habían tropas del Gobierno en ese lugar, ni se tenían informes que estuvieran por llegar.

Este fue otro punto que nosotros tomamos en consideración para variar nuestro rumbo, como en efecto lo hicimos, de acuerdo con todos mis oficiales.

A pesar de que el cruce del Charco de Tisma no dejaba de presentar algunas dificultades, como por ejemplo, el de tener que regresar el tren de guerra al Paso de Panaloya para enviarlo por botes a Tisma, y el cruce mismo del Charco por nuestras tropas, la reiterada insistencia del señor Miranda sobre las ventajas de Tisma, nos hizo empequeñecer a nuestros ojos los obstáculos que se presentaban para la empresa¹ y resolvimos el cruce para Tisma en lugar de continuar hacia Granada.

Una vez decidida esta cuestión, la pusimos en práctica, y tomando la cabeza de la marcha el señor Miranda, con el agua al pecho los soldados y con los rifles y mochilas en alto, cruzamos el Charco hasta llegar al otro lado, continuando después nuestro camino hasta llegar al lugar indicado.

Cuando llegamos a Tisma era ya de noche. Y aunque íbamos confiados en lo aseverado por Miranda, de que en la población no había ninguna fuerza enemiga, no nos alarmó encontrarnos otra vez con nuestro competidor el General Alfonso Valle, con quien tuvimos un fuerte tiroteo, después del cual nos posesionamos de la población y de unos cuantos avanzados. Nosotros tuvimos la sensible pérdida de don Alberto Zelaya, nuestro Habilitado de Guerra, joven valiente que pertenecía a una de las mejores familias de Granada.

Hubo varios otros muertos a quienes mandé enterrar, haciendo cargo de esa operación al Coronel Félix Aguirre, el que reunió a los avanzados y les ordenó recoger los cadáveres y abrir las fosas donde serían sepultados.

General Luis Correa

Fue entonces cuando ocurrió un incidente lamentable que diera por resultado que el Coronel Aguirre ultimara al joven Montenegro, de cuya muerte me acusaron después los liberales, sin que hubiera tenido yo el más pequeño conocimiento del hecho mientras estuvimos en Tisma, pues no fue sino hasta después de que mis tropas había sido rechazadas en Tipitapa, que el General Luis Correa me dio el informe, más o menos en esta forma: "General, voy a darle una noticia que sé le va a causar mucho desagrado, pero es mejor que se le informe de una vez, y no dejarla al tiempo. La noche que llegamos a Tisma, el Coronel Aguirre puso a un joven Montenegro a cavar una sepultura, pero éste se negó a hacerlo y entonces el Coronel Aguirre mandó pasarlo por las armas, y allí mismo, junto con los otros, Montenegro fue enterrado".

Efectivamente, me desagrado mucho la noticia y lamenté igualmente el suceso, pero ya no había qué hacer, pues el mismo Coronel Aguirre había sido víctima en Tisma de un riflero de las fuerzas del Gobierno, que nos estuvo haciendo varias importan-tes bajas.

Quando llegamos a Tisma y aquellas gentes nos recibieron con delirante entusiasmo, y nos ofrecían en cada una de sus casas alojamiento, y de todas partes nos ofrecían alimentos, me dediqué a recorrer la pequeña población para darme cuenta, aun así en la obscuridad de la noche, cómo podía distribuir las fuerzas, para que nos sirvieran de garantía mientras podíamos tener algún descanso. Al mismo tiempo que buscaba esos lugares apropiados examinaba el terreno, es decir, su topografía, para la defensa del siguiente día en que indudablemente seríamos atacados. Ese examen, más las informaciones que recibía de los amigos, vecinos de la localidad, me llevaron a la conclusión de que el paraíso que nos había pintado el Coronel Miranda, no existía. Me di perfecta cuenta que estaba mal situado en aquel lugar.

Entonces tomé la determinación de desocupar Tisma esa misma noche y salir para Managua a ocupar esa ciudad que suponía debía estar con muy pocas fuerzas, pues lo que menos podría esperar el Gobierno es que yo estuviese tan próximo a la capital.

General Tomás Masís

Desde el momento que concebí este pensamiento, le ordené al General Masís que instara a la tropa a que comiera cuanto antes, lo mismo que a la oficialidad, mientras que yo haría otro tanto y que enseguida me comunicaría con él.

Yo me hospedé y cené, con varios de mi Estado Mayor, en casa de don Fabio Morales, uno de los hombres más acomodados del lugar; otros de mis compañeros se acomodaron en casa de la familia Sequeira; y aun otros más en casa de la familia Trejos, casas y familias que nos dieron gentil alojamiento.

Como a las once de la noche, cuando ya habíamos cenado y descansado un rato, mandé llamar al General Masís para que preparara la salida, que efectuaríamos esa misma noche, y le di instrucciones en el sentido de que a más tardar después de dos horas, es decir, como a la una de la mañana, deberíamos estar en marcha, pues consideraba esa hora como conveniente para poder llegar a la ciudad de Managua al aclarar el día.

El General Masís se dio por entendido y me aseguró que todo estaría preparado; pero a medida que el tiempo pasaba y yo recogía más datos respecto al lugar en que estaba situado, mi preocupación por dejar Tisma era mayor. Por eso con frecuencia mandaba a reclamar al General Masís la demora que estaba observando en los preparativos de marcha, y en una de tantas veces me mandó a decir que al llegar se habían soltado los bueyes en un potrero cercano, que los había mandado a buscar, pero que no los encontraban, y además, de que el tren de guerra que se había enviado por agua de El Paso a Tisma, aun no había llegado, pero que enviaría a encontrarlo para apresurar su arribo.

Con todo, mi intranquilidad crecía, de modo que cada media hora requería al General Masís por su tardanza, lo que hizo que él viniera a verme y me dijera: "¿General, qué le pasa? ¿Está nervioso. Tiene miedo?". Y yo le respondí: "No, General, no es miedo, si no que me doy cuenta de la responsabilidad que tengo de defender las vidas de todas estas gentes que han puesto las suyas en mis manos, y Tisma no es un lugar apropiado para la defensa".

Creo que el General Masís aprovechó esa oportunidad para desquitarse la llamada de atención que le hiciera en la Junta del Colorado cuando en el bombardeo que sufríamos allí le pregunté que para qué se agachaba.

Después de esta ligera entrevista, el General Masís se fue a buscar cómo salir cuanto antes, mas fue imposible poderlo verificar, porque los botes que traían el tren de guerra, no sabían nada de nuestros apuros y naturalmente no se dieron prisa en llegar sino hasta muy tarde. Así fue que hasta las seis de la mañana no estuvimos listos para levantar el campo de Tisma, y ya entre las seis y las siete de la mañana cuando teníamos nuestras tropas formadas en la plaza listas para el toque de marcha, en ese mismo instante sonaban los primeros tiros del enemigo.

Felizmente, esos tiros en lugar de amedrentarnos y desorganizarnos, hicieron, por el contrario que nos moviéramos como un resorte a ocupar cada cual el lugar asignado durante la noche anterior y desde ese momento principió el fuego incesante sobre todo por el camino de Granada a Tisma y en el de Masaya a ese mismo lugar.

Esta de Tisma fue una de las batallas más reñidas de nuestras luchas en Nicaragua. En ella hubo momentos en que parecía que nuestras fuerzas cedían ante el empuje del enemigo, pero también habían momentos en que obligábamos al adversario a retirarse de nuestras proximidades porque no resistían el nutrido fuego de mis soldados. Posiblemente, si yo hubiera podido tener una reserva de unos doscientos hombres la lucha no se habría prolongado tanto, pues en uno de nuestros empujes le hubiera echado encima unas fuerzas menos cansadas que las que tenía y las que mantenía moviéndose de un lado para otro, desde las seis de la mañana, cubriendo los puntos débiles que el enemigo quería romper para llegar a Tisma.

Entre nuestros combatientes estaba un joven norteamericano de Georgia de muy buena presencia y costumbres, llamado A. G. Fowler, quien me pidió lo dejara combatir, pues él quería darse cuenta cómo eran nuestros combates para contar luego en Georgia sus experiencias. A este joven le di el manejo de una ametralladora que ese día usó con gran acierto y con la que contuvo al enemigo en varias ocasiones. Este joven Fowler, como a las diez de la mañana fue atravesado en la pantorrilla por la bala de un infume, sin embargo, no hizo más que ligarse la herida y seguir peleando durante todo el día.

En este combate se puede decir que las dos fuerzas estábamos a campo raso; por eso se veía con frecuencia el flujo de la lucha, es decir, que se veía claramente unas veces nuestras fuerzas venían luchando como en retirada, y poco a poco, estas mismas fuerzas obligaban a las otras a cederles el terreno, para después quedar ambas en el mismo lugar donde habían comenzado a luchar.

No fue sino como hasta el mediodía que entró el General Lara, por el lado de Masaya, que el enemigo logró penetrar hasta muy cerca de donde estaba con mi Estado Mayor, pero ni allí tampoco logró romper la línea, y más bien estuvo a punto de ser capturado, habiéndolo salvado de caer en nuestro poder, el indudable cariño que le guardaban sus soldados, pues cuando vieron que lo teníamos rodeado, y ya le habían matado la bestia en que montaba,

y un grupo de soldados nuestros se lanzaba a su captura, otro grupo de soldados denodados de los suyos, se interpuso y evitó que cayera prisionero.

Fue aquel un momento de expectación en nuestro campo que llenó de entusiasmo a nuestras filas y que muchos de nosotros presenciábamos.

Hacia este lugar habían logrado las fuerzas enemigas colocar en un árbol de mango a un riflero, el que, desgraciadamente, acertaba con mucha facilidad en los jefes que pasaban por aquel sitio al alcance de sus tiros. Así perdimos al Coronel Abelardo Gutiérrez, de Jalteva, al Coronel Emilio Pérez Conrado de Cuiscoma, al Coronel Gregorio Lanzas, de Juigalpa, y al Coronel Félix Aguirre, ya mencionado como el jefe que ordenó el fusilamiento del joven Montenegro.

Y, probablemente, hubiera corrido la misma suerte, víctima de un riflero, el General José Manuel Durón, si yo no me hubiera dado cuenta de que desde aquel árbol, que quedaba como a 300 varas de nosotros, nos estaban blanqueando, y entonces ordené a una ametralladora rociara la parte frondosa del árbol, alcanzando una de las balas al hombre que tantas víctimas nos había hecho ya.

Esto ocurría casi al mismo tiempo en que el General Lara estuvo a punto de ser capturado, y esa noticia le había entusiasmado tanto al General Durón que se vino desde su puesto que ocupaba en las líneas de defensa para ver la posibilidad de hacer él un empuje y lograr la captura del que tantas veces había sido su oponente en diversos combates anteriores. Mas cuando supo que ya Lara se había retirado lejos y que posiblemente hasta lo habían sacado de la línea de fuego, volvió a su lugar, para ir después con el General Frutos Bolaños Chamorro a hacer una inspección de las fuerzas enemigas que por el lado de Granada nos habían atacado en la mañana. Esa inspección le sirvió al General Durón para cubrirse de gloria nuevamente, junto con el General Bolaños Chamorro. Después de una dura pelea con fuerzas enemigas que allí estaban, éstas fueron completamente derrotadas y dispersas.

No tengo ninguna pretensión de hacer de Tisma una gran batalla, pero lo fue. Allí resistimos todo un día a las fuerzas del Gobierno que nos mandaba de las plazas de Granada, de Masaya y aun del mismo Managua, ya que quedábamos en un punto equidistante de esos lugares mencionados.

Según el decir de ese entonces, nos habían atacado como ocho mil hombres y a todos ellos los rechazamos, contando ape-

nas nosotros como con mil, pero los nuestros eran hombres escogidos, valientes, fogueados, gente a la que no les importaba perder la vida por libertar a Nicaragua de un régimen de opresión como era el régimen liberal.

A las seis de la tarde de ese día, ya oscureciendo el fuego había cesado. El enemigo en ninguna parte daba ya señales de actividad, ni siquiera se presumía que estuviera en las proximidades de aquel lugar. Después supe que si nosotros hubiéramos emprendido la marcha sobre Masaya, por ejemplo, hubiéramos entrado sin disparar un solo tiro, la ciudad había quedado tan sola e indefensa.

El incendio de los potreros

Durante ese combate, que como dije anteriormente, tuvo muchos flujos y reflujos, en uno de tantos vaivenes, viéndose el enemigo muy apurado en contener el empuje vigoroso con que nuestras fuerzas lo estaban atacando, ocurrió a la estratagema de darle fuego a unos potreros que quedaban entre ellos y nosotros. Aseguro sin vacilación alguna que tal estratagema fue obra del ejército del gobierno y de ninguna manera de las tropas conservadoras, como han pretendido después escritores que han acusado al Partido Conservador.

Antes de terminar este capítulo de mi vida, es justo reconocer que en esta batalla llevó lo más recio del combate el General Masís. Durante todo el día estuvo éste peleando junto con sus tropas en el frente que daba al camino de Granada, frente que se extendía al lado de Masaya. Y es en el testimonio de este valiente militar en el que descansó principalmente para hacer la aseveración de que fueron las tropas del Gobierno las que dieron fuego a los potreros de Tisma para evitar su completa derrota, como en aquel mismo instante me lo informó el General Masís con uno de sus edecanes.

Recorriendo los distintos puestos militares a las seis de la tarde, cuando ya el fuego había cesado, para ver la situación de mis tropas y el estado de sus pertrechos, me llamó el joven norteamericano Fowler, de quien ya he hecho mención, para decirme que no podíamos esperar un nuevo ataque del enemigo en ese lugar, ataque que sería seguro se efectuaría al siguiente día, porque ya no teníamos suficiente parque para ametralladoras, y que él pensaba que mejor debería buscar un lugar donde retirarme que tuviera mejores ventajas para la defensa. También me informó que por su herida tendría que dejar el servicio, lo cual

deploraba grandemente, pues, decía, había gozado mucho en esa gira que había hecho conmigo desde Bluefields hasta Tisma. Allí mismo me despedí del joven Fowler agradeciéndole los servicios prestados a nuestra causa.

Después de llegar al convencimiento de que para el siguiente día nos faltaría, en efecto, el parque suficiente para sostener una lucha como la que habíamos sostenido el día anterior, resolvimos regresarnos a Chontales, y como nos habían dado el informe de que en Tipitapa no habían fuerzas del Gobierno, resolvimos salir por ese lado.

Retirada de Tisma

Antes de abandonar a Tisma recorrí con mi Estado Mayor las casas donde habíamos estado depositando a los heridos, y las casas donde habíamos estado llevando a los avanzados. Por curiosidad, hice que contaran el número de avanzados que estaban en tres casas distintas, y llegamos a contar 243 hombres, número que me pareció demasiado alto para que no lo sintieran las fuerzas enemigas, máxime que en ese número se encontraban oficiales de toda graduación desde la de Coronel abajo. La escapada del General Lara nos hizo omitir la graduación de su rango.

Después de esa inspección, nos despedimos de Tisma y emprendimos la marcha con tristeza pero con la satisfacción de haber cumplido nuestro deber y de haber infligido un golpe mortal a las fuerzas del Gobierno.

Antes de pasar adelante quiero hacer constar que he leído la obra de mi amigo el Coronel Macario Alvarez Lejarza, titulada RECUERDOS DE LA REVOLUCION DE 1909-1910, en la que describe brillantemente esta batalla de Tisma y en la que expone con gran fidelidad la participación que tomaron en ella cada uno de los jefes que componíamos el ejército libertador y la participación misma que al propio Coronel Alvarez Lejarza le cupo en tan glorioso encuentro.

Por otra parte, quiero también dedicar un recuerdo de admiración y simpatía a todos aquellos que perecieron en ese día, en el que nos vimos precisados a defendernos ante fuerzas muy superiores en número a las nuestras, con un heroísmo muy común en nuestras tropas.

Continuando, pues, nuestra marcha a Tipitapa, pasamos frente a una hacienda que me parece se llama "San Jerónimo",

a la que entré a buscar un poco de agua para beber. Mi objeto principal era, sin embargo, preguntar a la persona que allí estaba cuidando por las noticias que tuviera de Tipitapa, y una mujer que era la que me servía el agua me dijo que había estado esa tarde en el pueblo y que no había ninguna fuerza enemiga en ese lugar. Este informe me afianzó en la idea de cruzar por Tipitapa con mi ejército.

Un poco más adelante, arrimó un hombre su bestia a la mía para decirme que él era el mandador de la Hacienda "Hato Grande" de don Rosendo Chamorro, y que él me sugería pasar el río Tipitapa por "Paso Chiquito", lo que aunque ofrecía alguna dificultad era posible, pero habiendo obtenido el informe de la mujer que me había dado el agua en "San Jerónimo", de que en Tipitapa no habían fuerzas enemigas, le di preferencia a esa ruta, lo cual he lamentado muchas veces.

En muchas ocasiones que he ido por el lado de Tipitapa, he deseado ir a conocer el tal "Paso Chiquito" y cerciorarme si hubiera sido realmente factible cruzar allí con mi gente.

Tipitapa

En Tipitapa, como todos saben, encontramos fuerte resistencia, pues estaba acantonado allí el General Francisco Ramírez con un buen número de tropas, y nosotros que íbamos creyendo pasar sin disparar un tiro, no formulamos un buen plan para ataque alguno, y fuimos atacando improvisadamente, y cada uno entró a pelear como pudo, teniendo por resultado la fatal derrota que todos conocen.

Tisma para mí fue una victoria, así como confieso que Tipitapa fue el desastre que me hizo perder todo el esfuerzo que mis tropas y yo habíamos hecho para destruir el Gobierno liberal.

Rechazados en Tipitapa buscamos algunos jefes cómo salvarnos y entonces me acordé de la propuesta del mandador de "Hato Grande", no para ir a buscar "Paso Chiquito", pues eso ya no tenía objeto, sino para ir directamente a la hacienda y ver de cruzar el río por allí. Efectivamente, en un pequeño bote que allí había y ayudado por el administrador de la hacienda, un señor Herdocia, y una parte del servicio, cruzamos el río con las bestias. El señor Herdocia nos dio, además, un baqueano para que nos llevara a la hacienda "Santa Bárbara", de los Mondragones, yendo yo montado en un precioso caballo tordillo que de esa hacienda me habían enviado a El Paso.

En "Santa Bárbara" logramos obtener algunas noticias de Chontales, y allí supe que unos pocos días antes habían llegado a buscarme unas personas que dijeron venían de El Rama con elementos de guerra para mí, los cuales habían dejado en uno de los puestos del Río Grande que quedaban en la jurisdicción de Camoapa, pero que no habiéndome encontrado, se habían regresado con todo el cargamento para El Rama. Supe entonces que el que venía con esos elementos era don Ernesto Fernández, amigo personal mío, y persona muy valiosa para la Revolución.

Fue verdaderamente lamentable que nosotros hubiéramos ignorado la llegada de esos elementos, los que en realidad me habían ofrecido desde que yo salí de El Rama, pues con ese oportuno auxilio habríamos podido engrosar más nuestras columnas y así dominar en cualquier parte a las fuerzas del Gobierno.

El Padre Rubio

En Tipitapa habíamos perdido todo, así como perdimos la vida de varios amigos importantes como el Coronel Rodríguez y el Padre Rubio, el abnegado y querido sacerdote, cura de Boaco, que prefirió acompañarnos en su calidad de Capellán a seguir su ministerio sacerdotal en esa floreciente ciudad de Chontales. El Padre Rubio cayó mortalmente herido por dar los auxilios divinos a uno de los nuestros que expiraba en el campo de batalla de Tipitapa.

De "Santa Bárbara", pues, decidimos irnos por caminos extraviados a El Rama, pasando por el campamento que en las proximidades de Acoyapa sabíamos que tenía el General Mena, para advertirle de nuestro fracaso a fin de que supiera que desde ese momento en adelante, sin duda alguna, se le echarían encima todas las fuerzas del Gobierno que habían dejado libres la pérdida de mi columna. Seguramente, el General Mena lo comprendió así, pero por conveniencia personal, no quiso confesar que se retiraba de aquellas posiciones para evitar precisamente esos fuertes choques que tendría que soportar del enemigo, sino que atribuyó su retirada a que mi paso por las inmediaciones de sus tropas les había producido desaliento a las mismas cuando conocieron de mi derrota.

Regreso a Bluefields

Así fue cómo hice mi retirada a Bluefields donde llegué para informar al General Estrada sobre todas mis campañas triunfantes hasta el desastre de Tipitapa.

Como dije anteriormente, la pérdida de mi columna obligó al General Mena a retirarse de sus posiciones que mantenía en las inmediaciones de Acoyapa, y situarse otra vez en El Rama, ciudad de donde originalmente había partido.

Entre la oficialidad de las fuerzas del General Mena se comentaba, no sin cierto placer íntimo, que yo sería sometido a un Consejo de Guerra por lo que había ocurrido; sin embargo, yo estaba seguro de que tales rumores no eran sino el efecto de las tácticas malévolas de los mismos que habían hecho que el General Mena demorara su salida de El Rama para ver si al comienzo de mi campaña, yo fuera destruido por todo el peso de las fuerzas del Gobierno del General Zelaya. Esto lo saqué en claro en una conversación que sostuve con el mismo General Estrada, cuando precisamente le pedí que me juzgara en Consejo de Guerra porque yo quería que se aclararan las cosas y que no se creyera de que gozaba inmerecidamente del favor de su amistad y que debido a ella no se me castigaba. El General Estrada rehusó dar paso alguno a ese respecto, y antes por el contrario, me dio el nombramiento de Delegado Ejecutivo, es decir, me dejó en una posición más amplia y de mayor esfera de acción que la que tenía anteriormente.

Tanto el General Mena en El Rama, como nosotros en Bluefields, nos dedicamos a reorganizar nuestras fuerzas y fortalecer nuestras posiciones pues con frecuencia nos llegaban rumores del interior de que llegarían muy pronto los Generales Godoy, Chavarria, Lara y otros cuantos a atacarnos, tanto por tierra como por mar.

En esos preparativos de aumentar nuestras fuerzas y de fortalecer algunas posiciones militares alrededor de El Rama, Bluefields y El Bluff, pasamos el tiempo durante varios meses.

Capítulo E

Ataque liberal al Bluff

Por fin se llegó el día en que los rumores de que llegarían fuerzas a atacarnos se convirtieron en realidad, pero ya por ese tiempo nuestros elementos en Bluefields, aunque no muy numerosos, estaban bien preparados para defender por tierra a la ciudad de Bluefields, pues por el lado del mar, o sea, por la Laguna de Bluefields, estaba defendida por el Bluff, lugar estratégico que a su vez presenta bastante facilidad para ser protegido desde tierra.

Quiso, sin embargo, el azar de la guerra que en esta ocasión aquello que nos pareció que estaba muy bien asegurado fue lo primero que perdimos.

Resultó que una mañana nos comunicaron que el enemigo, con el doctor Julián Irias a la cabeza, había perforado la posición de El Tortuguero, que es un banco de arena como de 60 varas de ancho, por el que penetraron a El Bluff y que esa posición estaba ya ocupada por las fuerzas enemigas que habían llegado por un barco al mando del Doctor y General Irias.

Por otro lado, nos llegaba también la noticia de que el enemigo, por tierra, estaba ya al frente y que seguramente nos atacaría de un momento a otro.

El encargado de las fuerzas de Bluefields y de su defensa, así como la de El Bluff, era yo. Y debo confesar que me sentí algo anonadado cuando tuve la noticia de la pérdida de El Bluff, pues me pareció que tal suceso iba a desmoralizar a las tropas que defendían Bluefields cuando éstas supieron lo que había ocurrido, esto es, la pérdida de aquella importante posición.

Un día en que andaba recorriendo la ciudad y pensando lo que deberíamos hacer en tal situación crítica divisé a don Adolfo Díaz que iba sobre la acera hacia la Comandancia de Armas. Le di alcance y acerqué mi bestia donde él iba y le pregunté como veía él la situación después de la pérdida de El Bluff, y qué pensaba hacer él. "Seguir como estábamos antes", me contestó. Yo vi a Adolfo muy tranquilo, tranquilidad que, como he dicho antes, yo no disfrutaba, pero después de esa ligera conversación con él, tomé más confianza en la situación.

Un orador criollo

Un poco más adelante divisé a un grupo de gente que estaba escuchando a un orador de la raza criolla, bastante joven, que estaba diciéndolo a su auditorio que la pérdida de El Bluff no significaba nada, que lo que se necesitaba era tener fe en el triunfo de la Revolución, y continuó: “La fe de los marinos náufragos que en una ocasión, viéndose en medio océano en el que estaban ya casi muertos de sed, vieron a la distancia un barco. Entonces ellos, con señales, de que se sirven los marinos para comunicarse, le pidieron agua al barco y los del barco les contestaron: “Metan el cubo al agua”, y ellos, creyendo que no les habían entendido, repitieron el pedimento una y otra vez, y la contestación fue siempre la misma: “Metan el cubo al agua” y por fin ellos dudando, metieron el cubo al agua, y cual no sería su sorpresa al encontrar que aquella agua era dulce. No sabían ellos que estaban en el estuario del Amazonas que entra como doscientas millas en el mar sin confundir sus aguas”. Esa era la fe que el orador pedía a su auditorio. Aplaudí al joven orador y seguí mi camino a las trincheras.

Felizmente, el ataque por tierra a las defensas de Bluefields no se hizo esperar, y sin tiempo alguno para poner sobre aviso al ejército defensor, ya se estaba combatiendo, lo cual levantó la moral de todos.

El Bluff estaba defendido principalmente por las fuerzas del General Fernando Elizondo, y a éste le correspondía precisamente, más que a ningún otro jefe la defensa de ese lugar clave llamado El Tortuguero, y fue el decir de las gentes por aquel entonces que le faltó vigilancia por lo que las fuerzas enemigas, en su mayor parte, burlaron a los centinelas encargados de ella, pasando, metidos en el agua, más allá de donde estaban las trincheras para después atacarlo por ambos flancos y así derrotarlo fácilmente.

Defensa de Bluefields

La defensa de Bluefields, como he dicho, estaba a mi cargo y yo tenía bajo mi mando a algunos jefes militares entre los que contaba, principalmente, a los Generales Tomás Masís, José Manuel Durón y Luis Correa. Durón estaba hecho cargo de una falda de montaña bastante extensa que va a morir a la Laguna en la parte sur de Bluefields, frente al Falso Bluff. Masís estaba a la defensa de otra altura que queda propiamente detrás de Bluefields y frente a los potreros de don Agustín Bolaños Garay;

y hacia el lado de Old Bank le correspondía al General Correa. Tal era la línea de defensa de Bluefields que me tocaba recorrer e inspeccionar.

Mas se me olvidaba decir que en Bluefields habían desembarcado los Marineros americanos y que éstos se habían hecho cargo de la ciudad, de manera que nosotros teníamos que defenderla a una prudente distancia de la población misma y teníamos, además, el inconveniente de no poder cruzar gente armada por ella, así es que todo nuestro poder militar estaba limitado a los mismos lugares donde esperábamos combatir.

No sé por qué el enemigo escogió para principiar el ataque las posiciones del General Durón, que fueron las primeras en recibir un vigoroso empuje. Quizás lo haya movido a ello la esperanza de que tomadas esas posiciones se podría establecer una fácil comunicación con las fuerzas del General Irias que estaban en El Bluff.

El ataque fue muy violento, mas cuando eran ya las nueve o las diez de la mañana nosotros estábamos seguros de poder conservar nuestras posiciones, porque estábamos convencidos también que ellos no podrían repetir ataques tan violentos como los que habían hecho, ya que no habíamos tenido nosotros peligro alguno de ser desalojados.

Es indudable que el tener allí al General Durón como jefe sirvió de mucho para que nuestras fuerzas tuvieran confianza en el éxito y mantuvieran su entusiasmo que siempre demostraban vivándolo aun en medio de los combates. Las fuerzas del General Masís estaban sin combatir pero siempre alertas para repeler cualquier intento que hubieran hecho las tropas enemigas. Las del General Correa sólo tuvieron, lo que pudiéramos llamar ligeras escaramuzas, por lo menos hasta esa hora, esto es, como a las diez de la mañana.

Seria como entre las doce y la una del día cuando el Gobierno Americano comunicó que había notificado al Jefe Militar de las fuerzas del Gobierno que la Aduana que antes estaba en El Bluff, pasaría ahora a Bluefields, y que los vapores desembarcarían en la Isla de Scooner Key que queda en la desembocadura del Río Escondido en la Laguna de Bluefields.

Con esa disposición se le quitó a El Bluff la importancia que tenía para la Revolución, de manera que en realidad esa posición no tenía ya valor alguno para nosotros, hasta el punto que en el fragor de la lucha que estábamos sosteniendo con las fuerzas de Godoy y Chavarria, llegamos hasta a olvidar que la habíamos perdido por la mañana.

Así fue que pasamos peleando el resto del día en las posiciones del General Durón.

Al siguiente día el enemigo generalizó el combate, pues durante la noche no se había atrevido a hacer movimiento militar alguno, aunque por uno que otro prisionero que el General Durón había logrado capturar, teníamos ya conocimiento de que las provisiones del enemigo escaseaban y que las enfermedades diezaban a las tropas, y que el desaliento empezaba a cundir entre ellas. Mientras tanto, la moral de las nuestras y las seguridades del triunfo aumentaban entre nosotros.

En este segundo día el General Masís tuvo, por un buen rato, que hacerle frente a un ataque muy fuerte, pero al final logró rechazar brillantemente a las tropas atacantes, las que no volvieron durante el día a intentar otro ataque.

También las fuerzas del General Correa sostuvieron un buen rato de lucha intensa con éxito feliz para los soldados que defendían esa sección.

Durante la segunda noche hubo un tiroteo esporádico pero constante mas ningún ataque formal y no fue hasta el tercer día que por la mañana volvieron a atacar con violencia a las tropas del General Durón, pero con el mismo resultado que antes, es decir, que nunca tuvieron la más pequeña esperanza de desalojar a nuestros soldados de aquellas zanjas inmundas llenas de agua y de lodo que eran nuestras trincheras.

Este tercer día fue el último que tuvimos de combate, pues al cuarto día nos dimos cuenta de que el enemigo había abandonado sus posiciones y que ya estaban libres de enemigos las casas de la finca del señor Bolaños Garay, pero nuestras tropas estaban tan maltratadas, tanto por los combates sostenidos como por el rigor de la intemperie, que no pudimos emprender la persecución del enemigo, mas nos dedicamos en cambio a recoger a los heridos, a enterrar a los muertos y a recoger rifles y parque abandonados.

Las pérdidas habidas por una y otra parte fueron bastante serias, y eso me hace creer que la Revolución de la Costa ha sido, quizás, la más sangrienta que Nicaragua ha tenido con excepción, probablemente, de la que hizo el Partido Liberal en 1896 al General Zelaya, en la que también hubo derroche de sangre en los combates que sostuvieron hermanos contra hermanos.

Después de la retirada de las fuerzas atacantes de Bluefields, de las que una parte regresó al interior del país y la otra logró pasarse a El Bluff nos dedicamos a la tarea de la limpieza de enemigos de esa posición y de otras de menor importancia

como Laguna de Perlas, etc. Considerábamos que esas fuerzas enemigas allí acampadas serían un estorbo para la lucha que tendríamos que emprender otra vez en los campos de Chontales y demás departamentos del interior.

Thomas P. Moffat

Antes de seguir refiriendo los sucesos culminantes de la Revolución quiero hacer aquí mención al hecho de que en la mañana del segundo día de combate en Bluefields, por invitación del Cónsul Americano, Thomas P. Moffat, concurrimos al Consulado varios de los jefes superiores, civiles y militares a una conferencia que el Cónsul Moffat nos invitaba a sostener. Moffat, sin exagerar la situación militar de la Revolución por la pérdida de El Bluff, —que en realidad estaba compensada por las medidas tomadas con el transferimiento de la Aduana a Bluefields—, estimaba conveniente pensar en lo que debería hacerse en caso que aquella situación se hiciera desfavorable para la Revolución, mas sin decirlo claramente dio a entender que si tal cosa llegara a suceder habría que llegar hasta iniciar la secesión de la Costa Atlántica.

Recuerdo muy bien que a la exposición que nos hizo el señor Moffat y al planteamiento de estas cuestiones, ninguno de nosotros allí presente hizo eco alguno, ni mucho menos dejó ver la remota posibilidad de aceptar aquella absurda idea y desde el General Juan J. Estrada abajo nos despedimos friamente de Moffat, y casi en silencio. Recuerdo también que al dejar la casa del señor Moffat me dirigí a don Adolfo Díaz, quien aún está vivo y por eso me refiero a él, y le dije estas precisas palabras: "Si a mí me piden que firme una acta proclamando tal secesión, me voy inmediatamente a presentarme a las fuerzas del Doctor Madriz". Y Díaz me contestó: "No, hombre, no habrá nada de eso. Esas son cosas de Moffat solamente".

Plan del General Mena

Como dije anteriormente, al General Luis Mena, Jefe Militar de las fuerzas de la Revolución, le gustaba permanecer en Ciudad Rama y pudiéramos decir que ahí tenía su campamento general.

Como para sostener los empujes de los ejércitos de Godoy, Chavarría, Padilla y otros tantos Generales que comandaban las fuerzas Madricistas varias veces tuvimos que ocurrir al General

Mena para que nos enviara algunos refuerzos y por consiguiente debilitamos un tanto las fuerzas que él mantenía en El Rama, aunque a esta ciudad continuamente estaban llegando voluntarios de Chontales, de los caseríos de los ríos y aun del interior del país a incorporarse a la Revolución. De esta manera se fueron engrosando sus fuerzas poco a poco hasta volver a estar casi listas, por el mes de Junio o Julio, para emprender la marcha hacia Chontales y el interior.

Como todos saben, el General Mena era un hombre de muchos recursos militares y su fuerte principal era el acertado manejo y uso que hacía del espionaje, lo que con frecuencia le daba resultados verdaderamente fantásticos.

Por ejemplo, una vez el General Chavarría había dejado un tren de guerra, provisiones y muchas cosas útiles para el ejército en Muelle de los Bueyes. Cuando el espionaje del General Mena se informó de la existencia de ese gran depósito de materiales de guerra, provisiones, medicinas, etc., se lo comunicó a su Jefe y éste concibió la idea de capturarlo o destruirlo. El General Mena puso en práctica su plan, aun sirviéndose para ello de la amistad personal que había cultivado antes con el General Chavarría. Y para que éste creyera que Mena estaba temeroso de un ataque, lo buscaba para entablar con él negociaciones de paz. Es decir, por un lado le inspiró confianza, y por otro, le desplegó una columna volante expresamente instruida para destruir por el fuego todo lo que no pudieran llevarse los comisionados a realizar tal empresa.

En honor a la verdad, los hombres de Mena llevaron a cabo el plan maravillosamente bien. Cuando Chavarría se vio sin provisiones, ni medicinas, ni parque, no hizo otra cosa más que emprender el camino para el interior, lo que Mena aprovechó, sin pérdida de tiempo, para dejar El Rama y siguiendo las huellas de Chavarría, llegar hasta Acoyapa.

Ya aquí el General Mena, con voluntarios en abundancia, reorganizó sus tropas dándole la vanguardia al General José María Moncada, quien formó dicha vanguardia con una especie de columna volante, para con ella atacar a las fuerzas del Gobierno donde quiera que estuvieran.

En estas operaciones, Moncada y Mena tuvieron grandísimo éxito porque ya las tropas de Madriz, que habían recorrido el camino de la Costa por cuatro veces, ya en esta ocasión regresaban sumamente desmoralizadas y por eso no presentaban seria resistencia a ningún ataque que se les hiciera, ni se preocupaban del número de soldados con que contaban para resistir.

El soldado chontaleño

Los soldados de Chontales en esta ocasión se portaron como nunca. Siempre pelearon con entusiasmo y con el deseo vehemente de alcanzar el triunfo donde quiera que ellos hacían algún empuje. Sin embargo, en Comalapa, a pesar de los muchos jóvenes que allí se habían incorporado a las fuerzas de Mena y Moncada, cuando éste último atacó a las de Valdez en el Cerro de Las Cruces y en el Divisadero, tuvieron que abandonar la lucha porque la resistencia que se les estaba haciendo era muy fuerte de lo que hasta entonces habían estado acostumbradas, porque en este caso, las fuerzas allí acantonadas habían llegado frescas de Managua, bajo el mando de los generales Vásquez Garrido y Valdez. Mas cuando ya de noche, Moncada iba de regreso a Juigalpa, recibió aviso de que las tropas de Madriz habían emprendido la retirada y que no se encontraban ya enemigos en los alrededores de Comalapa. Con esa noticia, Moncada regresó a celebrar el triunfo, muy merecido por cierto, a este mi pueblo tan querido para mí.

Antes de esta acción de Comalapa las fuerzas de Mena habían luchado con fuerzas muy superiores, en Hato Grande, hacienda de la familia Maliaño en aquel tiempo, y hoy en día de los sucesores del Doctor Juan Bautista Sacasa. En esa lucha, no obstante la ventajosa posición de las fuerzas de Madriz, bajo la jefatura de Castillo Chamorro y Toledo, el triunfo fue brillante para la Revolución, lamentándose únicamente la pérdida de algunos importantes miembros del Partido Conservador, entre ellos Julio Alvarez (Zanate).

Después de estos triunfos de Comalapa y Hato Grande, las fuerzas del General Mena se reconcentraron en Juigalpa y allí dispuso este Jefe la marcha hacia el interior siguiendo la ruta del Paso de Panaloya, pasando por Malacatoya.

El soldado granadino

El 15 de Agosto se encontraban acampados en Santa Lascenia, hoy de mi propiedad, y como en esas fuerzas habían muchos granadinos, estos estuvieron celebrando su fiesta patronal con carreras de caballos y otras diversiones.

Más o menos por esta época de Agosto, ya nosotros en Bluefields habíamos logrado limpiar Laguna de Perlas y otros lugares que habían estado ocupadas por elementos del Gobierno, y nos sentíamos tranquilos, sin peligro de una nueva invasión o nuevos

ataques; por esa razón el General Estrada dispuso enviarme al interior como Delegado del Ejecutivo para en el caso que tuviera que entrar en pláticas con el Gobierno de Madriz al dejar éste el país, cosa que creíamos segura.

Ya con tal nombramiento emprendí mi viaje para incorporarme a las fuerzas del General Mena, caso de considerarlo conveniente, pero no hubo necesidad de eso porque cuando yo llegué a las proximidades de Granada ya las fuerzas enemigas habían desocupado esta Plaza y las que quedaban estaban acantonadas en el convento de San Francisco de esa ciudad.

No se sabía con exactitud el número total de esas fuerzas. Los granadinos creían que eran solamente unos 200 hombres, cuando en realidad eran como 800 que bien pudieron destruir toda la retaguardia de la Revolución, porque Granada estuvo sin tropas de la misma y sin defensa alguna, pues el General Mena pasó, alrededor de la ciudad y sólo se detuvo en La Fuente, desde donde siguió para las Sierras de Managua, para de allí aproximarse a Managua. Otras fuerzas envió por el lado de Tipitapa, para que éstas entraran a Managua por ese lado.

Hacia Managua

En la Penitenciaría de Managua habían muchos prisioneros políticos, los que cuando supieron que las fuerzas de la Revolución estaban en Tipitapa, se amotinaron, forzaron las puertas y se lanzaron a las calles, delirantes de entusiasmo por la libertad, y se dirigieron a encontrar a las fuerzas de la Revolución. Aquel entusiasmo con que llegaban esas gentes se comparaba con el Domingo de Ramos, tal era la profusión de ramos y de flores que llevaban para obsequiarlos a los derrochadores de la Tiranía.

Los jefes de las armas de la Revolución que estaban en Tipitapa eran los Generales Arsenio Cruz y Frutos Bolaños Chamorro, quienes tenían dificultad en su marcha hacia Managua, más por el tiempo que perdían saludando a los amigos que se presentaban a congratularlos y por las muchedumbres que obstruían el camino, que por la vigilancia que tenían que desplegar para evitar cualquier emboscada que el enemigo pudieran tenderles a los lados del camino, pues debe recordarse que este trayecto de Tipitapa a Managua era por ese tiempo, muy boscoso y no lo que es ahora, una amplia carretera bordeada de jardines y potreritos bien irrigados y cuidados.

La marcha hacia Managua se hacía, pues, difícil por la aglomeración de las gentes y al acercarse a esta ciudad el ejército

vencedor, los prisioneros políticos de la Penitenciaría, que habían logrado su libertad por su propia determinación y esfuerzo, salieron en masa a recibirlo, y el gentío se hizo aun mayor y el entusiasmo que lo animaba más delirante pues allí iban los más queridos jefes conservadores de Managua como don Fernando Solórzano, don José María Silva, don Juan Manuel Doña, y otros.

Tal aglomeración y tal desorden en la disciplina militar preocupaba grandemente a los Generales Cruz y Bolaños Chamorro, los que creían en la posibilidad de un ataque de las fuerzas del Gobierno una vez que se llegara a la población, pues aun quedaban algunos elementos enemigos en el Campo de Marte, o que, como pasa siempre en las tropas victoriosas, que las suyas pudieran desarrollar una oleada de saqueos y abusos que se les pudiera hacer difícil contener.

Caída de Madriz

Felizmente, todo pasó en orden y la confianza renació en aquellos pundonorosos militares cuando recibieron la noticia de que el Doctor Madriz se había marchado ya para León, no sin antes haber entregado el poder a don José Dolores Estrada, hombre integérrimo, de acrisolada honradez, hermano del General Juan J. Estrada, Jefe de la Revolución libertadora, a quien don José Dolores ofrecía la entrega del poder tan pronto como su hermano llegara a Managua. En esta promesa todos teníamos la mayor confianza, porque además de las cualidades personales del señor Estrada, que eran prenda de garantía para nosotros, contábamos con la fuerza militar del General Luis Mena, quien había dejado su ejército, que traía de las Sierras, en las afueras de la ciudad para disponer mejor de él en caso se presentara algún conflicto.

Triunfo de la Revolución

Cuando ya tuve la certeza de que en Managua no habría lucha militar armada y que lo que se desarrollaría más bien era una lucha política, llamé con urgencia de Bluefields al General Juan J. Estrada, para que sin pérdida de tiempo hiciera su ingreso a Managua. El mismo día en que Estrada recibió mi mensaje cablegráfico se puso en marcha, por la vía de Chontales, para el interior del país, acompañado de unos pocos amigos a fin de evitar la consiguiente demora que siempre se tiene cuando se viaja con numeroso acompañamiento.

Una vez llegado a Granada el General Estrada, le informé de la situación y juntos nos trasladamos a la capital, donde no tuvo demora alguna la transmisión del poder de parte del Presidente Provisorio, don José Dolores Estrada.

Como muchos de nosotros no teníamos hogar establecido en Nicaragua habiéndonos visto obligados a formarlo fuera de nuestra patria, lo primero que hicimos ya en Managua, después de asegurarnos que permaneceríamos aquí, por considerar estable la situación política del país que nosotros mismos habíamos contribuido a cimentar, fue dedicarnos a establecer nuestros hogares y a llamar a nuestras respectivas familias que se encontraban en el exterior.

A mí, particularmente, me preocupaba mucho la situación de mi esposa en Costa Rica, pues a causa de que en el lapso transcurrido de la Revolución hubo en Cartago un violento terremoto que destruyó la ciudad, y era allí precisamente donde vivía la viuda de mi tío Alejandro Chamorro, con quien había dejado a mi esposa. Y aunque ya tenía conocimiento de que no había habido desgracia en la familia, y que Lastenia se había visto obligada a abandonar aquella ciudad para irse a Puntarenas, donde felizmente encontró el apoyo de doña Tulita Martínez, esposa del doctor Adán Cárdenas, a cuya casa se había trasladado, yo deseaba, sin embargo, que mi esposa se reuniera conmigo en Managua.

Como es natural después del triunfo que habíamos alcanzado, y de haber regresado a Managua al cabo de varios años de ausencia me dediqué en los primeros días a las visitas de amigos, a recibir demostraciones de simpatía, —como invitaciones a banquetes junto con los otros Jefes de la Revolución—, y como dije anteriormente, a preparar el hogar donde viviría con mi esposa, propósito éste último que no llegué a realizar como lo tenía originalmente planeado porque los bondadosos corazones de don Fernando Solórzano y su esposa doña Panchita, no permitieron que nos instaláramos en otra parte que no fuera en su casa y así tuvimos que vivir por algún tiempo bajo el techo de tan excelentes amigos.

Primeros síntomas de disensión

En medio de la calma que esa situación parecía crear en nuestro estado de ánimo, surgían de vez en cuando los primeros síntomas de malestar que después se declaró más abierto entre algunos de los jefes militares de la Revolución lo que culminó por fin en la terminación de la amistad entre el General Luis Mena y yo, cosa esta última que si me la hubieran dicho antes de que

triunfara la Revolución, no habría sido posible darle crédito, pues entre el General Mena y yo no existía ninguna diferencia de criterio, ni teníamos ambiciones que pudieran separarnos y no fue sino hasta que el General José María Moncada entró a figurar al lado de Mena en la Revolución que se comenzaron a ver ligeros puntos que parecían divergentes entre el uno y el otro.

Todavía cuando el General Estrada organizó su Gabinete tenía yo la más absoluta confianza en la amistad del General Mena, y en la que él tenía en mí, de modo que cuando el General Estrada me propuso que figurara en su Gabinete como Ministro de la Guerra, yo le expresé la idea de quedarme fuera de él y que esa posición se la diera más bien al General Mena, pero que no hiciera tal cosa hasta no hablar yo antes con Mena para saber lo que éste pensaba al respecto.

Popularidad de Gral. Chamorro

Es bueno hacer saber aquí que durante los días que estuve en Granada hubo amigos que me hicieron observar cómo las multitudes proclamaban mi nombre, lo que facilitaría al Partido Conservador el triunfo seguro en una elección a la que fuera yo como candidato. De esta opinión era don Ramón Cuadra Pasos, cuya casa visitaba con frecuencia y en la que recibía tanto sus atenciones como las de su esposa doña Carmela Cuadra, hija del ex-Presidente don Vicente Quadra. Don Ramón solía decirme: "Con usted no necesitamos de ninguna estratagema electoral, porque ya su nombre tiene ganada la elección".

Precisamente en esos días ocurrió un hecho que causó muy buena impresión a la población civil de Granada. Ese hecho es el siguiente:

El general Manuel Montoya, uno de los jefes militares del Liberalismo, que durante la campaña de la Revolución se había creado una fama de hombre cruel y de matar a los avanzados como lo hacía el Coronel Demetrio Vergara, había llegado a Granada y se hallaba escondido en una casa del Barrio de Jalteva. No se sabe cómo algunas gentes se dieron cuenta de ello y juntándose con algunos soldados se dieron a su búsqueda. La noticia causó gran alarma en ese vecindario y muy pronto se había congregado un gran gentío. No tardaron los hombres en dar por fin con Montoya, más éste que era ligero de cuerpo y buen corredor, se dio a la fuga sobre la Calle Real y las gentes tras él gritando. "¡Allí va Montoya!". Yo estaba en esos momentos en la casa del General Eduardo Montiel y al oír el griterio salí a la calle y al darme cuenta de lo que pasaba me enfrenté a la multitud y la detuve, salvando así la vida del fugitivo. Hasta allí llegaba mi control sobre las gentes.

Esos actos llamaban la atención al pueblo y aumentaban su admiración y cariño por mí.

Candidatura presidencial

El hecho es que todas esas cosas me dieron la idea de que yo podría lanzar mi candidatura a la Presidencia de la República en lo que no había pensado antes de mi ingreso a Granada. Esa fue la razón por la que rehusé formar parte del Gabinete del General Estrada cuando éste me propuso el Ministerio de Guerra, puesto que deseaba tener más libertad para mis trabajos políticos. Mas como al mismo tiempo no quería perder por completo el prestigio que da el poder a un candidato que sin usar del apoyo oficial tiene sin embargo su respaldo moral, por eso pensé entonces que ningún otro que no fuera el General Mena podría ser el hombre que desde el Ministerio de Guerra pudiera prestarme alguna ayuda, caso que yo la necesitara en el curso de la campaña electoral.

Y para no estar equivocado, creí que lo mejor sería sostener una entrevista con Mena para plantearle claramente mi problema. Así lo hice, lo que dio resultado que el General Mena me hiciera un ofrecimiento de apoyo de lo más amplio, asegurándose además de que estando él en el Ministerio era como si yo mismo estuviera.

Tal declaración me mereció el más absoluto crédito porque no tenía Mena ninguna razón para ocultarme sus propósitos si él realmente en aquellos momentos tenía los mismos planes que yo le estaba manifestando, y puedo decir sinceramente que si Mena me hubiera pedido que yo le dejara a él el campo libre para trabajar por su candidatura y que yo le presentara mi apoyo, lo habría tenido, pues con Mena, como dije antes, tenía tal amistad que por muchos meses una sola hamaca nos sirvió a ambos para dormir en ella, es decir, que el cariño que nos profesábamos era tal que compartíamos nuestras pequeñas comodidades. Pero Mena no me manifestó otro propósito que el de apoyar mi candidatura, y más bien me pidió que para que ese apoyo fuera completo y seguro lograra el nombramiento del General José María Moncada como sub-secretario del Ministerio de la Guerra.

Con esta información regresé donde el General Estrada para confirmarle mi renuncia del Gabinete y la aceptación de Mena, con Moncada de segundo.

Después de esto me retiré de la formación del Gabinete, pues no quería que se interpretara que yo intervenía en tales nombramientos.

Capítulo R

Gabinete de Estrada

El General Estrada organizó su Gabinete de la siguiente manera:

Ministro de la Guerra, General Luis Mena, de Hacienda, don Manuel Lacayo; de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, don Tomás Martínez; de Fomento y Obras Públicas, don Fernando Solórzano y de Gobernación, don Adolfo Díaz.

En vista de que en algunas ocasiones ocurrían prisiones que no habían sido ordenadas por las autoridades competentes, dando eso origen a ciertos hechos que ocurrían por el estado de nerviosismo en que había quedado el Zelayismo, hechos que se atribuían a falta de una ley organizadora del país, como fue el caso del Doctor Manuel Coronel Matus, quien puso fin a su vida en el baño de su casa creyéndose perseguido, dispuso el nuevo Gabinete emitir una Ley de Garantías para mientras se convocaba al pueblo para una Constituyente que formulara la nueva Constitución que habría de regir.

La anterior disposición del Gobierno fue comunicada al Ministro en Washington, doctor Salvador Castrillo, para que a su vez la comunicara al Departamento de Estado. Este, por su parte, resolvió poner en conocimiento de nuestro Ministro que había resuelto enviar un representante del Gobierno de los Estados Unidos ante el Gobierno revolucionario recién instalado en Managua para comunicarle las condiciones que aquel Gobierno pondría para otorgar el reconocimiento del nuevo Gobierno de Nicaragua.

Thomas C. Dawson

Nuevamente se dirigió el Gobierno del General Estrada al Ministro Castrillo para que hiciera saber al Departamento de Estado su aceptación por el envío del Representante del Gobierno de los Estados Unidos para discutir con él las bases del reconocimiento, y pocos días después del cruce de estos mensajes llegó a Managua, Mr. Thomas C. Dawson con su señora esposa, una elegante y bella brasileña.

Muy conforme con el modo de ser norteamericano, es decir sin pérdida de tiempo, tan pronto como llegó Mr. Dawson a Managua, se presentó al General Estrada para informarle de las condiciones que su Gobierno requería para otorgar el reconocimiento de su Gobierno al Gobierno del General Estrada.

Estas condiciones fueron las siguientes: Convocatoria de una Asamblea Constituyente; el libre sufragio, que estableciera en una Constitución democrática los principios de libertad y justicia y prohibiera los monopolios; formación de un tribunal de acuerdo con los Estados Unidos que conociera de las reclamaciones que pudieran originarse por las aboliciones de los monopolios, concesiones, arrendamientos y demás contratos ilegales hechos durante la administración de Zelaya y Madriz; concesión de un empréstito en los Estados Unidos que fuera garantizado con un tanto por ciento de los impuestos de Aduana de la República para restablecer la Hacienda Pública, consolidar la deuda exterior e interior y para los reclamos legítimos nacionales y extranjeros.

Estas fueron las condiciones que el Gobierno de los Estados Unidos exigió a la nueva administración para que fuera reconocida, reconocimiento que fue concedido una vez que ésta adquirió el carácter de constitucional.

Una vez que se le había prometido a Mr. Dawson aceptar formalmente las condiciones arriba transcritas, se procedió a elaborar unos convenios sobre esos mismos tópicos, los cuales convenios se conocen como los Pactos Dawson que fueron firmados por el General Estrada, don Adolfo Díaz, el General Mena, don Fernando Solórzano y yo.

En aquel entonces mucho se rumoró sobre la insistencia del General José María Moncada para ser incluido entre los firmantes de los Pactos, pero Mr. Dawson, no sé por qué causa, no le dio acogida a tal solicitud y los Pactos quedaron firmados solamente por aquellos cuyas firmas aparecen en los documentos.

Ley de Garantías

La Ley de Garantías, a la que me referí anteriormente, fue preparada y emitida antes de que llegara el Representante del Gobierno de los Estados Unidos, Mr. Dawson, quien una vez en el país la estudió y consideró que llenaba los propósitos para que había sido emitida. Esa ley fue elaborada por una Comisión nombrada por el mismo General Estrada y compuesta por los doctores Máximo H. Zepeda y Carlos Cuadra Pasos, quien funcionaba por ese tiempo como Secretario Privado del Presidente.

Ambos comisionados sometieron la Ley en consulta al juicio jurídico del doctor Alfonso Ayón, el que dio un dictamen favorable.

Mr. Dawson estuvo en el país alrededor de unos quince días y después de su regreso se convocó al pueblo para la elección de Representantes a una Constituyente.

Para esta elección hubo entera libertad y al Partido Liberal, aunque hubiera querido, le habría sido difícil tomar participación, pues ese partido se había retirado completamente de la gestión pública bajo la losa de la Nota Knox.

Asamblea Constituyente

La elección para Constituyente recayó sobre elementos magníficos del Partido Conservador, y se puede hacer mención especial de los más brillantes jóvenes que entonces tenía el país, tales como el doctor Carlos Cuadra Pasos, don Salvador Buitrago Diaz, don Pedro Gómez, doctor Daniel Gutiérrez Navas, don Manuel J. Morales, don José Dolores Mondragón, don Salvador Amador, don Toribio Tijerino, etc., etc.

No obstante de pertenecer todos los componentes de esta Asamblea al Partido Conservador, no había en ella una perfecta homogeneidad de criterio y frecuentemente se entablaban interesantes debates sobre los tópicos que se discutían, especialmente, cuando se trató de las cuestiones educacional y religiosa, dos puntos que durante el Gobierno de Zelaya habían sido objeto de modificaciones contrarias al sentir nacional.

Al llegar la Asamblea al debate de estas cuestiones el país se sintió vivamente interesado, tanto en su desarrollo como en su resultado y de muchos departamentos venían gentes a presenciarlos desde las galerías.

Y como no sólo los Diputados electos tenían derecho a hacer uso de la palabra, sino que también podían hacerlo los Magistrados y los Ministros de Estado, y entre aquellos estaba el Dr. Máximo H. Zepeda, hombre de fácil palabra y de una gran fuerza oratoria, los debates que ocurrieron sobre la cuestión religiosa en la que él intervino fueron, como he dicho, de suma importancia.

Carlos Cuadra Pasos

Por el interés que en los departamentos habían despertado esas brillantes discusiones, familias enteras venían a presenciarlos

y a interesar a los congresales en el apoyo de sus puntos de vista. Por ese entonces, no habría sido difícil a un mediano observador predecir el próximo enlace del Doctor Carlos Cuadra Pasos con la bella señorita Merceditas Cardenal, según era el calor con que el Doctor Cuadra Pasos exponía los principios religiosos del Partido y el entusiasmo con que la señorita Cardenal aplaudía sus discursos.

Este romance dio motivo al General Moncada para comentar a la terminación de un discurso del Doctor Cuadra Pasos: "No le basta al Doctor Cuadra Pasos ser un buen hijo del Obispo, lo grave es que ahora quiere ser hijo de Cardenal".

Asafétida y perfume

Tan interesantes eran esos debates que los Liberales, alarmados por la influencia que estaban ejerciendo en la opinión pública, quisieron sabotearlos y como no tenían representantes en la Asamblea llevaron gentes para que un día derramaran asafétida en los pasillos y entre el público, para obligar a éste a retirarse. A la natural conmoción que causó aquel acto, uno de nuestros representantes, el valiente y querido leader de Managua, el doctor José María Silva, se levantó y dijo: "Cada Partido traio a este recinto su propio perfume. El Liberal, asafétida. El Conservador, el perfume de las damas aquí presentes".

Puedo asegurar que en esa Asamblea se trabajó no con espíritu partidista, sino con un sentimiento altamente democrático. Se procuró en ella dar a la República el carácter de una democracia modelo en lo que quizás nos excedimos un poco, porque en nuestro afán democrático llegamos hasta el sistema parlamentario, por el cual cuando las Cámaras dan un voto de censura a un Ministro, éste debe renunciar del cargo.

Yo mismo fui partidario de esos avances que fueron, precisamente, los que sirvieron de pretexto para dar el golpe de estado a la Constituyente y no permitir que el Proyecto de Constitución que se había elaborado fuera promulgado oficialmente y se convirtiera en la Magna Carta de la República.

Disolución de la Constituyente

Los que no estábamos cerca del General Mena y del General Moncada ignorábamos completamente que en las altas esferas oficiales se estuviera tramando semejante medida, así fue que

por la mañana del día en que ocurrió — el 5 de Abril de 1911— yo me dirigía a los salones del Congreso cuando me advirtieron que por las calles de Managua se andaba publicando un bando declarando disuelta la Constituyente y nulas las labores de dicha Asamblea.

En vez de continuar mi camino hacia el Congreso, me dirigí al Hotel Lupone para encontrarme allí con algunos amigos que solían reunirse en ese lugar y entre los que frecuentemente estaba el Dr. Adán Cárdenas, quien por sus relevantes méritos había fungido como Presidente de la Asamblea Constituyente.

El Dr. Cárdenas, visiblemente irritado, al verme, me dijo: “¿Y bien, Emiliano, estamos preparados para la lucha armada?”. A lo que yo tuve que contestarle: “No, Doctor, las armas las tiene Mena. Mas aun cuando yo las tuviera, prefiero irme del país para que el General Estrada termine tranquilamente su período y regresar cuando el nuevo gobierno que salga de una elección futura esté ya instalado”.

Hacia Honduras

Dos o tres días después abandonaba Nicaragua, con mi esposa, hacia Honduras.

Nos instalamos en Comayagua para estar cerca de la hacienda “La Ilusión” que todavía estaba bajo mi control.

Aunque en Comayagua recibía muy pocas noticias de Nicaragua, continuaba albergando la creencia de la existencia de un perfecto acuerdo entre elementos que claramente se veía que tenían diferentes intereses, casi, pudiéramos decir, encontrados, ya que cada uno de ellos perseguía el dominio en el poder. Adolfo Díaz, por un lado, hombre sagaz y de calma extraordinaria; el General Luis Mena, de temperamento impaciente, difícil de contenerse a estar esperando calmosamente que una situación se resolviera, como suele decirse, por sí misma, por otro y el General Juan J. Estrada, que estaba, por así decirlo, como el único representante del Partido Liberal y que debería haberse sentido como obligado a defender los derechos de ese Partido para estar en el poder.

Mis temores de un rompimiento entre ellos, no eran, sin embargo, infundados. Antes del tiempo que yo esperaba permanecer en Comayagua, fui llamado, telegráficamente, por unos amigos que de Managua llegarían al Puerto de Amapala para explicarme la situación de lo que estaba ocurriendo en Managua y que de acuerdo con esos informes resolviera mi regreso a Nicaragua.

Entre esos comisionados estaba el doctor Ramón C. Castillo, quien me refirió los sucesos a que dio lugar la prisión de Mena por acuerdo entre el General Estrada y Moncada. Luego la prisión de Moncada por decisión de un grupo de militares en el Campo de Marte, adictos al Partido Conservador, entre los que estaban el Coronel José Miguel Castillo, Cándido Mayorga, ametralladorista, Pizarrín, y otros, quienes apresaron a Moncada amarrándolo a un árbol y conminaron al General Estrada para que pusiera en libertad al General Mena, lo que aquel hizo inmediatamente.

Renuncia de Estrada

El General Estrada, que hasta esos momentos había merecido la confianza del Partido Conservador, se dio perfecta cuenta que después de estos sucesos de tantísima importancia no podría seguir gobernando como hasta entonces lo había hecho, y decidió retirarse para dejar en el poder sólo a elementos conservadores. Por eso llamó a don Adolfo Díaz, mas como éste, contrariado por la prisión de Mena y la amenaza que él mismo había sufrido, rehusó asistir a la conferencia, el General Estrada pidió entonces al doctor Carlos Cuadra Pasos lo acompañara a la casa de Díaz para juntos convencer a éste de la necesidad de encontrar una solución a los problemas de la situación, problemas que por fin se resolvieron ante los buenos oficios del Ministro Americano, Mr. Elliott Northcott, quedando don Adolfo Díaz como Presidente y el General Luis Mena como Ministro General, quienes convocarían a una nueva Constituyente.

El General Estrada y el General Moncada salieron emigrados del país.

Regreso a Nicaragua

Al tener conocimiento de todos estos sucesos resolví mi regreso a Nicaragua.

Aquí en Managua permanecí sin posición alguna en el Gobierno, únicamente dedicado a la observación de los acontecimientos políticos que se desarrollaban entre don Adolfo Díaz y el General Luis Mena, únicos elementos de importancia que habían quedado en el mando y entre los cuales había que suponer se desarrollaría una nueva lucha por la hegemonía.

Efectivamente esa lucha se desarrolló, aunque no muy visiblemente, porque don Adolfo Díaz, con su habilidad acostumbrada, ocultaba sus propósitos que eran, indudablemente, el buscar cómo dominar a Mena para evitar que éste llegara al poder.

Después de algún tiempo de mi llegada a Managua algo de la política de Díaz se me hizo claro, porque él mismo me expuso la necesidad de que ambos deberíamos proceder de acuerdo si queríamos eliminar a Mena, por lo que un día de tantos me envió al Doctor Cuadra Pasos con el nombramiento de General en Jefe de las Fuerzas Militares de Nicaragua. Junto con ese nombramiento se me daba la orden de destituir al General Mena del Ministerio de la Guerra y demás destinos que tuviere, poniéndole prisionero, en caso necesario.

La visita del Dr. Cuadra Pasos al lugar de mi residencia fue como a las once del día 29 de Julio de 1911 y la orden para destituir a Mena era para las doce del mismo día. Para el cumplimiento de mis instrucciones contaría con el apoyo del Comandante de Armas, general Bartolomé Viquez, quien había salido momentos antes de la residencia de Díaz con sus instrucciones necesarias. También debería contar con el apoyo del General Roberto Hurtado, que era el Jefe de la Loma de Tiscapa y quien estaba ansioso de recibir la orden de deponer a Mena porque éste le había mandado a 200 soldados de Nandaime para que los pusiera de alta en sustitución de la tropa que aquel tenía.

Díaz había advertido al General Hurtado que esperara las órdenes que se le darían de la Comandancia de Armas hacia donde yo salía en esos momentos con el Dr. Cuadra Pasos.

"Quien pierde un minuto..."

Cuando íbamos por la casa de don Carlos Báez, como a dos cuadras de distancia de la entrada a la Comandancia de Armas oímos los primeros disparos. Entonces ordené al cochero que nos conducía que detuviera el coche y yo me lancé fuera de él, lo que alarmó al Dr. Cuadra Pasos, quien consideraba que algo grave me podría ocurrir en aquellas circunstancias, mas yo me despedí de él diciéndole: "¡En estas circunstancias quien pierde un minuto lo pierde todo!" y seguí corriendo hasta la puerta del Campo de Marte que llamaban del Perpetuo Socorro la que cerraban en esos momentos.

Una vez que hube entrado, a una señal con el General Viquez, procedimos en conjunto, él a la captura del Mayor de Plaza, Jorge Mena, y yo a la del Comandante, General Jersán Sáenz, quien al verme me dijo: "¡Usted es un intruso aquí, váyase!" a lo que yo le respondí: "El intruso es usted, y quien se va es usted". Esto le dije cogiéndolo de la mano en que llevaba desenfundado su revólver. Luché con él un rato hasta despojarlo y luego le luce entender las órdenes del Presidente don Adolfo Díaz. Mientras tanto, Viquez había sometido a Jorge Mena haciéndolo poner las manos en alto contra una pared.

Después de dominar a los Jefes y apoderarnos del edificio, salimos al patio para dar las instrucciones de colocar la puntería de unos dos cañoncitos que allí habían hacia la mansión residencial del Campo, donde vivía el General Mena. Mas antes de ordenar-se disparara, procedí a llamar al Gral. Hurtado a la Loma para prevenir se alistara y advertirle que no se alarmara por los disparos de cañón que oyera pues serían dirigidos a la Mansión. Después, llamé a Mena, por teléfono, para comunicarle la orden de destitución de Díaz y lo que había hecho con la Comandancia de Armas y para conminarle además que se entregara prisionero advirtiéndole también que si se negaba a ello que dispararía contra la Mansión.

Mena me pidió que lo esperara unos cinco minutos para entregarse, más como pasaron los minutos de espera concedidos sin haberse presentado, di orden de disparar los dos cañoncitos los que hicieron bastante daño en el edificio. Entonces, Mena me llamó pidiéndome la suspensión del ataque y decirme que llamaría inmediatamente a la Embajada Americana para pedir al Ministro Americano que llegara a llevarlo.

Efectivamente Mena habló con el Ministro, pues éste me pidió suspendiera el ataque a Mena, y me aseguró que éste ya estaba rendido y que él me garantizaba que Mena se entregaría ese mismo día. Yo le pedí al Ministro un tiempo fijo, determinado, como de una hora, por ejemplo. Yo me quedé confiado en las palabras del Ministro, más pasó el tiempo sin que Mena apareciera, y no fue sino hasta como a las seis de la tarde que tuve datos verídicos de que Mena preparaba su fuga.

Algunos amigos de Mena estaban llegando a la Mansión para acompañarlo en su huída, entre los cuales estaban Marcial Erasmo Solís, Salvador Buitrado Díaz, Alfonso Estrada y otros, jóvenes todos de importancia en el Partido Conservador.

Al pasar Mena por la Momotombo considerándose ya seguro de efectuar su escape a Granada sin estropiezo alguno, el grupo que lo acompañaba hizo unos disparos al aire viviendo a la Re-

volución Menista. El Ministro Americano fue informado de ello, mas no obstante que todavía continuaba haciendo resistencia a dar crédito a la evidencia, se puso en actividad comunicando los sucesos a su Gobierno y moviéndose aquí en la capital entre el Cuerpo Diplomático para el desconocimiento de lo que podría organizar Mena como semblanza de Gobierno, ya fuera en Masaya o en Granada.

Por su parte Díaz también se puso en actividad organizando su nuevo Gabinete y dándome la mayor suma de poderes para la reorganización del Ejército y para que hiciera la defensa de Managua a mi entera satisfacción.

La Guerra de Mena

Por supuesto que al iniciarse la Revolución de 1912, conocida por el nombre de "La Guerra de Mena" todas las ventajas estaban de parte del General que como Ministro de la Guerra había minado el país con una organización militar casi personal, es decir, con aquellos elementos que durante la guerra de la Costa habían servido bajo sus órdenes. Además la distribución de los materiales de guerra los había hecho calculadamente, encontrándose por eso la mayor parte del armamento en el Cuartel de San Francisco, de la ciudad de Granada, el que había puesto bajo la Comandancia del General Daniel Mena, hijo del mismo General Mena.

El Cuartel de Managua estaba muy desprovisto, lo que pudimos constatar desde el primer día en que principiamos a organizar la defensa de esta ciudad. Por esta razón, sólo pudimos enviar con el General Frutos Bolaños Chamorro, unos doscientos hombres a Tipitapa, la que considerábamos llave del Departamento, los que, dos o tres días después estaban siendo derrotados por las fuerzas que con el General Zeledón había despachado de Masaya el General Mena para ocupar aquella población.

Las causas, sin embargo, de la derrota del General Bolaños Chamorro fueron la falta de tiempo con que contó para dar a sus hombres una organización adecuada y que fueron atacados por fuerzas muy superiores en número a las suyas.

Con lo ocurrido en Tipitapa tuvimos una lección que aprovechamos en esta ciudad de Managua, cuál era la de preferir la la calidad a la cantidad, lo que estaba también de acuerdo con el número de elementos de que disponíamos. La prontitud con que fue atacada Tipitapa nos enseñó, también que para defen-

der Managua teníamos que trabajar incesantemente, día y noche, para ponerla en un buen pie de guerra, como se dice generalmente.

No obstante que todos reconocíamos la debilidad en que había quedado el Gobierno de Díaz con el retiro del General Mena llevándose parte de la Policía y los elementos de guerra de esta plaza, en ninguno de nosotros hubo el más pequeño asomo de desmayo, antes por el contrario, había un exceso de coraje y todos trabajamos con la seguridad de que al final el éxito coronaría nuestros esfuerzos.

Por otra parte, de todos los Departamentos nos llegaban pequeños contingentes que habían logrado burlar la vigilancia de las fuerzas del General Mena para venir a prestar sus servicios al Gobierno de Díaz.

Defensa de Managua

Así fue que en el pequeño término de unos ocho a diez días habíamos logrado poner esta Plaza de Managua en condiciones de recibir los primeros embates de las fuerzas ahora enemigas, del General Mena.

Uno o dos días anteriores al ataque de Managua, fui yo a la Penitenciaría para ordenar la colocación de una pieza de artillería en la torre que ese edificio tenía. Como allí se encontraba prisionero mucho elemento adverso, éste al darse cuenta de mi presencia, comenzó a echar mueras y proferir amenazas contra mi persona con voces altas y alteradas. Entonces el Comandante de la Penitenciaría, Coronel Isidro García, sobrino del General Anastasio Somoza García, que había salido a saludarme portando un chilillo de cuero crudo, me dijo: "General, tan pronto usted se vaya, le voy a dar una chilillada a todos esos imbéciles para que se acuerden de mí por mucho tiempo". A lo que yo le respondí: "Coronel García, le prohíbo a usted dar un solo golpe a alguno de esos prisioneros. Yo estoy muy acostumbrado a oír vivas, es bueno que también me vaya acostumbrando a oír mueras". Con eso me despedí de García después de haber dado mis instrucciones para la colocación de la pieza de artillería.

Con satisfacción consigno aquí que el Coronel García cumplió mis órdenes y que ningún reo fue maltratado, no obstante de que a mi regreso al Campo de Marte, ya al caer la tarde, se me disparó a mansalva un balazo, que afortunadamente no dio en el blanco, a pesar de haberme pasado la bala casi rozando la cara. No quise, entonces, tampoco hacer una pesquisa de

aquel lugar de donde salió el disparo, y vale más que así haya sido, porque más tarde supe con certeza, quién había sido el agresor, el que ya por ese tiempo era un buen amigo personal mío. Así es la política.

Los preparativos de la defensa continuaron febrilmente a medida que nos llegaban las noticias del movimiento de las fuerzas de Mena, las que se aproximaban ya para atacar a Managua.

No fue, sin embargo, hasta el día 12 de Agosto de 1912, que se presentaron como a las seis de la mañana, por el lado de Chico Pelón, en la parte que da al camino de Masaya.

Cuando las huestes enemigas se aproximaban para el ataque, me encontraba yo recorriendo, junto con varios otros Jefes, la línea de defensa que corría desde las costas del Lago al camino de Santo Domingo.

Entre mis acompañantes estaba el joven Víctor Manuel Chamorro, hijo de don Pedro José Chamorro, a quien al pasar por Chico Pelón ordené se quedara allí colaborando con otros oficiales en la defensa de esa posición, mas con tan mala suerte que no había terminado mi inspección de ese lugar cuando recibí la noticia de su muerte a los primeros disparos del enemigo.

Es natural suponer que el enemigo hubiera preparado lo mejor de sus fuerzas, así como hubiera empeñado el mayor número de ellas, en sus empujes del primer día, sin embargo, la verdad es que no los sentimos tan poderosamente intensos como los que se verificaron al siguiente día 13.

El 13 de Agosto de 1912

Al amanecer del 13 de agosto habíamos tenido la suerte de eliminar como combatiente a la columna que de las Sierras de Managua bajó a atacar la parte occidental de la ciudad.

Esta columna en la que figuraban el General Dionisio Thomas, Rostrán, Murillo (Andrés) y otros jefes de importancia, llegó a enfrentarse a la Penitenciaría como una o dos horas después de que el General Zeledón había iniciado el ataque a la loma de Chico Pelón, pero habiendo sido descubierta por los artilleros que había colocado en la torre de la Penitenciaría, éstos les dispararon unos cañonazos que resultaron muy efectivos pues suprimieron a varios de los Jefes y a los otros los desorganizó de tal manera que se regresaron, llenos de pánico, infundiéndole el temor por las comarcas que transitaban en su huida.

Fue tal el desastre de esa columna del General Dionisio (Nicho) Thomas, columna que era considerada como las fuerzas de choque del General Mena, que su amenaza desapareció por completo en el combate de Managua, pues el General Andrés Murillo, que había quedado como jefe principal de esas fuerzas, no quiso volverse a reorganizarlas, ni mucho menos a enfrentarse de nuevo a nuestras tropas, lo que nos permitió usar los elementos que teníamos destinados a defender ese sector en la defensa del sector de Oriente, o sea, el atacado por el General Zeledón.

En este sector se peleó con intensidad extrema en varias ocasiones, y eso daba ocasión a movimientos en las líneas de defensa, las que avanzaban y retrocedían conforme a las acciones y reacciones del combate.

Por eso, a veces con alguna frecuencia, llegamos a creer que las fuerzas de Zeledón ya habían traspasado la defensa y que se encontraban peleando en las calles de Managua, pero a pesar de todo, nuestras fuerzas reaccionaban con éxito y nunca hubo de nuestra parte la idea de la derrota, ni aun cuando estaban cayendo sobre nosotros en la Número Uno, la Casa Presidencial, los disparos del cañón Herald. Entonces fue cuando sucedió una cosa curiosa y es que uno de esos disparos arrancó el monograma de Zelaya de la varanda del balcón.

Otro de esos cañonazos produjo un efecto bastante alarmante. Estando alrededor de un escritorio casi todo el Gabinete de Díaz y yo junto al teléfono recibiendo un informe de la posición del Barrio del Infierno, era tal el bullicio de las detonaciones que se oían por el aparato que llegué a considerar ya rota esa línea de defensa. De pronto nos cayó una bomba del Herald sobre el techo de la casa, la que rompiendo el piso del alto derramó sobre nosotros desperdicios de tierra y madera bañándonos a todos los que estábamos allí reunidos y un pedazo de metralla pasó entre Díaz y yo rompiendo el aparato telefónico por el que hablaba. Sin embargo, ninguno de nosotros mostró temor o alarma. Lo único que hicimos fue sacudirnos el polvo y admirar el coraje del Capitán Salinas, que era quien hacía la defensa en ese Barrio, y quien al ser interrogado por mí sobre el avance del enemigo dentro de la población, me dijo: "Imposible, General Chamorro, aquí está el Capitán Salinas que no permite que ningún menista perfore sus defensas".

Del Infierno a Los Manguitos

Todavía ahora recuerdo con entusiasmo y simpatía el coraje de una serie de Capitanes que hicieron la defensa de aquella línea que iba del Barrio del Infierno a Los Manguitos. Ellos eran: el Capitán Salinas, hombre apacible amigo de las musas, que vive actualmente de limosna, cantando canciones con su guitarra, guiado por un perrito, pues es ciego. Al verlo ahora nadie podría pensar que aquel hombre fue uno de los principales defensores de Managua, que evitó que las fuerzas de Mena entraran a la ciudad. El Capitán Villalobos, hombre de carácter un poco violento, quien también vive de la caridad pública, enfermo, reumático y sumamente pobre y que se disgusta conmigo y me recuerda la defensa de Managua cuando no le puedo dar los cinco córdobas que me pide y sólo le doy dos o tres. A Salinas y Villalobos, se unen el Capitán Guadamuz, el Capitán Ordóñez, el Capitán Sánchez (César) y el Capitán Rocha (Germán) unos ya muertos, otros, casi como Villalobos, aunque favorecidos por sus compañeras que son mujeres trabajadoras y abnegadas.

Cuando se ven casos como los que dejo transcritos en el párrafo anterior, caso de militares que en un tiempo tuvieron en sus manos los destinos de la patria, hoy miserablemente pidiendo un plato de comida, contrista grandemente el alma que no hayan disposiciones legales para que la Nación proteja a esos individuos que han estado, no solamente prestando sus servicios, sino exponiendo su vida a cada momento, tal vez por la defensa de un partido y que por sólo ese hecho, noble en sí, al llegar el otro partido al poder son eliminados de la protección de cualquier disposición legal que les favorezca, lo cual a mi juicio, es injusto y no debiera de suceder así, pues deberían esos hombres ser mirados y tratados como los veteranos de las guerras internacionales.

Los días 12, 13 y 14 de agosto de 1912, fueron días de intensos combates entre las fuerzas defensoras de la ciudad. Cada día que amanecía parecía que los combates se recrudecían intermitentemente durante todo el día. La zozobra era también permanente, porque sería por las condiciones atmosféricas el tiroteo se sentía muy cerca de la Número Uno, la Casa Presidencial, lo que nos obligaba a estar llamando a los Capitanes mencionados para con gran satisfacción oír por parte de ellos mismos que su determinación para la lucha era inflexible, que estaban fuera de peligro y que las líneas de defensa no serían rotas por el enemigo.

Capítulo V

Presencia de ánimo de Díaz

En esos días, los artilleros del cañón Herald disparaban esporádicamente sus cañonazos sobre la población de Managua y para que mis lectores vean confirmado lo que antes les he dicho de la sangre fría de don Adolfo Díaz, referiré un incidente que ocurrió con el Ministro de la República de El Salvador, Doctor don José Antonio López G.

Este señor había sido enviado por su Gobierno para mediar en la contienda, pero en sus instrucciones traía la de proponer como solución del conflicto la Presidencia de un liberal occidental, que fuera amigo de Madriz, porque como éste era casado con una salvadoreña aquel Gobierno consideraba a Madriz como amigo de El Salvador.

El Doctor López estaba muy empeñado en sus trabajos diplomáticos y en el buen éxito de su misión aunque, por supuesto, el Presidente Díaz estaba muy lejos de pensar que esa fuera una solución aceptable, pues que no consideraría a nadie que no fuera él mismo u otro conservador.

El problema que se le presentaba a Díaz era el alejar un poco al Doctor López y que éste escaseara sus constantes visitas que le quitaban precioso tiempo para la defensa de la ciudad. Entonces pensó en un ardid que le dio magnífico resultado y éste era el de invitar al señor López, cada vez que llegaba a visitarlo a pasar al piso alto y recibirlo en el Salón de Recepciones que se usaba en tiempos normales, pero don José Antonio, aunque un hombre de coraje en su juventud, pues había sido uno de los compañeros del General Vásquez en la heroica defensa que hicieron en Tegucigalpa, en esta ocasión, quizá por sus años, al oír el tiroteo tan cerca de la Número Uno, estaba convencido que una granada del Herald podría hacerle una inoportuna visita mientras él hacía la suya y, por supuesto, no se sentía muy a gusto en aquel lugar y así se lo expresaba a Díaz, diciéndole además que aquel sitio era muy peligroso y que lo mejor era buscar otro más adecuado y si fuera posible ignorado del General Zedón, pero Díaz se mostraba confiado y no daba la menor importancia a las balas y entonces don Antonio acortaba su visita y se despedía apresuradamente, para volver, sin embargo, al si-

guiente día y pasar los mismos sustos hasta que poco a poco fue naciendo menos frecuentes sus visitas hasta que pasó el peligro y la Plaza de Managua fue libertada de sus agresores. Mas para entonces la misión del Doctor López G. no tenía objeto alguno. De esa manera Díaz salió airoso de la prueba a que lo tenía sometido el Ministro López.

Cómo sería de intensa la lucha de esos días que hasta a los animales les afectó. Recuerdo, por ejemplo, a una lora que tenía en mi casa la que después de la lucha se quedó repitiendo e imitando las detonaciones de rifles, ametralladoras y cañones y los gritos: "papapapa, tatatatata, pum, pum, pum, ¡Viva Chamorro!".

En el último día del combate de Managua yo había dispuesto atacar por retaguardia a las fuerzas del General Zeledón y para ello fui a Los Manguitos con el General Durón, a quien pensaba poner a la cabeza de esta maniobra, pero ya no encontramos a las fuerzas de Zeledón, las que se habían retirado antes del amanecer dejando ya libre esa sección de la ciudad.

Innecesario parece hablar aquí del valor y abnegación que en los tres días de lucha, —12, 13 y 14 de agosto de 1912—, mostraron en Managua los soldados, oficiales y jefes militares, pero debo hacer especial mención de la presencia de ánimo y fuerza de alma que mostraron las familias conservadoras de la población civil de Managua.

On Cuando se iniciaron las operaciones por medio del bombardeo implacable sobre la capital, que tenía por principal objeto infundir el pánico en la población civil para debilitar la retaguardia de la defensa, bombardeo que como he dicho fue riguroso y cruel, durante el que hubo víctimas inocentes que perecieron desarmadas, yo quise contrarrestar sus nocivos efectos dejando salir hacia Occidente a todas las familias, liberales o conservadoras, que quisieron retirarse. Las familias conservadoras decidieron permanecer en sus casas.

Los señores don Deogracias Rivas, Juan de Dios Matus, Carlos Báez, Pablo Leal, Domingo Calero B., Benjamín Elizondo, Luis Rivas, Mercedes Zamora y muchos otros más, junto con sus familias, contribuyeron grandemente a mantener la alta moral de la población civil y su ayuda personal fue eficaz en la defensa de la ciudad.

Juicio de Cuadra Pasos

Mucho se ha hablado y escrito sobre la defensa de Managua en esta ocasión memorable. Orgullo aparte, los elogios sobre mi

actuación han sido unánimes. En carta reciente el Dr. Cuadra Pasos, me dice sobre el particular: "... la defensa de Managua, tanto en sus preparativos estratégicos, como en la ejecución misma de la defensa se puede tener como un modelo de táctica, de presencia de ánimo, de resistencia valerosa y de mantenida disciplina. Todo ello fue mérito del Mando en Jefe que permaneció día y noche en inteligente vigilancia, en actividad, recorriendo las líneas, sin tomar en cuenta los peligros...". Yo agradezco al Dr. Cuadra Pasos los conceptos de su carta, pero no quiero dejar pasar esta ocasión para glorificar de nuevo a esa serie de Mayores y Capitanes que hicieron posible la defensa de la línea de combate que se extendía desde la orilla del Lago hasta cerca de la Loma de Tiscapa en el sector oriental y de la Loma hasta el Rastro, pasando por la Penitenciaría, en el sector Occidental. Los nombres de esos oficiales, algunos de los cuales ya he nombrado, quedaron immortalizados en los labios del pueblo por medio de canciones populares.

Retirada de Mena

Retirado el ejército de Mena del asedio de esta ciudad, le correspondía ahora al Gobierno terminar con la Revolución que se había hecho fuerte en Masaya y Granada, donde tenía sus cuarteles principales de abastecimiento, pues a Occidente, aunque se hablaba mucho de su oposición al Gobierno, no se le temía porque se le consideraba desarmado. Sin embargo, allí también se hizo fuerte, como se explicará adelante, cuando me refiera a la ocupación de la plaza de León.

El Gobierno de Díaz, como dije al principio, se encontraba mal armado y sólo le había quedado el armamento que Mena consideró innecesario sacar de Managua por viejo y en malas condiciones. Por otra parte, un armamento que logramos conseguir fuera del país, también nos resultó inservible porque el parque no le correspondía a los rifles que vinieron, por lo que nos vimos obligados a establecer en el Campo de Marte una armería y un taller de municiones, donde se rellenaban las cápsulas vacías que se recogían, por medio de muchachos, en los campos de batalla. En esa labor fueron importantes los servicios de don Alfredo Gallegos que expresamente llegó de El Salvador a incorporarse al Ejército en la defensa del Gobierno de Díaz.

Ataque a Masaya

Esta escasez de armamento y el deseo de evitar un mayor derramamiento de sangre nos hizo pensar que en lugar de atacar

de frente Masaya deberíamos rodearla y ponerle una especie de sitio para obligar a capitular a las fuerzas que quedaban así, encerradas.

Con el objeto, pues, de combatir a la Revolución de Mena en sus más fuertes reductos, hicimos salir inmediatamente hacia Masaya a nuestros mejores jefes militares, como el General Roberto Hurtado, el General Camilo Barberena A., los que en los primeros días de lucha aquí en Managua se habían distinguido mucho en la defensa, tanto de la parte occidental como de la oriental de la ciudad, habiendo peleado en ambas con denuedo; al General Fernando Elizondo y al General José Francisco Sáenz, quien no obstante tener un brazo mutilado deseaba tomar parte activa en las acciones militares que ocurrieran pues era un hombre de mucho coraje y de gran fervor político.

Poco a poco, fuimos aglomerando un ejército alrededor de Masaya como de 5,000 hombres hasta llegar a cerrar con él, completamente, el círculo de la ciudad.

La Intervención Americana

Como los secuaces del General Mena se habían apoderado de gran parte del Ferrocarril y de los Vapores del Lago de Granada, y a consecuencia de la protesta que elevó la Compañía Americana del Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua, incorporada conforme las leyes del Estado de Maine, por ese secuestro ilegal, el uso y daño de su propiedad y el peligro de las vidas de empleados y pasajeros, el Ministro de los Estados Unidos se dirigió al Ministerio de Relaciones Exteriores, solicitando se dieran satisfactorias seguridades de que el Gobierno de Nicaragua estaba en aptitud y deseaba otorgar adecuada protección a toda la propiedad particular de los ciudadanos americanos dentro del territorio nicaragüense.

Dado lo perentorio de la demanda y la imposibilidad de otorgar a los intereses americanos, en los lugares ocupados por los rebeldes, las seguridades requeridas por el señor Ministro Weitzel, el Gobierno, no pudiendo negar el derecho a esa protección, y en previsión de más graves responsabilidades para el país, contestó manifestándole el deseo de que el de los Estados Unidos garantizase con sus propias fuerzas la seguridad y la propiedad de los ciudadanos americanos en Nicaragua e hiciese extensiva esta protección a todos los habitantes de la República.

Tras inútiles requerimientos conminatorios al General Mena por el Ministerio de los Estados Unidos para que no siguiese

dañando aquellas empresas y las devolviese a sus legítimos dueños, los marinos americanos se ocuparon en darle la necesaria protección a la línea férrea que se extiende desde Corinto hasta Granada.

Esa fue la razón de la presencia de los Marinos en Nicaragua y su intervención en la Guerra de Mena.

Cuando teníamos, pues, rodeada a Masaya y estábamos en condiciones propicias de atacarla de frente, los Marinos Americanos solicitaron tomar parte en el combate, porque querían mostrar al General Mena el enojo que les había producido el haber faltado a su promesa al Ministro Weitzel de no provocar la guerra.

Coyotepe

En vista de este nuevo factor en la lucha que se desarrollaría en Masaya pensé conveniente proponerle al General Zeledón la entrega de la Fortaleza de Coyotepe y así evitar que fuerzas extranjeras pelearan en nuestro país.

Como comisionado ante el General Zeledón escogí a su suegro el Doctor Jerónimo Ramírez, para que le propusiera a su hijo político todos los términos de una honorable rendición, pero el General Zeledón no quiso abrir su mente a un entendimiento lógico y sólo pensó en que le bastaría mostrar su coraje en una resistencia hasta el fin. Por eso con el Doctor Ramírez me contestó que él no atendía a ningún ofrecimiento de rendición y que a él lo encontraría luchando en el Coyotepe donde moriría hasta con el último de sus soldados y que rehusaba a continuar en conversaciones.

Comunicado el Coronel Pendleton, jefe de las fuerzas norteamericanas, del resultado de la misión del Doctor Ramírez ante el General Zeledón se resolvió atacar dos días después la ciudad de Masaya, dejando a las fuerzas norteamericanas la sección del Coyotepe.

El ataque se inició como a las cinco de la mañana y ya como a las siete nuestras fuerzas, por todas partes, habían roto las líneas del enemigo, hora en que el Mayor Butler, comandante de las fuerzas que atacaron el Coyotepe, estaba en posesión de la fortaleza, y nosotros nos dedicábamos a la limpieza de las diferentes posiciones militares que habían establecido los defensores de la plaza de Masaya.

En el Coyotepe puede decirse que no hubo muertos. Toda la defensa que había anunciado el General Zeledón en esa posición militar fue pura fantasía, pues él, cuando oyó los primeros disparos, montó en su bestia y salió con sus ayudantes como quien va a recorrer sus posiciones militares, mas en realidad era para salir de la ciudad y escaparse.

No puedo precisar exactamente la hora, pero fue por la mañana de ese mismo día del ataque a Masaya que recibimos el informe de que pequeña escolta montada que recorría los alrededores de Masaya y pueblos circunvecinos, se encontró con otro grupo de montados con el que sostuvieron algunos disparos, encontrándose que entre los gravemente heridos o muertos en ese encuentro estaba el General Zeledón y el Coronel Emilio Vega.

Tanto para nuestras fuerzas de Masaya como para nosotros en Managua fue una sorpresa muy grande el tener noticias de que en una pequeña escaramuza sin importancia alguna hubiera perdido la vida el General Zeledón y el Coronel Vega.

Una orden falsa

Probablemente el Liberalismo, avergonzado de la conducta del General Zeledón, que promete ante el mundo defender hasta la muerte la fortaleza del Coyotepe y en lugar de tener ese gesto heroico, huye del lugar del peligro cuando está cierto que la posición que ha jurado defender va a ser atacada, para ir a morir tristemente en los breñales de Catarina, ha tratado de difamar mi nombre, escribiendo cartas apócrifas y falsas órdenes de fusilamiento que yo nunca transmití, ni contra el General Zeledón, ni contra ningún militar de los que han luchado contra mí.

La carta que aparece con mi firma en ese sentido fue fraguada en el escritorio de un periodista, según el rumor público de ese tiempo. Y en verdad, cualquiera que haga la comparación de letras de esa carta con la del periodista don Andrés Largaespada, encontrará que no hay diferencia alguna entre ellas.

Saqueo de Masaya

Por la tarde del día de la toma de la ciudad de Masaya se desarrolló en esa plaza un saqueo del comercio local bastante desenfrenado, cometido por las tropas del Gobierno. Para contener ese saqueo, yo hice los mayores esfuerzos y llegué hasta

pedir ayuda a las fuerzas norteamericanas para que éstas auxiliaran a mis columnas que estaban tratando de contener que tales desmanes continuaran. Pero no fue sino hasta después de mucha lucha que se logró dominar aquella situación y reconcentrar a los cuarteles a los soldados dispersos que los cometían. Fue tanta la dureza de algunos de mis oficiales que llegaron hasta cortar las dos manos a soldados que encontraban robando pero sólo con medidas extremas de esa naturaleza se logró contener aquel desenfrenado pillaje.

Ocupado Masaya y tranquilizado, por fin, ese sector, proseguimos a ocupar los otros Departamentos que estaban en poder de las fuerzas de Mena.

Exilio de Mena

Por medio de conversaciones con los Jefes de la Revolución conseguimos la rendición de la plaza de Granada a las fuerzas norteamericanas, y fue entonces que tuvimos la pena de ver pasar en un vagón de carga a mi compatriota el General Luis Mena rumbo a Corinto para embarcarse y no volver más al país.

Sin embargo, el General Luis Mena regresó al país, donde era muy estimado por sus viejos amigos y tenido en gran estima por los conservadores. A su regreso se retiró de la política activa y se dedicó a la agricultura, muriendo asesinado por uno de los vecinos de su propiedad. La política no tuvo nada que ver con su muerte.

Pacificado Oriente con la entrega de Granada, nos quedó solamente el sector de Occidente que se había armado con elementos entregados por Mena mismo en Masaya, Granada y que fueron llevados, por la costa del mar, hasta León.

Ocupación de León

Queriendo evitar la entrada de esas armas a la ciudad de León envié al General Durón para que defendiera esa plaza y cuando fui a despedirlo personalmente a la Estación de Managua le advertí que a su llegada a aquella población no debería de entrar con sus fuerzas a la ciudad misma sino que debería acampar afuera, para evitar que en caso de levantamiento sus fuerzas no fueran atacadas desde las casas vecinas alrededor de donde estuvieran acantonadas, pues yo tenía la experiencia pasada en la

ciudad de Comayagua, Honduras, de lo terrible que es un levantamiento de una ciudad enemiga contra una fuerza de ocupación que se halle adentro.

El General Durón me prometió, una y otra vez, que no entraría a la ciudad de León con las tropas, sin embargo, eso fue lo que más pronto hizo, pues a su llegada recibió la visita de varios conservadores amigos los que le indujeron a que penetrara con sus tropas a la ciudad, ya que esa era, según ellos, la mejor medida para evitar que las armas que venían en camino de Granada y Masaya entraran a León.

El General Durón, confiado en su valor personal, resolvió entrar y acuartelarse en la ciudad. Allí se encontraba cuando al amanecer del siguiente día, por todas partes fue atacado y tuvo tan mala suerte que pagó con su vida el no haber seguido mis instrucciones y su columna compuesta de soldados valerosos fue masacrada en esa lucha contra un enemigo invisible que desde los aposentos de las casas les disparaban al cruzar una calle.

A la defensa de Durón y de la plaza de León envié de Managua varias otras tropas a la cabeza de las cuales fueron el General Roberto Hurtado, brillante jefe militar que se distinguía por su valor y pericia en todos los encuentros de armas que tenía la suerte de dirigir, así como el General Frutos Bolaños Chamorro, y otros más, pero ninguno de ellos logró desalojar de la ciudad al enemigo y se limitaron entonces a quedarse en las proximidades de la ciudad.

La situación en Occidente se estaba poniendo difícil para el Gobierno, ya que la recuperación de la ciudad de León costaría más sangre de la ya derramada.

Como ya estaba en el país una columna de los Marineros Americanos y los suministros de esa columna tenían que llegar por el puerto de Corinto, la línea del Ferrocarril del Pacífico debería mantenerse libre de posibles interrupciones, por eso el Almirante Southerland, que era el jefe que el Gobierno de los Estados Unidos había designado para las fuerzas de desembarque, decidió ir personalmente a León con un pelotón de Marineros a pedir a los jefes rebeldes que cesaran en su hostilidad y que depusieran las armas, yéndose tranquilamente a sus casas.

El Almirante Southerland tuvo el éxito deseado en su misión pacificadora y de esa manera se consiguió que la paz se restableciera en Occidente, como se había restablecido en Oriente, entrando entonces el país en un período de paz medianamente aceptable.

Retiro de la Jefatura

Después de todos estos acontecimientos y de la salida de Mena del país, se pensó en licenciar las fuerzas del Gobierno y como yo sólo he servido militarmente en casos de emergencia, resolví como lo había hecho en otras ocasiones, solicitar mi retiro del servicio activo, mientras el Gobierno organizaba el país para las elecciones presidenciales, que conforme a los Pactos Dawson deberían llevarse a cabo.

También me movió a retirarme, prematuramente, del servicio activo mi deseo de no dar ocasión a un rompimiento con don Adolfo Díaz a quien claramente veía que se destacaba como el candidato más visible después de mi persona, que era a quien verdaderamente quería el pueblo de Nicaragua.

Retirado, pues, de la Jefatura del Ejército, estaba preparado para asistir a la primera reunión que se llevó a efecto para la escogencia del candidato que conforme a los Pactos Dawson debía hacerse entre los firmantes de los mismos.

A esa reunión asistimos muy pocos de los firmantes originales, pues sólo habíamos quedado, don Adolfo Díaz, don Fernando Solórzano y yo.

Aunque yo podía contar con el voto del General Solórzano, no me pareció apropiado el comprometerlo a mi favor, porque él también era amigo personal de don Adolfo Díaz, por eso y porque vi al Ministro Americano inclinado a su favor no vacilé en esa reunión que tuvimos en decidir que votáramos por Díaz, como en efecto lo hicimos.

El Ministro Weitzel

Me parece oportuno narrar aquí lo que sucedió entre el Ministro Americano Weitzel y yo en esa primera reunión que tuvimos para que se vea cómo trabajan los diplomáticos en algunas ocasiones.

Cuando estábamos reunidos, don Adolfo Díaz, don Fernando Solórzano y yo con el Ministro Weitzel, éste fue el primero que tomó la palabra para exhortarnos a la armonía y expresarnos el deseo del Gobierno Americano de que el Presidente de Nicaragua fuera un civil y no un militar, porque los Estados Unidos, dijo enfáticamente, eran reacios a la elección de militares.

No sé si Mister Weitzel viva aún o no, pero si llegara a sus manos esta mi autobiografía, deseo recordarle que en esa ocasión estuvo diciendo muchas cosas sobre cómo veía el pueblo ameri-

cano a sus militares, que en realidad no son, ni han sido, como él los describía. Y al llegar yo a la ciudad de Washington, poco tiempo después, me sorprendía encontrar con frecuencia ya un monumento, ya una estatua, a cual más grandioso, en homenaje y recuerdo de cada uno de los grandes jefes militares que ha tenido ese país y en cada ocasión que los veía me acordaba de los equivocados conceptos de Mr. Weitzel.

Con aquel discurso y estas consideraciones, dehe haber pensado el Ministro Weitzel que había eliminado mi candidatura, pero como dije anteriormente, fueron otras las razones que me movieron a trabajar, no por mi candidatura, sino por la de don Adolfo Díaz, a quien consideraba en esa ocasión más apropiado para el bienestar de Nicaragua por las buenas relaciones que él mantenía con el Gobierno Americano.

En la elección de don Adolfo Díaz no hubo ninguna novedad, a no ser la de un votante que al acercarse a las urnas en un cantón de la ciudad de Matagalpa, dijo: "No me permiten votar por Chamorro, no voto por nadie", y se suicidó.

Ministro en Washington

Después de la toma de posesión de don Adolfo e instalado su Gobierno fui nombrado Ministro Plenipotenciario de Nicaragua en los Estados Unidos con Misión Especial a Honduras y Guatemala para dar las gracias a estos dos Gobiernos por la amistad manifestada por ellos hacia el Gobierno de Nicaragua.

Natural es suponer que en esa nueva posición me encontraría en un campo difícil para un inexperto como yo en cuestiones diplomáticas, pero aunque no me creía con aptitudes suficientes para el puesto que iba a desempeñar, tenía la buena voluntad para servir de la mejor manera posible a mi Patria.

Adopté la conducta de la mayor prudencia para no comprometerme por el defecto, que me decía un amigo, tenía yo, cual era el tener en la punta de la lengua todo mi pensamiento y corazón. De esa manera hablando sólo lo estrictamente necesario fui conociendo la mejor manera de desempeñar mi cargo ante el Gobierno Americano, que tanta ingerencia tenía entonces en la política del país.

En Washington estaba de Secretario de la Embajada el Doctor Joaquín Cuadra Zavala, quien nos recibió muy amistosamente y nos ayudó a mi esposa y a mí, en nuestra apropiada instalación con sus juiciosas indicaciones.

Creo sinceramente que en el Departamento de Estado se llegaron a formar un buen concepto de mi actuación y de mi persona, por el hecho de que siempre que solicité alguna cosa la conseguí, por ejemplo, la prisión y extradición del General Zelaya, la que conseguí con menos dificultad de la que yo esperaba tener.

Cuando se trató de la prisión me pidieron que enviara una persona que lo conociera para que lo identificara y cuando trataba de ese asunto el Secretario de Estado, Mr. Bassett Moore, me dijo: "Su Gobierno quiere la extradición del General Zelaya. El mío no tiene objeción que hacer. Se hará. Pero personalmente voy a decirle a usted que para el Gobierno de Nicaragua va a ser muy difícil mantener al General Zelaya prisionero, y a medida que el tiempo pase van a convertir ustedes a un dictador como él en un mártir, en un elefante blanco, o una brasa ardiente que no van a saber qué hacer con él hasta el punto que por clamor público, lo tendrán que poner en libertad. A mi juicio, el Gobierno de Nicaragua daría un paso en falso llevando adelante esa extradición".

Como yo mismo viera cierta indecisión del Gobierno de Nicaragua en el asunto de la extradición del General Zelaya, no presioné más el asunto y se dejó morir de inanición.

Recuerdo que en esa ocasión me dijo también Mr. Bassett Moore: "Nicaragua es un país que siempre ha querido a los Estados Unidos, pero nosotros no hemos sabido reconocerlo". Este concepto lo he siempre considerado muy justo por todo lo que yo he visto respecto a la política de los Estados Unidos con Nicaragua.

El Gobierno de Díaz

Como todos saben, el Gobierno de Díaz se distinguió principalmente como un período de grandes dificultades económicas, por lo cual en muchas ocasiones tuvo que ocurrir a la Embajada en Washington para que ésta consiguiera con el Departamento de Estado que los banqueros facilitaran algún dinero para mientras se verificaba el empréstito que se tenía en proyecto hacer, y tuve la satisfacción que por mi medio se resolvieran siempre favorablemente estas solicitudes.

Debo explicar aquí para mejor inteligencia de mis lectores jóvenes la razón de estas mis gestiones con el Departamento de Estado sobre préstamos y negociaciones con los banqueros.

En esa época la política del Gobierno de los Estados Unidos en cuestiones económicas estaba regida por la máxima de no in-

intervención gubernamental en las actividades de la iniciativa privada. El Gobierno, entonces, no contaba con esos enormes fondos con que cuenta ahora para ayuda exterior, ni se habían establecido esas instituciones de crédito internacional como el Banco de Reconstrucción y Fomento (BIRF) y otros. En ese tiempo se tenía que negociar con banqueros privados que como Brown Bros. & Co. y J. W. Seligman & Co. hacían sus empréstitos a plazos y cuotas de interés corrientes, ya fuesen a Gobiernos o compañías particulares.

Pero como no hay cosa más recelosa que el dinero, los banqueros exigían de su Gobierno cierta especie de garantía moral antes de efectuar sus préstamos a Gobiernos extranjeros. Esta garantía la exigían bajo la tesis de que el Gobierno Americano debía defender la propiedad y los intereses de sus ciudadanos en cualquier parte del mundo.

Esa misma tesis llevada a sus extremos políticos creó lo que se conoce como la Diplomacia del Dólar, por la que la intervención del Gobierno Americano seguía al Dólar Americano donde quiera que éste fuera. Había, pues, una íntima relación entre el Departamento de Estado y los banqueros americanos, pero debe entenderse que esta relación era más bien política y moral que económica o financiera, pues el dinero prestado era de los banqueros y no del Gobierno.

El Tratado Chamorro-Bryan

Como los planes económicos del Gobierno de Díaz eran amplios y complicados, y estaba también de por medio la cuestión del Tratado del Canal, se creyó necesario reforzar la Embajada con el nombramiento de un Agente Financiero, para lo que fue escogido el reconocido economista don Pedro Rafael Cuadra, quien llegó a Washington con su esposa, doña Carmela y su hijo don Pedro Joaquín. Con todos ellos mantuve siempre la mayor armonía y me puse, como suele decirse, completamente a sus órdenes.

Es, sin duda alguna, a la magnífica labor de don Pedro Rafael a la que se debe, principalmente, el éxito que se obtuvo para que fuera aceptada la distribución de los TRES MILLONES DE DOLARES que el Gobierno de los Estados Unidos daría al de Nicaragua por la opción del Canal.

El Agente Financiero, señor Cuadra, influyó también en la pronta aceptación de dicho Tratado de Canal, el que se firmó el 5 de agosto de 1914 y que ha pasado a la historia como el Tratado Chamorro-Bryan.

Muchos de mis amigos me han preguntado por qué firmé yo ese Tratado y la respuesta para mí siempre ha sido muy sencilla. El Gobierno de Díaz, a quien yo representaba, me instruyó sobre el particular y no podía negarme porque desde mi niñez había oído siempre hablar con entusiasmo de las ventajas que traería a Nicaragua el Canal que en concepto de muchos era como una panacea, es decir, que todas nuestras dificultades y males económicos serían resueltos si se realizara. Yo mismo consideraba el Canal como un desiderátum de la Nación. Me llevó a firmar tal Tratado la convicción de que solamente los Estados Unidos son capaces de realizar la apertura de esa comunicación interoceánica, pues aunque hubiera otra nación en el mundo, de otro Continente, con facilidades técnicas y económicas para hacerlo, los Estados Unidos no permitirían llevarlo a cabo en ninguna parte del Continente Americano.

Y eso es exactamente lo que dice el Tratado, pese a toda la campaña de difamación que se le ha hecho: *que solamente los Estados Unidos pueden construir el Canal por Nicaragua*, es decir, que solamente los Estados Unidos, con exclusión de cualquier otro país, tiene el derecho a la construcción del Canal por Nicaragua; que los Estados Unidos tienen la "opción" para construir el Canal, en otras palabras, el derecho de hacerlo o no hacerlo. Esto es una realidad, aunque no esté escrito en ningún Tratado. Si ellos eligen hacerlo, entonces deberá hacerse el verdadero y definitivo Tratado de Canal, en el cual se deberán estipular las condiciones para esa construcción, el pago de ese derecho y todas las demás circunstancias y detalles. Lo que se ha dado ahora a los Estados Unidos es solamente la facultad, el derecho de construirlo o no construirlo, la opción. Un simple derecho inmaterial.

Por lo tanto, es infundado el cargo de que el Tratado Chamorro-Bryan sea sobre construcción del Canal y mucho menos que se haya vendido ni una pulgada de tierra a Estados Unidos. Es solamente una *opción* para la construcción misma; y cuando llegue el caso se convendrá entre ambos países las condiciones reales y verdaderas para construirlo, es decir un Tratado Canallero definitivo.

Esta explicación la hago para todos mis lectores, especialmente para los jóvenes de esta generación y para que todos sepan en lo que consiste el Tratado Chamorro-Bryan.

El Gobierno de Nicaragua estaba decidido a dar esa opción canalera y el Gobierno Americano estaba también decidido a adquirirla. Aun cuando yo hubiera rehusado firmarlo, el Go-

bierno de Díaz podría haber acreditado a otro para que lo firmara. En gobiernos anteriores, aun en el de Zelaya, se habían firmado Tratados sobre Canal. He dicho en otras ocasiones que el Protocolo Sánchez-Merry firmado en el Gobierno de Zelaya encierra concesiones más onerosas para Nicaragua, que el Tratado Chamorro-Bryan. Así lo ha sostenido recientemente en *Revista Conservadora* mi estimado amigo el doctor Horacio Argüello Bolaños.

Capítulo A

Antecedentes

No hay que olvidar que el Tratado Chamorro-Bryan, firmado por mí en 1914, no era más que una enmienda que se había hecho al Tratado Chamorro-Weitzel, firmado por don Diego Manuel Chamorro, como Ministro de Relaciones Exteriores y el Ministro de los Estados Unidos, Mr. George E. Weitzel en 1913. Este Tratado Chamorro-Weitzel no fue aprobado por el Senado Americano porque el Partido Republicano perdió el poder de las Cámaras en los Estados Unidos, y entonces, cuando el nuevo Gobierno se interesó en un Tratado sobre Canal, creímos que era una ocasión propicia para Nicaragua. Aun el Tratado Castrillo-Knox sobre empréstito, anterior al Chamorro-Weitzel no se había realizado también por falta de aprobación.

El Tratado tiene dos partes principales: la opción a la construcción del Canal, que es perpetua, es decir, un derecho a perpetuidad, como son la mayor parte de los derechos; y la concesión de bases navales a Estados Unidos en el Golfo de Fonseca, en el Pacífico, y en las Islas del Maíz (Corn Islands), en el Atlántico, que es un arriendo por 99 años, que tampoco se ha realizado nunca.

Como lo dice el mismo Tratado estas bases navales podrán ser construidas por los Estados Unidos para defensa del Canal de Panamá y para la defensa del mismo Canal por Nicaragua.

Nicaragua, en 1914, anticipándose a la política de “solidaridad continental”, concedió a Estados Unidos lo que después concedieron muchas otras Naciones Americanas, y aun Nicaragua misma, en el Puerto de Corinto, que no fueron sino concesiones ligadas a la defensa del Continente, lo cual exigió la última Guerra Mundial.

Firma del Tratado

Voy a narrar un incidente que tiene grandísima importancia y que es que el texto original, que se había preparado para firmar, no contenía la frase “a perpetuidad”. Este texto al ser

presentado al Secretario de Estado para su firma, éste lo tomó en sus manos, lo leyó y luego me lo devolvió para mientras el Abogado Consultor del Departamento de Estado lo leyera y estudiara de nuevo. Este abogado le intercaló las palabras "a perpetuidad" que no tenía el original, hecho lo cual, se procedió a la firma, aceptada la enmienda.

Como todos saben este Tratado fue firmado en Washington el 5 de agosto de 1914 por el Secretario de Estado, Mr. William Jennings Bryan, y por mí, en presencia de los señores: don Pedro Rafael Cuadra, Agente Financiero, don Pedro Joaquín Cuadra Chamorro, secretario, Mr. Boyan, secretario especial, Mr. Smith, jefe del Buró Diplomático, Mr. Boaz Long, jefe de la División Latinoamericana del Departamento de Estado, Mr. Robert Lansing, consejero del Departamento y Mr. Charles Douglass, abogado al servicio de la República de Nicaragua.

Aun cuando en el Tratado no se usa la palabra "opción" sino que se habla de "derechos exclusivos y propietarios, necesarios y convenientes", para desvanecer las dudas de interpretación envié una nota oficial al Secretario de Estado, que lo era entonces Mr. Lansing, nota fechada en Washington el 6 de mayo de 1916, en la cual le recababa una declaración sobre la interpretación que le daba el Gobierno de Estados Unidos a dicho Tratado, ya que entre los miembros del Congreso de Nicaragua, antes de ser aprobado, "se suscitaban dudas acerca de su verdadero sentido, esto es, si su real interpretación es la de una opción o de una venta definitiva de la ruta del Canal", (palabras textuales de mi comunicación). El Secretario de Estado, Mr. Lansing, me contestó el 11 de mayo de 1916 en una nota entre cuyas frases dice que ese Tratado "no es definitivo en ciertos respectos y tiene el carácter de OPCION al dejar a futuras negociaciones entre los dos Gobiernos el arreglo de los detalles de los términos sobre los cuales será construido el Canal".

Estas notas oficiales son documentos públicos y han sido publicadas en las Memorias de Relaciones Exteriores y en muchas otras partes.

Abrogación o revisión

Este es el verdadero alcance y sentido del Tratado Chamorro-Bryan. Es verdad que ese Tratado no dio el resultado benéfico que esperábamos para Nicaragua, porque los Estados Unidos nunca han hecho uso de esa opción y de esta manera se ha convertido en un Tratado negativo que impedía toda negociación cana-

lera a Nicaragua. Por eso es que el 31 de diciembre de 1938 le envié al Presidente Roosevelt, desde México, un cablegrama pidiéndole la abrogación o la revisión de ese Tratado, fundado en el carácter negativo que tiene para Nicaragua. Todavía pienso que esto es necesario.

El Tratado y Centroamérica

El Presidente Somoza García, en 1939, fue a Washington para pedir al Presidente Roosevelt invocando y apoyándose en el Tratado Chamorro-Bryan que ya que los Estados Unidos no procedían a la apertura del Canal, que por lo menos hicieran factible la navegación del Río San Juan para así tener acceso al Atlántico. Roosevelt se lo prometió, pero después cambió esta canalización del Río por la Carretera al Rama. Es decir, se aceptó una carretera a cambio de la canalización del Río, lo que ha dado muchos beneficios al Gobierno de los señores Somoza aun hasta el presente.

Muchos liberales en Nicaragua y fuera de Nicaragua han criticado a los conservadores llamándonos “vende-patria” por la suscripción de este Tratado.

El Gobierno de Costa Rica demandó a Nicaragua por el Tratado Chamorro-Bryan y por eso los Estados Unidos, al ser aprobado por el Senado Americano, le agregaron una explicación en el sentido de que nada en dicho Tratado afectaría ningún derecho existente de Costa Rica, El Salvador y Honduras. Esta demanda ocasionó la desintegración de la Corte de Justicia Centroamericana en Cartago.

En 1923 Costa Rica firmó en Washington un Protocolo con los Estados Unidos, don I. Rafael Oreamuno por Costa Rica y el Secretario de Estado, Mr. Charles E. Hughes, por Estados Unidos en el cual se estipuló que cuando el Presidente de Estados Unidos fuese autorizado por una ley para adquirir el control de los derechos que Costa Rica posee en el Río San Juan o en la Bahía de Salinas como la parte de territorio que pertenece a Costa Rica que pueda ser necesaria para construir y proteger un Canal de profundidad y capacidad suficiente para el paso de barcos de los mayores tonelajes entonces en uso, desde un punto cerca de San Juan del Norte sobre el Mar Caribe a través del Lago de Nicaragua hasta Brito en el Océano Pacífico, ambas naciones “se comprometen mutuamente a entrar en negociaciones entre ellas

para convenir el plan y los acuerdos en detalle, necesarios, para llevar a cabo la construcción y poner al dominio y control al mencionado Canal”.

Es verdad que este Protocolo no fue ratificado; pero este es el mismo concepto del Tratado Chamorro-Bryan y sin embargo nadie ha osado llamar “vende-patria” ni a los costarricenses, ni al señor Oreamuno.

La Enmienda Platt

Otro asunto por el que se me han lanzado muchos cargos es el haber declarado en el Senado Americano que me gustaría que en Nicaragua se estableciera la Enmienda Platt.

Voy a explicar todo lo relativo a esta cuestión.

La Enmienda Platt fue un agregado que el Senador por el Estado de Connecticut, Orville H. Platt, hizo el 25 de febrero de 1901, a un proyecto de ley concediendo créditos para el mantenimiento del Ejército Americano durante el año fiscal que terminaba el 30 de junio de 1901.

La Asamblea Constituyente de Cuba acordó incorporar la Enmienda Platt como apéndice a la Constitución Cubana de 1901. Esta Enmienda fue a su vez objeto de un Tratado Permanente entre Cuba y los Estados Unidos.

Resumiendo, pues, la Enmienda Platt es: una enmienda a una ley del Congreso de los Estados Unidos, un agregado a la Constitución de Cuba de 1901 y un Tratado Permanente entre Cuba y los Estados Unidos.

Comprendo lo molesto que es para la mayoría de los ciudadanos del país estar sometido a ciertas restricciones de otro país, pero cuando se ha tenido la experiencia de sufrir esas restricciones sin ningún derecho, ni alguna disposición que las regule, no es extraño que hubiera personas que como yo, en ese tiempo, quisieran que su país gozara del derecho que le daría el tener la Enmienda Platt en vez de tener a los Estados Unidos interviniendo de hecho en nuestros asuntos, en tal forma que lo blanco se hacía negro, según la opinión del Secretario. No se sabía en realidad en qué ladrillo pararse. Es decir, yo deseaba que la Enmienda Platt fuera en Nicaragua una fuerza o dique regulador de una intervención inevitable.

Porque debe recordarse que junto con la Diplomacia del Dólar se desarrollaba simultáneamente la política del "Big Stick" del Presidente Teodoro Roosevelt, por la que los Estados Unidos intervenían en estos países con el respaldo de su enorme poderío militar.

Pude estar equivocado en mis apreciaciones, una vez, mas esa equivocación no era por falta de patriotismo, sino antes por el contrario, por amor a Nicaragua. Yo quería regular el poder interventor, ponerle un freno para que no actuara sin control.

Algunos hechos sobresalientes de la Historia contemporánea de Nicaragua han venido a confirmar que, con o sin Enmienda Platt, existe esa fuerza interventora que muchos Gobiernos posteriores se han encargado de remachar.

Aun recientemente el actual Gobierno de don Luis Somoza acaba de pedir a Estados Unidos el patrullaje de sus mares territoriales por barcos americanos y aun actualmente, el desembarque de marinos en costas nicaragüenses, si fuere necesario. Esto es ni más ni menos lo que estipula la Enmienda Platt; y sin embargo, toda la campaña de difamación recae sobre nosotros los conservadores.

Difícil situación económica

Después de la firma del Tratado Chamorro-Bryan las actividades de la Embajada se redujeron grandemente y si algo quedaba por hacer correspondía al Agente Financiero porque la situación económica del Gobierno era precaria y se tenía que estar solicitando de los banqueros pequeñas sumas de dinero para poder cubrir el Presupuesto de Gastos de la Administración.

En cuanto a los TRES MILLONES de la opción poco beneficio dieron para salvar de esa situación precaria al Gobierno porque la mayor parte de ellos se invirtió en pagar las concesiones que dio el Gobierno del General Zelaya a Dietrich, la deuda liberal de la Ethelburga, y algunos adelantos de los banqueros. Con esa distribución la misión del Agente Financiero en Washington terminó y don Pedro Rafael Cuadra y su familia regresaron al país.

Ya por el año de 1915 no tenía en la Embajada trabajo de importancia que atender. De Nicaragua me llegaban informes sobre la situación política del país, y sobre la posible división

que podría ocurrir en el Partido Conservador si no se llegaba a la escogencia de un candidato que armonizara las diferentes tendencias.

Por mi parte consideraba que los Pactos Dawson me daban la gran oportunidad de ser yo el escogido para lanzar mi candidatura que gozaba en el país de muy buen ambiente, según los informes a que he hecho referencia, pues aunque no me movía de Washington era tan copiosa mi correspondencia con Nicaragua que podía asegurar que sus acontecimientos políticos los palpaba como si estuviera en el país mismo. Por eso resolví ese año pasar sin hacer movimiento político alguno de mi parte y me dediqué a viajar por los Estados Unidos.

Recorriendo los Estados Unidos

Viajé con mi señora a New York, y a Albany, capital del Estado, y a otras ciudades del mismo. Llegamos a Niágara Falls, cascada bellísima y potente que se aprovecha para producir abundante fuerza eléctrica.

Como en ese tiempo Inglaterra estaba en guerra con Alemania, no pude visitar el Canadá, como lo hubiera deseado, sino que nos regresamos a Buffalo, New York, donde llevé a mi señora a examinarse un oído —del que no estaba bien—, a una famosa clínica que allí había, mas tuve la impresión de que el especialista en enfermedades del oído era sumamente deficiente.

De Buffalo pasamos a Ohio, luego a Chicago, hermosísima ciudad, casi tan grande como New York, aunque no tan poblada, con un comercio fabuloso y a la orilla de los grandes lagos. De Chicago fuimos a South Bend, Indiana, población pequeña, tranquila y de apacible ambiente residencial. En esta población vivía un Senador, amigo de Boaz Long, jefe del departamento latinoamericano en el Departamento de Estado, a quien fui a visitar para entregar una carta de introducción de Mr. Long. El Senador no estaba en casa y fuimos informados que se hallaba en su finca aporcando sus frijoles. Nos dieron la dirección de su huerta, a poca distancia de la ciudad, y hacia ella nos encaminamos. Fue grande mi sorpresa al encontrar al Senador mismo con su tronco de caballos trabajando en las faenas del campo. Entonces comprendí que ese era el fundamento de la riqueza de los Estados Unidos: su amor y dedicación al trabajo.

De South Bend fuimos a las Twin Cities, Minneapolis y St. Paul, donde hay grandes fábricas de harina y enormes

aserríos de madera en cuyos patios vimos miles y miles de trozas que pronto eran aserradas en diversas piezas para ser usadas en la industria de la construcción de muebles y viviendas.

Fuimos a North Dakota y a Kansas de donde nos dirigimos a Denver, Colorado y luego a South Lake City, Utah, el estado mormón, donde visitamos la casa de Brigham Young, que estuvo casado simultáneamente con diez y nueve mujeres con las que procreó ochenta y seis hijos. La poligamia era ya por ese tiempo prohibida por el Gobierno Federal, aunque aceptada por el pueblo mormón de Utah y especialmente por las mujeres. Salt Lake es una bella ciudad, pintoresca, con agua corriendo por las acequias y jardines.

En Ogden, Utah, nos encontramos en la verja de una casa un narciso florecido, el que admiramos con entusiasmo porque nos traía un recuerdo de Nicaragua. Allí almorzamos con trucha, pescado delicioso.

De Utah pasamos a California. Estuvimos dos días en Sacramento, capital del Estado, donde gozamos de un clima semi tropical. De Sacramento fuimos a San Francisco donde nos hospedamos en el Hotel Palace. Este viaje lo hicimos en agosto de 1915, año de la Exposición Mundial del Pacífico.

Estuvimos en San Francisco como por un mes, divirtiéndonos visitando la Exposición y siendo festejados por la Colonia, principalmente por las familias de don Adán Sáenz y don Alejandro Cantón.

Estando en San Francisco fui invitado por el Coronel Pendleton para visitar San Diego donde estaba estacionado como Comandante del Cuerpo de Marineros de los Estados Unidos (U.S.M.C.), donde se me ofreció una parada militar en mi honor. Después de agradecer y corresponder las cortesías del Coronel Pendleton, regresamos a la ciudad de Los Angeles donde permanecimos unos días conociendo la población.

De Los Angeles resolvimos hacer nuestro regreso a Washington por la vía de New México, en el Ferrocarril de Santa Fe.

Llegamos a Albuquerque, población pequeña y pobre en ese tiempo, al estilo centroamericano, con casas sin enladrillar.

El trayecto del Ferrocarril por el desierto de Arizona se nos hizo pesado por el calor sofocante y puedo decir que nuestro regreso a Washington fue por lugares que no despertaron ninguna

admiración. Sin embargo, debo advertir que de esto hace 45 años, lapso que en una nación progresista como los Estados Unidos puede transformarse completamente, por lo que no me sorprendería que si regresara a Albuquerque me encontrara ahora con un pequeño emporio de riqueza.

Regreso a Washington

Vueltos a instalarnos en la Embajada de Nicaragua en Washington, me dediqué a enterarme de los asuntos más importantes de mi cargo que hubiese que atender, pero encontré que todo era normal y rutinario y que apenas quedaba pendiente el que los banqueros quisieran llevar adelante la construcción del Ferrocarril de El Rama a Managua, pasando por Tipitapa.

A mi entender los banqueros Brown Brothers & Co. y J. W. Seligman & Co. habían contraído el compromiso de construir ese Ferrocarril y por eso hice la gestión con el Departamento de Estado para que los llamara a Washington a sostener una conferencia con ellos ante el Secretario de Estado para definir esa cuestión.

Los banqueros llegaron y desde el principio de las discusiones negaron el compromiso y se expresaron en el sentido de que yo les quería exigir y que les estaba exigiendo ese compromiso porque yo era enemigo de ellos.

A tal aseveración y argumento manifesté al Secretario de Estado que los señores banqueros estaban errados al considerarme su enemigo sólo porque les reclamaba el cumplimiento de un convenio que ellos habían firmado, que yo les declaraba que era amigo de ellos, pero que era más amigo de mi Patria.

Ventajas del Tratado

Ya efectuada mi entrega para *Revista Conservadora*, en que traté sobre los beneficios que el Tratado Chamorro-Bryan producía al país con la construcción de la carretera San Benito-Rama, llegó a mis manos el Boletín de Información Nacional que publica la Secretaría de Información y Prensa de la Presidencia de la República, correspondiente a Enero de este año 1961, en el que puede leerse que el 16 de ese mes el entonces Presidente

de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, incluyó en el Proyecto de Presupuesto la cantidad de un millón de dólares más para la construcción del último sector de aquella importante vía.

Posiblemente la inversión de los Estados Unidos en ella se aproxime, si no sobrepasa a la suma de VEINTE MILLONES DE DOLARES, que supera para el Gobierno liberal de los señores Somoza en más de un 500% a los TRES MILLONES DE DOLARES que el Gobierno conservador recibió por la opción canalera y que fue invertida en su mayor parte en pagos de adeudos que pesaban sobre Nicaragua. El citado Boletín expresa: "Esta cooperación de los Estados Unidos es de carácter compensatorio, por la no construcción del Canal Interoceánico a través de Nicaragua, de acuerdo con el Tratado Chamorro-Bryan, que confiere a Norteamérica el derecho exclusivo de construirlo".

Sería una realidad que el costo de la obra vial tuviera el carácter de compensación por la inejecución del canal, si no fuese que, a renglón seguido, la Presidencia de la República se encargó de dar a conocer a los nicaragüenses, después de un lapso que pasa a los veinte años, cómo fue en realidad lo ajustado entre los Presidentes Somoza y Roosevelt al convenirse en que los Estados Unidos al construir con sus propios fondos esa vía interoceánica. La realidad es que ese convenio dejó obligada a Nicaragua, en caso de decidir el Congreso Norteamericano la construcción del Canal, a reintegrar el costo de la carretera, deduciéndolo del valor que hubiere de estipularse por el derecho de construirlo en territorio nicaragüense, o de la participación de las utilidades que corresponderán a Nicaragua.

No hay, pues, un acto compensatorio de reparación, sino una obligación de Nicaragua para restituir de sus fondos eventuales que obtendrá al suscribirse el nuevo Tratado que se contempló como derivado de la opción que contiene el Tratado Chamorro-Bryan.

Ocupación de León

Quiero también decir que al referirme a los acontecimientos de la Guerra de Mena se me fueron por alto unas operaciones militares de importancia a las que quiero referirme ahora. Sucedió que cuando se envió un ejército a controlar la ciudad de León después del desastre del General Durón, el General Hurtado tuvo la precaución de acuartelarse en el "Fortín de Acosasco", al Sur de la ciudad de León, a la que domina absolutamente, mientras

que yo envié otra columna de unos 400 hombres más o menos, al mando del General Bartolomé Viquez, quien había participado eficazmente en la defensa de Managua, como Comandante de Armas, preparando y enviando las municiones a la línea de fuego y habiendo escapado de perecer al estallar una bomba del "Herald", casi a sus pies. Llevó como segundo Jefe al General José Solórzano Díaz. Esta columna fue enviada inmediatamente detrás de las tropas antedichas. El ferrocarril que las conducía, caminaba con cautela, llegando a Mateare, a donde se detuvo corto tiempo, recibiendo ahí Viquez un cifrado del Presidente Díaz en que le avisaba que por el lado de "Las Cuchillas" (Sierras Sur de Managua), iba un fuerte armamento enviado de Granada a León por el General Mena, bien custodiado, al mando de los generales Claudio Saravia y Andrés Murillo. Viquez entonces aceleró la marcha y acuarteló en Nagarote, despachando sin tardanza ciento cincuenta hombres al mando de los Coroneles Félix Pedro Espinosa, Abraham Cornavaca y Francisco Sánchez (el Negro, no el Blanco) quienes, caminando a marcha forzada hacia la costa del mar del Pacífico, a la una de la madrugada, a la luz de una clara luna —según el parte oficial de Viquez— se encontraron con el enemigo, que desgraciadamente para él, en esos precisos momentos, descargaba de un tren de mulas el armamento que era conducido a León, en un "gancho de camino" llamado "El Guayabal", a unas doce leguas distantes de Nagarote, lugar cubierto por una montaña. Lo incompetente de la hora, no formalizó un combate serio sino, pudiéramos llamar, una escaramuza en que sólo hubo unos pocos heridos de ambas partes, quedando todas en nuestro poder, porque los revolucionarios en su mayor parte huyeron hacia León, a la cabeza el General Murillo quedando en nuestras manos, capturados, el General Claudio Saravia, varias mulas, oficiales y soldados y sesenta y cuatro mil tiros "Remington" y "Mauser".

El General Saravia —segua diciendo el parte— fue conducido a pie hasta Nagarote sobre un camino hondo de polvo por estar en el "veranillo de Agosto"; lo cual disgustó mucho a Viquez, habiendo él personalmente atendido a su prisionero, que se mostraba muy fatigado, a causa de ser una persona obesa. El General Saravia fue remitido a Managua, con todas las consideraciones de su rango militar; lo mismo que los heridos de ambos bandos.

Viquez no perdió tiempo, y después de dejar asegurada la plaza de Nagarote, marchó él en persona con el ejército, en ferrocarril, a atacar "La Paz Centro", ocupada por tropas no muy numerosas, equipadas ya en León, que había aumentado su armamento quitado a Durón con las que pudo salvar en su huida

Murillo; y parapetadas dichas tropas tras de un sinnúmero de trozas de madera que rodeaban la Estación del Ferrocarril y la línea férrea por ambos extremos, forzosamente por donde debían atacar las fuerzas del gobierno, ocupando los potreros circunvecinos, el fuego comenzó como a las nueve de la mañana y concluyó un poco después de las dos de la tarde, huyendo el enemigo a la ciudad de León, habiendo perecido en el pleito el Jefe Día de ellas, de apellido Arias, que según dijeron los vecinos del pueblo, como de costumbre, había vapuleado a su padre, por la mañana de ese día. Era un hombre de mala fama —según refieren— pero valiente, y se enfrentó cuerpo a cuerpo y a corta distancia, con nuestro Jefe de caballería el Sargento Mayor Abel Somarriba, joven obrero muy apreciado en Granada, a donde fue enviado su cadáver.

Asegurada esta plaza también, Viquez, el siguiente día ocupó “La Ceiba”, sin encontrar resistencia y luego, sin tardanza, y siempre en el tren, pero con prudencia, se acercó hasta el punto llamado “El Convento”, muy cerca del Puente Colorado, entrada de la ciudad de León. Desde “El Convento”, hizo pitar varias veces la locomotora del convoy, tocar los clarines y hacer algunos disparos de rifles, que con el favor del viento, fueron oídos en el “Fortín de Acosasco”, a donde el General Hurtado estaba ya siendo rodeado, al pie de la pequeña pero importante fortaleza, de la cual audazmente salió por el lado sur, entre breñales y hondonadas, llegando a juntarse, con toda su gente, a la de Viquez, llevando además supervivientes sanos y algunos heridos de las fuerzas del General Durón, contándose entre los heridos de gravedad, con un balazo en el codo del brazo derecho, el joven managuense Ramón Bellín, el que le quedó impedido para siempre.

Habrà notado el lector que a veces me detengo a narrar algunos episodios que no me constan personalmente, pero que estando íntimamente ligados a la historia de mi vida, como en los casos militares de que me he ocupado, me atenga a los informes, datos y “partes oficiales” dados por mis amigos y subalternos, que siempre me han resultado leales y verídicos; episodios que en la guerra, algunas veces resultan muy interesantes, dignos de mencionar, y que en más de una vez dan su toque de luz y de poesía, al cuadro sombrío y macabro de la matanza de los hombres.

Reconcentración a Managua

Los restos de las fuerzas cansadas y fogueadas de Durón, de Hurtado y de Chamorro Bolaños, fueron reconcentradas a Ma-

nagua y las de Viquez y Solórzano Díaz, quedaron en su lugar, acampadas en "La Paz Centro"; pues la Revolución fuerte todavía, amenazaba grandemente por el lado de Occidente, desempeñando este contingente, un papel muy útil, porque dificultaba la conexión con la base del enemigo en Oriente; que ocupaba las principales plazas de Masaya con el amenazante "Coyotepe" y de Granada con el cuartel de "La Polvora", donde existía el mayor y mejor depósito de armas que allí había, trasladado del Campo de Marte de Managua, por el alzado Ministro de la Guerra, General Mena.

Viquez hizo su Cuartel General en "La Paz Centro"; y de allí mandaba a explorar el campo con caballerías que diariamente visitaban los caseríos y valles alrededor de Momotombo, León Viejo y la muy importante hacienda "Santa Rosa", unas tres leguas al Suroeste de La Paz mencionada.

Situación del Gobierno

La situación del Gobierno, como se comprenderá, era crítica, con poderoso enemigo en ambos extremos: Oriente y Occidente; teniendo por centro la capital, con escaso contingente humano y pésimo elemento bélico, como he relatado antes, solamente estimulados por la magnífica cooperación de nuestros amigos de Managua —varones y mujeres— en y después de la brillante batalla por la defensa de esta ciudad, durante los días once, doce y trece de Agosto ya descritos, que culminó con la derrota de las fuerzas del General Zeledón.

Es de suponer el desgaste de energías desplegadas de mi parte, atendiendo la obra militar, con la activa colaboración de mi primer Ayudante, el valiente General Silvestre Vargas, y también de mi otro Ayudante, el Coronel Julio Chamorro Mendieta, no menos valiente y enérgico; mientras don Adolfo Díaz, atendía la parte gubernativa. Constantemente recibía mensajes telegráficos y comunicaciones telefónicas de los Generales Barberena Anzoátegui, Hurtado y demás principales jefes, que paulatinamente, a medida que les enviaba pequeños refuerzos, iban cercando la ciudad de Masaya, inclusive la casi inexpugnable fortaleza del Coyotepe a cuyo pie existe la histórica "Barranca", célebre por los combates que se libraron en el año 1896, por la Revolución contra Zelaya, que éste debeló apoyado por los granadinos; y del General Viquez que me informaba de la llegada a León, de los exilados liberales en Centroamérica, como el General Julián Irujo, el Dr. Leonardo Argüello y otras importantes personalidades que,

efectivamente, llegaron a incorporarse al ejército revolucionario que se estaba organizando formalmente en León, para actuar poderosamente como actuó, según se verá adelante. Mi trabajo, en realidad, era bastante fatigoso, que abarcaba hasta muy altas horas de la noche, en las que me acompañaba, justo es confesarlo, don Adolfo Díaz.

Las fuerzas de Viquez, bien acantonadas en "La Paz Centro", si bien no muy numerosas, al menos alcanzaban a rodear el pequeño pueblo, quedando así defendido, eso sí, por muy buenos jefes, como el entonces Coronel (más tarde General) Ernesto Solórzano Díaz, Félix Pedro Espinosa, Francisco Sánchez (Negro), Juan Cruz, Tomás Saborio, Francisco Barquero (tico), Búrbano (hondureño) y "Papabacho" Manzanares (no don Gervacio, padre del Dr. Gustavo Manzanares). Tal posición militar, me daba confianza y, en efecto, me dejaba descansar, por lo que a esa zona se refiere, entregándome de esta manera, a atender exclusivamente la zona oriental, o de Masaya.

Pero llegaron los días más apremiantes. En la proximidad de la batalla general de Masaya, el primero de Octubre fue atacado fuertemente Viquez, por un ejército numeroso, bien armado, en que tomaron parte diecisiete generales, entre los que se contaban, a la cabeza, Julián Iriás y otros como los generales Narciso Argüello, Andrés Murillo, Abraham Perdomo, (salvadoreño, con fama de ser muy valiente, salió herido en la mandíbula inferior), Masso Parra, cubano, herido en una pierna y que tuvo la audacia de volarse así del tren en que venía capturado, cayendo en unos potreros, mientras el convoy corría a gran velocidad. Poco tiempo después apareció armado con un grupo, operando entonces como bandolero. Fue dispersado y huyó del país. También fue capturado el Padre y General Alfredo Volio, sacerdote costarricense, muy hombre y de mucho talento.

El Dr. Leonardo Argüello, venía como Delegado del Ejecutivo y no recordamos con qué rango, el Dr. Escolástico Lara.

Capítulo D

Batalla de Masaya

Esta batalla, de grandísima importancia, cubriendo de gloria a las armas conservadoras y coronó de laureles a los Generales Bartolomé Viquez, José Solórzano Díaz, coroneles citados, oficiales y soldados, en su casi totalidad de Managua.

La lucha fue tenaz y enconada; hubo bravura por ambos lados. Comenzó a las ocho de la mañana y concluyó a las cuatro de la tarde, con un completo desastre, en que las tropas revolucionarias, después de tener completamente rodeado a Viquez, por los cuatro rumbos, se desmoralizó por completo; dejando muchos muertos y heridos y una gran cantidad de armas y municiones, siendo inexplicable por qué no usaron varias cajas de rifles engrasados, en las carretas que lo condujeron, millares de tiros de rifles, ametralladoras y muchísimo parque de éstas; siendo el mejor trofeo un capote del Gral. Julián Irías, con la marca de su nombre en el cuello, abandonado en la huida. De nuestras no pocas bajas, tenemos que lamentar la muerte del Capitán Tiburcio Araica, uno de los ayudantes del Coronel Francisco Sánchez, cuyo cadáver fue sepultado en Managua, donde era muy apreciado por el Gremio Obrero, al cual pertenecía. Igualmente fue muy sentida la herida en un brazo del Coronel Ernesto Solórzano Díaz.

El ingreso a la capital de la llamada "Columna de Occidente", fue entusiastamente recibido, pasando bajo once arcos triunfales y el clamor de un público delirante que saludaba a los héroes.

Candidato presidencial

Después de esta necesaria digresión diré que indudablemente los banqueros Brown Brothers y Seligman trabajaron en Nicaragua, a mi juicio, con mucha honestidad y creo que a ellos les resintió los ataques que frecuentemente recibían de parte de los opositores al Gobierno de Nicaragua, aun en los mismos Estados Unidos, y que por eso procuraron no seguir sus negocios en el país.

Al principio del año de 1916 recibí un mensaje firmado por don Diego Manuel Chamorro preguntándome en nombre de

don Adolfo Díaz si yo aceptaría la candidatura de don Pedro Rafael Cuadra, como candidatura unificadora del Partido Conservador.

Ese cable fue una sorpresa para mí, lo que me hizo vacilar en mi contestación, pues yo no tenía razón alguna para rechazar a don Pedro Rafael, que como he dicho antes, a más de estar ligado con la familia Chamorro era un hombre honorable en todo concepto y con todas las cualidades necesarias para servir la Primera Magistratura de la Nación, pero por el otro lado, estaban todos mis amigos de Nicaragua que se habían estado agrupando para hacerle frente a cualquier otra candidatura que no fuera la mía y que desde hacía varios meses me venían previniendo para en caso me propusieran algún candidato de transacción que lo rechazara.

Así, pues, me encontraba yo ante un dilema muy difícil de resolver, porque cualquiera que fuera la solución que le diera dejaba siempre a una parte del Partido insatisfecha.

Después de honda meditación sobre este asunto decidí quedarme con el grupo que no estaba de acuerdo con don Adolfo Díaz en esa cuestión de candidatura, ya que consideraba, debo confesar, que me pareció ya mucho exigirme eso de estar cediendo y cediendo siempre. Además yo pensaba que el hecho de haberme enviado a Washington como representante del Gobierno de don Adolfo Díaz, era para facilitarme ejercer la Presidencia de Nicaragua, es decir, para destruir en el Gobierno Americano la impresión que éste pudiera tener en mi contra por mi carácter de militar, carrera que yo he seguido sin embargo, solamente en casos de emergencia y en circunstancias especialísimas.

Después de haberme negado a aceptar la candidatura de don Pedro Rafael pedí licencia para regresar a Nicaragua, licencia que se me concedió.

Al anunciar en el Departamento de Estado mi retiro de la Embajada, el Secretario me ofreció un barco de guerra que fuera a dejarme hasta San Juan del Sur. Esta cortesía me afianzó en la creencia de que mi candidatura era aceptable al Departamento de Estado, lo que logré comprobar después.

Llegada a Nicaragua

A mi llegada a Nicaragua recibí por todos los pueblos que transitaba la mayor ovación que puede esperar un político. Puedo decir, y lo digo con modestia, sin exageración alguna, que el pueblo de Nicaragua estaba conmigo, y por mi candidatura.

Ya en Managua hablé con Díaz, con mis amigos y con mi familia para explicarles mi resolución de seguir adelante con mi campaña presidencial puesto que contaba con la simpatía del Departamento de Estado que tanta influencia moral tenía entonces.

Al mismo tiempo que se desarrollaban estos acontecimientos en el seno del Partido Conservador, el Partido Liberal hacía también sus gestiones en Washington por medio del doctor Julián Iriás y don Salvador Calderón Ramírez, quien, aunque conservador, por las diferencias políticas de su hermano Manuel con mis tíos don Alejandro, don Pedro José y don Diego Manuel, adversaba mi candidatura.

Estos Agentes del Liberalismo consiguieron en Washington impresionar al Senador Borah y al Senador Smith, los que siempre que tuvieron oportunidad nos atacaron en el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, y se convirtieron, ellos mismos, en agentes del Liberalismo ante el Departamento de Estado.

Recién llegado a Managua, tuve la pena de saber que un domingo recién pasado había habido una manifestación a mi favor en la ciudad de Masaya, donde los manifestantes pensaban recorrer las calles, pero que el Jefe Político, don Manuel García Otolea, decidió no permitirle después de haber dado la debida autorización y mandó la Policía a impedirla, pero los manifestantes, no habiendo hecho caso a las amenazas, tuvieron un fuerte choque con la Policía y ésta disparó sus armas contra ellos habiendo herido a unos cuantos, lo cual produjo el consiguiente resentimiento de la ciudadanía en contra de García Otolea.

Tal suceso me dio la tónica de lo que debía esperar, y por consiguiente, que para hacer una campaña electoral que llegara hasta el final, en caso se repitieran sucesos como el de Masaya, y para que no fueran atemorizados mis partidarios y no se debilitaran en sus trabajos, en la organización que me propuse dar a mis grupos electorales de cada Departamento, los hice encabezar y dirigir por personas de valor bien probado, lo cual me dio buen resultado porque en toda la campaña electoral, la que estuvo casi siempre amenazada de fuerte intervención de parte del Gobierno y de los "amigos del Gobierno", nadie se amilanó, antes por el contrario siempre iban adelante con la propaganda cada vez con mayor entusiasmo.

Candidatura de Cuadra Pasos

Había olvidado decir que con mi contestación, desde Washington, a la propuesta de la candidatura de don Pedro Rafael Cuadra, esa candidatura desapareció del escenario político, indudablemente porque don Pedro Rafael no aceptó que su nombre saliera a figurar en forma candidatural en oposición al mío, pero entonces se me enfrentó el de su hermano, el Dr. Carlos Cuadra Pasos, que estaba con todo el vigor y entusiasmo de la juventud y de su gran talento y preparación intelectual.

Con todo y las grandes cualidades del Dr. Cuadra Pasos, no vi en esa maniobra, ninguna posibilidad de entorpecimiento a mi candidatura y seguí, junto con mis amigos, haciendo la campaña electoral, como dije antes, cada vez con mayor vigor.

En el trascurso de la preparación de esta campaña electoral, el Dr. Julián Irias y don Salvador Calderón Ramírez resolvieron trasladarse de Washington a Managua para ver qué combinación política podían hacer con los que en el Gobierno me adversaban, a fin de lanzar contra la mía una candidatura libero-conservadora.

Felizmente, el plan de esos señores fracasó, porque ni en los del Gobierno, ni en el Dr. Cuadra Pasos, encontraron eco tales oberturas y creo firmemente que el rechazo de tales propuestas dio lugar a que las dificultades entre los hombres del Partido del Gobierno y el Partido Conservador, representado por mí, terminaran precisamente el 15 de septiembre de 1916, con un convenio firmado entre ambas agrupaciones.

Los amigos del Gobierno

El Partido del Gobierno, o los Amigos del Gobierno, como se le conocía en ese tiempo, estaba formado por todos los empleados públicos y alguno que otro conservador que simpatizaba más, por amistad personal, con el Dr. Carlos Cuadra Pasos y don Adolfo Díaz, que conmigo.

La noticia que el Dr. Cuadra Pasos y don Adolfo Díaz habían decidido entrar en un convenio me llegó a San Andrés de la Palanca donde estábamos celebrando una hermosísima manifestación a mi favor en casa del Coronel Andrés Sánchez. Tan importante noticia transmitida a los manifestantes causó un efecto electrizante en todos ellos e inmediatamente, uno de tantos oradores tomó la palabra y propuso que no me fuera yo solo con un grupo de mis acompañantes a Managua para tratar de esos

arreglos con los "Amigos del Gobierno", sino que me viniera con todos los manifestantes, aunque fuera a pie, como efectivamente lo hicimos, entrando a Managua a la cabeza de la manifestación política más grande que hasta entonces se había visto recorrer las calles de la capital. La circunstancia de que se estaba celebrando el 15 de Septiembre, le daba a aquel acto mayor esplendor y entusiasmo, por el número de gente que de todas partes salían en grupos a agregarse a la manifestación.

Una vez en Managua me dediqué a ocuparme de las bases del arreglo. Sin dificultad llegamos a la conclusión de un entendimiento cuyas bases comprendían, entre otras cosas, la aceptación por parte del Dr. Cuadra Pasos y de los "Amigos del Gobierno" de mi candidatura, comprometiéndome yo a no ver en los que habían figurado entre aquellos ninguna diferencia con los conservadores que me apoyaban; a nombrar al Dr. Cuadra Pasos, Ministro de Nicaragua en Washington; y a aceptar como Vice-Presidente a don Nemesio Martínez, amigo del Dr. Cuadra Pasos.

Dados a conocer estos arreglos a los manifestantes desde los balcones de la Número Uno fueron aceptados con júbilo por aquellos, habiéndose disuelto la manifestación con gran entusiasmo de parte de todos los concurrentes.

Desde el siguiente día principié a ponerme en contacto con don Adolfo Díaz y con el Dr. Cuadra Pasos, para encontrar la mejor forma de hacer en conjunto los trabajos de la campaña electoral mientras se llegaba el día de efectuar la elección y con buen beneplácito declaro que no tuve ninguna dificultad por parte de esos señores, pues su colaboración me fue muy útil porque me facilitaron grandemente mis trabajos electorales.

Por mi parte estuve dispuesto en cumplir al Dr. Cuadra Pasos mi compromiso de nombrarlo Ministro en Washington, pero seguramente por intrigas que nunca faltan y el retraso de unos dos o tres meses que involuntariamente tuve para hacer dicho nombramiento, dio lugar a que el Dr. Cuadra Pasos considerara necesario enviarme su renuncia irrevocable para tal designación, lo cual senti muchísimo, pues yo creía que él junto con su sobrino, el doctor Joaquín Cuadra Zavala, habrían hecho mucho bien por Nicaragua en aquella destacada posición.

Por ese tiempo se publicaron algunos artículos en los periódicos, artículos escritos, según parece, desde el sector de mis partidarios, desaconsejando el envío del Dr. Cuadra Pasos a Washington, y es probable que él haya creído que aquellos escritos eran hechos por insinuación mía, lo que no era así en verdad, ya que yo tenía verdadero interés en su nombramiento.

Presidente de la República

Con el convenio anteriormente celebrado y el retiro de la plataforma de Irias y Calderón, no tuve ya ningún esfuerzo alguno que hacer, sino el de esperar el día de la elección, ser electo por una votación abrumadora, y tomar posesión de la Presidencia de la República de la que fui investido el 1º de Enero de 1917.

Por el tiempo en que fui electo Presidente, ya no vivíamos, mi señora y yo, en la casa de don Fernando Solórzano, sino en la que alquilábamos frente a la de don Teodoro Delgadillo, y que quedaba frente al actual Palacio de Comunicaciones. De esa casa salí para tomar posesión de la Presidencia en el Palacio Nacional e irme enseguida a residir en la Número Uno que hasta ese día ocupara don Adolfo Díaz.

Aunque ya tenía yo 46 años de edad, me consideraba aun más joven, por lo que resolví rodearme en el Gobierno de personas de mayor edad que la mía, y para escoger libremente mi Gabinete me trasladé a Comalapa, para revisar allá en la paz y tranquilidad de mi querido pueblo, la nómina de personas que yo conocía y que eran idóneas para desempeñar los distintos cargos del Gobierno. Quería estar solo y lejos de las intervenciones e influencias de mis amigos para hacer esas designaciones.

Así lo hice, y a mi regreso de Comalapa traje en la lista de la familia gubernamental al doctor Rafael Cabrera, al doctor Alfonso Solórzano, a don Martín Benard, a don Gordiano Herdócia, a don Venancio Montalván, al doctor David Arellano, a don Eduardo Lacayo y a otros más.

Como es costumbre que al inaugurarse una nueva administración los Ministros de la anterior presenten sus respectivas renuncias, se les admitió las que presentaron los señores, doctor Alfonso Ayón, de las Carteras de Gobernación, Policía, Beneficencia, Gracia y Justicia; don Eulogio Cuadra, de las Carteras de Hacienda y Crédito Público y de Fomento y Obras Públicas; don Diego Manuel Chamorro, de las de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública y el doctor don Benjamín Cuadra, de la de Guerra y Marina, organizando yo mi Gabinete con los siguientes nombramientos: para la Cartera de Gobernación, Policía y Negocios Eclesiásticos, al doctor Rafael Cabrera; para la de Beneficencia, Gracia y Justicia, Fomento y Obras Públicas, al doctor don Alfonso Solórzano; para la de Hacienda y Crédito Público, a don Martín Benard; para la de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, al Ing. don José Andrés Urtecho y para la de Guerra y Marina, al General don Tomás Masís. Nombré

también como Sub-Secretarios a los señores don Adán Cárdenas, doctor Arturo Arena, doctor Emilio Álvarez, don Juan José Zavala y don Luis E. Rivas respectivamente.

Una vez organizado el Gabinete comenzó mi Gobierno a funcionar. Todos los Ministros tenían mis instrucciones de proceder con suficiente independencia que todo fuera resuelto conienzudamente. Sólo en casos muy especiales les pedí pusieran en mi conocimiento el problema que se presentara para que juntos, en perfecto acuerdo, resolviéramos lo que hubiera de hacerse.

En la primera reunión que tuve con mi Gabinete le informé, aunque sus miembros ya lo sabían, de la situación precaria en que estaba el Tesoro Nacional, esto es, que no habían más que deudas, y que con las rentas aduaneras comprometidas para pagar los bonos de la Ethelburga y un pequeño empréstito de los banqueros Brown Brothers y Seligman, el Gobierno estaba sin vida propia, por lo que sólo podíamos disponer de las rentas provenientes de los impuestos del tabaco, del aguardiente, y algunos otros que no eran provenientes de las Aduanas, como el destace, timbres, papel sellado, correos, telégrafos y teléfonos.

Probidad en las Rentas

Les hice ver que sólo vigilando mucho estas rentas para que su colecta fuera eficaz y completa y no hubiesen filtraciones, podríamos quizá llegar a levantarlas a un nivel en el que lograríamos pagar el pequeño Presupuesto de la República.

Con esta idea en mente yo mismo me avocaba todos los días con el Ministro de Hacienda y con el Administrador de Rentas, don Carlos Huete Herrera, para saber lo que había colectado el día anterior, y a uno y otro les recomendaba el mayor acierto en la escogencia de los Inspectores de Hacienda que son el meollo de la Renta de Licores, porque en ese tiempo estaba el país infestado de fábricas clandestinas de aguardiente.

Esta vigilancia principió a dar tan buenos resultados que desde un principio se vio cómo la producción de la renta de aguardiente del Gobierno subía grandemente en cada población donde se ejercía estrecha vigilancia por los Inspectores, y yo, personalmente, procuraba estimular a éstos haciéndoles llegar a mi despacho para hablar con ellos y hacerles ver lo importante de la misión que en aquellos momentos estaban desempeñando para el país y el Gobierno.

El Plan Lansing

Yo me encontré, al tomar posesión de la Presidencia, que el Represtante de los banqueros no permitía que se usara ni un centavo de los fondos de las entradas aduaneras para el servicio de cubrir el Presupuesto y sólo le quedaba al Gobierno, como dije anteriormente, las rentas internas, por eso yo veía como una acción patriótica la labor de los Inspectores de Hacienda contra los contrabandistas porque sólo con esa esperanza de llegar a cubrir el Presupuesto con los fondos de esas rentas internas es que yo podría seguir manteniendo mi actitud ante el Ministro Americano, Mr. Benjamín Jefferson, para no aceptar la proposición que por su medio hacía el Departamento de Estado, en una larga nota pidiendo al Gobierno que solicitara un fiscal que viniera a controlar los gastos de la Administración Pública.

Confieso que la primera impresión que tuve al recibir esa solicitud, bien rara por cierto del Departamento de Estado, me exalté un poco, porque la encontraba hasta ofensiva y por eso le dije a Mr. Jefferson: "¡Señor Ministro, no hay medio que a mí me hagan firmar esa solicitud, primero me cuelgan de una de las vigas de este edificio!".

Sin embargo, el Ministro no se dio por vencido y de vez en cuando insistía en tal solicitud, aunque poco a poco fue disminuyendo la tensión sobre la fiscalización y así se llegó hasta el mes de Noviembre en que por fin se aceptó que la Comisión Mixta, compuesta por el doctor Carlos Cuadra Pasos, y los norteamericanos Arthur R. Thompson y Otto Schoennch, interviniera en los gastos mensuales del Presupuesto que ascendían a 26,666 córdobas.

A esta suma había quedado reducido el Presupuesto en el famoso PLAN LANSING.

Fue por sugerencia de la misión liberal que en Washington encabezaban el Dr. Julián Irias y don Salvador Calderón Ramírez que el Departamento de Estado presentó esas exigencias, pues era otro el juicio, a mi entender, el que el Departamento tenía formado del Partido Conservador y de mí, personalmente, juicio que había sido emitido por el primer Recaudador General de Aduanas, Mr. Abraham Lindberg, el que había informado que yo era un hombre poco apegado al dinero, pues que mi mayor inclinación era la de querer mantener el bien cimentado prestigio que yo tenía en la opinión pública.

Pero me he alejado del problema principal de mi Gobierno cual era el de las dificultades económicas que pasaba para cubrir el Presupuesto mensual, por lo que mi empeño se había dirigido

especialmente a incrementar las rentas internas existentes y a crear otras que también pudieran ser juzgadas como tales, por ejemplo, el impuesto sobre el corte de maderas, y algunas otras.

Con la renta del aguardiente se estaba reduciendo en gran parte el déficit mensual del Presupuesto, por lo que yo siempre insistía en llamar a mi presencia a los Inspectores de Hacienda para estimularlos y decirles que con los defraudadores de la Hacienda Pública yo no guardaba consideración alguna, aun cuando fueran mis amigos personales o políticos y que ellos, los Inspectores, deberían hacer lo mismo, y que si alguien les denunciaba que en la Casa Presidencial había una fábrica de aguardiente clandestina, hasta allí a la Casa Presidencial, debían de llevar el imperio de la ley.

Lucha contra el contrabando

Recuerdo bien que exagerando mi estímulo en la persecución al contrabando les decía que yo consideraba mayor ofensor a la Ley el que ponía una fábrica de aguardiente, en aquel entonces, que el que mataba a un individuo, en defensa propia.

En esta forma, conseguí, casi por completo destruir el contrabando en el término de un año.

En una de tantas persecuciones del contrabando, los Inspectores de Hacienda encontraron una fábrica clandestina de un amigo mío que me había ayudado mucho en mi campaña electoral. Se trataba del joven joyero Gregorio Cuadra Calvo y conociendo el Director de Policía los vínculos de amistad que me ligaban con él y sabiendo de su participación activa en la campaña electoral a mi favor, me llamó por teléfono para informarme del conflicto en que se encontraban antes de ir a capturar a Cuadra o dejarlo en libertad, a lo que le ordené: "Proceda inmediatamente a su captura pues no hay lenidad para nadie".

Esto dio por resultado que el joven Cuadra, avergonzado de haber sido descubierto manejando una fábrica clandestina de aguardiente, después de haber pagado la multa correspondiente, vendió su taller de joyero y salió de Nicaragua para no regresar más, habiéndose radicado en San Francisco de California, donde ejerció su oficio con éxito, y vivió apreciado por la numerosa colonia nicaragüense de aquella ciudad y donde encontró el descanso eterno sin haber censurado nunca mi comportamiento rígido para con él.

Otros que sufrieron el ser descubierto con fábricas clandestinas fue un señor Centeno que era un verdadero especialista en instalaciones de esa clase, y el General Carlos Pasos, quien viéndose tan hostigado por los inspectores, resolvió abandonar ese ramo de sus negocios y se trasladó a la Costa Atlántica, para ejercer allí sus actividades y talento industrial en otros ramos que le dieron mayores utilidades tanto para sí como para el país.

Libertad de Imprenta

Recuerdo que en mi discurso inaugural emití conceptos e ideas en las que aún creo firmemente y las promesas que entonces hice al pueblo entero de Nicaragua, creo, también firmemente, haberlas cumplido.

Dije entonces que como Supremo Mandatario del país me hallaba en el deber de velar porque se mantuviera inviolable el respeto al derecho y garantía de los asociados y que sería el más celoso guardián y el más estricto ejecutor de la Constitución y de las leyes, penetrado, como aun estoy, de que tan gravemente se subvierte el orden público cuando de parte de los ciudadanos falta el acatamiento debido a la autoridad, como cuando de parte de ésta se menosprecian la ley y la seguridad común.

Comprendía que el puesto en que me había colocado la voluntad nacional me convertía en el centro de las aspiraciones divergentes de los partidos, y en ese concepto, sin animosidades para nadie y con espíritu de conciliación para todos, siempre que se tratara de la observancia del deber me sobreponía a simpatías e intereses políticos para considerar tan sólo a los nicaragüenses como hijos de una misma madre, con una misma libertad y unos mismos derechos.

En cuanto a la libertad de imprenta, baluarte de las otras libertades y poderoso auxiliar de los gobiernos cuando se inspira en los principios de justicia y dirige su acción a promover el bienestar social, siempre tuvo en mí un decidido sostenedor. En mi período de mando la voz de la prensa no enmudeció nunca bajo la amenaza, ni mucho menos fue causa de persecución oficial. Sus ecos hallaron en toda ocasión amplia vía para llegar hasta mí. Si venían cargados de censura razonada me sirvieron de advertencia y estímulo en el desempeño de mis funciones, y cuando me llegaban llenos de acerba hostilidad, descendiendo a la diatriba y la calumnia, opuse a ellos los procedimientos estrictamente ajustados a la ley y al honor nacional, como en el caso de don Juan Ramón Avilés, del que haré especial referencia más adelante.

Prometí la educación del pueblo en forma gratuita y obligatoria como lo manda la Constitución, y lo cumplí. "Que todo el pueblo lea; que el pueblo se instruya; que conozca sus deberes y derechos; que adquiriera la noción clara y práctica de bien vivir"; dije entonces y a ello dediqué mis mayores empeños.

Ley Agraria

Para promover el desarrollo agrícola me propuse crear escuelas de agricultura donde los jóvenes tuvieran oportunidad de adquirir conocimientos prácticos acerca de los mejores métodos de cultivo y mi Gobierno decretó una LEY AGRARIA que se adelantó a la de México y a la de muchos países de Europa.

Me esforcé en la construcción de buenas carreteras que permitieran una segura comunicación entre las poblaciones de la República no unidas por el Ferrocarril, para facilitar la exportación o intercambio de los productos agrícolas e industriales.

Fue objeto de mi constante esfuerzo que mi Gobierno fuera "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", y lo fue.

Para llevar a cabo lo que puedo llamar mi plan de buen gobierno hice dirigir una circular a todas las autoridades superiores de los Departamentos, Gobernaciones e Intendencias del país existentes entonces.

Tasita

Desde que llegué, pues, al poder tenía en mente hacer los fondos de las escuelas públicas en los pueblos. Esa ley se decretó durante mi período presidencial y todavía está vigente conocida con el nombre de TASITA.

Ley de Vialidad

Cuando joven me había dado cuenta de la injusticia que se cometía en la aplicación de la ley llamada de servicio público, la que se aplicaba únicamente a los trabajadores, y éstos estaban obligados a dar todos los años una semana de trabajo en la composición de caminos, reparaciones de calles, etc., etc., pero el que no era jornalero, es decir, el que tuviera algunos medios de vida, ése era exento de dar el servicio. Esa excepción, sin embargo,

no estaba establecida por la ley, sino por la costumbre, por lo que resolví el estudio de otra ley que viniera a hacer precisamente lo contrario de la anterior, esto es, que exigiera más el servicio público al que tuviera más que al jornalero. Y así se pasó la ley conocida como LEY DE VIALIDAD, que aun está vigente también.

Por la Ley Agraria de 22 de Febrero de 1917 se manda distribuir los terrenos nacionales entre las familias que no tuvieran terrenos y que los solicitaran.

En una de las disposiciones de esta ley, quise incluir también los terrenos particulares que no fueran cultivados por sus dueños, pero un amigo político y personal mío, don José Dolores Mondragón, que ejercía gran influencia en el Congreso, me hizo desistir de tal propósito.

Mi plan para gravar los terrenos particulares consistía en ponerle un impuesto algo elevado y progresivo a los terrenos no usados por sus dueños, hasta el punto de que éstos se vieran obligados abandonarlos por completo a la vista del monto de los impuestos, pero por la razón arriba apuntada se desistió de ese plan.

La ley sólo se refirió a terrenos nacionales y le daba a cada familia CINCUENTA HECTAREAS las que debían cultivarse en tres años al fin de los cuales el Gobierno le extendía el título de propiedad.

En el proyecto original de esta ley se contemplaba la posibilidad de complementarla con una ayuda básica de implementos agrícolas y animales como fundamento para una granja agrícola, pero la situación precaria del Erario dio motivo para reformar el proyecto aduciendo razones económicas.

Escuela de Agricultura

Como corolario de la Ley Agraria y con el propósito de fomentar la producción técnica de nuestra agricultura di un decreto el 25 de Mayo de 1917 creando la Escuela Nacional de Agricultura en los terrenos de la finca nacional entonces, EL PICACHO, ubicada en el Departamento de Chinandega, en la cual se cursaría la carrera y se expediría el título de Labrador Científico.

La Escuela tuvo su Reglamento Interior y fue debidamente dotada. Puesta bajo la dirección de los señores don Enrique Navarro de Errazquin, de Mr. Cassius Sibley y Mr. Diven Butler, verdaderos técnicos agrícolas, tuvo muy buen éxito hasta que por divergencias de pareceres en su dirección fue perdiendo su eficacia. Su segundo y último Director fue el Gral. Pascasio Bermúdez, liberal graduado en Chile, lo que lo ameritaba para el cargo.

Fruto de esa escuela es la *Cartilla del Finquero*, de Arnoldo Robleto, aventajado estudiante, libro muy útil para los hacendados, que ha sido editado varias veces bajo la firma de Carlos A. Robleto, hermano de Arnoldo.

Esta Escuela de Agricultura de Chinandega, fue la primera escuela oficial fundada en Centroamérica.